

Atilano Alaiz

EL DON
DE LA
PALABRA

CICLO C



ATILANO ALAIZ

**EL DON
DE LA PALABRA**

CICLO C



EDITORIAL. Covarrubias, 19. 28010-MADRID

PRESENTACIÓN

La buena acogida del *Don de la Palabra, Ciclo B*, me ha infundido entusiasmo para ofrecerte, amigo lector, este segundo *Don...* Desde hace años soy un ferviente convertido a la Palabra de Dios en su originalidad, en la Biblia, y no puedo hacer otra cosa que provocar tozudamente hacia su lectura, contemplación y asimilación. Por eso, me he comprometido a ofrecer mis reflexiones sobre las lecturas de los tres ciclos.

Varias veces he tenido que abrir los ojos a numerosos pobres infelices que escuchaban boquiabiertos las peroratas de sectarios o las engañosas de vendedores tramposos de “doctrinas de métodos de serenación, de cura de estrés”, sabiendo que iban a ser víctimas de la alienación o de la estafa. Esto es lo que, proporcionalmente, ocurre con infinidad de lectores, oyentes y televidentes, a quienes, de modo imperceptible se les reduce la cabeza y el corazón vendiendo globos, droga psicológica, humo tóxico. ¡Qué pena que ignoren que en esta ágora, que es la sociedad, habla también el que tiene la última palabra, el que “es la Verdad” (Jn 14,6). Quienes le han escuchado atentamente han quedado, como aquellos soldados que fueron a prender a Jesús, prendidos y prendados (Jn 7,46). Por eso, dejar de presentar a Jesús o de ofrecer su mensaje, lo considero una traición imperdonable al hombre. Pero antes hemos de sentirnos prendidos y prendados los mismos “cristianos”.

I.S.B.N. Obra completa: 84-284-0640-5
I.S.B.N. Tomo 3: 84-284-0641-3
Depósito Legal: M-47.405-2003

Realizado por:
Artes Gráficas Palermo, S.L.
Avda. de la Técnica, 7. Pol. Ind. Santa Ana.
28529 Rivas (Madrid)

LA PALABRA, LUGAR DE ENCUENTRO CON EL SEÑOR

Pablo VI, con penetración sapiencial, aseguraba: “El rejuvenecimiento de la Iglesia y de cada uno de los cristianos pasa por el encuentro experiencial y vivo con Jesucristo”. Esto mismo ha repetido Juan Pablo II en la carta programática para el tercer milenio (*NMI* 29). El primer lugar de encuentro con él es su Palabra, como ocurre con cualquier persona. Es a través de la palabra como nos confesamos el amor mutuo, los sentimientos, nuestro modo de pensar, nuestro estilo de vida, los valores que nos apasionan, los sufrimientos que nos torturan, las alegrías que nos invaden. Con la palabra introducimos al otro y él nos introduce en su morada interior.

En este sentido, hay que decir que el Nuevo Testamento es el *sagrario del Espíritu de Jesús*. En él se perciben las palpitaciones de su alma soberana. Sólo quien asienta el edificio de la fe sobre la Palabra de Jesús la asienta sobre la roca (Mt 7,24). Teólogos, pastores, formadores insisten al unísono en la necesidad urgente de dar toda la transcendencia que le corresponde a la Palabra del Señor. He aquí unas afirmaciones bien autorizadas: “Cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla” (SC 7). Y también: “La Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura al igual que el mismo Cuerpo del Señor”. Resulta patente que esto sólo es cierto a nivel teórico, de pensadores y de jerarquía. No están demasiado lejanos los tiempos en que estaba prohibida o muy condicionada su lectura al pueblo sencillo y llano. San Jerónimo señalaba taxativamente: “Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”. “La Palabra de Cristo no es menos que el Cuerpo de Cristo”, según san Agustín. En consonancia con esta afirmación, varios Padres de la Iglesia señalan: “No acoger la Palabra del Señor es como dejar caer en el suelo la sagrada Eucaristía”.

“De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo, por quien también hizo el mundo” (Hb 1,1-2). Pero la Palabra quiso acercarse aún más para ser alimento y luz de los hombres de todos los tiempos; se hizo pan en la Eucaristía y

se hizo libro en la Biblia. El largo camino de la Palabra desde la eternidad se ha remansado en forma de Eucaristía y de Biblia. Y Cristo confió estos dos tesoros a su Iglesia para que los reparta en la “doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía” (*DV* 21). La Iglesia ha unido siempre las dos mesas, porque “sin Biblia, tendríamos en la Eucaristía una presencia muda; y sin Eucaristía, tendríamos en la Biblia la Palabra de un ausente”. Es en los dos sacramentos al mismo tiempo donde Jesús resucitado se hace enteramente presente. Por eso me pareció muy acertado que en la capilla de una casa de ejercicios pusieran en una misma plataforma el sagrario y la Biblia, iluminados ambos por la lámpara situada en medio de ellos.

Sólo a través de la comunión con el Señor en su Palabra se llega a la verdadera comunión con el Señor en su Cuerpo y Sangre. Sin Palabra de Dios, la liturgia se degrada en magia, rutina, ritualismo vacío, verborrea oracional... que provocan la náusea divina: “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí” (Is 29,13; Mt 15,7-9). Esto es lo que, reiteradas veces, provocó la ira santa de los profetas y lo que diferenciaba a Jesús de los maestros y doctores de su tiempo. Habían montado un tinglado religioso que se reducía a víctimas, incienso, rezo rutinario de oraciones aprendidas... Marcos define la deplorable situación diciendo: “Al desembarcar vio Jesús mucha gente, le dio lástima porque andaba como ovejas sin pastor” (Mc 6,34).

EL CRISTIANO, OYENTE DE LA PALABRA

K. Rahner afirma lapidariamente: “El cristiano es, sobre todo, un oyente de la Palabra”. Parecería una definición un tanto reductiva, pero no lo es. “La fe, afirma Pablo, nace, se fortalece y crece por la escucha de la Palabra” (Cf. Rm 10,17). Alguien puede decir: “¿Y si se oye pero no se vive?”. Pues el que no la vive es que, aunque parezca lo contrario, verdaderamente no la ha escuchado.

Jesús, para que no haya duda, lo explicita así: “Mi hermano, mi hermana, mi familia son los que escuchan mi palabra y la ponen por obra” (Mc 3,34-35). La escena tiene un gran sabor

popular, pero, sobre todo, un contenido increíble. Una mujer de pueblo se ha sentido inflamada por las encendidas palabras del rabí de Nazaret: “¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!”. Pero Jesús puntualiza: “No, mujer, más bien dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra” (Lc 11,28). “Mi madre, viene a decir Jesús, es dichosa, pero no por la simple vinculación biológica conmigo, sino por los lazos de espíritu que establece la escucha y la vivencia de la Palabra”. Isabel es más certera en su alabanza: “Bienaventurada tú que has creído” (Lc 1,45). María está llena de la dicha anunciada por Jesús a los dóciles a su Palabra, porque ella “la conservaba en su interior y la rumiaba morosa y amorosamente” (Lc 2,51). ¿Qué más nos puede decir el Maestro sobre la suma trascendencia de la acogida adecuada de su Palabra? De ello depende que seamos o no de los suyos.

Escribe Juan Pablo II en su carta programática sobre el nuevo milenio: “No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada *escucha de la Palabra de Dios* en la vida de la Iglesia. Ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia” (NMI 39). Es verdad. Son ya muchos los que se sientan a la mesa y se sacian de los manjares de la Palabra. Pero, en realidad, no pasan de ser una minoría en medio de la gran masa de los analfabetos bíblicos que pueblan nuestros templos, movimientos y organizaciones eclesiales. No se trata de suposiciones gratuitas, sino de constantes comprobaciones.

Los Santos Padres (herederos directos y cualificados de la tradición de los apóstoles) reprendían a sus fieles por el poco empeño en leer asiduamente las Escrituras. El obispo San Juan Crisóstomo (344-407), por ejemplo, reprochaba esto a sus diocesanos desde el púlpito de la catedral de Constantinopla con unas palabras que podrían ser firmadas por todos los obispos: “Muchos de vosotros conocéis muy bien el nombre y el historial de los caballos y de los jinetes que toman parte en las

carreras, y los nombres de los bailarines y actores de teatro, pero no sabéis cuantas y cuales son las cartas de san Pablo. Si visitara vuestras casas, encontraría naipes y parchís; pero la Sagrada Escritura, ni hablar. Y, si algunos la tienen, no sacan mayor provecho que los que no la tienen, porque la guardan muy bien guardada en su biblioteca, haciendo gala de tenerla en finos pergaminos y con letras primorosas; y si la compran, es para hacer alarde de su riqueza. ¡A tanto llega la vanagloria! ¿Qué sacan con eso? ¡Como si la Escritura nos hubiese sido dada para tenerla en magníficos códices, y no para grabarla en el corazón!”.

No se puede dar más atinadamente en el clavo, incluso en nuestros días. Cámbiense los “jinetes” por los futbolistas y el “parchís” por la televisión, los “bailarines” por los artistas de televisión, y tendremos un cuadro que refleja con toda exactitud la triste realidad de muchos ¿“cristianos”?

¡PALABRA DE DIOS!, ¡PALABRA DEL SEÑOR!

Confieso que no salgo de mi asombro al pensar en la tremenda contradicción que supone proclamar: *¡Palabra de Dios!, ¡Palabra del Señor!* y comprobar la patente indiferencia que ante ella siente la gran mayoría de los “cristianos”. Jesús es la última Palabra de Dios, la Palabra suprema (Cf. Hb 1,1-2); Dios no tiene ya nada más que decirnos. Por tanto, si no escuchamos esta Palabra definitiva no tenemos perdón de Dios. Seríamos más culpables que los judíos en su rechazo de los profetas y del propio Jesús de Nazaret (Hb 3,7-12). Los primeros oyentes de Jesús, sus contemporáneos, no lo tenían tan fácil como creen a veces muchos cristianos de las generaciones posteriores. Los contemporáneos de Jesús se sentían desorientados por la desautorización de los jefes religiosos. Es natural que se preguntaran al hilo de lo que escuchaban de los escribas y fariseos e incluso de sus propios familiares: “¿No tendrán razón los guías que Dios nos ha dado cuando dicen que es un desquiciado, un falso profeta que tiene dentro a Belcebú?” (Mc 3,21-22). Nosotros no sufrimos esas perplejidades. Tenemos detrás a millones y millones de creyentes que

le han confesado y le confiesan Hijo de Dios. Sabemos con absoluta certeza que su palabra es Palabra de Dios.

Sin duda, todos los adultos y personas mayores tenemos la experiencia dolorosa de la indiferencia de muchos adolescentes y jóvenes. Movido por el deseo de enriquecerles, pretendes ofrecerles orientaciones; pero ellos, sin haber ido todavía a ninguna parte, parece que están de vuelta de todo. A veces constatan, presumiendo tener en sus juicios tanta garantía como los tuyos, y, si te descuidas, te dan lecciones de lo que tú llevas estudiando y reflexionando concienzudamente durante años. Otras veces se sonríen compasivamente y callan. ¡Suscita rabia interior que quieras y no puedas compartir ciencia y experiencia con quienes quieres! ¿Qué tendría que decir el Señor con respecto a nosotros en este mismo sentido? ¿No somos a veces adolescentes presuntuosos que parecemos pasar de Dios?

La tentación de un cristianismo tejido de dogmas, ritos y normas es insidiosa. Es mucho más fácil un cristianismo culturalista, sensiblero, rutinario, rezador, subjetivista y evanescente que un cristianismo profético, en el que el determinante de la propia vida es la Palabra de Jesús que invita al seguimiento. En contra de la consigna de Jesús, tendemos a aturdir a Dios con nuestros rezos interesados (Mt 6,7-8). Orar es escuchar al Señor y después responder adecuadamente. Un cristianismo meramente oracional y ritualista, sin la Palabra interpelante del Señor, nos permitiría seguir tranquilamente con una vida cómoda, compaginando egoísmos y rezos, celebraciones de por sí comunitarias e individualismos pertinaces.

Muchos autojustifican su despreocupación bíblica diciendo que “ya tenemos el magisterio de la Iglesia y la predicación de nuestros pastores que nos retransmiten los mensajes bíblicos; para nosotros la comprensión de la Biblia resulta inasequible”. Si esta justificación valiera, no tendría sentido que la misma Iglesia insistiera en el acercamiento directo a la Sagrada Escritura. El contacto directo con la Palabra de Dios tiene una fuerza sacramental. Esto no sólo es una afirmación teórica, sino una experiencia de todos los que estamos a la escucha de la Palabra revelada.

ESCUCHA ACTIVA

Pero la Palabra de Dios no tiene una eficacia mágica. Todavía algunos demandan el rito mágico de la imposición de los evangelios en la cabeza como si el contacto físico con el libro tuviera una fuerza sanadora. La Palabra no tiene eficacia automática ni por el contacto físico del libro que la contiene ni por la escucha pasiva de su contenido. Se necesita todo un proceso en el que el oyente o el lector tienen mucho que hacer. El clima más adecuado para la acogida vivencial es el *ámbito de la oración*. La Palabra es un don; la lectura o proclamación, un tiempo de gracia que hay que vivir en actitud coloquial con el Señor.

La Escritura es una enorme mesa repleta de alimentos de primera calidad, pero hay que elegirlos, prepararlos y guisarlos. Y se necesita todo un aprendizaje.

Antes de nada, hay que *entenderla*. Para muchos los relatos evangélicos son viejas historias, muy conocidas y muy parecidas, que se reducen a decirnos que Jesús era todo corazón, un hombre muy compasivo y que, como era Dios, hacía muchos milagros... Y sus parábolas son simplemente unos cuentitos muy bonitos, ya un poco antiguos, y que solamente nos dicen que procuremos portarnos bien. Se desconoce el sentido simbólico y catequético de los relatos.

Hay que decir, sin miedo a equivocarse, que la Palabra de Dios es eterna, interpreta al hombre de todos los tiempos y revela la acción misericordiosa de Dios a lo largo de toda la historia, que es *historia de salvación*. Es una Palabra que Jesús pronuncia hoy para mí, para mi familia, para mi comunidad cristiana. Una Palabra que, con nuestra colaboración, se puede *cumplir hoy* (Lc 4,21). Confiesa en su Autobiografía san Antonio María Claret, lector muy aficionado de la Biblia: “Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía” (nº 114). En esto consiste esencialmente la escucha activa de la Palabra.

Entender la Palabra de Dios supone conocer el texto en su contexto, la situación desde la que escribe el evangelista y su

intencionalidad. Los evangelistas, con el pasaje evangélico, pretenden iluminar la situación de las comunidades a las que dirigen su evangelio; las iluminan mirando a los orígenes, a la persona y mensaje de Jesús; y como las situaciones humanas esencialmente son permanentes, proyectan una luz que ilumina al discípulo de Jesús y a las comunidades cristianas a lo largo de todos los siglos.

Hay que prevenir contra el subjetivismo en la interpretación, contra la libre interpretación de la Palabra de Dios. Lo digo porque soy testigo de grupos en los que se le hace decir a Dios lo que uno cree o piensa. Se aferran a detalles insignificantes para hacer que la Palabra de Dios avale su punto de vista, sus vivencias subjetivas o su espiritualidad particular, con lo cual uno no se sitúa como oyente sino como docente. Esto es profanar la Palabra de Dios instrumentalizándola. No se trata de hacerle decir, sino de acoger lo que dice.

El Espíritu que iluminó al autor inspirado, nos ilumina también a los oyentes o lectores para que podamos acoger dócilmente, comprender, dejarnos interpelar, vibrar ante la Palabra y orar desde ella, como atestigua el libro de los Hechos (Hch 16,14). Para ello, se necesita estar “hambrientos” y pedir la acción del Espíritu (Lc 1,53).

La escucha activa supone también *asimilar la Palabra*. Escucharla o leerla no es lo mismo que escuchar un discurso político o cultural, en el que la participación se reduce a darse por enterado y adoptar una decisión. La acogida de la Palabra no termina con su escucha y el asentimiento a ella, ni termina con expresiones de admiración al ministro que la ha servido. Lo más laborioso y propio del oyente o lector empieza a continuación. Escuchar o leer la Palabra de Dios es dejarse transformar por ella. Para ello hay que asimilarla de modo que llegue a configurar nuestra mentalidad y hacer crecer en nosotros el mismo espíritu de Jesús, hacer nuestros sus sentimientos y actitudes, como señala Pablo (Flp 2,5), y vivir impulsados por el espíritu filial y fraterno que le movió en toda su vida. “Hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios” (Rm 8,14); “es el Espíritu quien nos

hace hijos y nos permite gritar: ¡Abba! ¡Padre!” (Rm 8,16). La meta es que nos dejemos transformar de tal manera por el Espíritu de Jesús que podamos decir con Pablo: “Vivo yo, pero en realidad ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gá 2,20). ¡Qué programa, Dios mío!

Esta transformación interior supone entrar en la dinámica del amor, en la experiencia profunda de ser amados: “Amor con amor se paga”; se paga amando y sirviendo al Señor en los que son la niña de sus ojos, los otros hermanos, sobre todo los que andan con sus cruces auestas, en los que él revive su pasión (Mt 25,40). El Espíritu de Jesús es espíritu de comunión (“que sean uno” -Jn 17,21-23-); la fraternidad es su proyecto fundamental. Vivir según el Evangelio, estar animados por el Espíritu de Jesús, no es hacer algunas prácticas culturales ni realizar sólo algunos gestos o atenerse a ciertas normas morales; es vivir animados por el espíritu del hombre nuevo. Por eso Jesús insiste en la transformación del corazón, en la conversión del núcleo de la personalidad de donde brotan las actitudes, sentimientos y comportamientos (Mt 15,19).

Todo ello implica, claro está, vivir la Palabra que hemos acogido. Para ello es necesario hacer la hermenéutica: ¿Cómo hemos de traducir a nuestra situación esa Palabra que hemos escuchado? ¿Qué diría el Señor, por ejemplo, si viviera en la cultura de nuestros días, en nuestra situación social? ¿Qué llamadas me dirige aquí y ahora? ¿Qué gestos de amistad tiene conmigo? ¿Cómo puedo hacer comunidad para ser con otros discípulos de Jesús signo de unidad? ¿Cuál es el “enemigo” al que tengo que amar y perdonar? ¿Cuál es el malherido de la cuneta al que he de tender la mano? ¿Cómo ejercer la urgencia misionera aquí y ahora? ¿Cómo he de contribuir de hecho a la construcción del Reino?

Esto es lo que decía santa Teresa con su comparación tan clásica y tan gráfica del hortelano que, al sacar agua de la noria, ha de conducirla a los árboles frutales más sedientos. Se trata de dar respuesta a los mensajes que el Señor nos dirige con su Palabra, a las protestas de amor que nos hace, a las propuestas que nos presenta, a las amonestaciones con que

nos corrige, a las promesas que nos hace. La Palabra de Dios ha de ser determinante y normativa a lo largo del día, ha de ser como la provisión que el trabajador lleva a su puesto de trabajo para reponer fuerzas a lo largo de la jornada.

Para ello, lo más práctico es procurar sintetizar en una consigna o sentencia el pasaje bíblico que se ha leído o escuchado. A veces las mismas parábolas o pasajes neotestamentarios lo ofrecen como “moraleja”: “Revelaste estos misterios a los humildes y sencillos de corazón” (Mt 11,25), “venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados” (Mt 11,28), “el primero entre vosotros que sea vuestro servidor” (Mt 20,27), “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35). Estas consignas, repetidas, oradas, iluminarán nuestras opciones y nuestras acciones.

El pan de la Palabra, compartido, tiene una mayor fuerza nutritiva; es un elemento esencial de la comunidad, como pone de manifiesto la comunidad de Jerusalén (Hch 2,42). Toda comunidad, incluida la “Iglesia doméstica”, es siempre comunidad de la Palabra; es ella el factor unificante que hace que todos los miembros tengan “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32) porque todos comulgan en el contenido de la Palabra. Hay, gracias a Dios, muchas comunidades que comparten la Palabra con una eficacia sorprendente. Hay comunidades religiosas que la leen, la comentan, la acogen al comienzo de la jornada, la vivencian a lo largo del día y comparten la experiencia en la oración vespertina.

GRANDES COORDENADAS

He procurado no andar por las ramas ni perderme en sutilezas o en temas marginales, sino que, fiel al mismo Evangelio, he procurado centrar las reflexiones en los grandes temas vitales, siempre desde una perspectiva de gracia, de oferta, de declaración de amor por parte de Dios, no desde un moralismo estrecho, encogedor e intimidatorio.

Se trata de contemplar y brindar *temas mayores* sin perderse en vagas sutilezas. En este sentido, el ciclo “C” es espe-

cialmente rico. Todos los ciclos nos ofrecen una visión conjunta del misterio cristiano, pero encuentro que el “C” es el más rico de todos.

Es conveniente no perder la visión de conjunto que enriquece cada uno de los pasajes evangélicos. Dios Padre-Madre, en Jesús y por Jesús, nos presenta su proyecto fascinante. Es el Dios-Amor, Dios-Comunión, Dios-Amistad, Dios-Familia, que ha hecho al hombre a su imagen y semejanza para vivir en comunión, como hermanos de los demás hijos de Dios. La historia humana es historia de salvación, en la que el protagonista es Cristo que actúa en ella por medio del Espíritu.

El Padre-Madre, como gesto supremo de donación a sus hijos, nos envía al “Hijo”, su “rostro”, sacramento de su presencia y de su bondad. Con su entrega hasta dar la última gota de su sangre nos revela con esplendorosa claridad al Padre como Amor y sólo Amor; nos ama tanto que nos ha entregado a su Hijo para salvarnos (Jn 3,16). El proyecto esencial de Jesús es la comunidad de hermanos, una comunidad enviada a ser misionera, con su propia vida interpelante, como un espacio profundamente humano que inspira la convivencia social y también con el anuncio profético de su Palabra. La única ley del pueblo de la Nueva Alianza es el amor.

La Palabra nos presenta a Jesús no sólo como el mayor profeta de la historia, como el gran genio religioso que “pasó a la historia”, sino como el Resucitado que hace historia, que se ha quedado con los suyos (nosotros) (Mt 28,20), que se hace presente en medio de los suyos (Mt 18,20), que sigue alimentando a su comunidad con su Palabra y con su Cuerpo, a través de los cuales comunica los dones del Espíritu para que prosigamos la tarea de construir el Reino.

Como sabemos muy bien, en una única consigna resume Jesús el talante que ha de animar la vida de sus discípulos: el amor y sólo el amor es el que nos hace hijos del Dios-Amor y discípulos del *hombre-para-los-demás*. Pero ese amor ha de ser al mismo tiempo *efectivo* y *afectivo*. No sólo *afectivo*, de meros sentimientos efervescentes, ni sólo *efectivo* de quien se libera de una obligación pagando con un gesto seco, sin calor

humano, el tributo de la ayuda al prójimo. El amor, y sólo el amor, nos hace ser personas como Dios manda.

Como horizonte final, *la humanidad nueva*, el mundo nuevo, que se ha de iniciar aquí con los correspondientes aperitivos del banquete, con los “manjares exquisitos y vinos de solera” que llenarán las mesas en la etapa final del banquete del Reino, en el momento culminante de la transhistoria. Ésta es la visión general en la que están insertas, como detalles del gran tapiz, las reflexiones de cada domingo o fiesta litúrgica.

ACLARACIONES

Con el *Don de la Palabra, Ciclo C* pretendo ofrecer una ayuda a los que tienen el ministerio de servir el pan de la Palabra al pueblo de Dios. Estas reflexiones son palabras vivas, no de gabinete. En sus líneas básicas las han escuchado bastantes miembros de asambleas dominicales y dicen que les han vigorizado mucho. Por eso me han pedido su publicación.

Por lo demás, intento que sea una ayuda complementaria para los que han escuchado o van a escuchar la reflexión en la Eucaristía dominical o festiva, como lo están haciendo algunos con el *Don de la Palabra, Ciclo B*. Todos tenemos experiencia de la fragilidad de la memoria, incluso habiendo vibrado interiormente hasta el entusiasmo en la escucha. Cuando te preguntas o te preguntan: “¿Qué ha dicho el sacerdote en la homilía? ¿Con qué mensaje te has quedado?”, adviertes que las ideas han volado como pájaros huidizos. Tener el comentario a mano supone una gran ayuda para ahondar, asimilar y orar la Palabra.

Con respecto a la Eucaristía dominical o festiva, domina con frecuencia la praxis del “todo o nada”: “No puedo participar en la Eucaristía por razones de enfermedad propia o de alguno de mis familiares; pues, entonces, como no tengo obligación...”. Lo obvio cristianamente es seguir la praxis de muchos pueblos que carecen de sacerdote que les celebre la Eucaristía (en ellos he pensado también al escribir estas refle-

xiones bíblicas): Alguien les reparte el pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía. En el caso del enfermo o impedido, alguien le lee los textos bíblicos, las oraciones litúrgicas correspondientes y le lleva la Eucaristía; de este modo entra en comunión con la comunidad cristiana. Es lo que se hacía en las primeras comunidades con los enfermos, encarcelados e impedidos después de evocarlos y rogar por ellos en la celebración.

Estas reflexiones homiléticas pueden prestar ayuda individual y grupalmente. Me consta que hay grupos y comunidades (entre otros, algunos que he animado o animo) que las utilizan antes o después de la Eucaristía parroquial en la que es imposible *compartir la Palabra* y en la que, tal vez, la reflexión del sacerdote que preside no responde a las urgencias de los participantes. En este caso, para organizar mejor la participación, será útil agregar un pequeño cuestionario al final de cada reflexión. No lo he hecho porque los lectores son muy diversos y, por eso, lo más pedagógico es que lo haga cada grupo según la propia situación en que vive.

Por lo demás, estas reflexiones pueden nutrir la vivencia cristiana personal y comunitaria fuera del contexto litúrgico, en días de retiro, en la meditación diaria de cada creyente o de cada “Iglesia doméstica”. Hay temas de una densidad y una vigencia perenne.

Como es obvio, hay que recordar como ejemplos de acogida de la Palabra, a las dos Marías. María, la amiga de Betania, todo un ejemplo de escucha y contemplación morosa y amorosa, tan apremiante en estos tiempos de verdadero vértigo: “Se sentó a los pies del Señor para escuchar sus palabras” (Lc 10,39). Por otra parte, está María, la Madre de Jesús, de la cual afirma Lucas reiteradamente: “Conservaba el recuerdo de todo esto meditándolo en su interior” (Lc 2,19.51). Mientras realizaba las tareas domésticas, María ora y contempla dando vueltas a los hechos y dichos de Jesús. Y los mensajes de su Hijo orientan su vida.

Cuenta san Antonio María Claret con gran ingenuidad que, entre los 18 y 23 años, estando en Barcelona haciendo estu-

dios de arte textil, los jóvenes de su edad intentaban a veces empujarle a sus libertinajes, pero él se detenía a pensar: “Eso es pecaminoso; debes huir de ello; debes hacer caso a Dios, a tus padres y a tu maestro, porque éstos sí que saben y quieren lo mejor para ti. Esos pobres infelices no saben lo que hacen ni lo que dicen” (*Autobiografía*, nº 27). Ésta ha de ser la actitud de todo discípulo de Jesús: preguntarse antes de todas y cada una de las opciones: ¿Qué me dice la Palabra del Señor a este respecto? ¿Qué opción y sentimientos me sugiere?

Un líder del socialismo *marxista*, al ver las muchedumbres que salían de los templos los domingos, comentaba: “Si nosotros tuviéramos a nuestro alcance durante un tiempo esas muchedumbres a las que pudiéramos hablar durante un cuarto de hora todas las semanas, a estas horas el mundo sería marxista”. Me impresionó, así mismo, un agnóstico, al que algunos familiares y compañeros de infancia le reprochaban su alejamiento de la fe en la que le habían educado. Comentaba: “Me da la impresión de que los que decís que creéis tampoco creéis. Parece que no estáis convencidos. Hablaba con más fuego Rodríguez de la Fuente de los lobos que vosotros de Jesucristo a quien decís que admiráis tanto”. ¡Qué reproche tan estremecedor!

Un hecho nos interpela: En cuatro años, en España, han abandonado la participación en la misa dominical la friolera de ¡dos millones! de españoles. Ha decrecido de nueve millones de participantes a siete. ¿Qué derroteros seguirá la vivencia cristiana? Sin duda, tiene que ver en ello la calidad y la calidez de la homilía. Pretendo ayudar modestamente en este difícil ministerio.

Son bastantes las personas que no saben cómo agradecer que se les haya iniciado en el encuentro con la Biblia. Una mujer de 66 años me confesaba: “No sabes lo contenta que estoy con haberme incorporado al grupo bíblico y acercarme a la Biblia. Se me ha abierto un horizonte en mi vida cristiana que no lo sospechaba. Ahora entiendo muchas cosas y veo mucho de lo que vivía y conocía con otros ojos”. ¿Por qué tuvo

que aguardar tantos años esta cristiana inquieta para nutrirse del manjar exquisito de la Biblia?

Cuántos y cuántas, sin darse cuenta, estarán ansiando sentarse a la mesa. Tengo la confianza de que, gracias a la llamada de estas reflexiones, algunos más se sienten a la mesa. Me congratulo, amigo lector, de que tú ya lo estés. Para ti y para mí deseo la experiencia que confesaba Jeremías: “Cuando recibía tus palabras, yo las devoraba; tus palabras eran mi delicia y la alegría de mi corazón... Ellas son para mí miel en los labios y fuego en el corazón” (Jr 15,16). ¡Amén!

ADVIENTO

ACEPTAR LAS OFERTAS DE DIOS

1.º DOMINGO DE ADVIENTO

Jr 33,14-16; 1Ts 3,12-4,2; Lc 21,25-28.34-36

ADVIENTO COMO ACTITUD VITAL

Adviento, antes que tiempo litúrgico, es una actitud teológica que los cristianos hemos de tener a lo largo de la existencia. El tiempo litúrgico no es más que una mediación para espabilar la esperanza, como el Día de la Familia no es nada más que una oportunidad para avivar el afecto y la unión que han de durar todo el año. Adviento es reavivar la actitud de apertura a un futuro mejor que Dios nos ofrece siempre. He aquí una actitud fundamental para el discípulo de Jesús. Vivir en adviento es ponerse en actitud de éxodo, de superación, de querer alcanzar nuevas etapas en el camino hacia la meta; es tomar conciencia de que la persona, el cristiano, la familia, la comunidad, como el avión o la bicicleta, sólo se mantienen en pie avanzando; es concienciarse de que detenerse, en sentido psicológico y espiritual, es estrellarse; es tomar conciencia de que “esto no puede seguir así”.

Vivir en adviento es emprender el éxodo hacia una tierra de promisión siempre mejor. Helder Camara lo definía como *partir*, al modo de Abrahán, dejando casa y patria, llenas de seguridades rutinarias, para caminar hacia una vida personal y comunitaria nuevas: “Es, ante todo, salir de uno mismo, romper la coraza del egoísmo que intenta aprisionarnos en nues-

tro propio ‘yo’. Es dejar de dar vueltas alrededor de uno mismo... La humanidad es más grande, y es a ella a quien debemos servir. Partir es, ante todo, abrirse a los otros, ir a su encuentro; abrirse a otras ideas, incluso las que se oponen a las nuestras. Es tener el aire de un buen caminante”.

Porque esto tiene que cambiar. Y cuando decimos “esto”, decimos todo lo que se refiere a nuestro entorno vital y social, por muy bien que vaya, por la sencilla razón de que tanto la vida personal como la vida social, si es vida, ha de ser evolutiva. ¿Lo tenemos en cuenta al hacer la “carrera” de la vida? ¿Qué recorrido hemos hecho en el año litúrgico que terminó el domingo pasado?

En una tertulia en que intervenía Ortega y Gasset saltó el tema de lo que habían cambiado los contertulios en la última etapa de su vida. Cada uno ponía de relieve los cambios más significativos. Uno de los contertulios comentó: “Yo llevo prácticamente treinta años sin cambiar nada. Le he cogido el tranquillo a la vida, y ahí sigo”. “¿Cuántos años has cumplido?”, le pregunta Ortega y Gasset. “Tengo 64”. “No, le replica, tú no tienes 64 años, tú tienes 64 veces el mismo año”.

Para este hombre la vida era un velódromo en el que no hacía más que dar vueltas al mismo circuito, en lugar de ser una escalada. Dar vueltas siempre al mismo circuito es un pecado grave contra uno mismo, contra el impulso vital de crecer, contra la urgencia del Espíritu que nos apremia igualmente a crecer, contra la comunidad a la que nos debemos y, en definitiva, contra la historia de salvación de la que somos deudores. Estancarse es pecar de haraganería, frustrar el proyecto de Dios y las esperanzas de los hombres; es enterrar los talentos para ahorrarse preocupaciones (Mt 25,14-30).

En el pasaje evangélico Jesús habla de la desintegración apocalíptica del universo, pero no malinterpretemos; lo que Jesús quiere decir es que él, primordialmente, viene a desintegrar el viejo mundo contaminado de maldad que hemos construido entre todos, para construir un mundo nuevo, una humanidad nueva, su Reino. Esto tiene que cambiar. Pero, ¿es que no tenemos nada bueno? No se trata de eso. Aunque abunden

las realidades buenas y hagamos muchísimo bien, esto tiene que cambiar por la sencilla razón de que Dios quiere para nosotros una vida mejor, una familia mejor, un grupo y una comunidad mejores, una sociedad y una Iglesia mejores. Esto tiene que cambiar porque falta mucho para que realicemos íntegramente el plan de Dios y porque lo exige la dinámica cristiana de constante superación.

Vivir y celebrar el Adviento es ponerse ante Dios y preguntarle: ¿Qué ofertas nuevas nos haces, Señor? ¿Qué proyectos nuevos presentas a cada uno, a nuestra familia, a nuestra comunidad, a nuestro mundo laboral? ¿Cómo podemos llevarlos a cabo? ¿Qué quieres, Señor, que hagamos? (Hch 22,10). Todos tenemos adicciones y esclavitudes de las que hemos de liberarnos y libertades que hemos de conquistar.

LA REVOLUCIÓN EMPIEZA POR CASA

Sentimos que muchas cosas deberían cambiar. Pero, a la hora de verificar el cambio, es fácil escurrir el bulto con escapatórias. Es preciso decirse uno a sí mismo, la familia a sí misma, el grupo a sí mismo: *Soy yo, somos nosotros los que hemos de cambiar*. Es aleccionadora y alentadora la confesión del sufí Bayacid: “De joven yo era revolucionario, y mi oración consistía en decir a Dios: ‘Señor, dame fuerza para cambiar el mundo’... Años después: ‘Señor, dame la gracia de transformar a cuantos entran en contacto conmigo’... Ahora que tengo los días contados, mi única oración es la siguiente: ‘Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo’”.

Vivir en adviento no es esperar a que cambie el otro o los otros, ni esperar a que sean otros los que cambien las estructuras, sino comprometerme a cambiar yo, a cambiarlas yo. ¿Nos imaginamos lo que hubiera cambiado nuestro entorno si nosotros hubiéramos cambiado, si en vez de ser simplemente *buenos*, hubiéramos sido *mejores*?

Adviento es aceptar la oferta del Señor Jesús de una vida nueva. La conversión no se reduce a pequeños retoques, implica un cambio profundo. Supone cambiar algunas claves

de interpretación. El Señor me ofrece una vida de paz, de felicidad, que brota de la entrega: “Hay más felicidad en dar que en recibir” (Hch 20,35).

Quizás busco demasiado afanosamente las seguridades terrenas y sociales, acumular bienes económicos, poder consumir con abundancia, relevancia social... Es posible que me esté dejando arrollar por un activismo desbordado y desbocado que me impide saborear la vida, la convivencia, la amistad, el sosiego interior, la oración. Esto hace que me esté “desviando”, en el peor sentido, es decir, maltratándome en lo profundo de mi ser. El Señor me ofrece su paz (Jn 14,27), otro alimento y otra contemplación.

DIOS NOS AYUDARÁ A CAMBIAR

Celebrar el Adviento es avivar la fe de que Dios está con nosotros para hacer realidad los proyectos que Él nos ha inspirado por su Espíritu. Es creer que “para Dios no hay nada imposible” (Lc 1,37). Es esperar que aquí va a pasar algo porque Dios puede cambiar el desierto en verdegales. Si vivimos de verdad en adviento habrá una verdadera Navidad, porque nacerá algo nuevo en nosotros. Tendremos una experiencia nueva de Dios, de la vida, de nuestros prójimos. Ésta es la promesa que el Señor nos hace solemnemente al comienzo del Adviento. Y Él (lo sabemos muy bien) no falla.

Como el pueblo de Israel, también nosotros estamos esperando al Mesías, pero en su segunda venida, venida gloriosa, como consumidor de la historia. Hemos de esperarle en actitud vigilante, activa y renovadora, llevando a cabo la tarea que nos ha encomendado mientras vuelve. Si aceptamos las liberaciones que en el tiempo nos ofrece el Señor, si nos empeñamos en continuar su obra liberadora, gozaremos de la liberación definitiva que ofrecerá al final de los tiempos. La esperanza cristiana no tiene nada que ver con la simple espera, el aguardar con los brazos caídos a que venga el tren que nos lleve a la otra vida. La esperanza cristiana alienta la entrega y la responsabilidad (Cf. Mt 24,45-51).

PREPARAD EL CAMINO AL SEÑOR

2.º DOMINGO DE ADVIENTO

Ba 5,1-9; Flp 1,4-6.8-11; Lc 3,1-6

DEJARSE LIBERAR

“He venido para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10,10), decía el Señor. Vivir en actitud de adviento es aceptar nuevas experiencias que acrecienten la calidad de vida personal y comunitaria. Como el profeta a Jerusalén, el Señor nos invita a “despojarnos del luto y vestirnos de gala, porque se acuerda de nosotros” y ofrece liberación: “Alzad vuestras cabezas, que se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28).

Con frecuencia escuchamos testimonios de personas y grupos que han iniciado experiencias nuevas de mayor plenitud y calidad de vida; personas que han pasado de una vida más bien individualista a una vida de comunión, de grupo, de amistad, que les reporta alegrías insospechadas; personas que, gracias a la lectura de un libro, de la orientación de algún creyente, por medio de algún curso o de un intercambio grupal, han superado una religiosidad cumplimentera y fría, viven ahora una fe gozosa y oran de una manera más evangélica; personas que se han reconciliado con las cruces de la vida, con los sufrimientos físicos, con las situaciones dolorosas y viven la experiencia de la conformidad al encontrar en la fe sentido al sufrimiento; personas que se han reconciliado con otras personas de su entorno y han empezado a disfrutar de una convivencia en paz; personas que “hacían su vida” y que han estrenado una vida de solidaridad y experimentan la alegría de sentirse útiles. Todo ello son gestos liberadores de Jesús, el Liberador.

Pablo pide a los miembros de la comunidad de Filipos que no se contenten con la primera conversión, que den un paso adelante, que crezcan, que acojan nuevos dones que el Señor ofrece a manos llenas.

ALLANAR LOS MONTES

Como Juan en el desierto, también ahora, y siempre, el Señor ofrece nuevas liberaciones, llama a la conversión. Son muchos los mensajeros que invitan a acoger al Liberador y sus liberaciones. Entre ellos, está Juan Pablo II, que nos urge a aceptar *la nueva evangelización* y la gracia de un cristianismo exultante y liberador.

El Bautista señala las condiciones para que la acción liberadora del enviado de Dios sea eficaz. Invita a preparar los caminos para que podamos acogerlo. En primer lugar, *allanar los senderos*. Toda la Escritura está llena de gritos de alerta contra la autosuficiencia que imposibilita la acción salvadora del Señor. La Iglesia lo cantó categóricamente por boca de María: “A los hambrientos los colma de bienes, pero a los ricos los despide vacíos” (Lc 1,53). En almas cerradas a cal y canto no puede entrar el Señor con su liberación. Por eso Jesús ora diciendo: “Bendito seas, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25). La autosuficiencia hace que el fariseo salga del templo peor de lo que entró. Dios no tuvo nada que hacer en aquel espíritu herméticamente cerrado por su orgullo (Lc 18,9-14). Se trata de un pobre esclavo que se cree libre; él no tenía nada de qué ser liberado; y, por eso, salió más esclavo de lo que entró.

Un grupo de matrimonios, la mayoría por complacer a su párroco, acceden a ir de ejercicios un fin de semana: “Bueno, no tenemos cosa importante que corregir, pero siempre es bueno mejorar un poco”, comentan algunos. A medida que se suceden las reflexiones, se les van abriendo los ojos y van descubriendo asombrados las numerosas esclavitudes y mediocridades que están padeciendo. Se dan cuenta, como Adán y Eva, de que están desnudos (Gn 3,10). “A partir de ese encuentro, comentan, empezamos una nueva vida”.

Advierte el ángel a la Iglesia de Laodicea: “Tú dices: ‘Soy rico, tengo reservas y nada me falta’. Aunque no lo sepas, eres desventurado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acendrado a fuego, así serás rico; y

un vestido blanco para ponértelo y que no se vea tu vergonzosa desnudez, y colirio para untártelo en los ojos y ver” (Ap 3,17-18).

Dicen los psicólogos que lo que domina hoy no es el *miedo a la libertad*, sino el *miedo a la realidad*. Tenemos miedo, sobre todo, a la verdad sobre nosotros mismos, condición imprescindible para que seamos realmente libres, como testimonia Jesús (Jn 8,36).

RELLENAR LAS HONDONADAS

Otro camino que imposibilita la llegada liberadora del Señor es el camino con hondonadas profundas de pesimismo y desesperanza. Las personas llenas de hondonadas reconocen el mal, sus esclavitudes, pero tienen poca esperanza: “Yo sé que jamás podré con mi temperamento, que seguiré amargando la vida a los demás y a mí mismo”, “genio y figura hasta la sepultura”, “¿para qué voy a seguir intentando cambiar si sé que es inútil?”, “esto no hay quien lo arregle”... Este derrotismo es una negación radical, la oposición frontal de la esperanza cristiana que proclama la Palabra de Dios en Adviento. Decir: “no hay nada que hacer; esto no tiene remedio” es, en boca de un cristiano, una auténtica blasfemia y, con frecuencia, esconde a un comodón y a un cobarde que no quiere hacer nada ni remediar nada.

¿No conocemos a personas, familias, grupos y comunidades que eran un auténtico desastre y que se han rehabilitado? San Pablo recuerda a los corintios que eran unos auténticos degenerados y que fueron regenerados, resucitados por la fe y la confianza en Jesús de Nazaret. Les recuerda su desastrosa condición de ladrones, mujeriegos, borrachos, pendencieros y cómo han sido rehabilitados por la fe en Jesús (1Co 1,25-28; 6,9-11). ¿No tenemos experiencias de liberación que, quizás, creíamos imposible? Jesús testimonia: “Todo es posible para el que tiene fe” (Mc 9,23); “la fe mueve montañas” (Mt 17,20).

“Sé realista, decía un eslogan revolucionario, intenta lo imposible”. El cristiano, por definición, es una persona audaz,

porque sabe que hay dentro de él potencialidades y fuerzas insospechadas gracias a la acción del Espíritu. Dicen los psicólogos que sólo actualizamos el 10% de nuestra riqueza interior. “En los deseos, aconseja santa Teresa, seamos desmedidos, que el Señor es capaz de realizar aún más de lo que deseamos”.

ENDEREZAR LO TORCIDO

Jesús atestigua que los sepulcros blanqueados (Mt 23,27), los hipócritas y llenos de doblez, los tramposos e insinceros, los que se mueven en las tinieblas de la noche (Mt 23,1-35) no podrán ver el rostro de Dios. El Señor no puede acceder al hombre por caminos entreverados que se bifurcan o se trifurcan. El Señor no puede liberar a espíritus complicados y complicadores, a espíritus astutos que juegan a la diplomacia, a las segundas intenciones, al enigma... Jesús es categórico: “Os lo aseguro: quien no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,15), “bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8). El Señor no tiene nada que hacer, afirma Teresa de Jesús, en los espíritus llenos de trampas. Sólo puede actuar en los espíritus sencillos que cumplen la consigna del Señor: “Que vuestro sí sea un sí y vuestro no sea un no” (Mt 5,37).

Dice certeramente Bailey: “El primero y el peor de todos los engaños es engañarse a sí mismo. Después de éste, todos los engaños resultan fáciles”. En consecuencia, también es verdad el reverso en positivo: El primero y el mejor de todos los aciertos es sincerarse con uno mismo. Después de éste, todos los aciertos resultan fáciles.

Es posible el encuentro liberador con el Señor si abrimos un camino sin altiveces, *llano*, de humilde reconocimiento de nuestras esclavitudes; *recto* por la sinceridad y transparencia, y *plano* por la confianza absoluta en el querer y el poder liberador de Jesús.

OYENTES Y PRACTICANTES

3.º DOMINGO DE ADVIENTO

So 3,14-18a; Flp 4,4-7; Lc 3,10-18

BIENAVENTURADOS LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA

Jesús echa en cara al pueblo judío no haber acogido el mensaje de conversión del Bautista (Mt 11,18-19); pero, como todos los profetas, tiene un grupo, “el pequeño resto” que se deja interpelar. Lucas se refiere a él en el relato evangélico de hoy. Se trata de un puñado de personas sencillas y sinceras que el evangelista presenta como modelos de escucha. No se trata, precisamente, de “piadosos”, sino, más bien, de excluidos, soldados, publicanos, gente marginal, pero con el corazón bien dispuesto. Ellos acogen el mensaje de salvación que los “piadosos”, escribas y fariseos, rechazan.

En ellos se cumple la bienaventuranza de Jesús: Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra (Lc 11,28). En esto consiste la conversión. Pero, ¿por donde empezar? ¿Cómo desencadenar el proceso de conversión? Hemos de empezar por la escucha de la Palabra y por el esfuerzo de traducirla en hechos diarios. Juan Pablo II no cesa de llamar a la conversión y señala como punto de arranque la escucha de la Palabra.

Los oyentes del Bautista, como más tarde los oyentes de Pedro, responden adecuadamente a la palabra interpeladora del Señor: “¿Qué hemos de hacer?” (Hch 2,37). No se contentan con asentimientos de cabeza ni con decir: “Tiene más razón que un santo”; no se contentan con escuchar la Palabra, sino que quieren ponerla por obra. Vienen a decir a Pedro: “Queremos llevar la Palabra a la vida. Queremos empezar a actuar ya. ¿Qué te parece que hagamos?”. Quieren orientaciones concretas, verificables.

Según Jesús, “mi madre y mis hermanos son los que escuchan el mensaje de Dios y lo ponen por obra” (Lc 8,21). Asegura también: “El que edifica sobre mi palabra, edifica sobre roca; el sordo edifica sobre arena” (Cf. Mt 7,24-27). En

la parábola del sembrador Jesús pone de manifiesto las formas tan distintas de acogida a la semilla de la Palabra (Mc 4,1-20). Santiago, refiriéndose a la superficialidad con que muchos acogen la Palabra, señala: “Se miran en su espejo, se ven tiznados; pero salen de la celebración y se olvidan de limpiarse el rostro” (St 1,23-25).

CONSERVAR, MEDITAR, PROYECTAR LA PALABRA

María nos da la pista para saber qué hemos de hacer con la palabra escuchada. Antes de nada es preciso “conservarla”; después “meditarla” para asimilarla fecundamente y convertirla en oración-respuesta y en pauta de vida.

Un grave peligro que es también un error: muchos escuchan atentamente; asienten, a veces incluso visiblemente con la cabeza, pero creen que ya cumplen con haber escuchado, con haber estado en “misa”. Terminada la “misa”, pasan página, y hasta otro domingo. Escuchar la Palabra no es algo puramente pasivo; significa también comprenderla, asimilarla... Cuando termina de hablar el que proclama la Palabra, empieza la tarea del oyente.

Tenemos el riesgo de confundir la fecundidad de la palabra con las emociones que provoca en nuestro corazón, tan sensible y emotivo. Éstas son, sin duda, un efecto positivo; pero no son, ni mucho menos, un efecto suficiente. Cuenta el Abbé Pierre que después de algunas intervenciones suyas en la radio o la televisión, le llamaban con cierta frecuencia personas, sobre todo mujeres, para decirle: “Me ha conmovido usted hasta las lágrimas cuando le he oído describir esas situaciones tan dramáticas que tiene entre manos y las dificultades con las que tiene que luchar para solucionarlas”. Al ver que todo quedaba en lágrimas inútiles, él contestaba: “Sí, muy bien, señora; pero me temo que con sus lágrimas no voy a poder dar de comer a los sin techo que tenemos en nuestro refugio”...

Otro engaño muy frecuente son los deseos muy generosos, pero muy genéricos: “Voy a ser más humano”, “voy a darme

más a los demás”, “voy a cooperar más con la Iglesia”, “voy a hacer más oración”... Supone, sin duda, una respuesta positiva a la Palabra de Dios, pero si no se concretan muy bien los compromisos, todos estos grandes deseos pueden convertirse en un autoengaño que tranquiliza la conciencia.

Como los oyentes del Bautista hemos de preguntarnos: ¿Qué hemos de hacer? ¿En quién y cómo voy a expresar mi solidaridad? ¿Con quien y cómo he de compartir la túnica o las sandalias repetidas que tengo? ¿Cómo voy a mejorar mi oración? ¿Qué injusticias puedo remediar? Lo confieso: A veces termina uno las celebraciones un poco decepcionado. Has transmitido la Palabra del Señor que invita a cosas bien concretas, reclama respuestas bien concretas, pero los oyentes no vienen a preguntar como hicieron los de Juan el Bautista y los de Pedro (Lc 3,10; Hch 2,17).

Existe otra forma de autoengaño que señala san Ignacio con mucha perspicacia. Es la de quien dice: Algo hay que hacer para responder a la Palabra de Dios; pero se engaña con el pago de la menta y el comino, con pequeños gestos que no cambian ni comprometen especialmente la vida: alguna limosna más, algún rato más de oración, un pequeño servicio a la comunidad, a los pobres, a una acción social. Es loable, pero... ¿es lo que agrada al Señor?

¿QUÉ HEMOS DE HACER NOSOTROS?

Los oyentes de Juan el Bautista preguntan muy responsablemente: ¿Qué hemos de hacer “nosotros”? La tentación nuestra de cada día es desviar las interpelaciones de Dios a otros: “Si el Gobierno se empeñara... si el obispo hiciera... si nuestro párroco se moviera un poco más... si los sindicatos apostaran firme... si las grandes fortunas compartieran... Eso será lo que tienen que hacer ellos, pero es preciso preguntarse como los oyentes del Bautista: ¿Qué tenemos que hacer “nosotros”? ¿qué tengo que hacer “yo”? ¿qué he de aportar “yo”?

Le preguntaba un periodista a la madre Teresa de Calcuta: “¿Cuándo y cómo se remediará la tragedia del hambre en el

mundo?” esperando, sin duda, que le iba a dar respuestas genéricas y soluciones estructurales. Ella le responde mansa pero enérgicamente: “Cuando usted y yo gastemos menos y compartamos más”. Le responde, justamente, lo que hoy pregona el Bautista. Como os podéis imaginar, el periodista se quedó de una pieza. ¡Cómo cambiaría nuestro entorno, la familia, nuestra comunidad cristiana, la misma sociedad si cada uno se preguntase qué tiene que hacer para que las personas que le rodean sean un poco más felices!

A la pregunta que le hacen los oyentes, Juan (¡qué significativo!) no les invita a las prácticas religiosas, no alude a rezos y cumplimientos, sino a los deberes sociales, porque los deberes sociales son también deberes religiosos. También él, como los grandes profetas del pueblo de Dios, reclama una religiosidad verdadera, que va más allá del mero culto ritual y se encarna en la justicia, el respeto a los derechos del otro y en la actitud samaritana que lleva a compartir con generosidad. Estamos tan cerca de Dios Padre-Madre como lo estamos de nuestros hermanos, los hombres.

Compartir es el gran signo de la conversión. “Crear es compartir”, repite insistentemente monseñor Casaldáliga. Compartir también los bienes materiales. Un teólogo seglar ha dicho muy lúcidamente: “La conversión pasa por el bolsillo”. El cardenal Lercaro tenía inscrito en el frontis del altar de su capilla particular: “Si compartimos el pan del cielo, ¿cómo no vamos a compartir el pan de la tierra?”. El compartir de los cristianos ha de ser *generoso* y *gozoso*. “Generoso”, que implica no dar sólo las sobras; al contrario, hay que dar con *alegría*. Esto es lo que recomienda Pablo a los corintios: “Dios ama al que da con alegría” (2Co 9,7). “Hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35).

LA FUERZA DE LOS DÉBILES

4.º DOMINGO DE ADVIENTO

Miq 5,1-4a; Hb 10,5-10; Lc 1,39-45

“SE HA FIJADO EN LA HUMILDE CONDICIÓN DE SU ESCLAVA”

“Mis caminos no son vuestros caminos”, advierte el Señor. Esto es lo que de forma palmaria quieren poner de relieve las lecturas de hoy al presentarnos a quienes han tenido una responsabilidad primaria en el misterio de la encarnación y nacimiento del Enviado de Dios. ¡Con lo que a nosotros nos gusta la grandeza!

Dios, sin embargo, es desconcertante. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1,46), exclama Natanael cuando Felipe le va a presentar a Jesús. Era opinión general que no se sabía el lugar de origen del Mesías, porque no podía nacer en cualquier localidad pobre y humilde, y, por eso, a pesar del testimonio de la Escritura, creían en una procedencia misteriosa; pero Miqueas afirma proféticamente: “Esto dice el Señor: Pero tú, Belén de Efratá, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel” (Miq 5,1).

Todo en el entorno de Jesús será humilde, pobre, irrelevante. La mujer elegida para ser su madre es una aldeana de unos dieciséis años, sin cultura, pobre, hija de unos humildes vecinos de un villorrio, llamado Nazaret, perdido en las montañas de Galilea, en el extremo norte del país. María es marginada por ser mujer en la sociedad civil y en el ámbito religioso. Jesús nace en estas condiciones como un niño más de los pocos que nacen en Belén, otra aldea a la que han viajado sus padres para inscribirse en el censo del Imperio. Aquí y así empieza el acontecimiento supremo de la historia y la mayor revolución de la humanidad. Una revolución que ha congregado a miles de millones de seguidores de aquel Niño pobre, que nacerá en el más absoluto anonimato. El tema del poder de los débiles en manos de Dios no es sólo un tema favorito de Lucas, el evangelista de los pobres, sino que es una constante de toda la Historia de la Salvación: Dios sólo puede hacer

maravillas “en” y “por” quien tiene un corazón pobre, humilde y servicial.

Canta la Iglesia de sí misma por boca de María: “El Señor hace maravillas en los que se sienten humildes servidores”. Confiesa Gustavo Gutiérrez, iniciador e inspirador de la teología de la liberación: “Lo que me importa de verdad es la fe de mi pueblo y la fe que tengo como gracia del Señor. Lo más interesante que hay en Iberoamérica es la fe del pueblo, la enorme entrega y santidad que hay en muchas personas que trabajan anónimamente. Ellas, y no las personalidades o los teólogos, son las que representan a la Iglesia”. Esto no se contrapone a que Dios haga maravillas “en” y “por” personas muy dotadas psicológica y culturalmente, siempre que sean pobres y humildes de corazón.

Dios no sólo desea realizar milagros “en” y “por medio” de personas humildes y sencillas, sino que quiere que aceptemos sus interpelaciones proféticas. María e Isabel, a pesar de ser marginadas por su condición de mujeres en el mundo civil y religioso, profetizan. “Las mayores interpelaciones de Dios - confesaba un teólogo- las he recibido del pueblo pobre y llano”.

No olvidaré la interpelación a favor de los pobres de un trabajador del antiguo astillero Bazán, un verdadero profeta. Su palabra zamarreó al hablar con una fogosidad sorprendente de la pasión de Jesucristo por los pobres y por la justicia. El silencio reverencial que provocaban sus palabras era tangible. Impresionaba escucharle la denuncia de traición de los cristianos al mensaje y a la actitud de Jesús ante los pobres y excluidos. Como garantía inequívoca de sus palabras está su vida de servicio incondicional a ellos. Dedicó todo el tiempo libre después de su jornada laboral a ayudar a personas y familias a través de Cáritas parroquial. ¿Vamos a taparnos los oídos ante esta interpelación como hicieron algunos pretextando: “¿Qué nos puede enseñar a nosotros esa persona sin cultura? Bien, le ha dado por la chifladura de los pobres...”. Sin embargo, ¡con qué encomios ensalza el párroco su entrega!

A DISPOSICIÓN DE DIOS

La mera condición de persona o colectivo humilde y sencillo no convierte automáticamente en mediador eficaz de salvación. Se necesitan las actitudes y disposiciones que animaban el espíritu de María:

– *Pasión por el Reino*. Para ser mediadores eficaces de salvación y no obstáculo es preciso estar, como María, apasionados por el Reinado de Dios con espíritu de servicio. Sólo quien ama, quien se da desinteresadamente, revela el rostro de Dios. Quien sólo se busca a sí mismo, aunque sea en las tareas más sagradas, no sólo no ayudará a que el Señor sea acogido, sino que será un estorbo y causa de negación de la fe, porque generará conflictos, confusión y descrédito. María sólo buscó servir: “He aquí la esclava del Señor” (Lc 1,38).

Cuando Juan XXIII anuncia el Concilio Vaticano II, altos dignatarios se lo rebaten con dureza como una improvisación peligrosa. Monseñor Capodevila, su secretario, que contempla la escena y es quien lo relata, le comenta: “Santidad, ¿cómo pudo tener tanto coraje para oponerse a tan altos dignatarios? ¿No sabe que le puede costar serios disgustos?”. “Mira, le replica el Papa con firmeza, desde que he puesto el amor propio debajo de los pies, no le tengo miedo a nadie y me opongo con justicia a quien sea”. Precisamente, porque no se buscó a sí mismo, el mundo le debe la primavera de la Iglesia que fue el Concilio.

– *Dejarse guiar por Dios*. Es preciso averiguar y discernir los proyectos que Dios nos tiene reservados, como María; ella dialoga y discierne la voluntad de Dios antes de pronunciar su “sí”. Esto mismo hizo Pablo: “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hch 22,10), como han hecho siempre los grandes creyentes. No se puede ir por libre; no es cuestión de embarcarse en el primer compromiso que se me ocurre porque me resulta gratificante o por acceder a la primera llamada de un amigo, de un compañero o de un miembro de una organización. Es preciso discernir la voluntad de Dios, descubrir dónde quiere que estemos y actuemos. Y esto no sólo a nivel personal, sino también de familia, grupo o comunidad. Sólo seremos media-

ción eficaz en manos del Espíritu cuando con toda disponibilidad, como María, digamos: “He aquí tu servidor incondicional para hacer tu voluntad y no la mía” (Cf. Lc 1,38; 22,42).

– *La unión hace la fuerza*. El sujeto primario de la evangelización y de la construcción del Reino es la comunidad, no el creyente individualmente. Jesús envía a los suyos en comunidad: “Id y haced discípulos de todas las naciones” (Mt 28,19), “curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios” (Mt 10,8). Difícilmente abriremos las puertas de los corazones a Cristo si cada uno de sus discípulos va de francotirador. “La unión hace la fuerza”, dice el viejo refrán. En este sentido fallan rotundamente las matemáticas: “Un débil más otro débil, afirma Leonardo Boff, más otro débil, no son tres débiles, sino tres fuertes”. Señala Helder Camara: “Cuando uno sueña, pues es un sueño; cuando sueñan varios al mismo tiempo, ya es realidad”. Ir por libre es, la mayoría de las veces, quemarse inútilmente y no hacer nada.

La unión es origen de grandes instituciones eclesiales y humanitarias: Francisco de Asís y otros cinco formarán el grupo de “los locos de Asís”, que desencadenarán la gran revolución franciscana; otro tanto ocurre con los carmelitas, jesuitas, claretianos y demás institutos religiosos de la Iglesia.

– *Confianza en Dios*. “No temas, María; el Señor está contigo”. Y el ángel le confirma: “Para Dios no hay nada imposible” (Lc 1,28.37). Si después del discernimiento estoy seguro de que el compromiso que he abrazado es voluntad de Dios, he de estar seguro también de que el Señor me proporcionará las luces y las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo. Como Dios a todos los profetas, el Señor resucitado le dice a Pablo: “No temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo” (Hch 18,10). Esto dice también a todo el que se embarca en una aventura inspirada por él.

“Cuando sé que algo es clara voluntad de Dios, me decía un joven, nada me asusta ni me detiene”. ¿Por qué asustarse ante las arduas propuestas del Señor si Él está detrás como garantía? Por eso, hemos de exclamar como Pablo: “Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?” (Rm 8,31).

NAVIDAD

DIOS HUMANADO – HOMBRE DIVINIZADO

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Is 52,7-10; Hb 1,1-6; Jn 1,1-18

NAVIDAD ES OTRA COSA

Felicidades y enhorabuena porque, sin duda, os esforzáis por vivir una navidad diferente a la social, bullanguera y folclórica. Porque la Navidad es mucho más que todo ese ambiente superficial y manipulado que se respira estos días en nuestras calles, una fiesta mucho más honda y gozosa que todos los artículos de nuestra sociedad de consumo. Los creyentes tenemos que recuperar el corazón de esta fiesta y descubrir detrás de tanta superficialidad y aturdimiento el misterio que da origen a nuestra alegría. Mi congratulación porque procuráis vivir una Navidad que es fuente de alegría profunda y no sólo un paréntesis en la tristeza o el aburrimiento cotidiano, una Navidad que da sentido a la vida personal y a la historia.

Felicidades y enhorabuena porque, sin duda, como decía al comienzo del Adviento, venimos a celebrar algo, alguna liberación, alguna experiencia nueva de vida, algún paso hacia adelante en la vida personal, familiar y comunitaria. Alguien me confesaba: “He procurado tomar en serio el Adviento y hoy tengo que decir que, sin que hayan desaparecido los problemas de mi vida, tanto en lo familiar como en lo laboral (convive con personas alteradas psíquicamente), lo soporto todo con más humor, con menos dramatismo”.

Alguien que inició vida comunitaria en un grupo casi al comienzo de Adviento, testimonia que no sabe cómo agradecer a Dios el que le haya impulsado a ello. Otros que iniciaron una experiencia misionera de visitar a personas para animarlas y entusiasmarlas a participar en la vida de la Iglesia, sienten una profunda satisfacción por haber salido un poco de sí y sentirse útiles para los demás. Sin duda, todos tenemos alguna experiencia de superación que contar. Esto sí que es Navidad, porque tenemos algo por qué brindar, porque *ha nacido algo nuevo en nosotros* y se lo debemos al Hijo de Dios humanado que ha nacido en Belén.

Navidad es fiesta permanente porque en ella nace el sol que ilumina nuestro mundo, nuestra vida, nuestra persona. Afirma el Concilio Vaticano II que Jesús de Nazaret ilumina el misterio de Dios y el misterio del hombre. Navidad nos da una clave para entender la vida. Pero para comprender este misterio, para tener experiencia de la dicha que esto reporta, para “saborear” toda su grandiosidad y ternura, se necesita tener una mirada transparente, un corazón sencillo, sin pliegues ni repliegues. Los sabiondos de entonces y de ahora, por más que asistan al culto, se quedan sin encontrar a Dios o sin dejarse encontrar por Él. Lo revelan los relatos evangélicos de la infancia: No reconocen al Dios encarnado los sabios ni los legisladores, ni los encargados del culto, ni los guardianes del templo... Sí le reconocen los pastores, los magos, los ancianos Simeón y Ana, los humildes y pecadores arrepentidos. Hay muchos autosuficientes que se creen de vuelta de todo sin haber ido a ninguna parte, para quienes la experiencia religiosa es una realidad enteramente desconocida. La puerta que da entrada a la basílica de Belén apenas si tiene metro y medio. La hicieron así para impedir la entrada de los caballos invasores, pero la tradición lo interpreta como signo de humildad y pequeñez, sin las cuales no se puede acceder al portal.

JESUCRISTO, REVELACIÓN DE DIOS Y DEL MISTERIO DEL HOMBRE

Dios se hace niño, es un niño que acaricia y se deja acariciar, que es hermano nuestro, que necesita ser atendido; débil,

necesita ser amamantado y acunado por una jovencita. “Muéstranos al Padre”, pide Felipe. “Pero, Felipe, ¿ahora me sales con ésas? ¿No sabes que quien me ve a mí, ve al Padre? Yo soy el rostro del Padre” (Jn 14,8-10).

Testimoniaba una cristiana fervorosa que el encuentro tenido con Chiara Lubich y la imagen que presentaba de Dios no justiciero, sino misericordioso, la habían convertido y abierto a una vida nueva: “Es como si empezara a vivir otra vida más radiante, feliz, confiada”. Ése es el rostro de Dios que nos refleja el niño nacido en un pesebre. Por lo demás, este acontecimiento central nos habla de la locura del amor de Dios Padre-Madre por nosotros: “Tanto amó Dios al mundo (tanto me amó a mí, hemos de decir) que nos entregó a su Hijo querido” (Jn 3,16). Y si nos dió a su Hijo como hermano nuestro, ¿qué nos va a negar? (Rm 8,32). Por amor “se hizo en todo semejante a nosotros, menos en el pecado” (Hb 4,15). No se aferró a su categoría de Dios, sino que se humilló hasta nacer en un establo y morir en una cruz como un delincuente (Cf. Flp 2,5-8).

El niño que nace en Belén, entre pajas y animales, revela por entero el misterio de todo ser humano. La humanización del Hijo de Dios revela el misterio y la grandeza del hombre. Dios se humanizó para divinizar al hombre. El Hijo de Dios se hizo hijo de hombre, para que los hijos de hombre seamos hijos de Dios, repiten con insistencia los Santos Padres.

Probablemente habéis oído la anécdota elocuente. Un aya de Luis XV tiene un descuido con respecto a una princesa. La princesa airada le reprende con acritud: “¿Te olvidas de que soy hija del rey?”. El aya, una mujer de mucha fe y de mucho coraje, le responde: “¿Se olvida, Alteza, que soy hija de Dios?”. Ése es el gran título que nos revela el niño de Belén y que nos hace a todos igualmente dignos.

Misterio incomprensible de amor es que el Hijo de Dios se haya hecho uno de nosotros; pero misterio no menos asombroso es que se haya identificado con cada persona humana. Esto sólo es aceptable por la fe. Y por eso, todo lo que hiciéremos a cada persona, se lo estamos haciendo a él (Mt 25,40).

Esto tiene una gran proyección para nuestra vida. Lo recordaba una obra teatral un poco simple, pero expresiva. Un profeta anuncia a un pueblo que le va a visitar Jesucristo en aquella semana. El pueblo se moviliza y empieza a prepararle minuciosamente el recibimiento: arcos, banderolas, banderas... Mientras están afanados viene al pueblo un mendigo pidiendo ayuda y cobijo, viene un emigrante, viene un anciano desmemoriado que se ha perdido, viene una mujer de la vida... A todos les responden de la misma manera: “No estamos para perder tiempo; estamos preparando el recibimiento de alguien muy importante”. El pueblo está engalanado, pero el Señor no llega. Malhumorados le envían un mensaje al profeta: “¿Qué pasa? ¿Nos has engañado? Ha pasado más de una semana, y el Señor no ha venido”. El profeta envía un mensaje de vuelta: “Sí que ha estado. ¿No le habéis reconocido? ¿No ha estado por ahí un mendigo, un emigrante, un anciano perdido, una mujer de la vida?”. Pues ése era Jesucristo...

Los paquetes que hemos entregado, los donativos que hemos hecho, los servicios que hemos prestado y estamos haciendo, se los estamos haciendo a él: “A mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). Si de nuevo se hiciera históricamente presente, nos desviviríamos, le ofreceríamos lo mejor, nos pelearíamos por atenderle, por tener ese honor. No lo dudemos: cuando tendemos una mano al que nos necesita, se la estamos tendiendo a él. Y esto nos lo agradece más, tiene más mérito, porque se lo hacemos a él oculto bajo los defectos y deficiencias de las personas.

CON NOSOTROS PARA SIEMPRE

Navidad revela, además, otro misterio insondable: El Hijo de Dios se ha hecho hombre para siempre. Ha plantado su tienda entre nosotros, se ha hecho nuestro hermano y vecino para siempre. “Con vosotros me quedo hasta la consumación de los siglos” (Mt 28,20).

No sólo en la persona del prójimo, le oímos también cuando escuchamos su Palabra. No sólo se ha hecho uno de nosotros; se ha hecho también nuestro *alimento*. No es sólo un

comensal como el hermano que cenó a mi lado en la reunión familiar de nochebuena; se hace nuestra comida para transformarnos en él. ¡Qué misterio! Él es el que crea la unión familiar, las actitudes de perdón, acogida, ternura, el que hizo surgir la alegría de la unión y de la reunión. Él sigue actuando por su Espíritu. ¿Por qué no hacer que toda la vida sea Navidad?

San León Magno exclamaba: *No puede haber tristeza cuando nace la vida*. Se apagarán las luces, terminará el folclore... pero el mensaje de Navidad sigue vivo como profunda fuente de alegría: El Hijo de Dios se ha hecho hermano de todos para siempre. ¿Esta realidad no convierte, como decía san Atanasio, toda nuestra vida en una fiesta continua?

LA FAMILIA, COMUNIDAD DE AMOR Y SERVICIO

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

Eclo 3,3-7.14.17a; Col 3,12-21; Lc 2,41-52

CLAVE, LA FAMILIA

Es conocida la condición de Arquímedes para mover el globo terráqueo: "Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra". En el orden psicológico, eclesial y social, ese punto de apoyo es la familia. De familias sanas, llenas de vitalidad, nacen personas nuevas, una nueva Iglesia y una nueva sociedad. Precisamente para alentar la vida de familia y ayudarla a crecer, en estos días, tan hogareños, la liturgia nos presenta a la familia de Nazaret como referencia para todas las familias cristianas.

Encuestas y estudios sociológicos sobre los *valores de los españoles* revelan que la *familia ocupa el primer lugar*. Pero, ante este dato, ciertamente positivo, hay que preguntarse: Es un *valor confesado*, ¿pero es, en la misma medida, un *valor vivido*? Baste decir que, según todos los estudios, apenas un 10% de las parejas se sienten aceptablemente felices. Sin embargo, hay que decir que *felicidad* se escribe con "f" de familia. Generalmente los padres viven obsesionados por la felicidad de sus hijos; pero no siempre aciertan a descubrirles que su fuente está en la familia. El regalo más grande que pueden hacerles, el medio más eficaz para lograr esa felicidad es ofrecerles un hogar confortable, hacer que siempre sea Navidad en él.

"...Esa gran *cátedra* que es la familia", afirmaba Tierno Galván. La destrucción de la familia es uno de los peores síntomas de disolución de valores en nuestro tiempo. Yo espero que reviva de nuevo la familia como unidad de afectos e intereses. Porque no nos engañemos: *la familia es insustituible*. El consejo del padre, la piedad de la madre, la observación del hermano, las cuitas y las alegrías compartidas en común... todo esto viene a definir el carácter y a preparar moralmente al hombre que uno va a ser. Sin duda, el futuro de la Iglesia

depende también, en gran medida, del grado de salud de la familia. La tarea pastoral, de evangelización y catequesis, sobre todo a nivel de niños y de jóvenes, sin el protagonismo educativo de la familia, es construir sobre arena. El Concilio Vaticano II afirma rotundamente: “Los padres son los primeros y principales educadores. Su papel en la educación es de tal peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse” (GE 3,1).

LA FAMILIA, COMUNIDAD DE AMOR

Para que la familia sea fiel a sí misma y cumpla su misión, ante todo ha de realizarse como *comunidad de amor*. Ella tiene como modelos de referencia nada menos que a la Trinidad, en primer lugar. Lo que Jesús pide al Padre para toda comunidad cristiana (*que sean uno como tú y yo, Padre, somos uno* -Jn 17,21-23-), lo pide también para la familia, Iglesia doméstica.

La familia cristiana tiene también como referencia a la familia de Nazaret, comunidad modélica, sin duda, y a la comunidad de Jerusalén, la madre de todas las comunidades: “Tenían un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

Una familia es un verdadero “hogar” (fogón) cuando en ella se vive la amistad entre los cónyuges y con los hijos, cuando hay *confianza, confianza y cordialidad*, que implica ternura. Pablo invita a la dulzura en el trato, a evitar asperezas... (Col 3,12-14.18). No es infrecuente que mientras se reserva la amabilidad, la delicadeza de trato para los extraños, caigamos en la brusquedad y falta de respeto con los de la propia familia, con los que nos son más cercanos. A veces no se sabe armonizar el respeto con la confianza. Ser comunidad de amor implica compartir el mismo sentido de la vida, la misma fe, la misma jerarquía de valores. En el caso de la familia “cristiana”, significa tener el mismo espíritu de Jesús, vivenciar los valores del Evangelio. Para lograr esa mutua *comunión* es imprescindible poner en práctica algunos medios:

— *La convivencia*. El piso, la casa, no puede ser sólo una pensión. La “con-vivencia” no consiste sólo en “estar en casa”, sino en compartir la vida. No es cuestión de estar sólo

de “cuerpo presente” sino también con toda el alma. Un miembro de nuestra comunidad cristiana me contó esta experiencia: “Llegué a casa a eso de las once de la noche, después de una jornada bastante intensa. Después de saludar a la mujer y a los hijos, les anuncio: ‘Mañana tengo que ir a Madrid en viaje de negocios’. Los dos hijos (la hija de ocho y el hijo de once) protestan: ‘¡Jo!, papá, no te vemos nunca’. Les explico: ‘Es que tengo que trabajar mucho. Ahora mismo necesitamos mucho dinero. Tenemos que arreglar la casa del pueblo, hay que terminar de pagar el piso, hay que cambiar de coche; y vosotros estáis en una edad en que empezáis a necesitar muchas cosas’... ‘No, papá, le replican al instante, nosotros no necesitamos muchas cosas; te necesitamos a ti’. De momento, sus palabras me resbalaron. Pero, cuando estaba acostado, empecé a darle vueltas. Se lo comenté a mi mujer, que me dijo con retintín: ‘Los chicos tienen toda la razón del mundo’. Las palabras de mis hijos, rematadas por la madre, fueron para mí una verdadera locución divina; a partir de ahí, mi vida familiar dio un gran vuelco. Empecé a tomar en serio la convivencia con los míos”.

— *El diálogo*. Sigue siendo una asignatura pendiente. No se dialoga en profundidad. Se intercambian informaciones, los miembros de la familia dicen cosas, pero no “se dicen”. Por confesión de muchas parejas integradas en grupos matrimoniales, casi el cien por cien confiesa que no conviven ni dialogan lo suficiente con los hijos.

— *Expresiones de afecto*. Es decisivo el lenguaje de los signos, de los gestos, de los pequeños detalles... Escribía Martín Descalzo: “El verdadero amor, con frecuencia, no se expresa con grandes gestos, entregas heroicas, sacrificios espectaculares, sino por la pequeña ternura empapada de imaginación. Eso que en castellano denominamos con tanto acierto los *detalles*...”. Por eso me preocupa cuando una mujer me dice que su marido *no tiene nunca un detalle*. Esto es signo de que ese matrimonio está siendo invadido por el aburrimiento, carcoma del amor. En cambio, un detalle inteligente puede llenar más el corazón que el más espléndido de los regalos.

FAMILIA ABIERTA Y SOLIDARIA. IGLESIA DOMÉSTICA

Por los datos neotestamentarios se deduce obviamente que la familia de Nazaret era abierta y no replegada sobre sí misma de forma egoísta. María va presurosa a la casa de Isabel para atenderla en su embarazo bastante avanzado.

La familia abierta se relaciona, se integra en movimientos, grupos o comunidades de la parroquia; es hospitalaria, participa en los acontecimientos y fiestas de su entorno, promueve la buena vecindad, sabe *convivir en paz* y promover relaciones cordiales. Hacer familia no consiste sólo en crear un nido caliente para los miembros que la componen.

Así mismo, la familia cristiana ha de ser *solidaria y comprometida*. La familia de Nazaret es una familia emigrante, que vive dificultades precisamente por cumplir la misión histórica que se le ha confiado. María no cae en la tentación de Pedro de interponerse en el camino cuando Jesús va a Jerusalén a meterse en la boca del lobo y arriesgar su vida (Mt 16,22). Juan Pablo II ha hecho una llamada especialmente urgente para las familias cristianas: “La unidad de la familia no debe degenerar en egoísmo colectivo. La familia necesita de otras familias, de la sociedad y de la Iglesia para realizarse. Pero tiene que contribuir al bien de la una y de la otra. La familia tiene una función social que cumplir. Vosotras, familias que podéis disfrutar del bienestar, no os cerréis dentro de vuestra felicidad; abrid a los otros para repartir lo que os sobra y a otros les falta” (*Familiaris consortio*, 44).

El Concilio Vaticano II designa a la familia cristiana con el nombre grávido de “Iglesia doméstica”. Decir *Iglesia doméstica* es lo mismo que decir *pequeña comunidad cristiana*. “Esto significa, según afirma Pablo VI en *EN 71*, que en cada familia cristiana deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia”. Ser *Iglesia doméstica* implica ver y proyectar la vida desde el Evangelio; significa compartir y celebrar la fe, practicar la oración comunitaria, compartir con la comunidad cristiana, ser una comunidad de servicio y com-

prometida. ¡Todo un proyecto escasamente verificado en familias que se autodenominan *cristianas*! Un proyecto increíblemente fecundo.

Nuestro famoso actor, José Bódalo, declaraba: “Entregarme a mi mujer y a mis hijos es algo que me ha compensado... Formar una buena familia es lo más importante que he hecho en mi vida”. Y Bernabé Tierno afirma categóricamente: “Hay que devolver a la familia el protagonismo social, político, cultural y afectivo que nunca debió perder”. La Sagrada Familia nos evoca que la familia es sagrada. Y, por ello, hay que concederle el lugar primordial que le corresponde.

AÑO NUEVO, ¿VIDA NUEVA?

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Nm 6,22-27; Gá 4,4-7; Lc 2,16-21

ALGO MÁS QUE BUENOS DESEOS

¡Feliz año nuevo! os deseo de todo corazón. ¡Feliz año nuevo! hemos deseado y nos han deseado. Pero, como queremos a los que hemos felicitado, esta felicitación no puede reducirse a un simple buen deseo, sino que ha de traducirse en un buen compromiso. Es positivo saber que el otro quiere que yo viva un año feliz. Pero con los solos deseos del amigo, de la familia o del compañero no van a llegar la felicidad ni el éxito.

Es oportuno evocar a este respecto el pensamiento de Santiago en lo que se refiere a la ayuda al indigente. “Si llama a tu puerta un hombre harapiento, tiritando de frío y con el estómago vacío, tendiendo su mano suplicante, y tú le dices: ‘Se me parte el alma verte así, ¡procura buscarte algo de comer y algo con qué defenderte del frío y un lugar donde cobijarte’, ¿de qué le serviría que le dieras sólo palabras de aliento? ¿No serían, acaso, un sarcasmo?” (St 2,14-16). ¿De qué serviría decir a las personas que están a mi lado: ¡Te deseo un año muy feliz! si, siendo yo la causa de muchos de sus sufrimientos, si pudiendo darles una mano para alentarles o proporcionarles paz, no lo hago? ¿No es esto una especie de befa y de mofa?

El gran regalo que hemos de hacernos unos a otros al comienzo del año no ha de reducirse a desearnos un año próspero y feliz, sino que ha de consistir en comprometernos a hacernos mutuamente felices, siendo fieles y solidarios los unos con los otros a lo largo de los 365 días del periodo que iniciamos. Qué oportuno, prometedor y confortador resultaría que nos preguntáramos mutuamente: “¿Qué es lo que hay en mi vida que os molesta u os resta felicidad? ¿Qué es lo que en mi vida crea tensiones, conflictos, agresividades, que impiden la armonía, la paz y la alegría a mi alrededor? ¿Qué es lo que

hay en mi vida, en mis actitudes, en mis palabras, que te resulta alentador, que te hace más feliz, que proporciona paz y ayuda, para potenciarlo durante el año que iniciamos? ¿Qué podría hacer de positivo que no hago para convertirlo en compromiso? Esto sí que ayudaría a que ese gran saco de semillas que es el año que hemos comenzado se convierta en una gran cosecha...

UN SURTIDOR DE PAZ EN TU CORAZÓN

Hoy es un día de mentalización para la paz, para que este don mesiánico nos llene de júbilo durante todo el año. Pero es preciso que esa paz nazca dentro, tenga su surtidor en lo profundo del corazón.

No hace falta que nos lo digan los psicólogos o los sociólogos: Los hombres y las mujeres del primer mundo estamos cargados de mucha agresividad, a veces reprimida y sofocada, pero activa y perturbadora. Agresividad nacida de los celos y recelos, de los temores y ansiedades, de la competitividad... Con frecuencia la raíz profunda está en la falta de reconciliación con uno mismo. Alguien expresaba esta desavenencia consigo mismo diciendo: *Justo a mí me tocó ser yo*. Y cuando alguien está a disgusto consigo mismo o está en contradicción con su conciencia, la emprende a empujones y a guantazos con los demás. Todo esto hace que se acumulen sentimientos de frustración, de desencanto, de agresividad secreta, quizás a nivel inconsciente, olvidando lo mucho positivo que está al alcance. Por eso, el camino de la paz pasa inexorablemente por la reconciliación con uno mismo, con Dios y con los demás.

Dos llamadas autorizadas a la paz que nace del corazón. La primera es de Teresa de Jesús, la mujer de los mil conflictos y, con todo, embargada por dentro de paz. Exhorta: “Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa. Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, nada le falta: ¡Sólo Dios basta!”. Es la paz que prometió Jesús a los que creen de verdad en él: “Mi paz os dejo; mi paz os doy, no como la da el mundo” (Jn 14,27).

La otra invitación es del gran sabio jesuita, Teilhard de Chardin: “Piensa que estás en las manos de Dios, tanto más fuertemente cogido, cuanto más decaído y triste te encuentres. Vive feliz, te lo suplico. Vive en paz. Que nada sea capaz de quitarte tu paz: ni la fatiga psíquica, ni tus fallos morales. Haz que brote. Y conserva siempre sobre tu rostro una dulce sonrisa, reflejo de la que el Señor continuamente te dirige”.

Sólo quien tiene una fuente de paz así, en lo hondo del corazón, puede promover y regalar paz a los demás. La paz crece vigorosa con la confianza en Dios. Es fruto del amor y de la justicia.

ARTESANOS DE LA PAZ

Es preciso tener en cuenta que “paz” no es una realidad puramente negativa; no se trata de la paz de los cementerios, que no es paz sino muerte. No es hombre de paz el “mosca muerta”; no es hombre de paz el que dice y practica: “cada uno en su casa y Dios en la de todos”; no son hombres de paz los que solamente viven un pacto de no agresión. Eso no es vivir en paz, eso es vivir en solitario. Ésa es, repito, la paz de los cementerios.

Jesús proclama bienaventurados no a los que se encierran en sí mismos, se desentienden porque no quieren líos, sino a los *pacificadores*, a los que se la juegan porque las personas vivamos como hermanos reconciliados: “Dichosos los que trabajan por la paz” (Mt 5,9).

La paz es un don y, al mismo tiempo, una tarea. Es un don mesiánico que regala el Príncipe de la paz a sus seguidores. Pero es un don que hemos de compartir. Cada cristiano ha de ser un luchador por la paz.

La comunidad cristiana y la “Iglesia doméstica” (la familia cristiana) están llamadas a ser un espacio verde en medio de una sociedad crispada. Con su vida reconciliada, fraterna, pacífica, han de gritar al mundo que la paz es posible, que podemos superar las causas de la división, que las personas podemos convivir como hermanos. Y, si no, venid y lo veréis

en nosotros. La comunidad cristiana no sólo ha de estar libre de crispaciones, enfrentamientos y luchas, sino que ha de dar un testimonio positivo de unidad, de armonía, como la comunidad de Jerusalén, que “tenía un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Lo contrario sería un escándalo grave que ahuyenta fatalmente a los que pretenden acercarse a ella precisamente en busca de paz. La comunidad cristiana ha de ser zona de paz, campamento de refugiados, mediadora en los conflictos, pacificadora, siempre en misión de paz, sobre todo con su propia vida.

Anthony de Mello, con una parábola sugerente, expresa la triste forma de convivir de muchos colectivos humanos. Van en el autobús turístico de la vida por unas zonas de indescribible encanto: lagos, montañas, ríos, valles verdísimos. Pero los turistas tienen las ventanillas del autobús echadas; no se enteran de lo que hay más allá de ellas. Se pasan el viaje discutiendo sobre quién tiene derecho a ocupar el mejor asiento del autobús, a quién hay que aplaudir, quién es el más digno de consideración; se pelean por contar un chiste, cantar una canción y recibir un premio... Y así llegan al final del viaje sin haberse enterado de nada. Así es, tristemente, la vida de muchas personas, familias, comunidades y colectividades. ¡Qué manera de perder la vida y de amargársela a los demás!

Oremos desde lo profundo de nuestro ser como Francisco de Asís: “Haz de nosotros, Señor, durante este año que empeñamos, instrumentos de tu paz”. Así será para nosotros un año vital y santo de verdad.

“NOS HA HABLADO POR SU HIJO”

2.º DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

Eclo 24,1-4.12-16; Ef 1,3-6.15-18; Jn 1,1-18

PALABRA DE DIOS

Los padres y los abuelos, los educadores y los sacerdotes hemos tenido, sin duda, muchos momentos de indignación ante los hijos, los nietos, los alumnos, los jóvenes, que nos son próximos, porque hacen oídos sordos a nuestras consignas y orientaciones. Con su autosuficiencia o su indiferencia cierran sus oídos a las palabras de quienes les señalan el camino hacia una vida feliz y fecunda. O, tal vez, asienten afirmativamente bajando la cabeza y pronunciando palabras corteses, pero actúan después según sus impulsos primarios o siguiendo la conducta y las consignas del líder de la pandilla. Luego, cuando llegan a la edad madura se lamentan inútilmente: “Si hubiera hecho caso a mis padres, a mi hermano mayor, a mi educador...”. Esto, exactamente, ha ocurrido, ocurre y, desgraciadamente, ocurrirá hasta el final de los tiempos con respecto a Jesús, el Maestro infalible e insuperable que nos comunica los mensajes del Padre. La proclamación de las lecturas bíblicas terminan con la exclamación: “Palabra de Dios”, “Palabra del Señor”. ¿Nos percatamos reflexivamente del don que esto supone? Jesús echa en cara a sus contemporáneos que, mientras la reina de Saba vino a aprender sabiduría de Salomón y los ninivitas se dejaron interpelar por Jonás, ellos hacen oídos sordos a su palabra liberadora, y eso “que aquí hay alguien que es más que Salomón y que Jonás” (Mt 12,41-42).

¡Qué trágico sería si al final de nuestra vida tuviéramos que lamentar desgarradoramente: ¿Por qué no le habré hecho caso al Señor cuando quería orientarme y dar sentido a mi vida con su palabra? Estamos a tiempo para no incurrir en un fracaso fatal.

Los mensajes de las lecturas proclamadas son claros y sublimes. Tanto el pasaje de la carta a los efesios como el del evangelio de Juan cantan la pasión de Dios por el hombre y su

generosidad sin límites: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que tenga vida eterna” (Jn 3,16), “aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo es posible que con él no nos lo regale todo?” (Rm 8,32). El Hijo ha amado tanto a los hombres que “no tiene reparo en llamarnos hermanos” (Hb 2,11), “acampó entre nosotros” (Jn 1,14), “se hizo en todo semejante a nosotros menos en el pecado” (Hb 4,15).

Juan, en el prólogo de su evangelio, pone, frente al amor desbordante de Dios, el contrapunto del rechazo por parte de su pueblo: “Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron” (Jn 1,11). Esta afirmación resume la cerrazón general del pueblo elegido, con excepción del “pequeño resto” que acogió la Palabra. Pablo nos alerta para que no incurramos en la misma insensatez: “Todo esto sucedió para que nosotros aprendiéramos” (1Co 10,6). Y la carta a los hebreos advierte: “La Buena Noticia la hemos recibido nosotros lo mismo que aquéllos; pero a ellos no les sirvió de nada oír la Palabra, porque no se sumaron a los que habían oído” (Hb 4,2).

NUESTRA SITUACIÓN PRIVILEGIADA

El autor de la carta a los hebreos indica que nuestra sordeza sería mucho más culpable que la de los judíos (Cf. Hb 2,2-3). Ellos tenían en contra para reconocerle como el enviado de Dios el hecho de su situación, sus circunstancias históricas, su vida. Su mesianismo no respondía a la imagen que les habían transmitido en las escuelas rabínicas ni a lo que se respiraba en la calle. Además, lo jefes religiosos lo anatematizaban como un hereje, como un iluminado seductor, un peligro grave para el pueblo. Me imagino el desconcierto interior que por ello sufrirían las gentes sencillas que no sabrían a qué atenerse: ¿Será un conspirador, un demente (Mc 3,21; Jn 8,49) o será un verdadero profeta? San Juan se hace eco de la polémica que suscitaban sus actitudes y palabras: “Se originó división en la gente a propósito de él” (Jn 7,43).

Para la gran mayoría, que recibimos la transmisión de la fe en el regazo de nuestros padres, creer que Jesús es el Hijo de

Dios, la Palabra infalible del Padre, resulta lo más obvio y, al mismo tiempo, lo más fácil; basta abrir un pequeño libro que podemos leer en cualquier momento y en cualquier parte, y con ello, tener el privilegio de escuchar al mismísimo Hijo de Dios, la Palabra definitiva, sobre los grandes valores de la vida y su sentido. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). “Señor, y ¿a quién vamos a acudir si sólo tú tienes palabras de vida eterna?” (Jn 6,68).

“En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1,1-2). Albert Vidal comenta a propósito de esta cita: “Pero la Palabra quiso acercarse aún más para ser alimento y luz de los hombres de todos los tiempos: se hizo libro en la Biblia y pan en la Eucaristía”. El largo camino de la Palabra desde la eternidad se ha remansado en forma de Biblia y de Eucaristía. Y Cristo confió esos dos tesoros a la Iglesia para que nos los reparta en “la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía” (DV 21). La Iglesia ha unido siempre las dos mesas, porque “sin Biblia, tendríamos en la Eucaristía una presencia muda; y sin eucaristía, tendríamos en la Biblia la palabra de un ausente” (Auzou). ¿En qué medida nos dejamos iluminar por Cristo-luz? (Jn 9,5).

“LES DA PODER DE SER HIJOS DE DIOS”

Juan testimonia que quienes acogen la luz de la Palabra y la hacen vida propia quedan constituidos hijos de Dios. “Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: llamarnos hijos de Dios, pues lo somos” (1Jn 3,1). “A cuantos la recibieron (la Palabra, la Luz, la Sabiduría) les da poder para ser hijos de Dios” (Jn 1,12).

Con su palabra Jesús nos entrega su espíritu, sus sentimientos y actitudes, su visión de la vida. “Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (Flp 2,5). Esos sentimientos, esa “una-nimidad” (*una sola alma*, etimológicamente), ese espíritu común lo crea la asimilación y puesta en práctica de su palabra. Pablo lo vivía en plenitud, por eso exclamaba: “Vivo yo, pero ya no soy yo; es Cristo quien vive en mí” (Gá

2,20). Si tenemos el espíritu de Jesús, espíritu de Hijo del Padre y de hermano de todos, entonces también somos hijos con él. Por eso dirá con una seguridad conmovedora: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra” (Lc 8,21). Los lazos que establecen los vínculos carnales no son nada en comparación de la comunión que crea el tener el mismo espíritu, que se asimila con la escucha de la Palabra.

Jesús es “la luz del mundo” (Jn 9,5). Pero tenemos el peligro de repetir el error de prescindir de la luz y andar a tientas en las tinieblas (Jn 3,19). Los cristianos de siempre tenemos el gran peligro de la rutina; las grandes afirmaciones de la Palabra del Señor, sus declaraciones de amor, pueden sonarnos a música conocida que no nos impacta. Acoger de verdad al Señor como Maestro es escuchar su palabra, procurar comprenderla, contemplarla, orarla y dejar que determine nuestra vida. Jesús previene contra posibles autoengaños: “No basta decirme: ¡Señor, Señor! para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).

El Espíritu, por medio de estas grávidas lecturas, nos impulsa a preguntarnos: ¿Qué hemos de hacer para ser cada día más dóciles a la Palabra de Dios? ¿Qué compromisos hemos de adoptar para que esa Palabra se convierta en transfusiones de vida y de paz? El Padre nos invita a comprender la suprema grandeza de ese don llamado Jesús y nos invita: “Éste es mi Hijo amado, mi predilecto. *Escuchadlo*”.

LA FE, GRACIA Y RESPONSABILIDAD

EPIFANÍA DEL SEÑOR

Is 60,1-6; Ef 3,2-3a.5-6; Mt 2,1-12

RELATO TEOLÓGICO

Para que el relato evangelio de hoy pueda interpelarnos, es preciso descubrir la clave en que está escrito. Todos los exegetas están de acuerdo en que no se trata de un pasaje histórico, una crónica, sino de una narración simbólica, de un género literario llamado por los biblistas “midrash haggádico”, que tiene mucho que decir a los cristianos de todos los tiempos. El relato pone de manifiesto la gran noticia: “Os ha nacido un Salvador, el Mesías” (Lc 2,11). Pero quienes fueron llamados los primeros, los que conocían “la Ley y los Profetas”, quienes lo esperaban desde hacía siglos “no le recibieron” (Jn 1,11). En cambio, “a pueblos que andaban en tinieblas y en sombra de muerte les iluminó una luz esplendorosa” (Mt 4,16). Mateo escribe el relato de los magos a la luz de las comunidades que forman la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, compuesto en su gran mayoría por cristianos venidos de la sociedad pagana. El relato, pues, más que histórico, es teológico, simbólico, con vigencia hasta el final de los tiempos.

Todos los personajes que intervienen “han visto la estrella”, se han enterado de la buena noticia del nacimiento del Salvador, del Esperado. Para los magos, figura de los paganos, esta estrella ha sido la predicación de los apóstoles y profetas, el testimonio personal y comunitario de los cristianos, los prodigios y señales de la fuerza liberadora del Espíritu de Jesús. Para los judíos del tiempo en que escribe Mateo son los magos, es decir, los paganos convertidos, los que desde su experiencia de salvación, testimonian que efectivamente el profeta revoltoso y ejecutado es el Liberador de Israel. Todos han recibido la noticia, pero no todos la han acogido y se han convertido como invitaban los pregones de Pedro (Hch 2,38); todos, en cierto modo, han visto la estrella, pero no todos se han puesto en camino. Los judíos, representados por Herodes (el poder político), por los sumos pontífices y los letrados (el

poder religioso), ni se molestan en acompañar a los magos peregrinos; es más, rechazan masivamente al Mesías recién nacido. Pablo se sacudirá el polvo de sus sandalias itinerantes en señal de reprobación y de renuncia a seguir evangelizándoles (Hch 13,51). En cambio, muchos paganos acogen la gran noticia e inician la peregrinación de la fe al encuentro cada vez más profundo del Señor Jesús.

La estrella es para nosotros cada llamada del Señor a través de diversos signos que nos invitan a la primera conversión o a superar una etapa en la vivencia de la fe. Esa estrella puede ser una desgracia o un fracaso que nos invita a renunciar a los ídolos y a confiar en el que tiene palabras de vida eterna (Jn 6,68). La estrella puede ser el testimonio de un testigo apasionado por Jesús y su Causa, un libro inquietador, la reflexión de un creyente, la vida vibrante de una comunidad que nos invita a *partir...* Todo ello es gracia, don, signo del amor gratuito de Dios. Estas estrellas aparecen en el firmamento de nuestra vida, no son fruto de nuestro ingenio como las estrellas de nuestros belenes. A nosotros nos corresponde vivir atentos y observar las “estrellas”.

LA FE ES UN ÉXODO

Quizás nos digamos: “Bueno, yo ya soy creyente, soy cristiano practicante, de modo que el mensaje de este relato no tiene nada que ver conmigo...”. La fe es un éxodo. Hay que partir muchas veces. La fe no es algo que se tiene como una joya en un cofre; es una relación de amistad y de comunión con el Señor y, a través de él, con el Padre y el Espíritu. Tal relación no está nunca hecha del todo, ha de estar en constante crecimiento.

La vida cristiana es una llamada a superar etapas. Dios nos hace sucesivas invitaciones a partir... La pareja que se casa, el sacerdote que sube al altar, la religiosa que se compromete ante Dios... saben que inician una “aventura”, pero lo hacen con entusiasmo y fe. Luego, los roces de la vida y nuestra propia mediocridad nos van desgastando. Aquel ideal que veíamos con tanta claridad parece oscurecerse. Se pueden apo-

derar de nosotros el cansancio y la insensibilidad. Tal vez seguimos caminando, pero la vida se hace cada vez más dura y pesada. Ya sólo nos agarramos a nuestro pequeño bienestar. Seguimos “tirando”, pero, en el fondo, sabemos que algo ha muerto en nosotros. La vocación primera parece apagarse. Es precisamente en ese momento cuando hemos de escuchar esa “segunda llamada” que puede devolver el sentido y el gozo a nuestra vida. Precisamente los magos encarnan la figura del hombre o de la comunidad que atisba la llamada de Dios en los signos de los tiempos, en los hechos de su vida, en “estrellas” que invitan a caminar. Es el “kairós”, la oportunidad que Dios nos ofrece.

La estrella que le invitó a levantarse de su sacerdocio honesto, pero burgués, a Henri Nouwen fue el “Regreso del hijo pródigo” de Rembrandt. La estrella que invitó a emprender un cristianismo más generoso a un par de amigos míos, cristianos cumplimenteros, fue precisamente la lectura del libro de Henri Nouwen titulado como el cuadro. En este sentido, hay que decir que el Señor llama y llama, pero, por desgracia, muchos tienen el móvil apagado. Pablo y el autor de la carta a los hebreos alertan enérgicamente a los cristianos a no repetir la cerrazón y la infidelidad del primer pueblo de Dios, simbolizado en los sumos sacerdotes, los sabios y Herodes (1Co 10,1-14; Hb 4,1-4). “Si escucháis la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón como vuestros padres” (Hb 3,7). El mismo Pablo, que se siente identificado con Cristo, escribe: “Hermanos: Yo no pienso haber conseguido la meta; más bien, sigo corriendo hacia ella” (Flp 3,12-14). La Palabra nos urge, pues, a preguntarnos: ¿Qué estrella o estrellas han aparecido en mi entorno que me provocan éxodo? ¿Hacia dónde me guía esa estrella o estrellas para entablar una nueva relación con el Señor y un modo nuevo de ver y vivir?

CAMINAR JUNTOS

Los magos caminan juntos, como los de Emaús. Helder Cámara, aquel gran caminante que entendía la vida como éxodo y que tan bellamente escribió sobre el tema, asegura-

ba: “Dichoso el que comprende y vive este pensamiento: Si no estás de acuerdo conmigo, me enriqueces”. Tener junto a nosotros a un hombre que siempre está de acuerdo de manera incondicional no es tener un compañero, sino una sombra. Es posible viajar solo. Pero un buen caminante sabe que el gran viaje es el de la vida, y éste exige compañeros. Bienaventurado quien se siente eternamente viajero y ve en cada prójimo un compañero. Un buen caminante se preocupa de los compañeros desanimados y cansados, intuye el momento en que empiezan a desesperar, los recoge donde los encuentra, los escucha, y con inteligencia y delicadeza, pero sobre todo con amor, vuelve a darles ánimos y gusto por el camino. Ch. Peguy decía: “Hay que caminar juntos; hay que llegar juntos a la casa del Padre. ¿Qué diría si nos viera llegar a los unos sin los otros?”.

A los magos se les ocultó la estrella. Pero no por eso emprendieron el viaje de regreso, no por eso desistieron. Utilizaron los medios a su alcance, siguieron buscando...

Hay que caminar juntos porque, de vez en cuando, en la vida se oculta la estrella, se hace de noche y el miedo se apodera del corazón. Con compañeros al lado, la noche es menos noche. Son los días de desconcierto en que parece que Dios se ha ausentado y se ha olvidado de nosotros. “¡Ay del solo! Si cae no tiene quien le levante” (Eclo 4,10). Todos los libros del Nuevo Testamento presentan a los cristianos viviendo en comunidad, caminando juntos en estrecha fraternidad, apoyándose en momentos de debilidad y de desconcierto (1Ts 5,14; Ef 4,1-6; Flp 2,1-4).

“VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO”

La Palabra de Dios nos recuerda con este relato la misión de ser luz, estrellas orientadoras para los demás. Hay que partir de que *Jesucristo es un derecho de todos*, es luz “para alumbrar a las naciones” (Lc 2,32). Y nosotros somos responsables de que otros puedan gozar de ese derecho. Ya en nuestro bautismo se nos entregó un cirio encendido en el gran cirio, símbolo de Cristo, para que seamos luz del mundo (Mt 5,14).

Estamos llamados a ser estrellas e iluminar con nuestro testimonio personal y colectivo. Testimonio de palabra, desde luego, pero sobre todo de vida. Y, juntos, testimonio de amor recíproco, de unidad, de fraternidad, como nos señaló Jesús: “Que sean uno como tú y yo, Padre, somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21-23). Tertuliano testifica la admiración que suscitaba el convivir fraterno de los primeros cristianos. Los paganos, llenos de asombro, comentaban: “¡Mirad cómo se aman!”. “Que al ver vuestras buenas obras –señala Cristo– glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16). El cardenal Suhard dijo inspiradamente: *Ser testigo es llevar una vida que resulte inexplicable sin Dios.*

La Epifanía es mucho más que una fiesta folclórica e infantil. La figura simbólica de los magos nos invita a seguir buscando a quien ya hemos encontrado por la fe; nos invita también a proclamar con nuestra vida, sobre todo, que Jesús es de verdad nuestro Salvador y Liberador. Charles de Foucauld repetía enardecido: *Que nuestra vida grite el Evangelio.*

UNGIDOS Y URGIDOS PARA LA MISIÓN

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

Is 42,1-4.6-7; Hch 10,34-38; Lc 3,15-16.21-22

SENTIDO TEOLÓGICO DEL RELATO

El relato evangélico no trata primordialmente de narrar lo que ocurrió en aquel momento junto al Jordán, ni siquiera en el interior de Jesús, sino que el evangelista pretende explicar a los destinatarios cristianos de los primeros tiempos quién era en realidad Jesús de Nazaret que, como uno de tantos, se acercó a recibir el bautismo penitencial de Juan el Bautista. Y lo hace con el género literario midráshico con rasgos apocalípticos y de teofanía: cielos abiertos, Espíritu que desciende en forma de paloma, voz del Padre desde el cielo... El acontecimiento del bautismo de Jesús es “releído” a la luz de la fe pascual de la primera comunidad apostólica, y enriquecido teológicamente con referencias a la literatura profética y apocalíptica.

Está claro que el bautismo de Jesús es visto por la primera Iglesia como modelo y prototipo del bautismo del cristiano. Comprender el bautismo de Jesús es comprender la propia realidad de bautizados.

El relato teológico del bautismo nos presenta a Jesús como “el Primogénito entre muchos hermanos”, a cuya imagen hemos de configurarnos (Rm 8,29). Se trata, por tanto, de descubrir la mística de nuestra condición de bautizados, de hijos de Dios y hermanos de Jesús. “Él se asemejó en todo a nosotros menos en el pecado” (Hb 4,15) para que nosotros nos asemejemos a él en nuestro ser y en nuestro quehacer. Como cualquier persona, hubo de buscar cuál era su vocación, la voluntad del Padre. Y cuando vio claro que el Padre le llamaba para la misión profética, pidió ser bautizado por Juan. Y, como todos los profetas anteriores a él se legitimaban ante el pueblo como enviados de Dios dando testimonio de haber tenido una experiencia de encuentro con Él, también lo hace Jesús mediante la epifanía de su bautismo. Y de la misma

manera que los profetas tenían un profeta-padrino que les avalaba, Jesús tiene a Juan que le presenta y garantiza que es *el Enviado de Dios*. Jesús tiene conciencia de ser Hijo de Dios.

De la misma manera, nuestra comprensión de la vida ha de nacer de sabernos hijos de Dios. Vivir como bautizados es tener conciencia de ser hijos de Dios y vivir como tales. Dios dice también de todos y de cada uno de nosotros: *Éste es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias*. Escribe Pablo a los romanos: “Recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: ¡Abba! ¡Papá! Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm 8,15-17).

Jesús es consagrado desde el vientre de su madre como sacerdote, profeta y rey. Y para realizar su misión es ungido y urgido por el Espíritu: “Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38; Lc 24,19). Jesús es ungido para ser *sacerdote*, sumo y eterno sacerdote que se ofrece a sí mismo como ofrenda pura: “Sacrificios y ofrendas no los quisiste; en vez de esto, me has dado un cuerpo...; entonces dije: Aquí estoy para hacer tu voluntad” (Hb 10,5-7). En el primer pueblo elegido sólo algunos eran llamados y ungidos como sacerdotes, profetas y reyes públicamente; en el nuevo pueblo de Dios hemos sido ungidos todos en nuestro bautismo, para ser todos un pueblo de sacerdotes, reyes y profetas. Todos podemos entrar en el *sancta sanctorum*; todos, pueblo sacerdotal, podemos ofrecer junto con el sacerdote ministerial nuestras ofrendas al Señor.

SACERDOTES, REYES Y PROFETAS

Después de la efusión del agua bautismal, ora el celebrante: “Que el Espíritu Santo te consagre con el crisma de la salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, *sacerdote, profeta y rey*”. Es preciso descubrir en toda su grandeza lo que supone la dignidad del cristiano y su misión en el mundo. En general nos falta esta mística. El sacerdocio, el profetismo y la realeza no es

algo reservado sólo a algunos elegidos. El sacerdocio ministerial presupone el sacerdocio común de todos los bautizados. “También vosotros, como piedras vivas, vais entrando en la construcción del templo espiritual, formando un *sacerdocio santo*, destinado a ofrecer sacrificios espirituales que acepta Dios por Jesucristo” (1P 2,5.9). En el bautismo fuimos ungidos, consagrados, como sacerdotes. Estamos acostumbrados a oír hablar del sacerdocio de los sacerdotes. Todos somos sacerdotes. Necesitamos redescubrir esta faceta grandiosa de nuestra vida.

Somos sacerdotes no sólo ahora, cuando estamos celebrando la Eucaristía, sino cuando trabajamos, nos divertimos, luchamos por el Reino o hacemos algo con amor. Toda nuestra vida tiene una dimensión litúrgica, eucarística, como la tuvo la de Jesús. Pablo escribe: “Por esa misericordia de Dios, os suplico, hermanos, que ofrezcáis vuestra existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico” (Rm 12,1; 1Co 10,31). “Cualquier actividad vuestra, de palabra o de obra, hacedla en honor del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col 3,17). Los documentos conciliares están sembrados de referencias al sacerdocio de los seglares y de llamadas a vivirlo con místico entusiasmo. Esto determina qué hemos de hacer y cómo lo hemos de hacer.

Hemos sido consagrados para que seamos y vivamos como “reyes”, no dejándonos dominar por nada ni por nadie, como Jesús. Evidentemente, él fue libre frente a las personas y las cosas. Es libre y señor de las cosas el que tiene la propiedad y consume lo que necesita. Hay esclavitudes evidentes con respecto a las cosas: dejarse dominar por el tabaco, por el alcohol o el gasto excesivo. Pero hay también otras formas de exceso que también tientan. Decía el poeta latino, Horacio: “No me he de someter yo a las cosas, sino las cosas a mí”. “No podéis servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24), señala Jesús. “No llaméis a nadie ‘señor’, porque uno solo es el Señor: Cristo” (Mt 23,8). “No seáis esclavos de nadie” (1Co 7,24).

Jesús, en su bautismo, es proclamado profeta: “Éste es mi Hijo amado, *escuchadlo*”. A partir del bautismo comienza su

ministerio profético. Nosotros también hemos sido ungidos como él para el ministerio profético. Hay grupos y familias que, fieles a su vocación profética, con su “vida distinta”, interpelan y cuestionan. El Concilio recuerda a todos los bautizados su condición de profetas en medio de los hombres (LG 12,1).

Pedro afirma de Jesús que fue “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” (Hch 10,38). Todos los profetas han actuado y actúan ungidos y urgidos por la fuerza del Espíritu. Al rasgarse el cielo y aparecer la Paloma, quiere decir que por Jesús se nos dan en abundancia los dones del Espíritu para ejercer nuestra misión sacerdotal, real y profética.

El bautismo de Jesús no es un bautismo de agua, como el de Juan, sino de fuego en el Espíritu. Pedro proclama bien alto, citando a Joel: “En los últimos días derramaré mi Espíritu sobre todo hombre: Profetizarán vuestros hijos e hijas, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán” (Hch 2,17). Hasta este punto llega nuestra dignidad de cristianos.

CUARESMA

TENTADOS Y TENTADORES

1.º DOMINGO DE CUARESMA

Dt 26,4-10; Rm 10,8-13; Lc 4,1-13

LA VOZ DE ALERTA

Con qué énfasis los padres y los hermanos mayores tratan de abrir los ojos a los hijos y hermanos menores sobre el efecto que les están causando o les pueden causar las malas compañías, los malos ambientes... Ellos no se dan cuenta, están inmersos en la atmósfera, y todo les parece natural. Si lo hacen todos, ¿por qué ellos no? Eso es lo que, sin darnos cuenta, puede ocurrirnos a nosotros, envueltos en un ambiente de contaminación y contaminados nosotros también. Pero somos afortunados: Jesús es el hermano mayor que nos alerta, nos abre los ojos.

Todos los comentaristas bíblicos están de acuerdo en que el relato sobre las tentaciones es una escenificación de las tentaciones que Jesús sufrió a lo largo de toda su vida. No hubieran podido ser filmadas porque sus personas y escenas eran imaginarias; pero el hecho de que las tentaciones de Jesús no fueran localizables no quiere decir que no fueran reales. Los evangelistas las ponen en paralelo a las tentaciones que sufrió el pueblo elegido en su marcha a la tierra de promisión y las que sufre y sufrirá el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, cada uno de los cristianos y, en definitiva, toda persona. El relato presenta a Jesús como el hombre que “venció al mal con el bien” (Rm 12,21) y que nos incita a optar con sensatez como él lo hizo.

A veces las tentaciones y los tentadores son muy concretos, tienen rostro; pero, generalmente, son los modos mundanos y antievangélicos de vida que percibimos a diario los que nos tientan. Se trata de modos equivocados de reafirmarse, de realizarse, de querer ser feliz, con los que nos familiarizamos y connaturalizamos porque es la atmósfera que respiramos. Estas tentaciones nos llegan desde la familia, desde los compañeros de trabajo, desde el ambiente vecinal y de amigos, desde los medios de comunicación social que presentan como algo natural modos frívolos de vida y canonizan diversas formas de egoísmo. Y porque son difusas y nos envuelven, son más peligrosas, porque ni siquiera las reconocemos como tentaciones ni como formas perjudiciales de vida. El mensaje evangélico nos recuerda que a quien hemos de seguir es a Jesús, aunque sea a contrapelo de la sociedad.

VALORES CONFESADOS, PERO NO VIVIDOS

El hecho de que nuestra sociedad se tenga por cristiana por el hecho de verificar determinados gestos religiosos y proclamar teóricamente los valores cristianos hace que fácilmente nos identifiquemos con su estilo de vida sin presentar resistencias. Eso es lo que los psicólogos y sociólogos llaman “valores confesados pero no vividos”. Es una forma pagana de vivir pero con envoltorio religioso. Por ejemplo, el 83% se confiesa cristiano, pero, ¿cuántos viven el cristianismo? Un gran porcentaje de ciudadanos apostata del consumismo, lo critica, pero casi todos incurrir en él. Para los españoles la familia es el primer valor (teórico), porque en la práctica ya sabemos lo que pasa. Se aceptan teóricamente las bienaventuranzas, se confiesa a Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios, el Maestro insuperable de todos los tiempos, se le reconoce (teóricamente) como “el Señor”, pero después se sirve a otros señores: dinero, sexo, éxito social (Mt 6,24) y se viven las “bienaventuranzas del mundo”. Todos sabemos cuál es la jerarquía de valores que, de hecho, gobierna nuestra sociedad.

Esta atmósfera que se respira de forma insensible constituye una gran tentación difusa y muy peligrosa. Esto lleva al cristiano a legitimar fácilmente sus comportamientos con las pau-

tas sociales del entorno: “Esto es lo que hace todo el mundo; no vas a ser el raro”. En muchos enfoques y actitudes que no son evangélicos los cristianos hemos de ser unos “herejes sociales”, como lo fue Jesús de Nazaret. Él fue tentado como nosotros a aclimatarse a los esquemas y expectativas de la sociedad en que vivía; sintió la presión de su entorno a adoptar un mesianismo fácil, eficazista, espectacular. Pero no se dejó seducir (Hb 4,15). Nosotros, en mayor o menor medida, estamos enganchados a los ídolos. Y eso a pesar de nuestra fe y de nuestra vivencia cristiana. Por eso, no sólo hemos de abrir los ojos para no dejarnos seducir, sino que hemos de someternos a un proceso de liberación y de rehabilitación.

NUESTRAS TENTACIONES

Jesús, con el amor apasionado de amigo y hermano, nos lanza el grito de alerta ante las graves equivocaciones que siempre nos acechan. Con todo ello únicamente pretende que cada día seamos más humanos.

La primera equivocación es la de considerar la satisfacción de las necesidades materiales como el objetivo último y absoluto: “Di que estas piedras se conviertan en pan”. Es la tentación de pensar que la felicidad última del hombre se encuentra en la posesión y el disfrute de los bienes. Es el afán enfebrecido de vivir para “tener”, para consumir, en lugar de buscar tener simplemente para vivir y “ser”. Según Jesús, esa satisfacción de las necesidades materiales, con ser muy importante, no es suficiente. El hombre se va haciendo humano cuando aprende a escuchar la palabra del Padre que le llama a vivir como hermano. Entonces descubre que ser hombre es compartir y no poseer, dar y no acaparar, crear vida y no explotar al hermano.

La segunda equivocación es la de buscar el poder, el éxito y el triunfo personal por encima de todo y a cualquier precio, cayendo esclavo de las idolatrías más ridículas. Según Jesús, el hombre acierta, no cuando busca su propio prestigio y poder en competencia y rivalidad con los demás, sino cuando es capaz de vivir en servicio generoso y desinteresado.

La tercera equivocación es la de tratar de resolver el problema último de la vida sin riesgos, luchas ni esfuerzos, utilizando interesadamente a Dios de manera mágica y egoísta. Según Jesús, entender así la religión es destruirla. La verdadera fe no conduce a la pasividad ni a la evasión; al contrario, quien ha entendido un poco lo que es ser fiel a Dios, se arriesga cada día más en la lucha por lograr una sociedad de hombres libres y hermanos.

“¡AYUDADME A SER HOMBRE!”

Hay que decir que dejarse arrastrar por la corriente de la sociedad, por una filosofía naturalista de la vida, por una felicidad fácil y barata, lleva a una vida sin calidad. Los habitantes del Primer Mundo teniéndolo todo, son infelices, están tristes. Evidentemente, su calidad de vida no corresponde a su nivel económico.

“¡Ayudadme a ser hombre, no me dejéis ser bestia!”, clamaba Miguel Hernández. Es lo que dicen todos los padres a sus hijos: “Júntate con buenos amigos que te ayuden a ser mejor”. Me decía un matrimonio amigo: “Si no fuera por el oxígeno que respiramos en el grupo cristiano, seríamos unos alejados, agnósticos o cristianos indecentes”.

Pablo VI se quejaba de que los cristianos se dejan paganizar, en vez de cristianizar ellos: “Los paganos paganizan a los cristianos, en vez de cristianizar los cristianos a los paganos”. Estamos llamados a regenerar el ambiente, a provocar el bien, la paz, la justicia, la ternura; a ser ventiladores que regeneren el ambiente. “Vence al mal con el bien” (Rm 12,21) era la consigna de Pablo.

Toda la vida, pero especialmente la Cuaresma, es tiempo para desintoxicarnos a fin de que el día de Pascua nos sintamos nuevos. Los evangelistas afirman que Jesús, después de las tentaciones, fue servido por los ángeles, del mismo modo que lo fue el pueblo de Israel en el desierto: recibieron provisiones “milagrosas”. Jesús recibe también la visita del ángel consolador en el huerto de Getsemaní. “Quien se ufana de

estar de pie, cuidado con caerse. Ninguna prueba os ha sobrevenido que salga de lo ordinario: fiel es Dios, y no permitirá que la prueba supere vuestras fuerzas. Ante la prueba Dios os dará fuerza para resistir” (1Co 10,12-13).

Un cristiano convertido de los ídolos a Jesús confiesa: “Yo era antes como un mendigo que me alimentaba de desperdicios; cuando el Señor me ha convertido, me veo sentado en un gran banquete que ni siquiera se imaginan los que, como yo antes, viven un cristianismo de trámite. Yo no me canso de invitar a todos: ‘Vengan, entren; no se pierdan el banquetazo. No sean insensatos’”. Todos los que le conocen, comentan: “Desde que se ha convertido en un entusiasta de la religión, está feliz”. Ante el hecho de que tantos abandonan la vivencia cristiana yendo tras los ídolos, Jesús nos pregunta como a los apóstoles ante el abandono masivo a causa del discurso eucarístico de Cafarnaún: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Contestemos resueltamente como Pedro: “Señor, ¿a quien vamos a acudir si sólo tú tienes palabras de vida eterna?” (Jn 6,68-69).

LA FUERZA DE LA ESPERANZA

2.º DOMINGO DE CUARESMA

Gn 15,5-12,17-18; Flp 3,17-4,1; Lc 9,28b-36

LA FUERZA DE LA ESPERANZA

Constantemente resuena en la Cuaresma la palabra “conversión”, palabra comprometedora que implica cambio profundo. La vida de todo cristiano fiel es un ir superando etapas, como nos lo patentiza la vida de los grandes creyentes, la experiencia de los místicos y el testimonio de los teólogos de la vida cristiana. La fe es un éxodo constante, como el de Abraham, que ha de renunciar a su entorno hacia el lugar de la promesa.

Dar un paso hacia delante: cambiar la jerarquía de valores, renunciar a un estilo de vida consumista o de relumbrón, hacer un compromiso de servicio que nos “robe” tiempo y dinero, tomar más en serio la oración, embarcarse en lo comunitario, en definitiva, morir un poco más a nosotros mismos, supone alterar nuestra vida en la que quizás nos sentíamos cómodos, para adentrarnos en lo desconocido e inseguro. Ante esta urgencia cuaresmal salta inevitablemente la pregunta: ¿Merece la pena? ¿Qué me va a reportar esta aventura? ¿No es suficiente vivir como un cristiano que cumple fielmente con Dios en lo religioso y con los hombres en lo profesional? ¿Podré llevar a cabo la aventura que pretendo? ¿Y si me agobio con tanto compromiso?

Algo parecido pasaba por el espíritu de Jesús y por el de sus discípulos ante los acontecimientos trágicos que el Maestro ha anunciado por segunda vez y que los discípulos empiezan a presentir de forma vaga. Sobre todo Jesús se siente acongojado. Y, como siempre, en los momentos más decisivos recurre de forma más intensa y porfiada a la comunicación con su Padre. El Padre responde con una esplendorosa teofanía, rodeada de elementos simbólicos y con clara referencia a Moisés. Con ella se anticipa la resurrección de Jesús y su victoria sobre la muerte, y se les hace partícipes de

su gloria: “¡Qué bueno es estar aquí!”, exclama Pedro. La transfiguración es una exhortación de urgencia hecha de manera especial a Pedro, que se ha opuesto audazmente a que el Reino que viene a establecer el Mesías pase por el sufrimiento y la muerte (Mc 8,31-32), para que se avenga a escuchar a Jesús cuando habla de sus sufrimientos y de su muerte como camino para entrar en su gloria.

LA ESPERANZA CHICA Y LA GRAN ESPERANZA

¿En qué hemos de apoyarnos para iniciar nuestro éxodo y ser fieles al cambio de vida que nos pide el Espíritu? ¿Cómo hemos de proceder para seguir animosos con las cruces extraordinarias u ordinarias de cada día? ¿Tendrá Dios preparado un Tabor para nosotros? Para dar el paso hacia adelante, para que la Cuaresma suponga un impulso de superación, para que lleguemos a la Pascua nuevos por dentro, necesitamos sin falta echar mano de la esperanza, de la doble esperanza.

Por una parte, la esperanza que yo llamo *chica*, la esperanza de un mañana o un pasado mañana terreno mejor. Dios Padre, como a Jesucristo en su camino hacia el martirio, como en la agonía del huerto, ofrece a sus hijos un Tabor, un ángel consolador, momentos de dicha que permiten seguir adelante. Personas que confesaban que no eran capaces de vivir sin consumir como cosacos y que llevan ahora una vida austera, aseguran: “Sólo la acción del Espíritu explica el cambio que he experimentado en mi vida”. “Dios aprieta, pero no ahoga”, decimos. Por otra parte, la vivencia de la fe y la propia fidelidad se convierten en fuente de alegría insospechada.

Esto hace que el sufrimiento se convierta, aunque parezca paradójica, en fuente de alegría, como atestiguaba Pablo: “Reboso de gozo en toda tribulación” (2Co 7,4). Cuando se encuentra sentido al sufrimiento, entonces se convierte en una realidad agridulce (Jn 16,21).

Además de estas pequeñas esperanzas, estas pequeñas experiencias de cielo, está la gran esperanza de llegar al des-

tino venturoso. Dice un himno de Laudes de Cuaresma: “En tierra extraña peregrinos, con esperanza caminamos, que, si arduos son nuestros caminos, sabemos bien a dónde vamos”.

Abraham emprende la marcha fiado de Dios, esperando una tierra mejor donde asentarse con su linaje; nosotros esperamos “un cielo nuevo y una tierra nueva”. Pablo compara esta vida con un combate atlético, con una carrera olímpica. Los atletas se imponen toda clase de privaciones: “ellos para ganar una corona que se marchita, nosotros una que no se marchita”. Por eso trata de luchar valientemente sin hacer concesiones al hombre viejo (1Co 9,24-27). Ya al final de su vida, confiesa que ha combatido como buen luchador, que ha merecido sobradamente la corona inmarchitable (2Tm 4,7-8). Y es que “sostengo que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros” (Rm 8,18). Hemos de dar gracias interminables por lo que la Gran Esperanza representa en nuestra vida.

Pablo, que tuvo esa experiencia anticipada de cielo, confesaba también: “No puedo contar la experiencia; es inenarrable. Ni ojo vio, ni oído oyó, ni imaginación humana es capaz de barruntar lo que Dios tiene preparado para los que le son fieles” (Cf. 1Co 2,9). ¡Qué agradecidos hemos de estar a Dios por el testimonio de los místicos, esos hombres que se han acercado al ojo de la cerradura de la puerta del cielo, han quedado sobrecogidos de admiración y nos han comunicado su experiencia! A la luz de esta gran esperanza los sufrimientos de esta vida pierden fiereza. Teresa de Jesús, que gozó de tantas experiencias sobrenaturales, expresó el conocido pensamiento con que ella amortiguaba los golpes: “Esta vida no pasa de ser una mala noche en una mala posada”.

AYUDA DEL SEÑOR Y AYUDA MUTUA

En la noche de angustia del huerto, en la caída bajo la cruz, en los tormentos, encontraremos vigor para ser fieles al Maestro siempre que vayamos a su encuentro en la oración. Jesús lo advirtió: “Es necesario orar y nunca desfallecer”. Todo

el que se zambulle en la oración, sale de ella como reanimado. Por el contrario, muchos me han confesado: “En cuanto abandono la oración, mi vida es un desastre”. Es posible que nosotros mismos tengamos esta sensación.

Martín Luther King contaba una experiencia personal estremecedora. Estaba asustado por las amenazas de muerte. Se había retirado después de un día fatigoso. Estaba hundido. Se quejaba a Dios con gritos del corazón. Pensaba en la viudez de su mujer y en la orfandad de su hija. Cogió la Biblia entre sus manos, leyó un pequeño párrafo, oró y se puso en las manos de Dios. Y testimonia que, a partir de ahí, “una paz inexplicable me inundó el alma. Parecía otro: Ya estaba dispuesto a dar la vida, a cargar con las cruces que fuera con tal de ser fiel al proyecto de Dios sobre mí, de ser instrumento dócil en sus manos”.

Unos somos cirineos necesarios para otros. Así nos ha constituido el Señor. A veces nos quejamos de sentirnos desvalidos ante el peligro, la dificultad y el sufrimiento. Pero no es que Dios no nos ampare; lo que ocurre es que nosotros no recurrimos al amparo que Dios nos ofrece que es la ayuda del otro para mí y la mía para el otro. La ayuda que el Padre ofreció a Jesús en su subida al Calvario fue el Cirineo. Dios nos quiere cirineos los unos para los otros. Esto lo comprobamos diariamente. Al margen de lo que puede representar la ayuda de la familia, es increíble la ayuda que prestan los amigos o los compañeros del grupo cristiano. Constantemente estoy escuchando testimonios: “¿Qué hubiera sido de mí en la muerte de mi marido o mujer, en esta depresión que sufro, en las dificultades tan grandes que tengo en mi trabajo, en mi enfermedad, en los conflictos familiares... si no fuera por los miembros de mi grupo cristiano?”. Es natural que la gente no quiera adentrarse en alta mar de un cristianismo de generosidad si son “hombres de poca fe”, si no cuentan con la presencia de Cristo. Nosotros sabemos que de vez en cuando nos regala una experiencia de Tabor para reconfortarnos: la Eucaristía de cada día o de cada domingo, por ejemplo.

CADA UNO CON SU MISIÓN

3.º DOMINGO DE CUARESMA

Ex 3,1-8.13-15; 1Co 10,1-6.10-12; Lc 13,1-9

SE NOS HA ENCOMENDADO UNA MISIÓN

Seguramente nos impresiona la responsabilidad que Moisés tenía sobre sus espaldas. Nada menos que Dios mismo le encomienda una misión: acaudillar a su pueblo para su liberación. Seguramente nos impresiona también la responsabilidad del pueblo judío, pueblo mesiánico, al que Dios le confió una misión histórica con respecto a la humanidad entera. Pues también cada uno de nosotros, nuestra familia, nuestra comunidad, hemos recibido una misión muy concreta y específica que nadie puede realizar por nosotros y que, si nosotros no realizamos, quedará eternamente sin realizar.

El P. Congar insistía: “Es hora de que dejemos de pensar que sólo los grandes personajes de la historia han recibido una misión; todos estamos llamados a cumplir una tarea concreta en esa gran epopeya que es la historia de la salvación”, en la que no hay “extras”, personajes anónimos. Todos y cada uno de nosotros somos esa higuera de la que nos habla el pasaje evangélico de hoy. Un árbol que el Señor Jesús ha plantado en la esperanza de cosechar frutos para el Reino. Cada uno ha de dar fruto independientemente de si las otras higueras están cargadas o son puro follaje. Decimos que Dios nos ha confiado una misión, una tarea. Que no se trata simplemente de no hacer mal, de no hacer daño, de no tener pecado de comisión. Jesús maldijo la higuera que no tenía más que hojarasca. El hortelano está decidido a cortar el árbol, no porque tenga epidemia y pueda contagiar, sino sencillamente porque no da fruto. El amo castiga al siervo negligente que esconde en la tierra el talento que le había confiado. El juez eterno declarará excluido del banquete celestial no sólo a los que le han perjudicado en la persona del prójimo, sino a los que han pasado de largo ante el prójimo hundido y tendido (Mt 25,40).

Pecar es no dar fruto, frustrar los proyectos de Dios, negarse a realizar la tarea que el Señor nos ha encomendado en la

construcción de la nueva humanidad. Cada uno tiene una misión. Cualquiera que no cumpla con su tarea entorpece la construcción de la “nueva ciudad”; y si hace mal su tarea contribuye a que sea defectuosa.

Raoul Follereau, el gran padrino de los leprosos, que consagró toda su vida, talento y dinero a erradicar la lepra, cuenta: “Tuve un sueño. Muerto, me presento ante Dios y le digo todo ufano: ‘Mira, mira mis manos limpias’... Dios me mira con infinita compasión y me dice en tono de reproche paternal, pero enérgico: ‘Sí, hijo mío, manos limpias, muy limpias... pero vacías’. Cuando me desperté, me puse a trabajar afanosamente”. ¡Qué aleccionador! La conversión cuaresmal implica reavivar la conciencia de la propia responsabilidad y revisar la fidelidad a la misión que el Señor nos ha encomendado.

LA GRAVE RESPONSABILIDAD

En la construcción de la vivienda material es fácil percibir las consecuencias de cumplir o no, o cumplir mal, con la propia tarea. No ocurre lo mismo con respecto a la nueva ciudad, el Reino en plenitud. Toda vida es importante. Toda persona, puesta en las manos de Dios y dócil al Espíritu, puede hacer verdaderos milagros. Que a nadie se le ocurra decir: Yo ¿qué puedo hacer? Tengo tan pocas cualidades, mi vida tiene tan poca influencia... No puedo hacer otra cosa que las tareas de casa... Todas las personas y colectivos tenemos la posibilidad de realizar la misión más grande, la misión que nos hace semejantes a Dios, sus hijos; es la misión de amar y servir a los hermanos, aunque sea a través de pequeños gestos. Esto es lo más importante que puede hacer el ser humano. Y lo puede hacer hasta un tetrapléjico.

Si el ascua de una sola persona, por más humilde y sencilla que sea, es capaz de prender una hoguera gigantesca, ¡cuánto más un montón de ascuas que es la familia o un grupo cristiano! Recordemos aquellas comunidades paulinas compuestas por gente que procedían de los bajos fondos... Incontables millones de cristianos somos los herederos de su fe. Tenemos dormidas dentro de nosotros unas posibilidades insospechadas.

Pienso que nos ha de ayudar a sospechar de nosotros, de nuestras infidelidades (a mí, al menos, me ayudan) el conocer la contrición de muchas personas de vida llena. Me llena de confusión saber de Vicente de Paúl cómo en el lecho de muerte se lamentaba de no haber hecho más. “Has creado centros para ayudar a los pobres, le replica uno de los que le acompañan, has fundado congregaciones, has reformado al clero de Francia, te has prodigado sin reservarte nada para ti. ¿Qué querías, entonces, haber hecho?”. Él contesta: “Más, Señor; quería haber hecho más...”. Nos contaba un jesuita amigo que el padre Arrupe en los últimos años de su vida repetía contrito: “No he hecho nada, no he hecho nada...”. Hace apenas unos días he escuchado a varios seculares amigos, cuya vida es pura entrega: “¿Cuánto hemos recibido de Dios y qué poco hacemos!”.

En la parábola, el dueño de la higuera quiere arrancarla de inmediato porque no da fruto; a lo más que accede ante los ruegos del encargado es a darle un plazo. Esto no ocurre jamás con Dios. Él no se venga nunca. Pero debe aterrorizar-nos el pensamiento de que “lo que yo no hiciere quedará eternamente sin hacer”, habrá un agujero eterno en la historia de la salvación. Por lo demás, en la parábola se nos da a entender que la dejadez, el abandono, la falta de preocupación por ser fieles a la misión encomendada, el negarse a dar fruto... puede llevarnos a una inimaginable mediocridad, a una vejez rastrera, amargada y amargadora, a una vida inútil.

TIEMPO DE REFLEXIÓN Y DE REVISIÓN

Todo esto nos invita a preguntarnos: ¿Qué se habrá frustrado o qué se estará frustrando, quizás, por no ser fieles a los sueños del Señor Jesús sobre nosotros, a la tarea que nos ha encomendado? Otro tanto habríamos de preguntarnos como familia, como comunidad cristiana, como grupo o movimiento eclesial: ¿Qué planes maravillosos hemos desbaratado, quizás, por nuestra mediocridad? Cuaresma es, justamente, tiempo para hacerse estas grandes preguntas: ¿Cuáles son los proyectos de Dios sobre mí como persona, sobre nosotros

como familia y comunidad cristiana? ¿Cómo estoy y cómo estamos respondiendo? ¿Qué actitudes y acciones deberíamos emprender para cumplir “mi” o “nuestra” misión específica en la sociedad, en la familia, en la Iglesia?

La vida tiene demasiados retos grandiosos como para que la malgastemos. ¡Cuántas y qué grandes cosas podríamos lograr cada uno en particular y todos en conjunto! ¡Qué crimen tan horrible el de matar el tiempo cuando hay tantas cosas y tan importantes que hacer, ese tiempo que está llamado a ser amor, liberación, gracia!

Se palpa en nuestros días un gran esfuerzo por prolongar la vida humana, por lograr más *cantidad* de vida. No es esto lo más importante; lo más importante es la *calidad* de vida. Como se ha repetido tantas veces: “Lo importante no es llenar la vida de años, sino llenar los años de vida”, de buenos frutos. Por eso pregonaba Jesús: “Aprovechemos para trabajar mientras es de día, porque llegará el momento en que no será posible” (Jn 12,35). Y Pablo exhortaba: “Mientras tenemos tiempo hagamos el bien” (Gá 6,10). Disraeli escribió: “La vida es demasiado breve para ser mezquina”. San Antonio María Claret tenía como consigna: “No perderé ni un solo minuto. Viviré cada día, lo aprovecharé, como si fuera el último de mi vida”. He aquí una buena consigna que nos sugiere hoy la Palabra de Dios.

Robert Baden Powell, ante su muerte inminente, deja como testamento a los scouts: “Siento la muerte cercana, pero me siento en paz; francamente he de decir que he sido feliz, porque no he buscado otra cosa que hacer felices a los demás. Procurad dejar el mundo mejor que lo encontrasteis; así viviréis felices y partiréis en paz”.

DE CRIADO A HIJO

4.º DOMINGO DE CUARESMA

Jos 5,9a.10-12; 2Co 5,17-21; Lc 15,1-3.11-32

NO TE EXCLUYAS

Con imágenes muy gráficas Jesús nos revela en esta joya teológica y literaria el rostro de Dios como pura misericordia; nos describe el pecado como degradación, la conversión como rehabilitación, reconciliación y fiesta; y caricaturiza la religiosidad fría, cumplimentera, orgullosa y despectiva. Es muy posible que nos parezca que no estamos reflejados en los personajes de la parábola y que, por lo tanto, no tiene mucho que ver con nosotros.

A primera vista, no parece que tengamos nada que ver con el hijo pródigo; nosotros estamos en casa; ahora mismo estamos sentados a la mesa familiar de la Eucaristía. Tampoco parece que tengamos nada que ver con el hermano mayor; nosotros no nos negamos a participar en la fiesta con los perdidos que han retornado, ni los conocemos, ni sabemos si hay alguno. Sabemos que hay banquete eucarístico a esta hora, y hemos venido sin más. Con todo, no nos apresuremos a afirmar que no tenemos nada que ver con los dos hijos del padre misericordioso.

UNA FAMILIA-PARÁBOLA

Conozco bastante de cerca a una familia que constituye para mí una verdadera parábola de la familia de Dios, la Iglesia. “Padre, en casa tenemos de todo”, me dice una pareja. Tienen 6 hijos: cuatro varones y dos mujeres. “Mi hijo mayor y la hija menor, me dice el padre, son un encanto. Estudian, ayudan, son buenos hijos y buenos hermanos; son los que nos proporcionan las grandes alegrías. El segundo de los hijos se nos metió en la droga y nos proporciona disgustos y grandes perjuicios económicos. Estuvo en Proyecto-Hombre. Ahora está rehabilitado y es cariñosísimo. Nos dice que, después de lo mucho que nos ha hecho sufrir y lo que hemos hecho por él,

se da cuenta de lo que son los padres y quiere compensarnos de tantas amarguras. Pero tenemos los otros tres, dos chicos y una chica, que nos amargan la vida. No es que sean malos. No nos han dado grandes disgustos. Pero son descontentadizos, desagradecidos; protestan por todo y contra todo; tenemos miedo de que la hija sufra anorexia; son exigentes a la hora de pedir dinero para los fines de semana; se pelean constantemente entre ellos; tienen celos del hermano rehabilitado de la droga, porque dicen que todos los cuidados son para él; andan a rastras con los estudios; no echan una mano... Para estos tres, la casa es una pensión gratuita, y nosotros empleados a sus órdenes. Aquel sueño de familia numerosa, unida y feliz, que teníamos al casarnos, se nos ha venido enteramente abajo”.

En la familia de Dios hay también estas diversas clases de hijos. Están los santos, ¡muchos!, que sólo dan satisfacciones a Dios y a los hermanos. Son una indecible gracia para la familia eclesial. Están los hijos drogadictos-rehabilitados, los convertidos, y están los drogadictos que siguen en la droga del pecado. Existen también los hijos mediocres que están en casa, pero no son de casa, no viven el calor del hogar. Vienen a la Iglesia, pero no son Iglesia, son huéspedes en su propia casa. ¿A cuál de esta clase de hijos pertenezco? Los más frecuentes son los mediocres.

RASGOS DE LOS HIJOS MEDIOCRES

En realidad, los dos hijos de la parábola eran pródigos; estaban fuera de casa: uno físicamente y el otro psicológicamente. ¿Cuáles son los rasgos que caracterizan a los que viven como hijos en la casa del Padre?

— *Espíritu de familia*. El hermano mayor era un jornalero más que un hijo y un hermano; y el hermano menor, un alocado al que no le importan más que sus juergas con los amiguetes. Su padre no es para él más que un amargavida, un obstáculo para hacer su vida aventurera. Sufre la miseria de los dos hermanos el cristiano que no está integrado en comunidad, que va por libre, que vive “su” cristianismo. Las Eucaristías

para él son comida de hotel, no comida de familia. Tiene como los dos hermanos de la parábola, amigos superficiales para encuentros sociales, pero no tiene hermanos en la fe para compartir profundamente su vida. Como consecuencia, falta la verdadera alegría en su espíritu, porque el verdadero lugar de la alegría es la comunidad.

— *Actuar desde la gratuidad.* Los dos hermanos tienen espíritu interesado. El menor reclama la herencia que le corresponde para vivir desenfadadamente; el mayor echa en cara a su padre que no ha tenido la delicadeza de darle un cabrito para una merendola con sus amigos. El padre tiene dos aprovechados. Son “hijos” interesados, que están en casa pero no son de casa, los que hacen consistir el culto religioso en un intercambio de votos, cumplimientos, rezos, ritos y obsequios humanos a cambio de favores divinos. Estos huéspedes en la casa de Dios se quejan como el hermano mayor: “Parece que los malos, los descreídos, tienen mejor suerte; les va mejor en la vida que a nosotros, que cumplimos”. El verdadero hijo y hermano vive y actúa desde el amor. Y el amor, por definición, es gratuito.

— *Religiosidad de la generosidad.* No es de casa, aunque esté en casa, el que se rige en ella por una especie de reglamento laboral. Es la espiritualidad farisaica del hijo mayor: “Jamás he desobedecido una orden tuya”, le dice al padre como quien exhibe una factura. “Dame la herencia que me corresponde”, exige el hijo menor. ¿A qué estoy obligado?, pregunta el cristiano mediocre. Eso no es un hogar. Eso es una empresa. La religiosidad cristiana es de amor y de generosidad. En un hogar no se pregunta: ¿Qué tengo obligación de hacer por ti?, sino ¿qué puedo hacer por ti?

— *Apetito y alegría.* Uno vive la situación de pródigo si está desnutrido. Y uno puede estar desnutrido por dos motivos bien diferentes: a) Porque no tiene qué comer; es el caso del pródigo; no le daban ni las algarrobas que echaban a los cerdos; b) porque no tiene apetito, sufre anorexia y no quiere comer. La causa de nuestra flaqueza sería esta última, porque la verdad es que en la mesa de la casa no nos falta nada. El

efecto para el que no come porque no tiene y para el que no come porque no quiere es el mismo: la anemia, la desnutrición, la falta de vigor.

“ENTRANDO DENTRO DE SÍ”

La parábola del hijo pródigo o, mejor, del padre misericordioso, nos da a entender que el padre salía todas las tardes a otear los caminos para ver si el hijo llegaba; no explicita otro aspecto de su preocupación. Lucas expresa este aspecto del amor solícito de Dios en otras parábolas como la del “buen pastor” o de la “dracma perdida”, en las que tanto el pastor como el ama de casa se desviven por encontrar lo que tanto aman. Las llamadas de Dios son múltiples y resuenan ininterrumpidamente; todo depende de nuestra atención y de nuestro silencio para poder escucharlas.

“Entrando dentro de sí mismo...”, dice Lucas. Para entrar dentro de casa, primero hay que entrar dentro de sí, como el pródigo. Es preciso entrar dentro de uno mismo, pararse a pensar, revisarse, para reconocer la propia miseria. Se ha dicho: “La gran desgracia del hombre moderno es que no sabe detenerse, está fuera de sí”. La salvación del hijo pródigo empezó cuando se vio solo frente a sí mismo, y esto le ayudó a entrar dentro de sí, a encontrarse y verse hecho una ruina. Entrar dentro de sí supone confrontar la propia vida con el proyecto de Dios, ponerse en parangón con los grandes creyentes, comparar, quizás, nuestras huecas carcajadas con su sonrisa profunda, tomar conciencia de los íntimos gemidos de angustia acallados por el bullicio de la juerga. Para entrar dentro de uno mismo es preciso reservar en la vida un espacio suficiente de tiempo para la oración, para un retiro, para poder reflexionar y contemplar con calma la Palabra de Dios.

Jesús revela a un Padre Dios que es de verdad desconcertante. Primeramente refiere que sale a nuestros caminos para vernos regresar. No puede ser feliz viendo a sus hijos arruinados e infelices. Cuando, caminando presurosamente, se encuentra con el hijo, que pretende pedirle mil perdones, no le pide explicaciones, simplemente le abraza y riega su cuello

con sus lágrimas y da orden inmediata de que se prepare el mejor banquete de la casa. No cabe en sí; está loco de contento.

Completando este pensamiento afirma Jesús: “En el cielo se hace fiesta por un pecador que se convierte”. Se trata de un gran acontecimiento no sólo para el convertido sino para toda la familia de Dios peregrinante y gloriosa. Se trata de una *resurrección*: “tu hermano estaba muerto y ha resucitado”.

LA VERDADERA LIBERACIÓN DEL PECADO

5.º DOMINGO DE CUARESMA

Is 43,16-21; Flp 3,8-14; Jn 8,1-11

DOS POSTURAS ANTE EL PROPIO PECADO

El relato evangélico pone en escena dos clases de personajes, dos clases de pecadores: por un lado los letrados y fariseos, pecadores ocultos, como hace patente Jesús; pecadores que quieren presumir de inocencia pidiendo justicia para una mujer sorprendida en adulterio; y por otro lado, la mujer, que reconoce públicamente su pecado y que confía en el perdón de Jesús de Nazaret. El texto evangélico contrapone una vez más dos espíritus y dos actitudes: lo viejo y lo nuevo, la ley y el amor o, como dice Pablo, “la justicia que viene de los hombres con la que viene de la fe en Cristo...”.

Metámonos de lleno en la escena y gocemos de la inmensa ternura que la envuelve. Jesús se revela como el hermano mayor del pródigo que sale al encuentro de esta hija pródiga, a la que abraza, y ante la que se pone delante para atajar las piedras que los pecadores, con aires de santurrones, están dispuestos a arrojar contra ella. Este dar la cara por los desechados y constituirse en abogado de causas perdidas será lo que le cueste la vida y lo que le lleve a morir entre horribles torturas en la cruz. Jesús subraya fuertemente la actitud de sus discípulos ante los “pecadores”: condenación irremisible del pecado (“en adelante no peques más”) y misericordia con el pecador (“tampoco yo te condeno”). El sentimiento de culpa es como una úlcera abierta y dolorosa. Por eso todos tratamos de liberarnos de ella, unos acertadamente y otros desafortunadamente cerrándola en falso.

VERDADEROS Y FALSOS CAMINOS DE LIBERACION DE LA CULPA

— *Negando el pecado – reconocer la culpa.* Una forma falsa de liberarse del sentimiento de culpa es negar el pecado. Es la acusación que ya Pio XII dirigía a la sociedad moderna: “Se está perdiendo la conciencia de pecado”. Cuando uno no

vive como piensa, termina pensando como vive. Hay quienes no creen en el pecado y hay quienes no creen en “su” pecado. Uno no sale de su asombro cuando oye decir con la mayor naturalidad del mundo: “Yo no me arrepiento de nada”, “yo no tengo nada de qué arrepentirme”. “Los triunfos, afirmaba J. F. Kennedy, tienen muchos padres; los fracasos no tienen padre reconocido”. ¡Qué ceguera, cuando los santos viven siempre tan contritos! El pecado existe y causa estragos en la persona y en su entorno. La adicción al pecado degrada, perturba y hace dolorosa la convivencia. Jesús lo toma muy en serio. Por eso es una insensatez ignorar el pecado. El pecado reconocido está medio vencido.

— *Liberarse de la angustia – obsesionarse por la culpa.* La segunda postura falsa ante el pecado, la segunda forma equivocada de liberarse de él, es la actitud contraria: Obsesionarse por él, angustiarse por él, desesperarse por sentirse vencido en la lucha contra él, atormentarse con los escrúpulos, con el miedo a Dios y a su castigo eterno. Es lo que los psicólogos denominan la *culpabilidad neurótica*. Desgraciadamente, debido a una defectuosa formación religiosa, todavía hay demasiados cristianos piadosos que viven inútilmente atormentados. La peor forma de liberarse del pecado es obsesionarse con él. El amor de Dios es más grande que nuestro pecado. Tenemos un Abogado (1Jn 2,1).

— *Proyectar o no el propio pecado en los demás.* Hay otro extraño intento de liberarse del propio pecado y de la angustia que conlleva: proyectarlo en los demás. Es colgar los propios trapos sucios en el balcón del vecino. Se comportan de este modo los que no ven más que mal en los demás, los que atribuyen a los demás sus deficiencias y pecados. El refrán lo ha dicho muy atinadamente: “Piensa el ladrón que todos son de su condición”. Generalmente el que acusa se excusa; el que presume de inocencia (“yo no soy como ése”, ora el fariseo -Lc 18,11-) pretende ocultar su propio pecado. Ésta es la actitud de los letrados y fariseos frente a la adúltera; tienen piedras en las manos para lanzarlas contra ella y piedras en las manos también para lanzarlas contra Jesús si es que, contraviniendo a la ley, la absolviere. Frente a esta falsa liberación, no

hay otra postura mejor que el reconocimiento humilde del propio pecado, de las propias mezquindades. Se nos caerían inmediatamente de las manos las piedras de nuestros juicios severos y de nuestras condenas inapelables del prójimo.

— *Sinceridad, contrición y confianza.* La única actitud verdaderamente liberadora del pecado es el reconocimiento humilde, sincero, contrito de la culpa y la confianza absoluta en la misericordia de Dios. Es lo que contemplamos en la reconciliación de la adúltera: “Yo no te condeno; vete en paz y no peques más” (Jn 8,11) y en otros muchos relatos evangélicos como el del hombre paralítico que sus amigos presentan delante de Jesús descolgándolo por el techado (Mc 2,5) o el de Zaqueo: “Hoy ha entrado la salvación en esta casa” (Lc 19,9)... Esta mujer pecadora, indultada por Jesús, es símbolo de las personas reconciliadas “por” Jesús y “con” Jesús.

TODO COOPERA PARA EL BIEN DE LOS ELEGIDOS

Pablo afirma: “Todo coopera para el bien de los que aman a Dios” (Rm 8,28), incluso el pecado. Cuando un cristiano se sitúa positivamente ante esta realidad destructora, también a ella la reconvierte en camino de salvación, de tal modo que uno puede decir como san Agustín a propósito del pecado original: ¡Feliz culpa!, ya que, gracias a ella, nos ha venido tan gran Redentor. ¿No diría la adúltera: Bendito adulterio que me permitió encontrarme con Jesús a quien, tal vez, de otro modo, hubiera ignorado para siempre? La experiencia de pecado puede enseñarnos muchas cosas.

En primer lugar, *humildad y conocimiento de uno mismo*. Sólo a través del pecado somos capaces de conocer nuestra fragilidad y el egoísmo subterráneo que llevamos dentro. Pedro necesitó la traición al Maestro para darse cuenta de que ni su fidelidad ni su fortaleza eran tan grandes como lo que parecían revelar sus palabras orgullosas: “Aunque todos te traicionen, yo jamás te traicionaré” (Mt 26,33).

El pecado puede enseñar también *comprensión y compasión* hacia los demás. Me lo contaba un amigo, en otro tiempo

puritano y rigorista como un fariseo, sobre todo con respecto a la moral sexual: “Necesité cometer un adulterio para aprender comprensión y compasión hacia los demás. Desde entonces dejé de ser juez severo de los otros”. “Yo antes de vivir en una situación grave de pecado, confesaba un convertido, me pasaba la vida echando culpas a todo el mundo; ahora me dedico a pedir perdón”. La experiencia de pecado nos hace palpar que estamos hechos del mismo barro que los demás y que, si no somos peores, es porque hemos sido unos privilegiados en la vida.

Pero, sobre todo, la experiencia de pecado nos puede conducir a una grandiosa experiencia de *Dios como Padre misericordioso*. Me confesaba una ex-toxicómana: “Cuando he comprobado la capacidad de perdón y de olvido por parte de mis padres, después de haberles hecho sufrir tanto con mi drogadicción, he llegado a conocer lo mucho que me quieren”. Los padres, por su parte, testimoniaban lo cariñosa que era con ellos a partir de su rehabilitación. David, a partir del perdón, tiene una experiencia más intensa de Dios. El pródigo necesitó del abrazo acogedor del padre para conocer la hondura del amor. El reconocimiento del pecado y la contrición nos conducen a la reconciliación con nosotros mismos, con los demás y con Dios; y ello es fuente de paz, de gracia y de salvación.

Creo que el mejor modo de vencer al pecado no es enfrentarse directamente con él, sino seguir el consejo de Pablo: “Vence al mal con el bien” (Rm 12,21). ¿He perjudicado con actitudes negativas? Pues me desquitaré asumiendo actitudes positivas compensatorias. Desechable, maloliente es el estiércol, pero si se emplea para abonar hace crecer los trigales y las flores. Lo mismo el pecado; reconvertido por la fe, se transforma en un fecundo fertilizante de la vida.

MORIR PARA DAR VIDA

DOMINGO DE RAMOS

Is 50,4-7; Flp 2,6-11; Lc 22,14-23.56

CALLAR Y CONTEMPLAR EL MISTERIO

Hablar de la pasión y muerte de Jesús resulta doloroso por la absoluta seguridad de que uno va a empequeñecer el misterio. Lo más obvio después de escuchar el relato es callar y contemplar. Estamos ante una historia asombrosa de fe.

Cuando sus admiradores y seguidores contemporáneos reciben y aclaman triunfalmente a Jesús, lo hacen viendo en él al futuro libertador temporal que les iba a liberar de la opresión social en que vivían. Hoy le aclamamos con un sentido mucho más pleno: como al libertador de la raíz de todas las esclavitudes que es el egoísmo. Y nos libera no con poderosos medios temporales, sino con la fuerza de su amor, con su entrega total, aunque con ello arriesgue su vida y la pérdida.

Jesús no tenía nada de ingenuo. Cuando inició su aventura profética, lo hizo con plena consciencia de que emprendía un camino martirial. Él lo sabe, y se lo advierte a los apóstoles. Es “imprudente” metiéndose en la boca del lobo. Si fuera un poco más diplomático... si supiera contemporizar un poco... si tuviera un poco más de paciencia y no quisiera arreglar el mundo en cuatro días... si no fuera tan radical... si supiera negociar con sus enemigos... Pero no hay nada que hacer: Jesús ha apostado por el Reino, por la dignificación y liberación de sus hermanos, y no hay quien lo detenga.

Jesús sabe perfectamente que está sentenciado a muerte por sus enemigos frontales, los escribas y fariseos. Pero tenía varias salidas para evitarla: 1.^a matizando sus afirmaciones más conflictivas, como hacen los políticos cuando sus declaraciones provocan conflictos inesperados, pero Jesús no se desdijo ni un ápice; 2.^a retirándose a Nazaret, renunciando a su ministerio profético, pero Jesús no entiende de repliegues cuando se trata de la causa del Padre, que es la causa de sus hermanos; 3.^a recurriendo a la fuerza de sus simpatizantes,

pero Jesús no entiende de violencia: “bienaventurados los pacíficos” (Mt 5,9). Jesús renuncia martirialmente a todas estas escapatorias.

JESÚS, EL FRACASADO

A los ojos de sus contemporáneos Jesús es el gran fracasado. “Pasó haciendo bien y curando a los oprimidos por el diablo” (Hch 10,38). ¿Dónde están, a la hora de la verdad, los liberados, los rehabilitados, los agraciados por su bondad, los reconciliados?

Sus propios discípulos le abandonan y le traicionan miserablemente. Sólo le acompañan al Calvario y velan su agonía seis incondicionales, entre ellos, su madre. Hasta el Padre parece haberle abandonado en medio de aquella hoguera de tormentos, hasta el punto de salirle de lo más hondo del corazón una queja desgarradora: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46). El fracaso parece total y absoluto. Es justamente la hora de la muerte total a sí mismo y de la entrega integral del grano de trigo que se “pudre” bajo la tierra; es la hora de la noche, del sepulcro. No es la vida terrena el momento del estallido de la vida, no es el momento de la recompensa (¡gracias a Dios!). Canta el himno pascual que nos transmite Pablo: “Se despojó de su rango (divino) y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos. Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2,7-8).

Y todo ello “por mí”. De la misma forma que lo siente y vive Pablo, lo hemos de vivir y sentir nosotros: “Me amó y se entregó por mí” (Gá 2,20), afirma categóricamente. “Por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo y se encarnó de María Virgen”, proclamamos en la confesión de fe.

Cuando la persona es grano de trigo que “muere” en el olvido de sí misma y en la entrega generosa por los demás, produce indefectiblemente la espiga. A la vida por la muerte, es el mensaje que grita Jesús por la boca de sus heridas. “Es muriendo como se resucita”, tradujo Francisco de Asís en su

conocida oración. Esta entrega significó para el Crucificado, la suprema exaltación, la plenitud de vida más absoluta. “Por eso Dios le exaltó sobre todo y le concedió el título que sobrepasa a todo título; de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2,9-11).

Jesús muere ejecutado por su valentía profética, porque sus enemigos no son capaces de amordazar su palabra revolucionaria ni atar sus manos y sus pies “heterodoxos” que han actuado para humanizar la vida de sus hermanos. Su muerte ignominiosa parecería señalar el fracaso total. Pero, justamente entonces, es cuando se produce la gran explosión de vida: su resurrección y el triunfo de su causa. Aquel grano que murió hace veintiún siglos sigue produciendo espigas en abundancia. Nosotros somos de ellas. Ahora se confiesan creyentes en el Crucificado muchos millones de personas. ¡Qué derrota tan victoriosa la de Jesús!

POR LA MUERTE A LA VIDA

La muerte y resurrección de Jesús dicen a gritos algo que debería enloquecernos de alegría: El amor nunca fracasa, el amor siempre es fecundo. Todo lo demás pasará, hay que abandonarlo en la rivera de acá a la hora de partir a la otra vida; el amor es lo único que nos acompañará, porque nuestra capacidad de amar somos nosotros mismos (Cf. 1Co 13,8).

El amor y la entrega de Jesús le llevaron a la plenitud, a una gloria incomprensible (1Co 2,9), y a nosotros, a emprender su camino, a vivir en la libertad de los hijos de Dios, a amar como él y gozar de la esperanza de compartir su destino glorioso. “Si (desde el amor y como el grano de trigo) morimos con él, viviremos con él” (2Tm 2,11). Podemos fracasar en la labor educativa y formativa de los hijos, podemos fracasar profesionalmente, podrá terminar en fracaso social nuestra labor humanitaria y promocional con los pobres, podrá fracasar nuestro esfuerzo por mejorar la vida de nuestro barrio o de nuestro entorno laboral, pero lo que no fracasa nunca, absolu-

tamente nunca, es el amor con que lo hemos realizado. Podemos morir “derrotados” ante los ojos humanos, como el Crucificado, pero nuestras vidas, como la de Jesús, están en manos de Dios, y el amor es ya en sí mismo un triunfo.

La derrota triunfal de Jesús evoca otras derrotas: la entrega callada de tanta gente sencilla que muere sin el reconocimiento social, de tantos héroes de barrio, de pueblo o de simple portal, que se han olvidado de sí, que no han vivido para sí, sino para los demás, que se han desvivido por el bien común de su entorno, que han renunciado a la ganancia, al descanso, al consumo para preocuparse de los demás, y que no han tenido ni la más mínima recompensa en este mundo. Testimoniaba un amigo el día que dedicábamos en una comunidad parroquial a homenajear a nuestros mayores: “Cuarenta y cinco años he estado trabajando como un empleado fiel de una ferretería, sirviendo a los demás, colaborando en las cuestiones de barrio y de mi colectivo laboral, y éste es el primer homenaje que me hacen”. Para Dios nada cae en saco roto. Todo ello es vida acumulada que se lleva en la venas del alma.

“Amar es morir”, ha dicho luminosamente un pensador de nuestros días. Es morir porque supone olvidarse de sí para vivir volcado hacia los demás. En este sentido, hay que decir que no hay vida nueva sin muerte, sin dolores de parto, sin renunciaciones, sin donación.

El testimonio sobrecogedor sobre el martirio de Jesús como camino a la vida plena nos invita a reafirmarnos en nuestra actitud de muerte pascual. ¿Nos sentimos cansados de tanto luchar. ¿Qué más podría hacer, además de los compromisos que estoy llevando adelante? ¿En qué habría de intensificar mi entrega? ¿Hacia qué compromisos concretos me empuja la escucha del relato estremecedor de la pasión y muerte de Jesús, que dio hasta la última gota de su sangre? Jesús, muerto como un fracasado y resucitado para una vida plena y gloriosa, es garantía de fecundidad. “Por lo tanto, mientras tenemos tiempo, hagamos el bien, sabiendo que según lo que el hombre sembrare, así cosechará” (Gá 6,10).

PASCUA

JESÚS RESUCITADO, NUESTRA FIESTA

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

Hch 10,34a.37-43; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

“Ésta es la fiesta de las fiestas”. ¡Congratulémonos! *Cristo resucitado enciende una fiesta continua en el corazón del hombre*. La fe viva y experiencial en Jesús resucitado convierte toda la vida del cristiano en una auténtica fiesta.

La luz de la resurrección ilumina la vida entera y le da sentido. “Sin la fe en la resurrección de Jesús, testifica Pablo, lo nuestro es todo un cuento” (1Co 15,12-19). La resurrección de Jesús es como el mástil central de la tienda de la fe, de la vida de la Iglesia; si se quiebra, toda la tienda se viene abajo. No se trata de una mera noticia informativa que atañe únicamente a Jesús, sino que ilumina y da sentido a nuestra existencia personal y a la historia de la humanidad entera. Ella es la Palabra última y definitiva de Dios hecha acontecimiento en la persona de Jesús de Nazaret, cabeza de la humanidad.

Los relatos de los evangelistas sobre la resurrección están llenos de afirmaciones simbólicas que ponen de manifiesto que, a partir de la resurrección de Jesús, nace la era definitiva, acontece el final de los tiempos, se produce la plena revelación del proyecto de Dios. En esta afirmación: “el primer día de la semana...” (Mt 28,1) hay una referencia a la creación, a la

nueva creación que supone la resurrección de Jesús. Por eso, sus discípulos pasan la celebración festiva semanal del sábado al domingo. “Al amanecer, cuando aún estaba oscuro...”. Jesús trajo el día a la humanidad.

En los primeros tiempos los cristianos se reunían en vigilia toda la noche, en espera de la resurrección del Señor. Recordaban la muerte de Jesús, y al despuntar el alba celebraban su victoria sobre ella. La vigilia pascual lo era todo. Más tarde, desglosada y con el añadido de otros elementos, se constituyó poco a poco nuestra Semana Santa. Tan importante era la “Pascua” (el paso de la muerte a la vida) que así se llamó no sólo a la Resurrección, sino también a la Navidad, a la fiesta de Reyes e incluso a Pentecostés. Y de la misma manera que los judíos, en la celebración del sábado, evocaban y celebraban la liberación de la esclavitud de Egipto como la acción liberadora primordial de Dios, los cristianos celebraban (celebramos) la liberación de Jesús de la muerte y del sufrimiento como garantía de nuestra propia liberación definitiva. Pero el misterio pascual (por la muerte a la vida) no se reducía simplemente a la celebración, sino que inspiraba e impulsaba toda la espiritualidad personal y comunitaria, una espiritualidad jubilosa, esperanzada y martirial.

Desgraciadamente esto no tiene mucho que ver con la vivencia religiosa de la gran mayoría de los “cristianos” de hoy, para los que la resurrección de Jesús es un misterio más, entre quince o veinte, según el rosario ampliado. A nivel celebrativo, lo vemos en cada Semana Santa que despliega todas sus expresiones religiosas en torno a la pasión; la celebración de la resurrección no es nada más que un pobre apéndice en la Semana Santa, y la Vigilia Pascual una celebración litúrgica de minorías comprometidas en la vida de nuestras comunidades parroquiales.

Hay, sí, comunidades muy sensibilizadas que viven extensa e intensamente la vigilia pascual, que han recuperado el espíritu pascual de la Iglesia naciente, pero, con todo, la Pascua no significa ni mucho menos lo que debería significar. No es el espíritu pascual la tónica que domina entre los cris-

tianos. Muchos están encarnados en los discípulos del cenáculo bajo cerrojos. Están de luto y con indecible miedo a la persecución de los judíos; viven como si no creyeran en la resurrección, como si Jesús siguiera muerto. Nos falta recuperar el espíritu de los discípulos después de haberse encontrado con el Señor. En este sentido, hay que decir: El tiempo pascual dura unas semanas; el espíritu pascual ha de reinar todo el año.

Es preciso poner de relieve el doble aspecto del misterio pascual: la muerte y la resurrección. El resucitado es el crucificado. No hay resurrección sin muerte martirial, sin la inmolación del “hombre viejo”, el hombre instintivo.

JESÚS RESUCITADO, LA RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA

Pablo apostrofa duramente a quienes, en la comunidad de Corinto, siembran dudas sobre la resurrección de Cristo y la nuestra. Sin ella, el Evangelio pierde credibilidad y se convierte en un descomunal embuste.

¿Por qué esta transcendencia de la resurrección? Porque la resurrección de Jesús no es un mero triunfo personal, sino que marca el destino de cada uno y de toda la humanidad. El destino de los miembros del cuerpo es el mismo destino de la cabeza. “Él, el primero; luego cada uno de nosotros hasta que sea aplastada la muerte” (1Co 15,23-26). Jesús resucitado es la utopía realizada y la garantía absoluta de nuestra glorificación. Dios Padre da enteramente la razón a Jesús de Nazaret. Las bienaventuranzas vividas y predicadas por él son un camino garantizado. Ellas encarnan toda la verdad. Ahora sabemos bien a dónde llevan. Merece la pena arrimar el hombro a la causa de Jesús, a la construcción del Reino. Pablo afirma categóricamente: “Si morimos con él, viviremos con él” (2Tm 2,11). “Si la esperanza que tenemos en Cristo es sólo para esta vida, somos los más desgraciados de los hombres” (1Co 15,19).

La fe en Jesús resucitado hace diferente al cristianismo. No somos discípulos de un muerto. Jesús no es simplemente un

gran personaje que ha pasado a la historia; está en la historia, hace historia. Él no es como los demás maestros: deja una doctrina, marca un camino, y se va... Él está con nosotros en la construcción del Reino, acompaña a cada persona, a cada familia, a cada grupo y comunidad.

Por estar resucitado ha roto las categorías de tiempo y espacio, y nos es cercano a todos, contemporáneo de todos. Los discípulos, decenios después de su resurrección, lo sienten cercano y experimentan la luz y la fuerza que irradia su presencia: "Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes y el Señor cooperaba confirmando el mensaje con las señales que los acompañaban" (Mc 16,20). Sus formas de presencia son diversas.

El Señor nos invita a tener la experiencia de su cercanía: "Vete y dile a mis discípulos que los espero en Galilea, que los espero en la escucha de la Palabra, en la reunión, en la Eucaristía. Desde esta cercanía nos dice como a sus contemporáneos: "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré" (Mt 11,28). Porque de poco nos serviría que hubiera resucitado y estuviera vivo si pareciera ausente; y de nada nos serviría que estuviera cercano si no tenemos experiencia de su cercanía.

LA RESURRECCIÓN, EXPLOSIÓN GLORIOSA DEL AMOR

"Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. No amar es quedarse en la muerte" (1Jn 3,14-15). He aquí una afirmación teológica genial y pregnante. El amor es la vida y la ausencia de amor es la muerte. La resurrección, la vida gloriosa, es la explosión del amor que uno lleva dentro. El amor es la semilla de la resurrección. Seremos transformados, glorificados, según la medida de nuestro amor. Porque Jesús fue "el-hombre-para-los-demás", por eso Dios le encumbró y le dio un título sobre todo título" (Flp 2,9).

Celebrar la resurrección de Cristo no es lo mismo que celebrar la exaltación de alguien a quien admiramos y queremos

entrañablemente, sino que es celebrar que, gracias a su resurrección, está entre nosotros, actúa en nosotros, nos libera. Es celebrar anticipadamente nuestra propia plenitud gloriosa. Por eso, como dice acertadamente el eslogan de Taizé: *Cristo resucitado enciende una fiesta continua en el corazón del hombre*. La resurrección de Jesús infunde dinamismo y alegría en el vivir y en el quehacer, porque, en verdad, más vale morir por algo, como Jesús, que vivir para nada. Como él, por la muerte, llegaremos a la vida en plenitud.

JESÚS RESUCITADO, CENTRO DE LA COMUNIDAD

2.º DOMINGO DE PASCUA

Hch 5,12-16; Ap 1,9-11a.12-13.17-19; Jn 20,19-31

UNIDOS Y REUNIDOS EN NOMBRE DE JESÚS

Pablo VI, en su luminosa encíclica *Ecclesiam suam*, afirma: “La Iglesia se renovará de verdad cuando vuelva de verdad su mirada a Cristo”. Entonces, y sólo entonces, se rejuvenecerá. En realidad, los cristianos y los grupos rutinarios se convierten, cambian radicalmente, pasan de un cristianismo cumplimentero a un cristianismo entusiasmado cuando se encuentran personalmente con Jesucristo resucitado.

En este sentido resulta conmovedor el testimonio del gran teólogo Yves Congar: “He tardado bastante en dar a Jesucristo el lugar central que ocupa hoy en mi pensamiento y en mi vida. Para mí Jesucristo lo es todo; es él quien me da el calor y la luz. Su Espíritu es el que me da movimiento, vitalidad. Cada día me interpela, me impide detenerme; el evangelio y su ejemplo me arrancan de la tendencia instintiva que me ata a mí mismo, a mis hábitos, a mi egoísmo”.

Los testimonios de personas de toda clase y condición son interminables. Milagro palpable y palpante de la presencia dinamizadora de Jesús son muchas comunidades cristianas surgidas como hogueras en la noche del mundo. “Nos parece un milagro cuando miramos siete años atrás y vemos cómo de personas egoístas, acurrucadas en nuestras madrigueras, hemos podido llegar a formar esta gran familia, en la que nos amamos, nos ayudamos y procuramos juntarnos para hacer bien a nuestros vecinos; la verdad es que hemos cambiado todos un montón”, comentan los miembros de una comunidad cristiana de Vigo formada por 45 miembros. Y yo les acoto: “No ‘parece’ un milagro; es un milagro del Señor resucitado y presente entre nosotros”. Aunque con distintas circunstancias y apariencias externas, se trata del mismo milagro verificado en aquel puñado de seguidores de Jesús que formarían la

comunidad modélica de Jerusalén. ¿Cómo resucita el grupo de los amigos de Jesús? ¿Qué hizo posible que, después del “fracaso rotundo” del Maestro, resurgieran con increíble vigor?

BUSCAR JUNTOS

Aunque acoquinados y dispersos en un primer momento (“heriré al pastor y se dispersarán las ovejas” -Mt 26,31-), impulsados por el Espíritu de Jesús, vuelven a reencontrarse para convivir, para dialogar, para compartir el “fracaso” de la muerte del Maestro, para seguir su amistad. Buscan juntos. Por eso, como estaban reunidos en el nombre del Señor, él se hace presente en medio de ellos (Mt 18,20), y le reconocen con la mirada de fe. Tomás se ha ausentado de la comunidad; por eso no ha podido gozar del encuentro con el Señor; sólo cuando se reintegra a la comunidad puede vivir la experiencia. Los de Emaús, a pesar de que se alejan desencantados, caminan compartiendo su tristeza y su desencanto; por eso el Señor les sale al encuentro.

La situación de incontables “cristianos”, aunque parezca que no tiene nada que ver con la situación de los discípulos de Jesús después del viernes santo, sin embargo tiene mucho en común. Son numerosísimos los que viven su religiosidad muy rutinariamente, están desencantados, dispersos, desilusionados, porque creen que la Iglesia no responde a sus inquietudes ni a las esperanzas del mundo. El cristianismo no les llena; sin embargo, están inquietos, buscan. Su fe, como la de los discípulos, corre peligro.

El camino de encuentro con el Señor comienza por reunirse para buscar juntos, compartir dudas, críticas, poner en común experiencias e intentar nuevas formas de vivir la fe. No hacerlo es poner en peligro la fe, como advierten reiteradamente los obispos vascos en diversas pastorales conjuntas: “Estamos persuadidos de que sólo unas comunidades fuertes, de vida intensa e incluso exigente, podrán ser para la gran mayoría de los creyentes hogar que los alimente para la ardua tarea de vivir diariamente la fe en condiciones difíciles. Sólo una participación activa en estas comunidades sostendrá una

adhesión eclesial sometida al riesgo de la erosión continua. Sólo un alimento místico compartido podrá afirmar a Dios como Dios en una época propicia a las idolatrías, a Jesús como a Señor en una sociedad poblada de tantos 'señores'. Sólo un impulso misionero refrescado en comunidad mantendrá en los creyentes la viva conciencia de haber recibido una 'buena noticia' y la encendida pasión por testificarla sin orgullo y sin complejos. Construir esas comunidades vivas de fe ha de ser un objetivo irrenunciable en estos tiempos de increencia".

Ésta es la razón por la que muchos "cristianos" solitarios (una rotunda contradicción) nos confiesan: "Estoy perdiendo la fe", "ya no sé si creo o no creo". Lo extraño no es esto, lo extraño sería lo contrario. Si fuera del ámbito comunitario, todos echan agua al fuego de tu fe y nadie echa leña, terminará, obviamente, por apagarse. Repiten el error de Tomás. Naturalmente que si Tomás no hubiera retornado al grupo de condiscípulos, hubiera perdido definitivamente la fe. Pretender ser cristiano por libre es poner en riesgo la propia fe. Y reunirse, como hicieron los discípulos, *en torno a Jesús* para evocar su memoria, para profundizar su mensaje y comprender el significado de su persona y su relación con nosotros es condición de vida. Pero, para reconocerle, se precisan los ojos de la fe como les sucedía a aquellos primeros discípulos en sus encuentros con el Maestro.

Quienes participamos reiteradamente en la vida de grupos y comunidades comprobamos asombrados su verificación desbordante. Comprobamos cómo se enciende la fe medio-apagada de quienes se reúnen; desaparecen las dudas ante la experiencia de encuentro con el Señor, como ocurrió con los de Emaús (Lc 24,13-35). Llenos de entusiasmo, testimonian: "Este cristianismo sí que merece la pena", "ahora sí que me he encontrado con Jesucristo", "a partir de mi incorporación a la comunidad o al grupo, he empezado una vida nueva". Este encuentro con el Señor en medio de la comunidad llena a sus miembros de *alegría*, convierte los encuentros en una verdadera fiesta y genera en los cristianos un tono de *paz*: "¡Paz a vosotros!".

Afirma monseñor Casaldáliga: "¡Feliz el que sabe que seguir a Jesucristo es vivir en comunidad, siempre unido al Padre y a los hermanos! No te engañes: quien se aleja de la comunidad, en busca de ventajas personales, se aleja de Dios; quien busca la comunidad se encuentra con Dios".

EL DÍA PRIMERO DE LA SEMANA

Juan afirma que esto sucedió "el primer día de la semana"; con ello hace referencia a la semana de la creación. A partir de la resurrección de Jesús empieza la nueva creación; el grupo de discípulos a los que se manifiesta Jesús es la "nueva humanidad", el nuevo y definitivo pueblo de Dios. "El que está en Cristo es una criatura nueva; lo viejo ha pasado y ha aparecido lo nuevo" (2Co 5,17). Donde hay una comunidad viva hay una "humanidad nueva". Éste es el milagro que Jesús nos invita a hacer para que seamos sacramento de salvación para los mismos que la formamos, para la Iglesia y para el mundo. ¿Contribuyo a realizar este milagro? ¿Participo en la vida de algún grupo o comunidad cristiana? ¿Debería, tal vez, hacerlo con más entrega? ¿Me esfuerzo por avivar la mirada de fe para reconocer en mi grupo o comunidad la presencia del Señor resucitado? ¿Qué me pide el Espíritu?

"Estando los discípulos reunidos en una casa... entró Jesús y se puso en medio de ellos"... Jesús ha prometido categóricamente: "Siempre que nos reunimos en su nombre, aunque no seamos más que dos, allí estoy en medio de vosotros" (Mt 18,20). Está, pero no como un espectador pasivo, sino como estuvo en la manifestación de la que nos ha hablado Juan: para darnos paz, entusiasmo y los dones de su Espíritu. Lo que hace falta es que lo reconozcamos con los ojos de la fe. El relato evangélico patentiza lo que afirma monseñor Casaldáliga y lo que hemos experimentado cuantos participamos en la vida de la comunidad: "Quien busca la comunidad, encuentra al Señor" porque ella es el lugar de encuentro en que nos cita (Mt 18,20).

ENCUENTRO Y MISIÓN

3.º DOMINGO DE PASCUA

Hch 5,27b-32.40b-41; Ap 5,11-14; Jn 21,1-19

UN MENSAJE PARA HOY EN UN LENGUAJE DE AYER

Son muchos los cristianos a los cuales los relatos pascuales les desconciertan. En primer lugar, hay algunas discordancias entre los relatos de los diversos evangelistas. No comprenden por qué los discípulos no reconocen a Jesús si es el mismo con quien convivieron. No comprenden, así mismo, cómo Jesús, estando glorificado, pueda comer de la misma forma que quien vive en carne mortal. El evangelista nos da a entender que comió con ellos pan y pescado.

Evidentemente, los relatos, todos cargados de simbolismo, no pretenden primordialmente ser una crónica de acontecimientos pasados, sino una realidad que tiene lugar en el presente y también en el futuro. Tienen como finalidad básica anunciar a los discípulos y a sus comunidades, nostálgicos por no haber conocido al Señor, que está vivo y presente en medio de ellos, pero al que hay que reconocer con una mirada de fe (Jn 21,4). Porque está vivo y nos es cercano, podemos tener una relación personal con él, como la tuvo Pedro, como la han tenido y la tienen grandes creyentes.

Los relatos pascuales subrayan que todos los encuentros con el Señor, sea a nivel de fe personal, en la comunidad o en la celebración de la Eucaristía son, al mismo tiempo, un envío. Esto es lo que significa el símbolo de la pesca que el Señor ordena a los discípulos: “Echad la red”. La pesca es el símbolo tomado del oficio de la mayoría de los apóstoles para designar la misión de la comunidad. Cuando Jesús llama a los primeros discípulos, les dice: “Desde ahora seréis pescadores de hombres” (Mc 1,17). A Pedro, que con tres contestaciones de amor borra las tres negaciones, le pide el Señor que su amor lo encarne en solicitud por sus hermanos.

La misión es esencial al ser de la comunidad cristiana. “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14), afirma rotundamente

Pablo VI. La Iglesia no es sólo la comunidad de los que se salvan, sino que es también la que evangeliza con la palabra y el testimonio.

Es aleccionador leer en el libro de los Hechos la constatación que hace Lucas: Pedro, Felipe, Esteban, Pablo van a evangelizar impulsados por el Espíritu, no por iniciativa propia, no por libre (Hch 8,26). Pablo intenta ir a Bitinia, “pero el Espíritu de Jesús no se lo consintió” (Hch 16,7).

La fe es un compromiso misionero. Tertuliano aseguraba: “El cristiano que no es un apóstol, es un apóstata”. Si la Iglesia existe para evangelizar, sabemos que quienes tienen que llevar a cabo la misión somos los cristianos, incluidos, naturalmente, los seglares, “Iglesia en el mundo”. “El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez, consigna Pablo VI. He aquí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia...” (EN 24).

EN LA NOCHE NO COGIERON NADA

Pedro, como principal del grupo, invita a sus compañeros a pescar: “Voy a pescar”. “Vamos nosotros también contigo”, le responden. Pero en toda la noche “no cogen nada”. Este detalle del evangelista lleva un mensaje subyacente alertador. Los apóstoles van a “pescar”, van a anunciar la Buena Noticia, pero por iniciativa propia, no por envío del Señor. Y van de noche. La noche, en el evangelio de Juan, representa la ausencia de Jesús, *luz del mundo* (Jn 8,12)... No van en su nombre, no van impulsados por el Espíritu; por eso “no cogieron nada”. El evangelista alerta a los cristianos, tanto individual como comunitariamente, a purificar las motivaciones de la acción misionera.

Deplorablemente, hay demasiadas apuestas misioneras personales, sin discernimiento, motivadas por el deseo de gratificación, de llenar el tiempo, de obtener diversas recompensas. Esto es lo que hace que estallen los conflictos, las rivalidades entre personas y grupos, de tal modo que, a veces, no sólo no se pesca nada, sino que se aleja la pesca que otros

podrían pescar. Hay muchas personas de dentro y fuera de la Iglesia que se escandalizan de nuestras peleas por los primeros puestos y la hegemonía de nuestro grupo.

¿Por qué nos lamentamos con frecuencia de que nuestra labor educacional con los hijos y nuestras invitaciones a la fe “no llegan”? Porque “es de noche”, porque no está el Señor con nosotros en el ministerio, no lo hacemos “en su nombre”, desde el amor y la gratuidad, porque no lo hacemos movidos por el Espíritu, como Pedro, Pablo, Felipe, Esteban, de quien dice Lucas: “Unos cuantos de la sinagoga se pusieron a discutir con él, pero no logrando hacer frente al espíritu con que hablaba...” (Hch 6,8-11).

El evangelista señala también: “Pedro subió a la barca y arrastró la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red”. El dato está lleno de simbolismo. Por una parte, quiere proclamar que cuando se actúa en nombre de Jesús, cuando se trabaja de día, a la luz de la verdad, entonces nuestro quehacer es fecundo. El autor escribe el relato varios decenios después de la resurrección de Jesús, cuando integran la Iglesia personas de diversas razas, culturas y condiciones; señala “ciento cincuenta y tres” porque ése era el número de naciones entonces conocido y quiere indicar la universalidad de la Iglesia. Ya no son sólo los judíos. Y señala otro dato que lleva mensaje: “Aunque eran tantos, no se rompió la red”, aunque eran de diferentes razas, culturas y condiciones, lo que suponía una gran diversidad, no se rompía la unidad, porque la relación y la convivencia estaban marcadas por el amor fraterno. El evangelista alude, sin duda, a la unidad que reinaba en las comunidades del Imperio en las que convivían cultos e incultos, judíos y paganos, ricos y pobres, esclavos y libres, comunidades en las que, a pesar de la heterogeneidad, “tenían todos un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

EL SECRETO DEL PAN Y EL PESCADO

El grupo apostólico se encuentra con Jesús antes de salir a pescar; van a alta mar siguiendo la consigna del Maestro. Se reencuentran con el Maestro después de la pesca. Y les acom-

pañía también en la pesca (“el Señor confirmaba el mensaje con las señales que los acompañaban” -Mc 16,20-). Jesús les prepara una comida de pan y peces asados, el pan de la Eucaristía y los peces, símbolos del cristianismo. Es precisamente en la “fracción del pan”, en el hacer memoria de la entrega martirial y la resurrección de Jesús, en la comida de fraternidad, donde los discípulos se encuentran con el Señor, se llenan de su Espíritu y se disponen así a vivir su misión de Iglesia, cada uno en el lugar a donde el Señor le envía. Se trata, naturalmente, de eucaristías que van mucho más allá del mero cumplimiento.

¿Hacia qué compromisos nos empuja el Señor? Tal vez los hemos intentado otras veces, pero de noche, sin suficiente fe en el Señor, como les ocurrió a los apóstoles. Es cuestión de intentarlo de nuevo, pero de día, impulsados por la palabra del Señor, y en comunidad como los apóstoles. Seguramente nos ocurrirá como a ellos: quedaremos asombrados de la fecundidad de nuestra acción. Nos ocurrirá lo que alguien ha dicho de un gran creyente de nuestro tiempo: *No sabía que era imposible, y lo logró.*

EL PASTOR Y LA COMUNIDAD

4.º DOMINGO DE PASCUA

Hch 13,14.43-52; Ap 7,9.14b-17; Jn 10,27-30

LA COMUNIDAD, PROYECTO DE JESÚS

Jesús asume la alegoría del pastor y el rebaño, con la que expresan los profetas la relación de Dios con su pueblo, para significar su relación con la comunidad. Él es el Pastor encarnado, en todo semejante a sus ovejas menos en el pecado (Hb 4,15). “Padre santo, protege a los que me has confiado” (Jn 17,11). Con esta alegoría, Jesús quiere comunicarnos el mensaje de que su proyecto es la *comunidad*. Y quiere poner de manifiesto cuales son sus relaciones con cada miembro y cuales han de ser nuestros comportamientos dentro de ella. En este tiempo de Pascua, la palabra de Dios pone de relieve que Jesús es el pastor que vive, que sigue estando en medio de los suyos, siendo vínculo de unidad, creando comunión en ella.

Jesús no es el hombre-Dios que realizó su aventura y pasó a la historia. Él sigue siendo el “único” Pastor de su comunidad a la que alimenta con su palabra y con su cuerpo. Ha constituido a algunos como servidores de sus hermanos que guían y animan a la comunidad “en su nombre” y siempre en referencia a él. Con su *palabra y con los hechos*, Jesús deja bien claro cual es su intención: “Le dio pena porque eran como ovejas dispersas sin pastor” (Mc 6,34). “Tengo otras ovejas que no son de este redil; tengo que atraerlas para que escuchen mi voz y haya un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10,16). En el momento culminante de la última cena oró ardentemente: “Padre, que sean *uno*, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea” (Jn 17,23).

Pero Jesús pone todavía más de manifiesto cual es su proyecto con los *hechos*. Ya al comienzo de su ministerio de profeta itinerante reúne a sus discípulos para que convivieran como amigos. Con algunos convive como en familia. Marcos escribe: “Llamó a algunos para que convivieran con él” (Mc 3,13). Porque los discípulos entendieron bien el mensaje de

Jesús, después de la desbandada de su pasión y muerte, al reencontrarse con él resucitado, se congregan de nuevo para convivir como hermanos. “En el grupo de los creyentes, escribe Lucas, todos tenían un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

Éste es el único cristianismo posible: el cristianismo comunitario. Ch. Peguy lo decía muy gráfica y ardientemente: “Ésta es nuestra religión: aceptar la fraternidad, vivir la fraternidad”. Uno no es cristiano por tener tal nivel de virtud o espiritualidad, sino por estar ensamblado en la familia de Dios. El cristiano es el que tiende la mano, el que hace cadena con los demás hermanos. La Iglesia es la “mesa familiar” en la que todos comen de la misma sopera. Y Dios preside la comida paternalmente. Él nos tomó la delantera en el amor.

Ya en el siglo IV se hizo famoso un dicho de san Cipriano. Haciendo un juego de palabras latinas decía: “Ullus christianus, nullus christianus”. Traducido significa: “Un solo cristiano no es ningún cristiano”. Es decir, un cristiano en solitario es un imposible. Es como una abeja sola; no puede existir; se muere inexorablemente. Afirma rotundamente el Vaticano II: “Dios ha querido salvar a los hombres en comunidad”. Más claro, imposible.

TRAICIÓN A LA TRADICIÓN

Es evidente que, con nuestro cristianismo masificado, los cristianos, en una gran mayoría, hemos traicionado la herencia de Jesús. Fijaos qué contradicción. Ora Jesús: “¡Que sean *uno* para que el mundo crea!” (Jn 17,23). Es decir: Te pido que vivan la amistad, que vivan en comunión, en comunidad, para que los hombres se sientan atraídos por el milagro de su convivencia fraterna. Pues bien, he aquí unos datos que nos hablan de que muchos que están dentro se marchan porque no encuentran la alegría de esa fraternidad que Jesús nos pide. Ya en encuestas de hace quinquenios, las respuestas a *por qué* tantos cristianos latinoamericanos transmigraban a las sectas era, según el 92% de los encuestados, porque “en los nuevos grupos encontramos amistad”, “se preocupan de

nosotros”, “todos nos queremos como hermanos”, “nos ayudamos mucho”. Juan Pablo II, en su visita a Tabasco (México), donde tantos han dejado la Iglesia para integrarse en las sectas, vino a decir que comprendía su elección, pero que esperaba su retorno con los brazos abiertos. Un famoso documento vaticano sobre las sectas reconoce: “Mientras los nuevos movimientos religiosos se presentan en comunidades fraternas... nuestra vida cultural es demasiado fría y masificada, en la que los fieles se comportan como simples espectadores de un culto que no les entusiasma”.

Muchos de los que hoy se llaman “cristianos”, como los contemporáneos de Jesús, andan dispersos “como ovejas sin pastor” (Mc 6,34), viven un cristianismo “por libre” (¡un absurdo!), practican una religiosidad individualista (contrapuesta al Evangelio, que es el anuncio de la fraternidad). Son clientes *más que miembros vivos de la Iglesia. Lo que Jesús espera de nosotros, por nuestro bien y el de los demás, es que creemos espacios de fraternidad.*

Este paso del vivir egoísta al convivir fraterno se hace posible cuando uno se acerca al Maestro y se siente amado personalmente por él. La parábola del *buen pastor* quiere dejar esto bien claro. Jesús no es el político que nos quiere a bulto, sin conocernos, en medio de una enorme masa anónima. Asegura que nos llama por nuestro nombre (Jn 10,3), nos ama personalmente y ha dado la vida por cada uno de nosotros con un amor explícito, como si cada uno fuera su único hermano. Así lo dijo Pablo y así lo puede decir cada uno de nosotros: “Me amó y se entregó por mí”. Negarse a convivir fraternalmente sería hacer fracasar radicalmente el proyecto de Jesús, negarle nuestra respuesta a su amor.

Pero, ¿qué se requiere para formar parte de la comunidad de Jesús? Él lo expresa con toda claridad: “Mis ovejas obedecen mi voz” (Jn 10,27). Pertenecer a la comunidad de Jesús supone participar de su propio espíritu. Y ese espíritu se nos comunica mediante su palabra. “Éstos son mi madre y mis hermanos: los que escuchan mi palabra y la ponen por obra” (Lc 8,20). Podemos decir que discípulos de Jesús son quienes

escuchan sus bienaventuranzas, las asimilan y las viven. “No basta decir: ¡Señor, Señor!; es preciso hacer la voluntad del Padre” (Mt 7,21), seguirle como Maestro (Jn 10,4-5).

Los verdaderos cristianos son aquellos que sirven a los hermanos. Esto tiene un nombre: caridad, amor incondicional. “En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13,35).

TODOS VOSOTROS SOIS HERMANOS

En la comunidad de Jesús no hay lugar para el clasismo, ni niveles de superioridad. En ella nadie es más que nadie. ¡Qué bellamente expresaba san Agustín su relación fraterna con los miembros de su diócesis: “Con vosotros soy cristiano; para vosotros soy obispo. Aquél es el nombre de la dignidad, éste el nombre de la responsabilidad”.

El gran drama de la Iglesia no es la escasez de vocaciones sacerdotales, sino la pasividad de los seglares. La Iglesia es un *gran cuerpo parapléjico* en el que la cabeza lo es todo. Alguien ha dicho certeramente que los seglares han pasado de un pueblo “de” sacerdotes a un pueblo “de los” sacerdotes. No es esto ni mucho menos el proyecto de Jesús ni es tampoco lo que nos quiere decir la alegoría del *buen pastor*. “En la vida –afirma el filósofo cristiano Gabriel Marcel– no hay sino un dolor: Estar solo”. Por eso, la comunidad es, sin duda, el lugar de la alegría.

UN MANDAMIENTO NUEVO

5.º DOMINGO DE PASCUA

Hch 14,21b-27; Ap 21,1-5a; Jn 13,31-33a.34-35

AMOR CON AMOR SE PAGA

Jesús señala como modelo de referencia para el amor entre sus discípulos el amor que él ha tenido a todos y a cada uno. Ellos recuerdan, sin duda, el afecto cordial que les profesa, los continuos gestos de amistad que ha tenido con ellos; todavía tienen fresco en la memoria el gesto del lavatorio de los pies y las reacciones que ha suscitado en Pedro. Han comprobado en sí mismos que él “no ha venido a ser servido sino a servir” (Mt 20,28).

La raíz, el motivo de nuestro amor al prójimo está en que Jesús nos amó. El amor a los demás ha de partir de esta experiencia del amor del Señor, como respuesta a quien ahora, glorificado, no le podemos tender una mano. Para aprender a amar es imprescindible sentirse amado por el Señor. A partir de esta experiencia surge solo el impulso de amor a los hermanos. “Queridos míos, escribe Juan, si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros hemos de amarnos unos a otros” (1Jn 4,11). Zaqueo se ha sentido amado gratuitamente por el rabí de Nazaret, a pesar de su condición de proscrito y de ladrón; la respuesta espontánea que siente no es sólo resarcir a los perjudicados sino beneficiarlos muy por encima del perjuicio que les ha causado (Lc 19,8), como respuesta al amor del rabí de Nazaret.

Pedro proclama ardorosamente su amor al Maestro, pero Jesús le señala la forma de realizarlo, de corresponder a su amor de amistad: “Cuida de mis hermanos, apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos” (Jn 21,15-18). No hay otra forma de amor verdadero a Dios que el amor a sus hijos, nuestros hermanos.

En Jesús encontramos, pues, el *motivo* de nuestro amor. Y encontramos también la *medida*. Él nos profesa “el amor más grande: dar la vida por los amigos” (Jn 15,13). “Si se despren-

dió de su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3,16). Es imprescindible estar alertados, porque podemos caer en el autoengaño de despacharnos dando la calderilla de la vida, como hacían los escribas y fariseos, que daban lo que les sobraba; es preciso hacer como la pobre viuda que “echó de lo que le hacía falta, todo lo que tenía para vivir” (Lc 21,4).

No se trata simplemente de apartar y reservar en nuestro presupuesto unas cantidades de tiempo, de dinero, de haberes personales para repartirlos y quedarnos tranquilos; se trata de vivir según el talante de Jesús, de convertir la vida en un servicio continuo, de que el amor y la entrega sean el sentido de nuestra vida. No podemos olvidar nunca el “como yo os he amado”, que no lo lograremos jamás, pero es preciso tenerlo como referencia necesaria.

Durante toda la vida hemos de estar dando gracias por este incomparable regalo divino del Maestro de maestros. Ahora sabemos lo que de verdad es importante en la vida, lo que durará para siempre, lo que constituye la plenitud del hombre, su felicidad, lo que constituirá nuestro cielo, que no será otra cosa que una gran fiesta de fraternidad. El cielo consistirá en amarnos. Ésa será nuestra única tarea.

Ya puedo estar cargado de títulos, de conocimientos, de experiencias, de logros humanos e incluso de buenas obras que, sin amor, no soy nadie, nada me vale. Con el amor lo soy todo; sin el amor no soy nada. Sólo lo que lleva el sello del amor vale (1Co 1,13ss). Nada trajimos al mundo y nada llevaremos al morir” (1Tm 6,7), excepto nuestra capacidad de amar (1Co 13,8). Esto es lógico, porque nuestra capacidad de amar no es algo que tenemos, lo llevamos; no es algo “nuestro”, sino que es *nosotros mismos*.

MANDAMIENTO NUEVO

El término que emplean las traducciones es *mandamiento*: “Os doy un mandamiento nuevo”. El sentido que Jesús da a sus palabras no es de “mandamiento”, sino de *consigna*, orientación para la vida. Jesús no pretende, ni mucho menos,

que amemos por obligación, porque está mandado. Esto no sería “amor”, sino “sometimiento psicológico”.

Es conveniente que nos percatemos del amor al que se refiere el Maestro en esta consigna suya. Por supuesto que Jesús invita al amor de ayuda al malherido del camino, al pobre Lázaro que está tendido a nuestra puerta y al enemigo. Pero en eso coincidiremos, sin duda, con otras personas de buena voluntad. El amor que nos señala como distintivo es otro: “Que os améis *unos a otros*”, que se produzca entre vosotros un amor recíproco. Lo explicita cuando dice: “como yo os he amado”. Pero, ¿cómo amó a aquellos discípulos de entonces? ¿Cómo nos ama a los discípulos de ahora? “No os he llamado siervos –dice– sino amigos”. “Amaos como yo os he amado”. Es decir, amaos como *amigos* que se sirven, que se ayudan, que están dispuestos a dar la vida los unos por los otros. “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13).

No olvidemos que Jesús proclama su consigna al acabar de lavar los pies de sus amigos y poco antes de dar la vida. Así amó Jesús y así indica que hemos de amarnos unos a otros. Invita a realizar entre los hermanos más próximos el milagro de la comunidad de Jerusalén, el milagro de tener “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32), en lo que hacían consistir justamente los clásicos la amistad.

Señala Jesús que su consigna es *nueva*: “Os doy un mandamiento ‘nuevo’”. ¿Por qué “nuevo” si ya se conocía en el Antiguo Testamento y hablan de él reiteradamente los profetas? Los libros sapienciales recomiendan la amistad y hablan del amigo como “un gran tesoro” (Eclo 6,5-17; 9,10). La consigna de Jesús es “nueva” porque tiene la gran novedad de la referencia a él, modelo único y pleno de amor; es nueva porque el misterio de Jesús ilumina el misterio del hombre, como señala insistentemente el Vaticano II. Jesús habla de mandamiento *nuevo*, porque nos brinda con su vida y su mensaje la oportunidad de vivir la comunión y la amistad con los hermanos desde una perspectiva nueva: como hijos del mismo Padre, hermanos en el mismo Hijo y templos del Espíritu, como “iconos” de la Trinidad.

“EN ESTO CONOCERÁN QUE SOIS MIS DISCÍPULOS”

Jesús pone tanto énfasis en su consigna, de tal forma la considera fundamental, que la propone como señal de identificación de sus discípulos: “En esto conocerán que sois mis discípulos”. Nunca subrayaremos suficientemente los creyentes que el amor fraterno es el verdadero “test” para verificar la autenticidad de una comunidad que quiere ser la de Jesús. Lo que permite descubrir “la verdad” de una comunidad cristiana no es la formulación verbal de un determinado credo ni la práctica precisa de unos ritos culturales ni la organización o disciplina eclesial. La señal por la que se deberá conocer también hoy a los verdaderos discípulos es el amor vivido prácticamente con el espíritu de Jesús.

En los albores del cristianismo la comunidad primera de Jerusalén era un testimonio de amor y de unión ante los de fuera. Los creyentes eran bien vistos de todo el pueblo y la gente se hacía lenguas de ellos porque en el grupo de los discípulos todos pensaban y sentían lo mismo, teniendo una sola alma. Ciento cincuenta años más tarde, según el escritor Tertuliano, ésa continuaba siendo la opinión de la calle. La gente reconocía pronto a los cristianos con solo verlos, y comentaba: ¡Mirad cómo se aman! El día en que ofrezcamos un hogar eclesial a los desamparados, acudirán en masa emigrantes de la tierra inhóspita de la increencia, del pasotismo, de la indiferencia, como vienen a Europa los ciudadanos de países de miseria buscando una vida mejor. Os lo aseguro.

Hay un pequeño gran hombre, el Abbé Pierre, un gran creyente, que ha vivido para los pordioseros y tirados, que a sus 87 años ha dejado también su “testamento”: el mismo de Jesús, pero con otras palabras. Lo ha dejado en un libro que se titula precisamente: *Testamento*. Sintetizando afirma: “La vida me ha enseñado que vivir es un poco de tiempo que se nos concede para aprender a amar y para prepararse para el encuentro del Amor Eterno y con los hermanos. Ésta es la certeza que quisiera poder ofrecer en herencia, porque es la clave de mi vida y de todo lo que he hecho”. ¡Y cuánto ha hecho!

EL SEÑOR ESTÁ CON NOSOTROS

6.º DOMINGO DE PASCUA

Hch 15,1-2.22-29; Ap 21,10-14.22-23; Jn 14,23-29

EL HOMBRE, DOMICILIO DE DIOS

Las comunidades cristianas en las que vive el apóstol Juan están siendo vapuleadas por la persecución y por los conflictos internos. Se sienten zarandeadas como la barca de Pedro en la tormenta del mar de Tiberíades y tienen la impresión de que el Señor está ausente. Juan les viene a recordar que puede parecer que esté dormido pero, en realidad, está vigilante y que, si tienen fe y se acogen a él, calmará la tempestad. Les recuerda a aquellos cristianos desanimados que su promesa de permanecer entre los suyos no era sólo para los cristianos de la primera generación, sino para todos hasta el final de la historia.

Hay en logoterapia una sesión clásica que consiste en liberar el subconsciente partiendo de una palabra clave que sugiere ideas y relaciones. Si hiciéramos la experiencia con la expresión “morada de Dios”, la respuesta obvia sería: templo, iglesia, santuario... Pero la respuesta del evangelio de hoy es diferente. La morada de Dios es el propio hombre, el discípulo de Cristo que lo ama guardando su palabra. Y su consigna, su mandamiento nuevo, es abrirse a los hermanos y amarlos como él nos amó, porque son el lugar de la presencia de Dios aquí y ahora, encarnación y prolongación de Cristo mismo. Él inauguró un nuevo estilo de religión en espíritu y verdad (Jn 4,23), sin mediaciones que anulen al hombre en su relación personal con Dios, con el mundo y con los demás.

Las religiones naturales inventaron las mediaciones sacras para salvar la distancia abismal entre la divinidad y los mortales. Incluso la religión revelada del Antiguo Testamento establece la mediación básica de la ley mosaica y del culto del templo de Jerusalén que concretaban la alianza de Dios con su pueblo. En cambio, la religión que funda Jesucristo no necesita sacralizar mediaciones externas, pues la presencia de Dios

es un contacto directo como el amor personal. Jesús, el Padre y el Espíritu moran en los que guardan su palabra. Esta mediación personal, al tiempo que desacraliza y deroga toda mediación externa, “sacraliza” al hombre como lugar de la presencia de Dios. Por eso, en la nueva religión y culto en espíritu y verdad lo único “sacro” en este bajo mundo es el hombre mismo, objeto del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús: “Vendremos a él y nos quedaremos a vivir con él” (Jn 12,24).

VIVENCIA MÍSTICA DE LA FE

Es imprescindible que tengamos en cuenta el mensaje de Jesús que acabamos de escuchar si es que queremos vivir un cristianismo exultante, animoso, místico. De otro modo quedaría reducido a un moralismo tedioso, abrumador y tristón.

Jesús reitera aquí y ahora: “No tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Una vez más estamos ante el misterio. Jesús se queda tan cerca que no sólo se hace nuestro compañero de camino, sino también nuestro huésped. Está presente en el hondón de nuestro ser, en la familia, en medio de la comunidad y del grupo cristiano. Habita en el corazón del que le ama, del que ama a sus hermanos. No me preguntéis cómo. ¡Es un misterio, y qué misterio! No es necesario entenderlo; nos basta con creerlo. Él lo afirma rotunda y solemnemente.

Pero, por otra parte, es preciso tener en cuenta que la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu en la familia, en el grupo, en el interior de cada uno de nosotros no es una presencia pasiva, no están de meros espectadores. Jesús promete que su presencia y la del Padre y el Espíritu es para derramar sobre nosotros tres dones fundamentales: La *sabiduría* (“el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo”), la *fuerza* (“seréis revestidos con la fuerza de lo alto”) y la *paz* (“la paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo”).

Escuchemos cómo lo vivencia un místico como Helder Camara: “En ocasiones, cuando uno recibe una pequeña gracia,

puede sentir la tentación de atribuirse a sí mismo el mérito. Pero cuando la gracia es enorme, entonces ya no es tan fácil pensar que uno la ha merecido, es imposible sentir la tentación de la vanidad. Digo esto a propósito de la gracia que el Señor me concede de mostrármeme siempre tan presente en mí mismo, en nosotros, en los demás en general, pero especialmente en los que sufren. Tan presente que muchas veces cuando preveo que un determinado encuentro me inquietaría o me fatigaría o me pondría nervioso si yo me encontrara solo, o cuando debo aconsejar o animar a una persona, digo: Señor, sé realmente una sola cosa conmigo. Escucha con mis oídos, mira con mis ojos, habla con mis labios. Yo no sé lo que debo decir. ¡Habla tú! ¡Te presto mis labios! Que mi presencia, Señor, sea tu presencia... Cuando considero la enorme responsabilidad que significa el ver siempre a Cristo sin el impedimento de las nubes, no puedo pensar que se deba a mis méritos, a mi virtud”.

JESÚS, NUESTRA FUERZA

El Dios que habita en nosotros es fuente de energía. Su presencia es dinámica. Creo que muchos cristianos tienen una falsa imagen del Señor. Creen que es un gran empresario que nos ha encargado una gran tarea: construir la ciudad futura, la nueva humanidad. Ha dejado unos planos un tanto confusos a la Iglesia y unas tareas concretas a cada uno, y se ha alejado. Vendrá al final de la vida de cada uno a examinar su trabajo, y al final de la historia a revisar la obra en su conjunto. El Señor, ciertamente, nos encomienda una tarea a todos y a cada uno. Eso es lo que nos dice la parábola de los talentos (Mt 25,14-30), la de los obreros de la viña (Mt 20,1-16) y la del encargo de los cristianos (Mt 24,45-51). Nos encomienda una tarea y además nos previene sobre las dificultades, los sufrimientos, los problemas que inexorablemente conllevará: “Os perseguirán, no os comprenderán, tendréis que cargar con mi cruz” (Mt 10,16). Pero su mensaje no es simplemente una lista de deberes, sino, ante todo y sobre todo, una lista de promesas.

Juan afirma: “Por Moisés nos vino la Ley; Jesucristo nos ha traído la gracia y la verdad” (Jn 1,17). Por eso san Agustín

oraba lleno de confianza: “Dame tu amor y gracia, y mándame lo que quieras”. Desde su propia experiencia de teólogo, místico y mártir, escribía bellamente D. Bonhoeffer: “Dios es la fuerza de mi fuerza y la fuerza de mi debilidad”.

Para que se haga realidad la inhabitación trinitaria dinámica es preciso que se cumpla la condición del Señor: “El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él”. *Donde hay caridad y amor, canta un himno litúrgico, allí está Dios.* Y sólo allí.

Juan afirma rotundamente: *Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1Jn 4,16). Cuando abro la puerta al hombre, con él entra Dios. Y si niego la entrada al hombre, Dios se queda fuera. El Padre, el Hijo y el Espíritu establecen su morada en el corazón del que acoge al otro fraternalmente; establecen su morada en la familia, en el grupo o comunidad que ama. Un prisionero de los campos de concentración siberianos, gran creyente, confesaba: “Buscaba a mi Dios, y él desaparecía; buscaba mi alma, y no era posible encontrarla; busqué a mi hermano y encontré las tres cosas”.

Esto resulta patente en los discípulos de Emaús. Si no hubieran invitado al misterioso compañero de viaje a cenar y pernoctar con ellos, se hubieran quedado sin reconocerle ya que se manifestó en el partir y compartir el pan. Sólo quien hospeda cordialmente al prójimo que encuentra en el camino de la vida, hospedará y reconocerá al Señor. Los cristianos orientales tienen un dicho espiritual que no deberíamos olvidar jamás: *Mira al hombre... y verás a Dios.*

CONTINUAR LA MISIÓN

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Hch 1,1-11; Ef 1,17-23; Lc 24,46-53

SENTIDO DE LOS RELATOS

Los relatos de la Ascensión no son reportajes literarios de un hecho ocurrido en un monte, sino que ofrecen un mensaje teológico, eclesiológico y misional escenificado. Los apóstoles no son unos privilegiados, convocados como los de Cabo Kennedy para ser espectadores de un vuelo espacial, el de Jesús, pero sin nave. No. Es algo enteramente distinto. Los evangelistas tejen un relato en el que presentan a Jesús entregando su testamento oral a los discípulos, encomendándoles su tarea y asegurándoles su presencia invisible en medio de sus comunidades. Los relatos entrañan también la promesa por parte de Jesús de hacer a los continuadores de su tarea copartícipes de su gloria.

Hay todavía muchos cristianos que entienden los relatos neotestamentarios de la Ascensión en sentido literal. Por lo tanto, para ellos, la fiesta de la Ascensión se reduce a aplaudir con entusiasmo a Jesús el triunfador y decirle: “¡Bien, Campeón, te lo has merecido! ¡A ver si te seguimos y participamos de tu triunfo!”. Hoy, gracias a los teólogos y escrituristas, descubrimos un contenido mucho más denso y rico en estos relatos. Sabemos que se trata de una escenificación literaria con un gran contenido de compromiso y esperanza para los creyentes de todos los tiempos. ¿Qué quiere decirnos el Señor, aquí y ahora, con estos relatos?

Jesús, en su glorificación, encarna la meta, el destino de todos los hombres. Es, como afirma Pablo, la cabeza de ese gran cuerpo que es la humanidad. Es el Hermano mayor de la gran familia humana. Libre del sufrimiento, del acoso de los perseguidores, del martirio de la cruz, glorificado en su cuerpo, en estrecha comunión con el Padre y el Espíritu, en plenitud de libertad, encarna la vida definitiva que Dios quiere para todos y cada uno de sus hijos. Canta un himno litúrgico: El

cielo ha comenzado. / Vosotros sois mi cosecha. / El Padre ya os ha sentado / conmigo a su derecha”.

Pablo, que en una experiencia sobrenatural, se acercó a entrever la dicha de la vida gloriosa, exclamó exultante: “Ni ojo vio ni oído oyó ni mente humana es capaz de imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1Co 2,9). “No son comparables los sufrimientos de este mundo con la futura gloria que se manifestará en nosotros” (Rm 8,18). “Voy a prepararos un lugar, para que donde yo estoy estéis también vosotros” (Jn 14,1-4). De verdad, lo siento por los que no tienen fe ni esperanza, porque ¡no saben lo que se pierden!

NUESTRA TAREA: PROSEGUIR SU CAUSA

Los relatos de la Ascensión ponen bien de manifiesto que éste es, sobre todo, el momento en el que Jesús envía a los suyos a continuar su tarea: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos míos... Recibiréis la fuerza de lo alto para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo...” (Mt 28,18-20; Hch 1,8).

Para participar de su destino glorioso es preciso trabajar por su causa: la liberación de los hermanos, y vivir su propio proceso pascual que lleva a la vida por la muerte, por la entrega, por el servicio. “Si morimos con él, escribe Pablo a Timoteo, viviremos con él; si perseveramos, reinaremos con él” (2Tm 2,11). “Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo” (Hch 10,38). Ésta es la tarea que nos encomendó en su ocultación. En Jesús de Nazaret es exaltada la única que merece la pena vivirse, la única forma de vida verdaderamente humana. Es la canonización del amor, del servicio, de la amistad, de la ayuda, de la fraternidad como sentido de la vida, no sólo para el más allá, sino también para aquí.

Los relatos evangélicos de la Ascensión nos dicen, además, que Jesús, a partir de su muerte, no es que se ausente de sus hermanos, sino que inaugura otro u otros modos de

presencia, pero una presencia oculta. “No os dejaré desamparados” (Jn 14,18). “Con vosotros me quedo hasta la consumación de los siglos” (Mt 28,20). Marcos testimonia años después de la Ascensión: “Ellos (los apóstoles) se fueron a pregonar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando el mensaje con las señales que les acompañaban” (Mc 16,20). Porque los discípulos estaban seguros de esa presencia del Maestro, por eso afirma Lucas: “Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría” (Lc 24,52). No tendría sentido que volvieran alegres si es que se hubiera tratado de una despedida. Los relatos pascuales son, primordialmente, un testimonio de la presencia permanente de Cristo resucitado entre los suyos; son, en gran parte, la respuesta a los cristianos nostálgicos que no habían gozado de la presencia física del Señor. Los cuarenta días de que hablan los evangelistas significan todo el tiempo que media entre el ocultamiento de Jesús y la parusía, segunda venida.

En los relatos pascuales los evangelistas ponen de relieve las diversas formas de presencia del Maestro, que son ya experiencia real en los miembros de las comunidades. Lo sienten presente en la reunión y la vida de la comunidad (Mt 18,20; Jn 20,24-29), en su palabra y en la fracción del pan (Lc 24,13-35; Jn 21,12-13), en todo hombre, pero sobre todo en el necesitado y el que sufre: “a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). Está presente y actúa a través del Espíritu (Hch 1,8). Se trata, pues, de la presencia de un “ausente” o, si se prefiere, de la “ausencia” de un presente.

Pero Jesús no sólo no se ausenta, sino que actúa a través de los discípulos, de nosotros. Nos convierte en mediadores, en instrumentos de su acción. Un santo Padre llega a decir que somos *su humanidad de repuesto*, su rostro, de la misma manera que él fue rostro del Padre (Jn 14,9). Él no tiene más manos para ungir al enfermo, para secar las lágrimas del atribulado, que las nuestras. No tiene más brazos para cargar al malherido del camino, para abrazar al no-querido, que los nuestros. No tiene más lengua para anunciar la Buena Noticia, alentar, orientar o consolar, que nuestra propia lengua.

Él anima a sus testigos de todos los tiempos: “No os preocupéis por lo que vais a decir o cómo lo diréis, porque se os inspirará en aquel momento” (Mt 10,19-20). Pablo afirma: “He rendido más que nadie”; pero rectifica inmediatamente: “no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1Co 15,10); es decir, el Señor por mi medio. Francisco de Asís pedía con su conocida oración: “Haz, Señor, de mí un instrumento de tu paz, de tu amor, de tu perdón, de tu alegría”. Dice *instrumento*, porque es el Señor el que actúa, el que realiza la salvación.

COMIENZA VUESTRA TAREA

Esto supone para nosotros una gran responsabilidad ante la historia. De mí depende que Cristo pueda realizar o no gestos salvadores, de ayuda, de extensión del Reino de Dios. Lo que deje hacer al Señor resucitado por mi medio, quedará eternamente hecho; y lo que rehúse hacer, quedará eternamente sin hacer. Habrá un vacío eterno, faltarán piezas en el gran mosaico de la historia.

Con el ocultamiento de Jesús comienza nuestra tarea, la continuación de su obra. O mejor, prosigue él su tarea, pero ahora a través de nosotros. No estoy haciendo poesía, sino exponiendo evangelio puro. Así de grandiosa es nuestra misión y el sentido de nuestra vida. Por tanto, como Pablo, digamos: “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hch 22,10).

ESPÍRITU DE VALENTÍA

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

Hch 2,1-11; 1Cr 12,3b-7.12-13; Jn 20,19-23

DE UNA FE TEÓRICA A UNA FE PRÁCTICA

¿Sabéis, amigos, que Pentecostés ocurrió hace poco más de cuarenta años? Me refiero al Concilio Vaticano II, el momento en que el Espíritu despierta a una Iglesia, en expresión de Juan XXIII, un tanto dormida.

Creo en el Espíritu Santo que actuó en el Concilio. Y creo en el Espíritu que actuó y actúa en un barrio de Vigo, un barrio eclesial y socialmente dormido, pero en el que, gracias a la acción de unos sacerdotes dinámicos y unos seglares inquietos, ha surgido una comunidad fraterna y un ambiente de solidaridad. Creo en el Espíritu que actúa lo mismo que actuó en Jerusalén, en Tesalónica y en Éfeso. Creo en el Espíritu interviniendo en personas que viven entre nosotros, que estaban apagadas, sin ilusión, y que han resucitado gracias al ambiente comunitario y al estímulo de los compañeros de grupo. Creo en la acción del Espíritu aquí y ahora, sin ir más lejos.

Muchos cristianos tienen una comprensión muy pobre de lo que es la fe. Para muchos es la aceptación pasiva de unos dogmas o *verdades teóricas* que para nada cambian su vida. Algo de esto pasa con frecuencia con respecto al Espíritu Santo. Recitan: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo...”, pero en realidad esto no repercute en su vida. Tienen una fe que yo llamaría *histórica*. Es decir, creen que Jesús actuó en su tiempo, hizo milagros, cambió a las personas que estuvieron a su lado, estuvo presente junto a ellos después de su resurrección. Creen que el Espíritu transformó a aquel puñado de paletos que fueron discípulos de Jesús. Lo dicen los evangelistas y lo aceptan como Palabra de Dios que es. Sin embargo, creen también que éstas son historias pasadas, que eran tiempos especiales, tiempos del nacimiento de la Iglesia y que entonces Dios derrochó milagros, pero que ahora son las personas y los grupos los que tienen que arreglárselas y luchar por su cuenta.

Para que nuestra fe sea viva es absolutamente necesario que entendamos que los evangelistas (el Señor, en definitiva), al narrarnos esos prodigios de Pentecostés, quieren decirnos que ése es el estilo de actuar del Señor resucitado y que, sin espectacularidades, está dispuesto a repetir maravillas a lo largo de todos los siglos si le dejamos actuar, si tenemos de verdad fe en la acción del Espíritu.

MANIFESTACIONES DEL ESPÍRITU HOY

Por suerte y gracias al mayor acercamiento de los cristianos a la Biblia se habla y se escribe con mayor abundancia sobre el Espíritu. ¡Ya era hora de que abriéramos el Nuevo Testamento en estos numerosos pasajes que estaban olvidados!

Leyendo la vida de la Iglesia, de nuestras comunidades, de las personas, encontraremos que se repiten las manifestaciones del Espíritu de hace veintiún siglos. ¿Cambio de personas en nuestros días por obra y gracia del Espíritu Santo? Los que queráis. ¿No conocéis convertidos de nuestros días, personas que han cambiado radicalmente? Se podrían relatar cambios espectaculares en numerosas personas que se revolcaban en todos los vicios y que, sin embargo, ahora viven como verdaderos resucitados; cambios también de numerosas personas que vivían en la mediocridad y que hoy viven en una generosidad heroica. No hace mucho se me acerca un hombre que me cuenta su vida novelesca: jugador, mujeriego, alcohólico, un auténtico desastre humano. Entra en contacto con unos cristianos por razones laborales, le introducen paulatinamente en el mundo de la fe, y ahora es un hombre de meditación diaria. Son los milagros del Espíritu hoy.

¿Milagros de fraternización por el Espíritu? Los que queramos. En 1998 se reunieron en Roma 200.000 representantes de movimientos cristianos, alguno de ellos compuesto hasta por 150.000 comunidades que viven intensamente la fraternidad cristiana al estilo de la comunidad de Jerusalén. ¿Milagros de comunión? Entre nosotros mismos, en esta misma parroquia. El de muchas personas que vivían alejadas, tristes y aburridas en su aislamiento y hoy viven una amistad seria y profunda con las personas de su grupo.

¿Testimonios de fortaleza al estilo de los apóstoles? ¿Mártires al estilo de Esteban, el protomártir de la Iglesia? Los que queráis. Casi está todavía caliente la sangre de monseñor Gerardi, portavoz de los derechos humanos a pesar de que sabía que estaba arriesgando la vida. A propósito de su muerte martirial, otros cristianos han proclamado que seguirán su tarea aunque tengan que pagar el mismo precio glorioso. Mons. Ximenes-Belo, obispo de Timor, Premio Nobel de la Paz, testificaba: “Sé el peligro que corro por mi apuesta en favor de los desheredados, pero que no me importa morir; se muere una sola vez”.

COMO ERA EN UN PRINCIPIO, AHORA Y SIEMPRE...

Me he referido a todos estos prodigios realizados por el Espíritu para que entendamos que Jesús lo prometió no sólo a los cristianos de la primera hora de la Iglesia como si se tratara únicamente de un don fundacional. Como era en un principio, puede ser ahora y siempre y por los siglos de los siglos, si se tiene fe y se es dócil a sus impulsos.

El Espíritu está dispuesto a realizar maravillas en toda persona, comunidad o grupo de cristianos dóciles a su acción. Esta fe en la acción del Espíritu es fundamental, porque sólo ella nos impulsará a comprometernos en un cristianismo generoso, valiente y alegre. En mí no puedo confiar demasiado. A todos nos ha pasado lo que a Pedro el presuntuoso, cuando se fío sólo de sus fuerzas... Negó vilmente al Maestro ante una criada. Todos tenemos una experiencia parecida de nuestra fragilidad. Pero cuando Pedro se sintió robustecido por el Espíritu de Jesús, él, un hombre inculto e indefenso, desafió al mismísimo sanedrín con su fe en el Crucificado.

Lo que convirtió a los primeros discípulos de Jesús en personas y comunidades impetuosas, intrépidas y entusiastas fue la fe inquebrantable en la promesa del Espíritu: “Seréis revestidos con la fuerza de lo alto” (Hch 1,8).

Si me preguntan cuál es el mayor pecado de los cristianos, diría que la falta de fe en la acción del Espíritu aquí y ahora.

Creemos fácilmente que actuó en los orígenes de la Iglesia, pero nos cuesta creer que vaya a actuar en nuestro contexto, en mí, en mi familia, en mi grupo, en mi parroquia. No creemos en serio en la fuerza del Espíritu que habita en nosotros.

En la oración-colecta de hoy se dice: “...No dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica”. El Espíritu puede y quiere realizarlas. Necesita nuestra disponibilidad.

TODO ES POSIBLE AL QUE TIENE FE

Cuando Jesús le dice a Nicodemo: “Es preciso nacer de nuevo”, el piadoso fariseo le replica: “¿A mis años voy a volver al seno de mi madre?”. Pero Jesús agrega: “No te extrañes; el Espíritu sopla donde quiere” (Jn 3,4-6). Y Nicodemo nació de nuevo...

Todo era atiborrar de buenos consejos a un hombre joven, casado, con tres hijos de ocho a doce años. Su mal genio creaba situaciones dramáticas en la familia. Un día, en que su padre, el hermano mayor y un tío le estaban martilleando los oídos: “Miguel Ángel, tienes que cambiar...”, se plantó y contestó airado: “Me tenéis harto con el Miguel Ángel, tienes que cambiar... Demasiado sé que debo cambiar. Estoy esperando que alguien me dé confianza y me diga: Miguel Ángel, tú puedes... Lo que necesito es que me ayudéis a superar el complejo, no que me lo aumentéis echándome las culpas...”.

Jesús no ha venido a atormentarnos con el “tú tienes que...”. Justamente ha venido a decirnos: “Tienes dentro de ti nada menos que mi propio Espíritu, que yo te he infundido; no te he dado un espíritu de cobardía, sino un espíritu de valentía” (2Tm 1,7).

“Todo es posible para el que tiene fe” (Mc 9,23). Pero tener fe en el Espíritu Santo no es creer que hizo maravillas hace veintiún siglos, sino creer que las puede y las quiere realizar ahora en mí, en mi entorno, en mi familia, en mi grupo cristiano, si es que nos dejamos llevar por su impulso.

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR

LA FAMILIA DIVINA, NUESTRA FAMILIA

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Pr 8,22-31; Rm 5,1-5; Jn 16,12-15

DIOS CREÓ AL HOMBRE A SU IMAGEN

Decía Kant: “Del dogma de la Trinidad no se puede sacar absolutamente nada práctico”. Kant, por muy filósofo que fuera, no sabía absolutamente nada de lo que supone la revelación de Dios como Comunidad, Familia y Amistad.

Dios ha hecho con nosotros lo mismo que el padre responsable con su hijo que está en vísperas de dejar de ser niño. Le llama y le empieza a contar cómo se enamoró de su madre, cómo se casaron y formaron una familia, cómo le dieron la vida y cómo ahora, por el amor que se tienen unos a otros, viven unidos y son felices. El padre le recuerda que, un día, también él habrá de formar una familia y que para que pueda ser feliz con los suyos ha de aprender a amar y sacrificarse por ellos. El padre se lo cuenta no como quien cuenta una batallita para que su hijo le profese admiración, sino para prepararle a la vida, para que sepa el camino por el que debe ir.

Éste es el caso de Dios Padre-Madre con respecto a nosotros, sus hijos. En su fiesta de la Trinidad, de Familia, nos recuerda que nos ha hecho “a su imagen y semejanza” (Gn 1,26) no para que le admiremos y quedemos abrumados ante su grandeza, sino para que entendamos que nos realizaremos en la medida en que nos asemejemos a Él.

Dios es amor (1Jn 4,8), afirma Juan dando una definición insuperable y definitiva de Dios. ¡Qué distinta de la concepción del Dios de los filósofos que lo entienden como un mero Ser infinito y todopoderoso! Torres Queiruga traduce la definición de san Juan diciendo: *Dios consiste en amar*. Dios sólo vive amando, sólo sabe amar. Y por eso es esencialmente Trinidad, Familia, Comunión. Padre, Hijo y Espíritu son un proceso eterno e infinito de amor.

Pero Dios no es sólo efusión de amor, relación amorosa entre las divinas personas; es también puro amor hacia los hombres. No puede hacer otra cosa con nosotros que amar. Todo lo realiza por amor. El Padre nos ama tanto que “nos ha enviado a su propio Hijo”. El Hijo, en perfecta comunión con el Padre, se hace uno de nosotros, “planta su tienda entre nosotros” (Jn 1,14). El Espíritu forma la humanidad del Hijo en el seno de María (Lc 1,35), le alienta e ilumina en su misión y en su muerte” (Lc 4,18), congrega a los miembros del nuevo pueblo, forma el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, se convierte en el alma que le da vida y fortalece (1Co 12,13).

Esta Familia divina busca incorporarnos, introducirnos en su círculo. Estamos ante un misterio increíble. Como dicen repetidas veces los Santos Padres, el Hijo de Dios se hace hombre para que los hombres seamos hijos de Dios. El Padre nos hace sus hijos: “Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, y además lo somos” (1Jn 3,1). Somos hijos del Padre “por” y “en” nuestro Hermano mayor, que no se avergüenza de llamarse hermano nuestro (Hb 2,11). El Espíritu es el amor de Dios derramado en nuestra alma; nos hace sentirnos, comportarnos como hijos, clamar a Dios como Padre: “La prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba! ¡Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y si eres hijo, eres también heredero, por obra de Dios” (Gá 4,7).

El misterio de Dios-Familia revela la grandeza de nuestra condición de *familiares* de cada una de las personas divinas.

“¡Conoce, oh cristiano, tu dignidad!”, exclamaba san León Magno.

VIVIR COMO DIOS

Porque Dios es amor infinito, comunión infinita, por eso es *felicidad infinita*. Estamos hechos “a imagen y semejanza de Dios” (Gn 1,26); por eso el ser y la vida de Dios marcan el sentido de nuestra vida. Hemos de vivir como Dios para realizarnos en plenitud y gozar de la dicha divina que brota de la comunión.

Esto significa que nos realizaremos y seremos felices en la medida en que nos amemos. Estamos hechos para amar, para darnos, de la misma manera que el ojo está hecho para ver. El hombre logra su plenitud en el amor. Ningún egoísta es ni puede ser feliz, de la misma forma que no hay ninguna persona generosa y entregada que no lo sea. En el cielo seremos indefectiblemente felices en la medida de nuestra capacidad de amar. El cielo no será otra cosa que una gran fiesta de comunión. San Agustín decía rotundamente: “No hay felicidad donde no hay amor”. Es la lógica del ser humano. ¡Precioso el testimonio de José Luis Aranguren al final de su vida!: “Tengo que decir que soy feliz. He procurado poner las cosas importantes en su justo lugar, y en ese orden de cosas el amor ha ocupado el lugar de honor”.

Sólo el amor nos hace semejantes a Dios, sus iconos. La grandeza y la plenitud no le vienen a la persona por su deslumbrante sabiduría, ni por su relevancia social, ni por sus dotes artísticas, ni por la genialidad de sus creaciones, sino por su capacidad de amar.

EL AMOR SE HACE COMUNIÓN

Cuando hablamos del amor nos referimos a todas sus dimensiones: al amor de beneficencia, al amor gratuito que da a fondo perdido... Pero este amor no es suficiente. Dios es amor que socorre, que tiende la mano, amor samaritano, pero

también de comunión, de amistad, amor recíproco en la intimidad de las divinas personas y hacia nosotros. Jesús, que encarna con total fidelidad el amor de la Familia divina, ama a los suyos y espera en reciprocidad un amor de amistad: “No os he llamado siervos, sino amigos” (Jn 15,15). Dios mismo quiere entablar relaciones de amistad con nosotros, como lo hizo Jesús con las personas cercanas que le rodeaban.

Por más que alguien derrame su sangre por los demás, por más que sea una potente hoguera de amor, si no vive su amor en reciprocidad, no puede ser adecuadamente icono de la Trinidad, del Dios comunión. Por eso, el proyecto de Jesús es que varios seamos “uno”, que haya “común-unión”, que seamos, como los miembros de la comunidad de Jerusalén, “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Sólo siendo comunidad seremos, como Dios quiere, “imagen y semejanza suya” (Gn 1,26).

El ser trinitario de Dios pone de relieve la naturaleza comunitaria del ser humano. Necesitamos del amor de amistad, de comunión, de familia. Sin los demás, no soy nadie. Necesito el apoyo de los amigos, de los familiares, de los miembros de la comunidad. Y ellos necesitan el mío. Yo soy como una abeja que no puede realizarse, no puede ser feliz, no puede valerse sin el enjambre. Soy, en expresión de Pablo, un miembro que forma parte de todo un cuerpo social y comunitario. Un miembro desconectado del cuerpo es algo sin sentido, absurdo (1Co 12,12ss). Dijo A. Camus, “Es imposible ser feliz a solas”. Intentar vivir en solitario es un suicidio.

Pero todo ello tiene un precio: *morir*. Alguien ha dicho genialmente: “Amar es morir”. Llegar al gozo de ser una “Iglesia doméstica”, una comunidad viva, un grupo que sea “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32) supone renunciar a los caprichos del egoísmo. S. Kierkegaard dijo: “La puerta de la felicidad se abre hacia fuera, y es inútil lanzarse contra ella para forzarla”.

LA EUCARISTÍA, COMIDA DE FAMILIA

CORPUS CHRISTI

Gn 14,18-20; 1Co 11,23-26; Lc 9,11b-17

SER PARA CELEBRAR – CELEBRAR PARA SER

En una cena nos contaba monseñor Cerviño el impacto que le produjo la celebración de la Eucaristía con algunas comunidades cristianas de una zona pobre de Brasil, animadas por un sacerdote de su diócesis, Tui-Vigo. Le impresionó la participación intensa de todos los asistentes. Nos decía: “Se palpaba el ambiente comunitario, el ambiente festivo. Nada de rigidez, nada de engolamiento. Era emocionante el ofertorio en el que los vecinos ofrecían sus productos caseros, sus ayudas para los necesitados, los objetos que simbolizaban los proyectos de la comunidad... Todo con una sencillez y una vibración encantadora”.

“Se palpaba un alma común”, añadía nuestro obispo. Por supuesto, allí se paran los relojes. La celebración dura hora y media o dos horas. Al final, la comida compartida. Cada cual lleva sus alimentos que se ponen en común para compartirlos, como hacían los primeros cristianos, aunque aquéllos empezaban comiendo juntos y terminaban concelebrando la Eucaristía, y estos cristianos comienzan celebrando la Eucaristía y terminan comiendo juntos.

Para aquellas gentes pobres, la Eucaristía es el gran acontecimiento semanal. No importa que tengan que andar una hora para poder participar. La gran preocupación es que no falte el “padrecito”, porque tiene unas cuantas comunidades que atender.

Cuando viajo a Madrid, no me privo del gozo de participar en eucaristías similares con varias comunidades vivas de barrios muy sencillos. No es que pretenda que estas eucaristías sean normativas para todos, pero sí indicativas.

¿No es la eucaristía la actualización en nuestros días de la fiesta popular y campestre de la multiplicación de los panes? Resulta patente que el evangelista narra el “signo” con una

clara referencia eucarística: “Tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente” (Mt 14,19). Algunos teólogos entienden que el verdadero “milagro” consistió en el *compartir de la gente*. Los discípulos alarman al Maestro por la falta de alimentos. El Maestro no quiso sacar el sustento de la nada, sino que pidió panes y peces. Y al empezar a compartir alguien, todos hicieron el milagro de confraternizar con lo que tenían: Uno sacó de su zurrón nueces, otros higos, otro queso... y, de este modo, se organizó la fiesta popular de aquellas gentes antes dispersas y ahora espiritualmente unidas en el común sentir con el rabí de Nazaret.

El gentío, antes masa, ahora es la “congregación de comunidades”. Jesús manda a los apóstoles que reúnan a la gente en grupos de cincuenta; todos los escrituristas entienden que esto es una referencia a la organización de las Iglesias como la comunión de pequeñas comunidades. La fiesta campestre encarna el proyecto de Jesús: “Congregar a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52), “como ovejas sin pastor” (Mc 6,34), para que vivamos como hermanos (Mt 23,8), para que caminemos juntos hacia la tierra prometida alimentados con el maná de la Eucaristía.

LA EUCARISTÍA, “CUMBRE” Y “FUENTE” DE LA VIDA CRISTIANA

Ser cristiano es una forma (la mejor, sin duda) de entender la vida desde la comunión. “Yo soy nosotros”, dijo genialmente Hegel; es la identidad de la Trinidad, a cuya imagen y semejanza hemos sido hechos. Para el cristiano vivir es *con-vivir*, vivir la fraternidad. Uno no es cristiano por tener tal nivel de virtud o de espiritualidad, sino por estar ensamblado en la familia de Dios. El cristiano es el que tiende la mano, el que hace cadena con los demás hermanos. La Iglesia es la “mesa familiar” en la que todos comen de la misma sopera, presidida paternalmente por Dios. La Eucaristía es el momento fuerte, el hecho culminante en el que se vive, se celebra, se da gracias y se ratifica esta maravillosa realidad, como ocurre en toda comida familiar.

El Concilio denomina a la liturgia, pero de modo muy particular a la Eucaristía, *cumbre* hacia la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y *fuentes* de donde mana toda su fuerza (SC 10,1). Es “cumbre” porque es el fin de un proceso de conversión personal y de la existencia de la comunidad. La Eucaristía es el sacramento de la comunidad; y sólo se celebra con autenticidad cuando los que se reúnen, viven en verdadera comunión. Naturalmente las eucaristías de la comunidad brasileña, lo mismo que las de la comunidad de Jerusalén, no se improvisan. Son el fin de un proceso. Si la Eucaristía es la celebración de una comunidad, significa que antes ha de existir la comunidad; ésta no se improvisa para la celebración o en la celebración por el hecho de que se reúnan un conjunto de cristianos. Esto, que es tan obvio a nivel de encuentros de familia o de amigos, lo ignoramos con frecuencia cuando se trata de la celebración de la comida de hermandad de los cristianos. La Eucaristía presupone la existencia de relaciones de fraternidad, la experiencia comunitaria, la participación en la vida y misión de la comunidad. Jesús no celebró su primera Eucaristía en el primer encuentro que tuvo con los suyos. Quizás parezca esta visión excesivamente exigente, pero éste es, ni más ni menos, el contexto en que Jesús y sus primeras comunidades la celebraron.

Jesús Burgaleta escribe: “Es obvio que participe en la comunión quien vive en comunión. La Eucaristía es la celebración de la comunión en la comunidad que se sabe ‘cuerpo de Cristo’ y a quien confiesa como fundamento de su unidad”. Hay que decir, por lo tanto: “La comunidad hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la comunidad”. No es auténtica una Eucaristía sin comunidad.

Todo encuentro humano, sobre todo cuando es en torno a la mesa, fortalece los lazos de afecto y de corresponsabilidad. Los alimentos son dones de Dios; comerlos da unión con Él. Y la comida crea relaciones de unión entre los comensales y refuerza las que ya existían.

La palabra y el pan compartidos ayudan a que crezca el “alma común” que han de tener los miembros de la misma

comunidad. Por eso, después de la comunión en la palabra y el cuerpo de Cristo somos más “uno en él” (Gá 3,28). Pero esta realidad sorprendente no acontece de forma mágica, por la mera proclamación fonética de la palabra y la realización cultural de los signos litúrgicos y la comida y bebida del pan y el vino consagrados; es necesaria la fe y poner el alma en sintonía con Cristo, cuyo misterio pascual celebramos.

RATIFICACIÓN DEL COMPROMISO POR LA CAUSA DE JESÚS

La Eucaristía es una celebración revolucionaria cargada de audacia. Por una parte, celebramos la salvación recibida, la salida de la esclavitud de Egipto, del egoísmo a la libertad del amor, del “yo” al “nosotros”, del individualismo a la comunidad; esto es una forma de resurrección.

Como señala el relato de la multiplicación, no se entiende una Eucaristía sin la actitud de compartir. A todos corresponde tener la actitud del muchacho que pone en común sus panes y sus peces para que se multipliquen. Juan Pablo II decía en el Congreso Eucarístico de Sevilla: “No se puede celebrar la Eucaristía sin comprometerse con la justicia y con la causa de los pobres”. ¡Qué bien lo entendieron los santos Padres! San Juan Crisóstomo se negó a celebrar la Eucaristía en una población que había dejado morir abandonado a un mendigo.

Por la acogida de su palabra y con el alimento de su cuerpo y sangre nos unimos a Cristo muerto en ofrenda al Padre para llevar adelante su Causa. Participamos de Cristo muerto y resucitado para morir con él y resucitar con él. Celebrar la Eucaristía es identificarse con Cristo y comprometerse a continuar su Causa, la Causa del hombre. Quizás, si supiéramos la audacia que entraña celebrar la Eucaristía, renunciaríamos a hacerlo.

Pero la Eucaristía no es sólo la ratificación de nuestro compromiso, sino también una transfusión de sangre divina que da fuerza incluso para el martirio. Esto nos recuerda a nuestros hermanos mártires, quienes espiritualmente “ebrios” por la

palabra y la sangre de Cristo iban alegres y animosos al anfiteatro para ser devorados por las fieras. Me recuerda también a los beatos mártires claretianos de Barbastro, quienes nutridos por la Eucaristía celebrada con gran entusiasmo comunitario iban al fusilamiento cantando con indecible alegría.

“¿De dónde sacas tiempo y coraje para tantas cosas?”, pregunté a una madre de familia, que participaba diariamente en la Eucaristía. Se trata de una mujer relativamente joven, madre de tres niños, un prodigio de entrega. Es catequista, cuida de su madre y su suegro, bastante enfermos y que requieren muchos cuidados. Saca tiempo para todo. Es como una aparición milagrosa allí donde se la necesita. “¿Qué de dónde saco tiempo y coraje?, me replica. ¿Y de dónde lo sacas tú? De la Eucaristía que compartimos todos los días”. “De la Eucaristía dominical –testifican varios miembros de una comunidad viva– salimos fortalecidos y rejuvenecidos para vivir decentemente como cristianos”. Para ello es preciso que la vida vaya a la Eucaristía y que la Eucaristía vaya a la vida.

TIEMPO ORDINARIO

LA BODA Y EL VINO DEL BANQUETE

2.º DOMINGO ORDINARIO

Is 62,1-5; 1Co 12,4-11; Jn 2,1-11

ACONTECIMIENTO-PARÁBOLA

Estamos ante un pasaje evangélico muy grávido. Anota el evangelista Juan al final del relato: “Así, en Caná de Galilea, Jesús comenzó sus signos”. El *signo* es aquella realidad a través de la cual podemos conocer *otra realidad* que está manifestada o simbolizada en el signo. Un dicho oriental afirma: “Cuando el dedo señala la luna, el idiota mira el dedo”. El signo de las bodas de Caná es un dedo que señala una realidad más sublime que la trasciende. Todos los escrituristas están de acuerdo en que estamos ante una narración simbólica, un recurso literario para proclamar un hondo mensaje teológico. Todo esto significa que para el creyente, a quien van dirigidos los signos del evangelio, no tiene importancia el hecho de que las narraciones de estos signos sean un recurso literario o reflejen una realidad, ni importan tampoco los detalles de la narración. Lo importante es el mensaje que está entrañado en el signo.

En el caso concreto de las bodas de Caná tenemos, por una parte, la gran mayoría de los convidados, judíos practicantes, y las seis tinajas vacías, que simbolizan al pueblo de la Antigua Alianza; y, por otra, a Jesús, María, los apóstoles y el vino nuevo, que simbolizan el Nuevo Pueblo de Dios y su esti-

lo de vida. Todo ello supone la oferta de un “vino nuevo en odres nuevos”.

El relato nos presenta la relación del Señor con la Iglesia bajo el simbolismo de los desposorios. La imagen no es nueva; la repitieron con frecuencia los profetas, como hemos escuchado en la lectura de Isaías. El relato evangélico señala la indiferencia y falta de amor con que vive el pueblo judío su relación con Dios. Se reduce a ritos vacíos, simbolizados en las tinajas vacías o con agua, a formalismos y legalismos fastidiosos, sin alegría, simbolizados en la abundancia de agua para lavarse las manos y en la escasez de vino para alegrar el corazón.

Dios quiere contraer unos nuevos desposorios en la persona de Jesús de Nazaret con un pueblo nuevo, representado en las bodas de Caná por María y el grupo de los apóstoles. Un pueblo que, cuando Juan escribe su evangelio, son las diversas comunidades cristianas que viven unidas y enamoradas de su esposo, el Señor Jesús. Unas comunidades que viven en un ambiente de banquete festivo en el que abundan los “vinos de solera y los manjares suculentos”: el banquete mesiánico.

El pueblo religioso que encuentra Jesús es un pueblo aburrido, cumplimentero, ritualista, con una religiosidad muy pobre, contractual, que quiere comprar los favores divinos con ofrendas y plegarias humanas. Frente a esta comunidad aburrida, triste, que vive su religiosidad como una obligación, está la comunidad que instituye Jesús: una comunidad fraterna, que vive en un clima de alegría. Las primeras comunidades eclesiales viven una auténtica luna de miel en sus relaciones con Cristo: “A diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y sencillez de corazón, siendo bien vistos por el pueblo” (Hch 2,46-47).

SIN COMUNIDAD NO HAY FIESTA

Con el paso del tiempo, aquel vino abundante con que celebraban el banquete del Reino se acabó para muchos cris-

tianos y para muchas colectividades eclesiales. Siguiendo el simbolismo del evangelio, diríamos que hay una cierta manera “aguada” de vivir la vida y, por lo tanto, de vivir la fe. Los cuatro evangelistas señalan constantemente estas formas impropias para un buen encuentro o matrimonio entre Dios y los hombres. Así, por ejemplo: señalan la hipocresía de un culto exterior y legalista, el apego a las tradiciones humanas sin tener en cuenta la esencia de la Palabra de Dios que debe ser captada en el espíritu y no en la letra; también se indica el centralizar la religión en los actos de culto, olvidándose de la ley suprema del amor al prójimo, tanto si es amigo como si es extranjero o enemigo.

También es una religión aguada la que se contenta con rezar y dar alguna limosna soslayando el imprescindible deber de la justicia, o la que se cimienta sobre el culto a la personalidad y el autoritarismo religioso, olvidando que la autoridad es un servicio a la comunidad y que el único Señor es Jesucristo, a quien se le debe absoluta fidelidad. El Espíritu, en el Concilio, cambió de nuevo el agua de una religiosidad moralística, ceñuda, rutinaria, en vino de entusiasmo, de generosidad, de fraternidad. Pero, como siempre ocurre, todavía hay muchos que no se han enterado de que hay vino en sus mesas, vino exquisito que se guardaba en las bodegas del Evangelio.

El relato significativo de las bodas de Caná implica una serie de mensajes. En primer lugar, que sin aquella comunidad inicial de Jesús con los suyos no hubiera habido fiesta de bodas. Sin comunidad, no puede haber banquete del Reino. El Señor quiere recrear su Iglesia, quiere crear comunidades nuevas, juveniles, jubilosas en las que se encarne el misterio de la Iglesia, y quiere, para ello, contar con nosotros. Jesús se desposa con la “comunidad” como si fuera una sola persona.

El Señor está locamente enamorado de nosotros; y hasta siente celos de otros amantes, como tantas veces repite en la Escritura y como indican san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Pablo, embriagado por esta experiencia de sentirse amado por el Señor Jesús, exclama en un arrebató místico: “Me amó y se entregó por mí (Gá 2,20).

AMOR CON AMOR SE PAGA

Creo que el gran pecado de los cristianos está en no tener experiencia de sentirse apasionadamente amados por el Señor. De otro modo, nos sentiríamos arrebatados por un amor agradecido y desinteresado. Si tengo una fuerte experiencia de ser amado, ¿cómo voy a corresponder con cumplimientos tacaños, ritualistas y cicateros? Muchos cristianos necesitan que Jesús repita en sus vidas el milagro de Caná: que cambie el agua de su vulgaridad, la rutina y desgana, en vino generoso del Espíritu que nos vuelva “ébríos de Dios” hasta causar asombro como los apóstoles el día de Pentecostés (Hch 2,13). Necesitamos pasar del apagamiento al entusiasmo, vivir místicamente la fe en Jesús. La languidez, la desgana, la mediocridad no tienen nada que ver con la fe en Jesús. Se ha hecho antológica una afirmación certera del gran teólogo Karl Rahner: “El cristiano del siglo XXI será un místico o no será cristiano”. El ángel echa en cara a la comunidad de Éfeso: “Conozco tus obras, tu constancia y tus fatigas... Pero tengo esto contra ti: Has perdido el amor del principio” (Ap 2,4).

El acontecimiento simbólico de la boda de Caná evoca otro aspecto de la vida de la comunidad cristiana. Una vez más se indica que el Reino es un banquete de bodas. El ambiente comunitario ha de ser festivo. Un conjunto de rostros serios, ceñudos, rígidos, de personas distantes, no es, ciertamente, una comunidad cristiana. Nosotros, “los amigos del novio (más todavía, la novia) no hemos de ayunar” (Mt 9,15). San Atanasio decía: “Cristo, la fe, convierte la vida del cristiano en una fiesta continua”. El clima de fiesta, de alegría, es una exigencia esencial de sabernos amados por el Señor.

LIBERADOS Y LIBERADORES

3.º DOMINGO ORDINARIO

Ne 8,2-4a.5-6.8-10; 1Co 12,12-30; Lc 1,1-4; 4,14-21

“PARA DAR LIBERTAD A LOS OPRIMIDOS”

¡Cuánta expectación suscita el discurso programático de un político, de un dirigente religioso, que asume la dirección de un gran colectivo humano! Hace veinte siglos, un humilde profeta de Nazaret expuso también su programa. No lo hace ante el sanedrín, la autoridad religiosa, sino ante sus convecinos, que inicialmente le escuchan con admiración, pero que, paulatinamente, van cerrando los puños, cargados de ira.

Es un minidiscurso que apenas dura medio minuto: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y anunciar el año de gracia (es decir, una era de jubileo). Esto que dijo el profeta de sí mismo, se cumple hoy en mí”.

Sabemos hasta qué punto los evangelistas levantaron acta de que Jesús cumplió íntegramente su programa salvador, cómo liberó del pecado, de la marginación, de la pobreza, del temor al poder de las fuerzas del mal. Pedro resume lapidariamente su vida diciendo: *Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo* (Hch 10,38). ¡Qué buen lema para todo discípulo suyo!

Jesús anuncia solemnemente: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”. A lo largo de los tiempos cualquier evangelizador puede repetir lo mismo: “Hoy Jesús sigue liberando”. Pedro, años después, dando razón del milagro de la curación del lisiado, causa del juicio organizado contra él y contra Juan, testifica: “Ha sido por obra de Jesús Mesías, el Nazareno resucitado” (Hch 4,10). En otro sentido Pablo, varios años después, testificará también: “Cristo Jesús me ha otorgado esta libertad de que gozo” (Gá 5,1). Así mismo, Pablo pide a los miembros de sus comunidades que recuerden su

antigua situación de esclavitud del pecado, de sus vicios, y la comparen con la experiencia de libertad que Cristo les ha regalado. “¿Qué salíais ganando de aquello de lo que ahora os avergonzáis? El pecado paga con muerte, mientras que Dios regala vida eterna por medio de Cristo Jesús” (Rm 6,21).

EN PROCESO DE LIBERACIÓN

Tengamos el nivel espiritual que tengamos, todos somos todavía esclavos, porque todavía nos domina el egoísmo, el pecado. Dentro de nosotros se libra la batalla entre el “yo instintual”, egoísta, y el yo profundo”, el de la conciencia, batalla que tan genialmente, desde su propia experiencia, describe Pablo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que repudio” (Rm 7,19). Esto lo vemos hoy en forma de adicción: “Le domina la bebida, la droga, la secta, el juego”... Pero, junto a esas esclavitudes de componente psicosomático, escandalosas, están las otras esclavitudes, que no nos dejan ser nosotros mismos ni gozar de la gran experiencia de una libertad radical. Y así, en una medida o en otra, todos somos esclavos de la ambición, del consumo, del placer, de la opinión ajena, del trabajo, de la comodidad, de las diversas versiones del egoísmo. Por eso, cuando aceptamos esa sumisión, sentimos que nos hemos traicionado a nosotros, al prójimo y a Dios. Y sentimos el reproche de nuestro “yo” auténtico.

Quienes presumen de libres son, con frecuencia, los más esclavos. “¿Nosotros esclavos?” (Jn 9,39), protestan enfurecidos los escribas y fariseos. “Todo el que está bajo el pecado es su esclavo” (Rm 6,16). Unamuno dijo sapiencialmente: *No habla de libertad más que el cautivo, el pobre cautivo. El hombre libre canta amor*. Leyendo las obras o las biografías de los grandes santos y místicos se observa que la vida creciente del cristiano es como un interminable proceso de liberación a través de muchas noches, muchas pruebas, muchas purificaciones. Creer es caminar hacia esa suspirada tierra de promisión, tierra de libertad.

San Pablo no cesa de repetir que su adhesión incondicional a Jesús le llevó a la profunda libertad interior. “Para que

fuéramos libres nos liberó Cristo” (Gá 5,1). El amor es la única experiencia auténtica de libertad. Es más: el amor es el otro nombre de la libertad. La afirmación de san Agustín es asombrosa: *Ama y haz lo que quieras*.

La fe viva en Jesús de Nazaret comporta experiencia de liberación. El pecado entraña siempre experiencia de esclavitud. Retornar a la casa del Padre, convertirse, es recobrar la libertad.

La palabra del Señor invita a preguntarnos con sinceridad descarada: “¿Cuáles son las esclavitudes que más me oprimen? ¿Qué disgustos, ansias o sometimientos me atormentan? ¿Qué medios pone a mi alcance el Señor, nuestro Liberador, para crecer en la libertad de los hijos de Dios?”

ES LIBERANDO COMO UNO SE LIBERA

Ungidos por el Espíritu, el Señor señala a los discípulos la misma misión que el Padre le encomendó a él: “Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios” (Mt 10,8). Lucas pone bien de manifiesto el cumplimiento de la misión por parte de los discípulos que, como el Maestro, realizan numerosas acciones liberadoras curando paralíticos, resucitando muertos, expulsando los malos espíritus, pero, sobre todo, liberando de la esclavitud del pecado en todas sus versiones. En esto consiste la conversión (Hch 2,38).

Con la experiencia de la libertad, nacida de su comunión con el Maestro, libres de la opresión de la ley (Mt 23,4; Hch 15,10), libres de sus propias ambiciones de poder hasta el punto de gozarse en los humillantes sufrimientos por fidelidad al Maestro (Hch 5,41), libres del servilismo a los hombres (Hch 5,30), anuncian el Evangelio de liberación. Y crean comunidades que, desde la fe en Jesús, viven la libertad.

Por lo demás, hay que tener en cuenta que el *amor* es la *meta* y el *camino* de la verdadera libertad. Si amo, soy libre; en la medida en que me entrego a los demás, voy creciendo en libertad. Nos contaba en una conferencia el escritor Michel Quoist que, en sus años de juventud, vivía atormentado por

sus problemas dando vueltas en torno a ellos hasta marearse. Un buen día, se encontró con un compañero, cristiano comprometido, a quien le contó sus penas. El compañero, después de escucharle, le indicó: “Déjate de problemillas ridículas; ven, que te enseñe tragedias; anda, échame una mano para solucionarlas, verás cómo desaparecen tus problemillas... Te preocupas por tu acné juvenil y lo que otros tienen es lepra, cáncer, hambre... Me curó de raíz”.

Podría enumerar una larga letanía de ejemplos similares: personas esclavizadas por tragedias, obsesiones, frustraciones o traiciones que, al volcarse en los demás, se han visto libres de su propia esclavitud y han recobrado multiplicada la alegría y el dinamismo.

La señal imprescindible e indefectible de que estamos liberados es que somos liberadores. Si el amor es el otro nombre de la libertad, y el amor no nos lleva a liberar a los hermanos de cualquier esclavitud que les tenga oprimidos, es señal de que no amamos y, en consecuencia, de que no somos libres.

No se trata sólo de liberar de las grandes esclavitudes. Toda forma de caridad, toda ayuda, toda tarea de reconciliación en el seno de la familia, de la comunidad de vecinos, de los grupos eclesiales, toda ayuda al deprimido, desesperanzado, acoquejado, es una acción liberadora que nos libera. Y allí donde se libera el hombre, se construye el Reino.

LA VERDAD OS HARÁ LIBRES

4.º DOMINGO ORDINARIO

Jr 1,4-5.17-19; 1Co 12.31-13,13; Lc 4,21-30

CONTEXTO SOCIAL Y RELIGIOSO

Lucas presenta el comienzo ministerial de Jesús en un contexto litúrgico. Jesús, como todo judío piadoso, participa en la celebración sinagoga del sábado en su pueblo. El relato es vivo y tenso. Mientras está hablando, sus convecinos acogen voraces y asombrados sus palabras. Tienen una increíble vibración de vida y sinceridad. Pero sus palabras entrañan *conversión* y un gran compromiso; y por eso, los mecanismos de defensa, consciente o inconscientemente, empiezan a racionalizar resistencias.

Jesús (o Lucas) ha detenido intencionadamente la lectura antes de las palabras que anunciaban el juicio de las naciones: “y un día de venganza de nuestro Dios” (Is 61,2), para insistir exclusivamente en la gracia de Dios. Estas palabras de “gracia” provocan el asombro de la asamblea y esta manera de proponer una gracia universal es el origen de los incidentes narrados en los vv. 25-30. Precisamente para reforzar la idea de que su misión es toda de gracia y no de condenación, Cristo (o Lucas) ha añadido dentro de la cita de Isaías un versículo, tomado de Is 58,6, sobre la libertad ofrecida a los prisioneros. Cristo define de una vez su misión como una proclamación del amor gratuito de Dios a todo hombre. Esto no puede sino producir escándalo pues los judíos esperan la escatología con ardor y odio a los paganos ya que esperan el aplastamiento de todos sus enemigos (los de Dios).

Y empiezan a funcionar los mecanismos de resistencia al mensajero. El mensaje no gusta. Y se desata la envidia pueblerina: ¿Por qué el hijo de María y de José va a ser más que los nuestros? Sí, el hijo de María y de José habla encendidamente; pero, ¿qué garantías tiene su mensaje si el mensajero es el hijo de un carpintero, si no ha pasado por las escuelas rabínicas, si no tiene prestigio social, si se ha criado entre

nosotros? ¿Qué puede enseñar? ¿Qué garantías ofrece su discurso si va en contra del mensaje tradicional de los rabinos, de los escribas y fariseos, que anuncian la ira apocalíptica de Dios para los pueblos que han asolado a “su” pueblo? ¿Cómo puede igualar el pueblo de la elección con el resto de los pueblos paganos?

Su rabia se enardece todavía más cuando les recuerda que Dios había hecho prodigios en favor de los paganos que no había hecho en favor de Israel por culpa de su protervia y les evoca a la viuda de Sarepta y al sirio Naamán. Citando un refrán, les señala: “Ningún profeta es bien recibido en su tierra”. Estas increpaciones colmaron la ira de sus convencidos. A empujones le llevan hacia el barranco de las afueras del pueblo para despeñarlo, castigo reservado a los blasfemos; pero Jesús se abrió paso entre ellos y se escabulló.

Estamos ante un relato significativo que preanuncia la misión y el destino de Jesús; es como un adelanto que sintetiza su programa, su ministerio y el desenlace. Los vecinos de Nazaret encarnan a todo el pueblo judío, que globalmente rechaza al Enviado de Dios, y por eso serán los paganos los que, sobre todo, integrarán el pueblo de la Nueva Alianza.

¿En qué consistió, sobre todo, el pecado del pueblo judío? En el afán de traducir los mensajes divinos a sus ambiciones humanas. No se ajustaban a la Palabra de Dios, sino que ajustaban la Palabra de Dios a sus ambiciones. No dejaban a Dios ser Dios.

AMORDAZAR AL PROFETA

Israel perdió su gran ocasión. Jesús lo lamentará con lágrimas en los ojos: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían!” (Lc 13,34). Juan escribe con el alma dolorida: “Vino a su casa (a Israel la Luz), pero los suyos no la recibieron” (Jn 1,11).

Todos y siempre sentimos un primer impulso a rechazar la verdad o las verdades que nos resultan intranquilizadoras. Decía atinadamente Bernanos: “Los hombres buscan verda-

des tranquilizadoras, pero la verdad no tranquiliza a nadie”. Y para evitar el cosquilleo de la conciencia, los remordimientos que comporta el traicionarla, se echa mano de un mecanismo de defensa que los psicólogos llaman *racionalización*. “Nos asisten sobradas razones para rechazar lo que es un error manifiesto”... Exactamente lo mismo que a los nazarenos: Se ponen etiquetas descalificadoras al mensajero, se siembran sospechas sobre su vida, sobre su preparación, sobre su posible extremismo.

Un seglar, cristiano intachable, empleado de la construcción naval, se levanta un día en medio de una asamblea heterogénea: “Yo creo que estamos olvidando el tema de los pobres”, comienza diciendo con palabras de fuego. Son palabras de un auténtico profeta, del que todos saben que dedica enteramente sus horas libres a ayudar a los necesitados, a los ancianos con problemas. Con sus palabras de fuego hace enardecer a la asamblea de forma increíble. Nunca jamás lo olvidaré. En varias ocasiones me había testificado su párroco: “Es un verdadero santo”. “¿Qué sabe ese pobre hombre –me susurra al oído un profesor que colabora en pastoral familiar– si el pobre no pasó de los estudios primarios?”. Por detrás oigo a una religiosa de un sanatorio que comenta: “A ese pobrecito le ha dado por la manía de los pobres, y no hay quien le apee de ella”. Cuando terminamos la reunión me comenta un compañero sacerdote: “¿Qué te ha parecido el seglar? ¡Pobre! Se cree un iluminado para dar lecciones... No tiene preparación y no ve más”... Naturalmente, otros salimos entusiasmados y más comprometidos. Michel Quoist vivió la misma experiencia en un templo de París con respecto a un sacerdote joven: “Me sentía encantado por su palabra profética, justa, firme y, al mismo tiempo, unciosa. Cuando terminó la celebración procuré pegar la oreja a los distintos comentarios. La gente sencilla, los de corazón sincero, estaban entusiasmados; la ‘gente bien’ salía echando pestes: ‘¿No te parece que despide un tufillo a socialistán, a un cura muy izquierdoso? No me ha gustado nada. Ya le he oído otras veces; pero no vuelvo más’”... ¿No es ésta la mismísima reacción de los convecinos de Jesús?

Todos tenemos la tentación de manipular la verdad. Dice el refrán: “No hay verdad ni mentira, todo presenta el color del cristal con que se mira”. La primera parte del refrán es una gran mentira; la segunda una gran verdad.

DEMAGOGIA POR PROFECÍA

Pablo alerta a Timoteo del peligro de que las comunidades, de las que es obispo, repitan el error del pueblo judío de conceder credibilidad y aceptar el mensaje de los “profetas” halagadores. “Pues vendrá el tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que, llevados de sus caprichos, buscarán maestros que les halaguen los oídos; se apartarán de la verdad y harán caso de los cuentos” (2Tm 4,3-4).

Jonás intuía que le podía pasar como a otros profetas por decir la verdad al pueblo. Y por eso se negaba a ir a Nínive. Creo que, por cobardía de los “profetas”, por su miedo a las reacciones agresivas o a perder “clientela”, el mensaje evangélico se traduce en mediocridad. Se dispensa al pueblo “demagogia” en lugar de “profecía”. Pocos se atreven a elevar una voz que pueda parecer contraria al pueblo. Los mensajeros (los predicadores) brindan sus mensajes a la carta, a gusto de los oyentes. Pero cuando un pueblo reduce a silencio a estos hombres y mujeres, se empobrece y queda sin luz para caminar hacia un futuro más humano.

El relato evangélico de hoy viene a decirnos: “Si oyerais la voz del Señor, no endurezcáis el corazón” como lo hicieron vuestros padres. Hay que dejar a Dios que nos hable por los *mensajeros* que Él quiera y nos diga los *mensajes* que Él quiera. Hay que dejar a “Dios que sea Dios” y al maestro Jesús que sea de verdad “el Maestro”, sin querer darle lecciones como Pedro (Mt 16,22-23).

El gran sabio P. Lacordaire, en su búsqueda apasionada por la verdad, venga de donde viniere, llegó a decir: “Todos los hombres son mis maestros”. Todos le enseñaban algo. Conozco comunidades y grupos cristianos que invitan a exponer su pensamiento y a dialogar con ellos a personas de diver-

sas tendencias para acoger la parte de verdad de cada una. Helder Camara decía: “Si no estás de acuerdo conmigo, me enriqueces”. Tener junto a nosotros a un hombre que siempre está de acuerdo de manera incondicional no es tener un compañero, sino una sombra.

Hoy la Palabra del Señor nos invita a revisar nuestras actitudes ante la verdad. ¿Me dejo llevar de prejuicios a la hora de escuchar mensajes de personas o grupos? ¿Busco la verdad esté donde esté y la testifique quien la testifique? ¿Callo la verdad por cobardía, guardo un silencio cómplice ante situaciones injustas?

A nivel psicológico ocurre lo mismo que ocurre a nivel médico: si alguien se empeña en ignorar la verdad, no vivirá en paz y está perdido. Quien es despiadadamente sincero consigo mismo acogiendo la verdad, goza de una gran paz que nace de la fidelidad a sí mismo y vivirá una vida de plenitud. Jesús afirma taxativamente: *Si el Hijo os libera, seréis de verdad libres* (Jn 8,36). Rabindranat Tagore afirma sabiamente: “No cierres la puerta al error, no sea que dejes fuera la verdad”.

DEL ENCUENTRO A LA MISIÓN

5.º DOMINGO ORDINARIO

Is 6,1-2a.3-8; 1Co 15,1-11; Lc 5,1-11

CONTEXTO ECLESIAL

Para comprender el sentido y el mensaje de este relato simbólico es necesario situarse en la perspectiva del evangelista Lucas y su intención al ofrecerlo. Cuando escribe este pasaje está pensando, sin lugar a duda, en la gran pesca de la Iglesia primitiva: aceptando el anuncio de Pedro, Pablo y demás mensajeros, son muchos, sobre todo paganos, los que se han integrado en las comunidades eclesiales; son las “redes repletas”, las “barcas a punto de hundirse” a que alude el relato. Pero no se rompe la unidad de la Iglesia a pesar del número de miembros que la componen y de la diversidad de sus culturas. Y esto a pesar de que las aguas parecían estériles y de la experiencia negativa de la noche inútil.

Estamos, pues, ante un relato vocacional, escrito a la luz de la Pascua y en cuyo trasfondo están los relatos vocacionales de los profetas, en los cuales siempre se destaca un encuentro deslumbrador con Dios. El encuentro es siempre un envío. Junto con el envío ofrece la garantía de su presencia confortadora durante la misión (“no temas”): Por eso, a pesar de parecer una misión imposible (aguas infecundas), resulta una “pesca milagrosa”, porque se han echado las redes “en nombre” del Señor.

En el relato, y por razones literarias, primero está la pesca y después la vocación y el seguimiento; en el orden real, sabemos que fue al revés: primero fue la vocación, el envío, y después la cosecha apostólica. Lucas termina diciendo: “Ellos, dejándolo todo, le siguieron”. Es la respuesta fiel a la llamada.

No hemos de olvidar que estamos ante un relato simbólico. Jesús, como buen pedagogo, partió de la realidad humana de los apóstoles galileos, casi todos ellos pescadores o que conocían bien el trabajo de la pesca. Vertió sus ideas y mensajes en los moldes de la cultura popular de su época. Pero

esto no significa que hayamos de apurar el símbolo hasta encontrar en sus mínimos detalles pautas de conducta. El símbolo sólo es válido en la medida en que responde al mensaje que se quiere comunicar con él. ¿Quién no cae en la cuenta de lo peligroso que es llevar a sus últimas consecuencias el paralelismo del rebaño y el pastor? Ni los cristianos somos pescadores ni los no-cristianos son peces; de la misma forma que los sacerdotes no son pastores ni los cristianos ovejas. Como señalé a propósito de la imagen neotestamentaria de Jesús, el Buen Pastor, es preciso tener presentes otras imágenes, símbolos y parábolas para entender en su integridad el Evangelio. Se completan entre sí. Ni siquiera la suma de todas ellas es capaz de contener todo lo que quiso decir Jesús.

LA FE ES UN COMPROMISO MISIONERO

Los cristianos, tradicionalmente, entendían este relato como referido a la jerarquía eclesial y a los llamados ministerialmente a la evangelización. Pero no es así. En este caso, Pedro y sus compañeros no encarnan sólo a los guías de la Iglesia sino a todo el pueblo de Dios que asume, por envío de Jesús, la tarea de continuar su misión evangelizadora.

Tenemos, entre otros muchos testimonios conciliares y eclesiales, el de Pablo VI en su valiosa y valorada exhortación apostólica *Evangelización del mundo contemporáneo* (EN 13). La orden dada a los Doce: “Id y proclamad la Buena Noticia” vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. Todo encuentro con el Señor comporta un envío. Lo pone de manifiesto el Señor con sus discípulos, a los que llama para enviarles. Sus encuentros postpascuales son envíos. Es lo que ocurrió con las vocaciones proféticas y con Pablo. Éste expresa la corresponsabilidad con la atrevida alegoría del *cuerpo humano*. No se entiende ningún miembro pasivo u ocioso. Cada uno tiene su misión para bien del cuerpo. Lo mismo ocurre con los miembros de la comunidad. Cada uno tiene su carisma para el servicio de la comunidad y para su misión entre los hombres.

Desgraciadamente, la praxis está muy lejos de esta exigencia de la fe. Sabemos que uno de los grandes males endémicos de la Iglesia en los últimos siglos ha sido precisamente su división en una pequeña clase activa que asumió toda la responsabilidad, la jerarquía, y una inmensa y mayoritaria clase pasiva que se contentó con recibir el bautismo y vivir cumpliendo de alguna manera con una tradición cristiana. Nuestras comunidades todavía se resienten del clericalismo de unos y de la inoperancia de otros. La mayoría de los cristianos se sienten Iglesia solamente por referencia a la jerarquía sacerdotal. Baste el detalle de que cuando decimos la palabra "Iglesia", automáticamente pensamos en los obispos y sacerdotes.

Si esto sucede en el plano universal, exactamente lo mismo sucede con las comunidades parroquiales. En ellas, unos son los padres, que piensan y deciden por todos, y otros los hijos pequeños, que maman del pecho de mamá y esperan las órdenes de papá. Unos han pecado de absorbentes y otros de pasivos. Hoy urge salir de este círculo vicioso. Al fin y al cabo, el que dirige la pesca es Jesucristo y actuamos en su nombre.

CONDICIONES PARA LA MISIÓN

"Sois pescadores de hombres", nos dice también el Señor. Nos invita a echar las redes, a anunciar la Buena Noticia, a proponer el Evangelio como camino de vida. Pero, tal vez, nos viene a la boca el reparo desengañado de los apóstoles: "Ya lo he intentado muchas veces; ya les he invitado a incorporarse a nuestro grupo cristiano, a retornar a la práctica religiosa... pero todo inútil". Quizás no hemos sabido dar la Buena Noticia. El primer intento de pesca por parte de los apóstoles les resultó fallido. A veces se encontraron con el fracaso. La razón es que no habían puesto las condiciones necesarias para la eficacia de la misión. Estas condiciones son:

— *Encuentro fascinante con el Señor.* Experiencia de liberación, de plenitud de vida, gracias a la comunión con él.

— *Amor apasionado al hombre.* Compartir el amor ardiente de Jesús por las personas. Si las queremos de verdad, hemos

de invitarles a hacer la experiencia de adhesión a Jesucristo, que da sentido a la vida y colma de dicha.

— *Ir en nombre del Señor.* Discernir la voluntad de Dios para saber dónde quiere y cómo quiere que actuemos. Dijo Pedro: "En tu nombre echaremos las redes". Y el éxito fue increíble.

— *Actuar desde el amor y el espíritu de servicio.* Sin buscar protagonismo. Nuestro orgullo, que genera con frecuencia conflictos, echa a perder la obra de Dios. Si el enviado, más que buscar el Reino de Dios, se busca a sí mismo en la tarea, el fracaso está asegurado, aunque deslumbrado con éxitos momentáneos.

— *Derrochar entusiasmo.* Los apóstoles hablan con un entusiasmo que enciende (porque están encendidos), hasta el punto de que algunos comentan: "Éstos están bebidos" (Hch 2,13). Sólo el entusiasmo y el calor contagian.

— *Con optimismo.* Por un doble motivo: Porque los manjares del banquete del Reino al que queremos invitar son de primera calidad, preparados a la medida de las exigencias del hombre. Por eso afirmaba Tertuliano: "Todo hombre es naturalmente cristiano". Es, digamos, cristiano de deseo. Optimismo también porque contamos con la presencia del Espíritu del que somos mediación suya en la tarea misionera. "En tu nombre", responde Pedro a la invitación. Marcos deja constancia de que el Señor confirmaba con señales sus mensajes (Mc 16,20).

— *Organizadamente.* El pasaje evangélico hace referencia a la colaboración de las barcas que salieron a faenar: "Hicieron señas a los socios de la otra barca para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron y llenaron las dos barcas, que casi se hundían". Con este gesto señala el evangelista que es necesaria la colaboración organizativa en la tarea de la evangelización y en las acciones para mejorar la sociedad.

— *Con el lenguaje contundente del testimonio.* Todo anuncio profético o misionero que no esté avalado por el testimonio personal y comunitario deviene en palabrería fastidiosa e inútil. Pablo VI lo afirma reiteradamente en su exhortación

apostólica *Evangelización del mundo moderno*: “La Buena Noticia debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio” (EN 21). Charles de Foucauld repetía taxativamente: “Que nuestra vida grite el Evangelio”.

Sintetizando el mensaje de hoy, diría que hemos de ser linternas recargables que acumulan energía en los encuentros con el Señor, en la escucha de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía y en la oración, para alumbrar a quienes viven en las tinieblas de la increencia: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14).

UNA FELICIDAD COMO DIOS MANDA

6.º DOMINGO ORDINARIO

Jr 17,5-8; 1Co 15,12.16-20; Lc 6,17.20-26

LA FELICIDAD, UN IMPERATIVO VITAL

Aunque no siempre ni todos los cristianos lo hayan entendido con claridad, lo cierto es que estamos hechos para la dicha. Si hemos sido llamados a la vida, hemos sido llamados a la felicidad aquí y ahora. Lo contrario sería un absurdo. La dicha tiene sentido en sí misma. Señala el gran creyente y sabio Teilhard de Chardin: “Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz. Que nada te altere. Que nada sea capaz de quitarte la paz... Recuerda: Cuanto te reprima o inquiete es falso. Te lo aseguro en nombre de las leyes de la vida y de las promesas de Dios”.

Las bienaventuranzas afrontan precisamente este tema, un tema vital, porque estamos ante la clave con la que hemos de interpretar toda la vida. Para muchos “cristianos”, todavía la fe es algo que tiene que ver con la salvación eterna después de la muerte, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo interesa a las personas. Parece que lo cristiano no es preocuparse de la felicidad, sino saber vivir sacrificadamente. El grado de gloria estaría en proporción directa con los sufrimientos de esta vida. Las alegrías del cielo estarían, según ellos, en proporción con la cantidad de lágrimas acumuladas. “Aquí cruz y en el más allá felicidad”, afirma un dicho conocido. Las bienaventuranzas, según ellos, pueden ser un camino para alcanzar la vida eterna, pero no tienen ninguna influencia para la felicidad que pueden experimentar ahora las personas. Jesús ofrece la felicidad eterna, pero, ¿qué puede aportar su mensaje para una vida dichosa ahora? Me cuentan muchos amigos que, cuando en su trabajo sacan el tema religioso, la mayoría de los compañeros les ataja: “Mira, no me saques ese tema que yo quiero ser feliz”...

Ante una lectura tan fúnebre que, tal vez, nosotros mismos hemos hecho y que muchos hacen, uno se pregunta: ¿Qué evangelio se lee o cómo se lee el Evangelio para sacar una conclusión tan contraria a él? Evangelio, etimológicamente,

significa “buena noticia”, también para este peregrinar terreno. El mensaje central es una invitación a la alegría. Porque el que ha descubierto el Reino, ha descubierto un tesoro, y por eso se desprende de todo lo demás loco de contento (Mt 13,44).

JERARQUÍA DE VALORES

Ortega y Gasset decía muy atinadamente que hemos de tener mucha “seriedad”; pero seriedad no tiene nada que ver con la tristeza. “Seriedad” proviene de “serie”. Y, por lo tanto, “ser serio” significa saber poner las cosas en serie, por su justo orden. La cuestión decisiva está en saber jerarquizar los valores y optar según esa jerarquización cuando hay conflicto entre ellos. Esto es lo que determina la verdadera y la falsa felicidad. La falsa felicidad, el autoengaño, se produce cuando se opta primordialmente por valores secundarios, superponiéndolos a los primarios. Entonces se genera la insatisfacción de las ansias más profundas del hombre. Es lo que le ocurría a la Samaritana: tenía una sed aguda, pero la quería saciar con agua salada. Eso mismo le ocurría a Agustín; por eso confesaba después de su conversión: “Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti”. Es el vacío que experimentaba el famoso editor Mondadori dando testimonio de su conversión: “Yo me decía: Soy un hombre de éxito; no me falta nada. En cambio, me falta todo”. Es la felicidad barata, bullanguera y superficial del que vive con el lema, quizás inconsciente, al que hace referencia Pablo: “Comamos y bebamos, que mañana moriremos” (1Co 15,32). Las bienaventuranzas son una alerta contra el culto a los ídolos, que inexorablemente producen dolor y muerte.

Está claro que estamos ante un tema clave que determina el sentido de la vida. Por eso es imprescindible tener ideas muy claras. Si para mí la fuente de la verdadera felicidad está en poseer bienes económicos, me entregaré apasionadamente a acumular. Si para mí la fuente de la felicidad está en el éxito social, me agotaré en mi esfuerzo por triunfar. Si pongo la fuente de mi felicidad en vivir cómodamente, sin preocupaciones, y consumir con abundancia, organizaré mi vida para gozar lo más posible. Si lo que más me llena es convivir con

una familia unida, gozar de la amistad, me entregaré a ello. Si estoy convencido de que la felicidad está en sentirme útil, en hacer felices a los demás, mi pasión será servir, ayudar, alegrar a los demás. Por eso es imprescindible clarificarse. Equivocarse en esto es equivocar la vida. La suerte que gozamos los cristianos es que tenemos un Maestro infalible que nos ofrece una jerarquía de valores garantizada por su propio éxito. Pablo daba gracias al Señor Jesús con profundo júbilo porque “sé de quién me he fiado y sé que no me defraudará” (2Tm 1,12).

Exclama Jesús: Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios... Dichosos los que ahora tenéis hambre... Dichosos los que lloráis... Con ello, deja bien claro que la verdadera felicidad no está en “tener” éxito, poder, dinero, influencia, medios... sino en “ser” sano, en llevar hábitos generosos en la psicología. La felicidad, según Jesús, está en “ser” misericordioso, comprensivo, pacífico, abierto, libre... un buen amigo. Apostar por las bienaventuranzas es apostar por el *ser* antes que por el *tener*, por la verdadera sabiduría de la vida, por las experiencias más humanas, profundas y sabrosas: el amor, la libertad, la honradez, el perdón, la comunión con Dios y con los hombres, la esperanza, la gratuidad... las grandes experiencias que llenaron la vida de Jesús. Se trata de “otra” felicidad, la verdadera.

LA PUERTA DE LA FELICIDAD SE ABRE HACIA FUERA

¿No afirma Jesús que su única consigna es el amor: “Amaos como yo os he amado?” (Jn 13,34). Entonces, ¿cómo proclama ahora estas otras consignas como condiciones de pertenencia al pueblo de la nueva Alianza?

Jesús no se contradice. Las bienaventuranzas no son más que formas de vivir su gran consigna del amor. Jesús viene a decir: Bienaventurado el que es capaz de amar en serio a los demás como hermanos. Bienaventurado el que hace suyos los sufrimientos y las alegrías de los demás, “el que ríe con los que ríen y llora con los que lloran” (Rm 12,15). No es éste el estilo del mundo. El refrán dice: “Ríe y reirán todos contigo; llora y te dejarán solo”. Bienaventurados los que tienen un

corazón comprensivo y compasivo. Bienaventurados aquéllos a los que les queman las injusticias y la opresión de sus hermanos. Bienaventurados los que luchan, hacen algo para que se haga justicia, aunque reciban bofetones de los aprovechados y explotadores. Bienaventurado todo el que hace algo para “dejar la sociedad un poco mejor que la encontró”, como decía Robert Baden Powell. Pero, ¡ay! del que se encierra en su paraíso particular, con la mesa bien abastecida, con todas las necesidades cubiertas y con una vida cómoda y satisfecha, desinteresándose de los Lázarus que están a la puerta de su casa llenos de frío y miseria; ¡ay! de los que dicen: “ése es su problema”, “que cada uno se las arregle como pueda”, “que luchen como yo he luchado”.

San Francisco en su conocida oración interpreta de modo magistral el pensamiento de Jesús: “Es dando como se recibe; es muriendo como se resucita a la vida verdadera”. Dentro de esta serie de paradojas, hay que decir: *La felicidad se tiene cuando se regala*. La felicidad que proclama Jesús es una felicidad cara. Para apostar por ella se necesita fe y esperanza. Está claro que en una tarde soleada atrae más un paseo por el campo que unas horas de retiro y oración, atrae mucho más una tertulia con los amigos que velar al pie de la cama de un enfermo o recluirse para una reunión de trabajo. Esta felicidad exige renuncia. Es la felicidad de la madre que sufre los dolores de parto del hijo soñado (Jn 16,21). Es la alegría y la paz que tiene lugar en el mismo sufrimiento. Es la que experimentaron Pedro y Juan al recibir el castigo de los azotes (Hch 5,41). Es la que experimentaba Pablo que confesaba: “Desbordo de gozo en toda tribulación” (2Co 7,4). Estoy hablando, naturalmente, de la felicidad para hoy, no sólo para el más allá. Lo que nos hará felices en el más allá nos hace felices en el más acá. S. Kierkegaard resume expresivamente el mensaje de las bienaventuranzas de Jesús: *La puerta de la felicidad se abre hacia fuera; y es inútil lanzarse contra ella para forzarla*.

A FONDO PERDIDO

7.º DOMINGO ORDINARIO

1Sm 26,2.7-9.12-13.22-23; 1Co 15,45-49; Lc 6,27-38

SIN ESPERAR NADA A CAMBIO

Jesús insiste, una vez más, en su “manía”: el amor. Todo se resuelve en el amor. Con su palabra nos ha recordado hoy las condiciones esenciales del amor: la *gratuidad* y la *generosidad*. Sólo el amor nos hace semejantes a Dios (Gn 1,26) y nos convierte en hijos de quien se define esencialmente como Amor. Pero sólo el amor a fondo perdido y generoso es amor. Lo demás, por más que parezca amor y servicio, no pasa de ser un intercambio comercial. La gratuidad y generosidad encuentran su máxima expresión en el amor a los enemigos.

Continuamente estamos experimentando que vivimos en una sociedad donde es difícil aprender a amar gratuitamente. En casi todo nos preguntamos: ¿Para qué sirve? ¿Es útil? ¿Qué gano con esto? Todo lo calculamos y lo medimos. Nos hemos hecho a la idea de que todo se obtiene “pagando” y así corremos el riesgo de convertir nuestras relaciones en puro intercambio de servicios. Pero el amor, la amistad, la acogida, la solidaridad, la cercanía, la intimidad, la lucha por el débil, la esperanza, la alegría interior... no se obtienen con dinero. Son algo gratuito que se ofrece sin esperar nada a cambio.

Frente al amor adulterado que muchas veces percibimos en nuestro entorno, Jesús nos presenta como modelo de referencia el de nuestro Padre celestial: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,35-36). Los discípulos de Jesús, por su parte, nos ofrecen como modelo de referencia el amor de Jesús, reflejo cabal del Padre. Él se desvivió por los miserables, por los que no tenían con qué pagar; y amó hasta dar la última gota de su sangre. Amó hondamente a sus enemigos y respondió a sus sarcasmos y carcajadas, mientras se retorció de dolor en la cruz en la que le habían clavado, con aquella oración llena de ternura: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). ¡Qué forma tan humanísima de

disculpar! Sólo amando así seremos hijos del Altísimo” (Lc 6,35-36) y discípulos de Jesús.

La universalidad del amor que Jesús vivió y que nos recomendó implica amar a los que provocan en nosotros rechazo, a los que no son de los “nuestros”, a los que hacen todo lo posible para que les odiamos, a los que nos han propinado o propinan bofetones, nos han puesto o nos ponen la zancadilla, a los que han destrozado o destrozan nuestra vida con intrigas, calumnias, atentando contra nosotros y los nuestros, a los que nos han robado el puesto de trabajo, el marido o la mujer... Ya sé que todo esto se dice pronto, pero es durísimo. Esto sólo es posible con la fuerza del Espíritu.

Todo prójimo, aun el más degradado, tiene razones suficientes para ser amado. Razón suprema: le ama Dios, le ama Cristo. Y Dios y Cristo siempre tienen razón. Jesús ama con amor afectivo y efectivo (Mt 5,45), con el amor del Padre y con amor de Hermano.

En su grandeza infinita Dios encuentra a todo prójimo digno de ser amado. ¿Vamos a dejar de amarle nosotros en nuestra pequeñez de pecadores? ¿Quién soy yo para negar el amor a quien Dios se lo da? ¿No es para nosotros una dicha y un honor indecibles compartir los sentimientos de Dios hacia los demás? Cualquiera persona, por el mero hecho de serlo, por ser hijo de Dios y hermano nuestro, tiene razones más que suficientes para ser amada.

Incluso, hay que evitar o curar los odios y rencores por simple conveniencia propia, por pura higiene psicológica. Los odios y rencores son úlceras que dañan, esclavizan y atormentan a los que los sufren. El que los consiente, amarga insensatamente la vida.

CAMINOS DE LIBERTAD Y DE FELICIDAD

Jesús, al proponernos estas consignas tan exigentes, ¿pretende ponernos pruebas de fidelidad para ver hasta dónde llega nuestra fortaleza, para curarnos, para convertirnos en grandes alpinistas del espíritu? De ninguna manera. Lo que

nos propone es un camino de libertad y de felicidad que él mismo anduvo resueltamente.

Jesús razona divinamente: “Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen” (Lc 6,32-34). Por tanto, no hay alternativa posible: o se ama a todos o no se ama a nadie. De otro modo, podrá parecer que se ama. Pero, en realidad, lo que se hace es amarse a sí mismo en los demás. Hacia quienes nos perjudican y nos odian lo que hay que tener es una gran comprensión, compasión y perdón. Con frecuencia son víctimas de sí mismos, cuando no son enfermos psíquicos, aunque parezcan muy cuerdos. El mártir Martín Luther King interpelaba a sus enemigos incendiarios: “Ya podéis meternos en las cárceles, que no lograréis que os odiamos; ya podéis secuestrar a nuestras mujeres e hijos, que no lograréis que os odiamos; ya podéis incendiar o destruir nuestros hogares con bombas, que no lograréis que os odiamos. Pero tampoco os hagáis ilusiones: nosotros seguiremos en la lucha por nuestros derechos de igualdad como hijos del mismo Padre”. ¿Qué pueden significar nuestros “perdones” ante este “Perdón” con mayúscula de tanta saña sufrida por este mártir?

Otra de las expresiones de amor gratuito y generoso es no responder a la violencia con violencia, no pagar con la misma moneda: “Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra”, afirma Jesús. La frase ha suscitado muchas veces risas y bromas. Se trata de una expresión oriental, un modo exagerado de hablar para expresar más gráficamente el mensaje. El mismo Jesús, cuando el esbirro, en el juicio del sanedrín, le propina un bofetón, no pone la otra mejilla sino que le interpela severamente: “Si he hablado mal, dime en qué, y si he hablado bien, ¿por qué me pegas?” (Jn 18,23).

El amor a los enemigos e incordiantes no significa que hayamos de dejarnos pisar dando facilidades a los que pasan por la vida arrasando. Perdonar y amar no significa renunciar a que se haga justicia, incluso como freno y correctivo a quien conculca los derechos de los demás.

Jesús, con esta frase tan repetida, no nos invita a la pasividad ni a renunciar a nuestros derechos, sino a la no violencia

activa, a no entrar en la espiral de la violencia. Esto viene urgido a veces por el simple sentido común. Ya sabemos lo que sucede cuando se responde al insulto con el insulto y a la agresión con la agresión. La violencia engendra violencia. Saber perder en la vida es mucha sabiduría y significa, a menudo, mucha ganancia. Lo difícil, también aquí, es saber cuándo es más oportuno ceder y perder de los derechos propios. El Señor nos lo revelará oportunamente, si discernimos y le invocamos preguntándole qué hemos de hacer. Lo cierto es que Jesús llama bienaventurados a los que luchan por la justicia (Mt 5,10).

DAR A FONDO PERDIDO

La tercera expresión de amor gratuito y generoso es dar a fondo perdido. Señala Jesús: “Si prestáis cuando esperáis cobrar, ¿qué merito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores con intención de cobrárselo”. El razonamiento de Jesús es contundente. Prestar con intención de recuperar con intereses, eso no es ni amor ni servicio, sino comercio. Jesús invita a dar a fondo perdido: “Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos” (Lc 14,12-14).

No hemos de hacer el bien a cambio de recompensas: ni el pago en la misma moneda (“favor con favor se paga”), ni en moneda de beneficios temporales, ni en gratificación afectiva ni en popularidad. De éste modo, corremos el riesgo de que se nos diga: “Recibisteis ya la paga” (Mt 6,1-6). ¡Qué paga tan menguada!

Resulta conmovedor y estimulante escuchar a personas que confiesan con toda naturalidad: “Me encanta ayudar a la gente”... Éstos experimentan la verdad de lo que dicen los psicólogos: “El amor es su propia recompensa”. Tenemos una tendencia natural a extender la mano para recibir; sin embargo, lo que de verdad hace feliz es extenderla para dar. Quien da y se da gratuita y generosamente experimenta la verdad de aquella sentencia impagable del Señor, una sentencia que había de ser una consigna para toda nuestra vida: *Hay más dicha en dar que en recibir* (Hch 20,35).

AMOR CON OBRAS Y OBRAS CON AMOR

8.º DOMINGO ORDINARIO

Eclo 27,4-7; 1Co 15,54-58; Lc 6,39-45

CONTEXTO BÍBLICO Y ECLESIAL

El pasaje evangélico es un manojo de consignas y sentencias del Señor sin unidad entre ellas. Pero resulta claro que el pensamiento central lo constituye la alegoría del árbol. El árbol bueno da buenos frutos y el árbol enfermo da frutos dañados; “no se cosechan higos de las zarzas”.

El tema de los falsos profetas y de los falsos maestros era un tema candente en la sociedad de Jesús y en las primeras comunidades cristianas. Los escritos del Nuevo Testamento hacen referencia a ellos con frecuencia. Basta leer las diatribas de Mateo con las que Jesús abre los ojos del pueblo sencillo para que no se dejen embaucar (Mt 23,3). ¿Quiénes son los verdaderos profetas? ¿Quiénes orientan debidamente al pueblo de Dios? ¿De quiénes nos hemos de fiar? Jesús ofrece un criterio indefectible para reconocerlos. Es preciso preguntarse: ¿Qué pretenden? ¿Qué intereses les mueven? ¿Qué actitudes despiertan con su palabra y su conducta?

Ejercía su ministerio en una parroquia de Ferrol un sacerdote discutido por algunos por sus libertades litúrgicas, por su falta de formalismos y por su gran libertad pastoral y humana. Vivía y se desvivía por los pobres y marginados. Había personas desorientadas por algunos que le descalificaban. Me vinieron a consultar. Les pregunté: “¿Se da a los demás sin nada a cambio?”. “Enteramente”, me contestaron. “¿Busca popularidad, ventajas económicas?”. “En absoluto”, repusieron. “Podéis estar seguros de que es un auténtico profeta”, les contesté. A los pocos meses, fui testigo de cómo moría prematuramente como un santo indiscutible; la gran mayoría del cortejo fúnebre eran los humildes, desamparados y rehabilitados de diversas adicciones. “Por sus frutos los conoceréis”.

También nosotros somos profetas (1Pe 2,9), testigos del Señor (Cf. Mt 5,13-16). ¿Cómo reconocerán la autenticidad de

nuestro mensaje? ¿Por nuestras palabras llenas de misticismo y entusiasmo? ¿Por nuestros rezos y celebraciones? ¿Cómo sabremos que caminamos de verdad por las sendas del Evangelio? En este sentido es necesario satisfacer una doble exigencia: *Que el amor se traduzca en obras y que las obras estén animadas por el amor*. Es decir, se nos invita a un amor afectivo y efectivo.

Amor con obras. Todo el Nuevo Testamento está sembrado de llamadas a un amor efectivo y a no engañarse a sí mismo con el follaje de las creencias, los sentimientos infecundos, los deseos vaporosos, los cultos y oraciones muy solemnes y las palabras altisonantes. Sólo las obras son el verdadero test con garantía de autenticidad de la fe. Advierte Jesús categóricamente: “No basta decir: ¡Señor, Señor!, para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra la voluntad de mi Padre del cielo” (Mt 7,21). El mismo mensaje tiene la parábola de los dos hijos (Mt 21,28-32), la parábola de la higuera estéril (Lc 13,6-9), la maldición de la higuera infecunda (Mt 21,18-32). Cuando le indican a Jesús que su madre y sus hermanos quieren verle, contesta: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra y la ponen por obra” (Lc 8,21). Es conocidísimo el dicho de santa Teresa de Jesús: “Obras son amores y no buenas razones”. Sólo es auténtica y verdadera la fe que actúa por la caridad.

HAY QUE DAR HASTA QUE DUELA

Las obras con que hemos de demostrar el amor son, ante todo, obras de servicio, de solidaridad con el prójimo, principalmente con el necesitado. Ni el Padre ni Jesucristo necesitan nada para sí. Como sabemos, san Juan advierte muy seriamente: “El que diga: Yo amo a Dios, mientras se despreocupa de su hermano, es un embustero, porque quien no ama a su hermano a quien está viendo, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn 4,20).

Son sobrecogedoras estas palabras de Jesús: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber...” (Mt 25,45ss). Juan exhorta: “Hijos, no amemos con palabras y

de boquilla, sino con obras y de verdad” (1Jn 3,18). Santiago pregunta en su carta: “¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe si no tiene obras?” (St 2,14-16). Los cristianos hemos sufrido y sufrimos una cierta obsesión por la ortodoxia y hemos olvidado en gran medida la ortopraxis; sin embargo, ésta es la que, sobre todo, interesa.

Alguien confesaba: “No somos cristianos si llamamos a Dios *Padre* y negamos el pan al hermano... Porque, querido amigo, un corazón que no reacciona ante la miseria... es miserable”. Y es que no es sólo cuestión de “dar fruto”; es preciso dar fruto *abundante y sano*.

Quien desde la mediocridad se acerque decididamente y con sinceridad al Evangelio, es natural que sienta un fuerte sobresalto que le haga rezar esta oración de M. Quoist: “Tengo miedo de mis actividades que me hacen creer que me entrego; tengo miedo de lo que doy, pues me esconde lo que no doy”. Qué bien lo expresó la madre Teresa de Calcuta con una consigna lapidaria: *Hay que dar hasta que duela*. Ésta es la medida justa.

Jesús testimonia que no bastan las obras; se requiere que estén animadas por el amor. Las motivaciones egoístas y la búsqueda de diversos intereses pueden viciar miserablemente gestos en sí generosos. Lo advierte seriamente Jesús poniendo para escarmiento las “buenas obras” de los escribas y fariseos, que las realizan “para ser bien vistos de los hombres”. Ni sus limosnas, ni sus oraciones, ni sus ayunos les sirven para nada.

Pablo, en su encendido canto a la caridad, proclama: “Ya puedo dar en limosna todo lo que tengo, que si no tengo amor, de nada me sirve” (1Co 13,1-3). No se puede decir nada más preciso ni más precioso. La intención es lo que vale. Se trata de poner en práctica *un amor con obras y unas obras con amor*.

REVITALIZAR EL CORAZÓN

Generalmente nuestras motivaciones son mixtas, están impulsadas por un cierto nivel de generosidad y por algunos

intereses egoístas que los acompañan. Siguiendo la alegoría de Jesús, diremos que el árbol de nuestro espíritu está más o menos enfermo, y por eso sus frutos no son ni todo lo abundantes ni todo lo sanos que deberían ser. Necesitamos, por lo tanto, redoblar los cuidados, como hizo el hortelano de la parábola con la higuera estéril: cavarla, echarle estiércol, regarla, podarla (Lc 13,8-9), y como hace el viñador con la parra (Jn 15,2). En el caso de que se trate de un árbol salvaje, como dice Pablo del acebuche, que necesita ser injertado con una rama de olivo, para que dé aceitunas, habrá que hacer un injerto que dé savia nueva (Rm 11,17). A esto se refiere Jesús cuando nos invita a un cambio profundo. No es cuestión sólo de fumigar el árbol para matar los parásitos que comen sus hojas y lo empobrecen; muertos unos, vendrán enseguida otros. Se trata de provocar en él (en nosotros) una gran vitalidad interior. Esto se verifica mediante la escucha, la reflexión y la contemplación de la palabra de Dios, enriqueciendo las motivaciones generosas, pero tibias, que llevamos dentro, haciendo crecer los grandes deseos del corazón.

Para producir frutos abundantes y sanos es necesario que la savia circule por el árbol. Y esa savia vital nos viene de Cristo: “El que sigue conmigo y yo con él es quien da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Necesitamos un proceso de interiorización para producir frutos abundantes y sanos.

LA FE QUE HACE MILAGROS

9.º DOMINGO ORDINARIO

1Re 8,41-43; Gá 1,1-2.6-10; Lc 7,1-10

DEFINICIÓN EXISTENCIAL DE FE

Los evangelios son unas catequesis sobre la fe en Jesús. Pero el rabí de Nazaret no es como nuestros maestros occidentales, ni los evangelios como nuestros libros de texto. Nosotros estamos acostumbrados a definir las grandes experiencias humanas y religiosas con palabras abstractas; los evangelistas, con un estilo oriental, nos transmiten esas experiencias con testimonios y narraciones presentando a creyentes modélicos. Es lo que ha hecho Lucas presentando al centurión del que afirma Jesús: “En Israel no he encontrado tanta fe”.

Nos imaginamos el asombro causado por Jesús con este elogio. Desde el punto de vista social y religioso, el centurión no podía ser más que reprobable. Es un “pagano”. Aunque fuera un seguidor de Moisés, un prosélito, siempre sería para los judíos un impuro, cuya casa no se podía visitar sin contaminarse. Políticamente es un oficial militar, jefe de una centuria (cien soldados). Estaba allí para defender los intereses del Imperio romano, la potencia de ocupación. Era, por lo tanto, un agente del poder opresor. Pero a Jesús esto le importa poco a la hora de relacionarse con los demás; mira lo que hay dentro de la persona. Él viene como liberador de todos los hombres sin distinción de razas, ideologías o cultos.

RETRATO DE UN HOMBRE BUENO

El centurión es un hombre religioso, un “devoto” coherente, ya que su vida está en consonancia con la religión que profesa y contrasta con la de los escribas y fariseos, “que dicen y no hacen” (Mt 23,3). Su religiosidad es profundamente humana. El centurión es un hombre de un gran corazón. Se compadece, pide con insistencia por un “criado”, a quien estimaba mucho, que estaba a punto de morir. Lucas viene a decir que el centurión era amigo de su criado, algo muy extraño dentro

de una sociedad tan clasista en la que se marcaban tanto las diferencias. No pide el milagro para sí mismo, ni para un hijo; lo pide para un criado, que para el Imperio romano no representaba más que un animal de tiro.

Los ancianos judíos que envía el centurión le canonizan: “Merece que se lo concedas –le porfían a Jesús– porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido una sinagoga”. El centurión es un oficial romano de corazón abierto, sin prejuicios religiosos ni raciales. Quiere al pueblo de Cafarnaún y éste le quiere a él: “Tiene afecto a nuestro pueblo”, dicen los ancianos judíos. Se trata de un afecto efectivo, porque les ha construido la sinagoga. “Hay que decir que quien se preocupa de las cosas del pueblo, quien tiene su hogar abierto a los problemas y necesidades de su entorno, colaborando, sin buscar su propio provecho, ése está muy cerca del Señor, está con el espíritu abierto para encontrarse con él” (*Regal*).

Estamos, pues, ante un hombre de corazón magnánimo, abierto a los otros grupos humanos, coherente, cuya religiosidad se hace servicio, preocupación por el bien común, por el pobre criado que está al borde de la muerte. Es todo un modelo de creyente y una denuncia de cierta piedad estrecha, pietista y fanática, que ha crecido a veces a la sombra de nuestros templos.

El centurión había indicado a los primeros enviados (porque él se comunica con Jesús por intermediarios) que se acercara a su casa, pero luego se lo piensa mejor; cae en la cuenta de que él, a pesar de que tiene relevancia social por su cargo y de que ha recibido en su casa a tantas personas importantes, no es digno de hospedar al gran profeta de Nazaret; sabe que Jesús, siendo judío, al entrar en su casa, quedaba legalmente mancillado. Y le envía otros mensajeros, cuando ya está muy cerca de casa, para decirle: “Señor, no te molestes; no soy digno de que entres en mi casa; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente. Di una sola palabra, y mi criado quedará sano”. Jesús está dispuesto a saltarse la prescripción de los fariseos por servicialidad, por razones de humanidad hacia el centurión y su criado, porque ellos valen más que las prescripciones legales.

El centurión es un hombre profundamente humilde. Cuando envía a sus emisarios, no les indica que presenten las credenciales de sus méritos, de sus obras a favor del pueblo, de la sinagoga que ha construido; y hay que decir que Cafarnaún era también “su” pueblo, el pueblo de Jesús, porque era el lugar de referencia en sus itinerancias proféticas por Galilea. Son los enviados los que ponen de relieve su vida y milagros para urgir a Jesús que atienda su petición. Él sólo invoca como razón para ser atendido la gravedad de su criado, su fuerte cariño por él y la admirable bondad del profeta. El centurión no se cree digno ni de estar en su presencia. Es la personificación de la pobreza interior.

“NO HE ENCONTRADO EN ISRAEL TANTA FE”

Jesús ensalza rotundamente la fe del oficial del ejército romano: “No he encontrado en Israel tanta fe”. No deja de ser paradójico y arriesgado el que pronuncie este elogio de un hombre de origen pagano ante judíos piadosos. “Es precisamente la fe la que constituye la premisa indispensable del milagro. No al revés. No es el milagro el que hace nacer la fe (aunque ésta sea la mentalidad corriente). Es más, ya la fe en sí misma representa un prodigio, el suceso milagroso, la realidad inaudita. Jesús se pone en camino para ir a hacer un milagro. Pero encuentra el milagro por el camino” (*A. Pronzato*).

Nuestra fe ha de asemejarse a la de este hombre sincero. Cree firmemente que Jesús puede actuar desde la lejanía física y geográfica: “No soy digno de que entres en mi casa”, no es necesario que vengas, que toques a mi criado, que pongas saliva o barro, que le impongas las manos, como en otras ocasiones. “Con una sola palabra tuya, mi criado quedará sano”. Y para iluminar su convicción aduce su propio ejemplo: “Yo soy un militar y le digo a un criado: ‘Vete’, y va; a aquel otro: ‘ven’, y viene”. El militar romano no cree en el poder mágico de los ritos, sino en la fuerza salvadora de Jesús. Su fe es desnuda; no exige a Jesús ningún ceremonial.

Como él, hemos de relacionarnos con el Señor “a distancia”, a través de mediaciones. La distancia de veinte siglos

que nos separa históricamente de él, la distancia que supone el claroscuro de la fe, la presencia del Señor resucitado escapa a nuestros sentidos. Ahí está precisamente la grandeza de la fe, que el propio Jesús ensalza ante un Tomás, que había reclamado una contradicción: ver para creer. Jesús, por el contrario, proclama: “Dichosos los que creen sin haber visto” (Jn 20,29). San Pedro, por su parte, felicita a quienes acogen a Cristo por la fe: “Vosotros no lo visteis, pero lo amáis; ahora, creyendo en él sin verlo, sentís un gozo indecible” (1Pe 1,8). La cuestión está en creer vitalmente, como el centurión, en la fuerza salvadora de la palabra de Jesús: “Di una sola palabra”... “¿A quién vamos a acudir si sólo él tiene palabras de vida eterna?” (Jn 6,68). Es la acogida y el cumplimiento de su palabra lo que nos constituye en hermanos de Jesús, en su familia (Lc 8,21).

La fe de este oficial romano, sencillo y sincero, nos alerta para que nuestra fe se centre en la persona de Jesús. Ésta es la fe que transforma y salva.

“PARA QUE TENGAN VIDA ABUNDANTE”

10.º DOMINGO ORDINARIO

1 Re 17,17-24; Gá 1,11-19; Lc 7,11-17

SENTIDO PARABÓLICO DEL RELATO

Si consideramos la resurrección del hijo de la viuda de Naín como un simple gesto compasivo de Jesús, nuestra reacción no pasará de la mera admiración ante un hecho prodigioso que, en realidad, no soluciona gran cosa a nivel social, ya que el hecho de que Jesús haya resucitado a tres: la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín y Lázaro, no supone un gran bien social. Pero este “signo” de Jesús va mucho más allá; tiene un mensaje muy grávido, que está entrañado en la exclamación de los testigos: “Dios ha visitado a su pueblo”.

El relato está cargado de un profundo sentido simbólico. En él se habla de dos comitivas. La primera es la de la viuda, su hijo y el cortejo fúnebre. La viuda es la nación de Israel que, habiendo tenido marido, Dios, ahora ya no lo tiene (Jr 51,5); pero el que ha muerto no es su marido, sino su hijo. El hijo muerto es el pueblo, que camina hacia la tumba en la que su muerte se hará definitiva. La muerte de aquel hijo no había sido accidental. El haber abandonado a su Dios era lo que había alejado a aquel pueblo de la vida. Es el cortejo de la muerte.

La comitiva de la muerte que sale de la ciudad se encuentra con la comitiva de la vida que viene en dirección contraria, que entra en la ciudad. Es el nuevo Pueblo de Dios, el nuevo Israel, la comunidad de Jesús, que empieza a nacer y es portadora de vida y esperanza. El encuentro con Jesús evita al viejo pueblo de Dios, al menos por el momento, el desastre. Jesús da la vida, hace nacer de nuevo a los hijos del pueblo de la antigua Alianza que acogen su palabra (Jn 3,5), les hace hijos de Dios” (Jn 1,13).

MUCHA MUERTE, MUCHOS MUERTOS

Entendido el relato de la resurrección del muchacho con el sentido simbólico que tiene, viendo en él representados los

muerdos en el espíritu, resulta claro que es una llamada a dejarnos vivificar por el poder resucitador de Jesús.

El Señor quiere realizar en nosotros, a nivel personal y comunitario, el gesto liberador del hijo de la viuda de Nain “para que tengamos vida abundante” (Jn 10,10). Pero ello supone reconocer la mucha muerte que hay en nosotros y los muchos muertos que hay entre nosotros. “No amar es quedarse en la muerte” (1Jn 3,15).

Se puede llevar una vida correcta, se pueden “cumplir” los distintos compromisos de la vida, de la profesión, de los “deberes religiosos” y, sin embargo, estar “muerto” o “medio-muerto”. Sabemos que hay sacerdotes, religiosos y seglares que “han resucitado” de una conducta irreprochable, pero muertos, a una vida rebosante. Por ejemplo, Henri Nouwen. Por ejemplo, un amigo, auténtico modelo de honradez y eficacia en los distintos ámbitos de su vida, cristiano muy comprometido con su parroquia, pero que, después de un fin de semana de retiro en una casa de acogida con un grupo de su parroquia, ha experimentado “el milagro de la resurrección”: “Yo no me he convertido de pecador en justo; siempre he sido justo. Yo me he convertido de justo en hijo de Dios”. El mero hecho de que la propia conducta no moleste a nadie, no significa que se esté vivo. Los muertos son los que menos molestan.

Todos llevamos más muerte dentro de nosotros de lo que pensamos. ¡Cuánto medio-muerto!, ¡cuántos “cristianos”, con muy escasa calidad de vida! El ángel de la Iglesia de Sardes escribe: “Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios: ‘Conozco tus obras; nominalmente vives, pero estás muerto’” (Ap 3,1).

Resulta demasiado patente que todavía haya en la Iglesia, en nuestras parroquias, en nuestras organizaciones eclesiales mucha caravana de la muerte, mucha masificación y falta de vida. Juan Pablo II no se cansa de llamar a gritos a los viejos “cristianos” de Europa a la *nueva evangelización*, a redescubrir y experimentar el Evangelio.

“HE VENIDO PARA QUE TENGAN VIDA ABUNDANTE”

El relato evangélico de hoy contiene los siguientes mensajes:

— Según la línea de todo el mensaje bíblico, *Dios es el gran amigo de la vida*, del ser humano y de todos los seres vivientes que Él creó, como afirma rotundamente el libro de la Sabiduría (11,24ss).

— *Jesús es el gran Mediador para darnos la vida*: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Ha venido “para que tengamos vida y la tengamos en abundancia” (Jn 10,10).

— *El amor es la vida*. “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. No amar es quedarse en la muerte” (1Jn 3,14-15).

— Para recuperar la vida y crecer en ella es necesario *dejar que se acerque Cristo* al muerto o paralítico que somos nosotros, nuestra familia, la comunidad cristiana...

No importa el grado de corrupción o descomposición moral en el que se encuentre la persona o el grupo; puede tratarse de puros huesos dispersos como los de Ezequiel (37,1ss) de un muerto de cuatro días “que ya huele” como Lázaro (Jn 11,39). Pero, ni los muertos más muertos, ni los corrompidos más corrompidos resisten a la acción vivificadora del Señor Jesús: “¿No te he dicho que si tienes fe verás el poder de Dios?” (Jn 11,40). Para el Señor Jesús, revestido del poder divino, “nada hay imposible” (Lc 1,37); “todo es posible para el que tiene fe” (Mc 9,23).

Dios es la plenitud de la vida porque es la plenitud del amor. Recordemos las palabras de Juan: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14-15). Lo que determina de verdad la calidad de la vida humana, lo que le confiere densidad, felicidad y fecundidad es el amor. Por eso todas las experiencias de amor son experiencias de vida y de cielo. “El amor no pasa nunca” (1Co 13,8); por eso es germen de resurrección.

Juan Pablo II escribe: “Ciertamente no hay una fórmula mágica para revitalizar a la Iglesia, para los grandes desafíos

de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde. Es preciso centrarse en Cristo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste". No es el tinglado religioso, el cumplimiento formalista, lo que nos inyectará vida, sino él y sólo él.

TRANSMITIR VIDA

El Señor nos ha comunicado vida para que la transmitamos. Nuestras actitudes, nuestros gestos, nuestras palabras inexorablemente generan vida o la matan. Con nuestro apoyo, con palabras de aliento, podemos generar vida, acrecentar la calidad de vida de los demás; con nuestras críticas negativas, nuestra oposición, nuestras descalificaciones podemos cortar ilusiones, generar pesimismo, baja autoestima, autodesprecio. Es terrible convertirse en instrumento de muerte, amargar o deteriorar la vida de los demás, esa vida que Dios da con ternura de Padre. Y, a veces, se hace con una ligereza increíble, sin percatarse del daño grave que se infiere. Sólo caemos en la cuenta cuando nos toca ser víctimas.

Hay muertos de miedo, muertos de vergüenza, muertos de asco, que hay que resucitar. La calidad de vida depende, primordialmente, de la calidad y de la calidez de las relaciones humanas en las diversas esferas de la familia, la amistad, la vecindad o el trabajo. En realidad, la única forma de dar vida es *amar y enseñar a amar*, sobre todo con el testimonio.

Una forma de transmitir vida en los demás es llevarles de la mano a la fuente misma de la vida, Cristo-Jesús. Y esto no hay que decirlo sólo de cada discípulo de Jesús, sino también de las comunidades. ¡Cuánta vida aporta una comunidad viva como modelo de referencia! Cuando la Samaritana se siente resucitada por obra y gracia del rabí de Nazaret, marcha corriendo a presentar a los vecinos al médico que la libró de la muerte del espíritu (Jn 4,28-29). Quien no transmite vida, como quien no transmite fuego o calor, es señal de que no los tiene. Y quien los transmite, los acrecienta.

DEJARSE QUERER POR DIOS

11.º DOMINGO ORDINARIO

2 Sm 12,7-10.13; Gá 2,16.19-21; Lc 7,36-8,3

RELATO TEOLÓGICO

Con la acogida a la pecadora y con la parábola que narra a este propósito, Jesús ofrece un grávido mensaje teológico. Para Lucas y para las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio lo importante no es el hecho narrado en sí, sino la visión del Dios misericordioso anunciado y encarnado en Jesús de Nazaret. Es la misma lección que se nos brinda en la parábola del fariseo y el publicano y en la del hijo pródigo. Se trata de una teología "escandalosa" para escribas y fariseos que todo lo miran desde la justicia legal y desde el mérito. El relato se centra en tres personajes: Simón el fariseo, la prostituta y Jesús. Simón encarna la espiritualidad de los escribas y fariseos, autosuficiente, confiada en los propios méritos; los ejecutores serviles de la ley creen que con sus observancias convierten al mismísimo Dios en acreedor. Le confunden con un empresario. Esa frialdad funcionaria se manifiesta en la falta de atenciones de Simón con el huésped Jesús, para con el cual no ha tenido ni las muestras comunes de hospitalidad, como el mismo Jesús le echa en cara.

Por otra parte, está la prostituta, un desastre de mujer, que se ha metido en todos los fangos. Pero ha entendido bien el talante de Jesús. Le ha visto, sin duda, en algunas de las aglomeraciones; ha quedado cautivada por sus ojos limpios y el tono cálido de su voz. Se ha dicho: "Él comprende y acoge a personas como yo; no nos desprecia como los santos del pueblo". Por eso ha decidido venir a verse personalmente con él. No le importa el qué dirán; irrumpe en la escena en medio de aquella gente tan puritana, provocando la impureza legal, pero no le importa; necesita una palabra de acogida y de perdón del profeta Jesús. Ella quiere regenerar su vida. Ni a Jesús le importa tampoco caer en impureza legal por dejarse tocar por una mujer impura.

LAS DOS TEOLOGÍAS

El fariseo Simón cree que Jesús acepta el homenaje, un ritual propio del oficio, porque no se ha percatado de la condición de aquella mujer y, por lo tanto, bien poco tiene de profeta. Pero, por el contrario, Jesús consiente porque sabe que es pecadora, y “él no ha venido a salvar justos sino pecadores” (Mt 9,13). La defensa plena de respeto, y por eso liberadora, que Jesús hace de la mujer pecadora y arrepentida ante el fariseo Simón, nos dice tal vez más sobre la identidad de Jesús y el perdón de Dios que todas las hermosas parábolas sobre la misericordia que encontramos en el mismo Lucas.

Aquí se enfrenta la comprensión teológica de Jesús con la comprensión farisea. Según esta última, para que Dios acoja a los pecadores, éstos tienen que cambiar. Dios les ama porque se han convertido. El encuentro con Dios se verifica gracias al acercamiento y al cambio de vida del pecador. Dios sería como el padre que exige, para otorgar su perdón y acoger al hijo, que éste le pida perdón, repare el daño y se rehabilite. Es decir que Dios ama a sus hijos “porque son buenos”.

Según Jesús, el movimiento de acercamiento parte de Dios, que sale al encuentro del pecador para pedirle el retorno y testimoniarle que, se arrepienta o no, él sigue amándolo entrañablemente. Así es como aman los padres al hijo que se fue de casa, que les ha hecho una mala jugada, que se ha comportado bellacamente con ellos y con sus otros hijos. Es precisamente en el perdón donde se revela todo el amor de unos padres. Amar a un hijo adorable, intachable, cariñoso, agradecido, no supone demasiada grandeza de corazón. Ésta se manifiesta, ante todo, en el amor al hijo mezquino, desgraciado. Simón el fariseo es llevado por Jesús a pronunciar un juicio aparentemente impersonal: amará más “aquél a quien (se) le perdonó más” (v. 43). Con esta premisa Jesús ya puede explicarle que ante Dios las situaciones humanas de justos y pecadores quedan profundamente alteradas.

Varias cosas deja claras la respuesta de Jesús. El perdón viene de Dios gratuitamente, de su amor misericordioso, que

se adelanta y es motivo de arrepentimiento humano. El amor mostrado por la mujer expresa la acogida del perdón.

Es el amor gratuito de Jesús, ese amarle “porque sí”, lo que trastorna a Zaqueo. Que el rabí de Nazaret, sin que él haya hecho nada para ganar su amistad, siendo un “perdido”, un usurero, le ofrezca la amistad, le honre con hospedarse en su casa, a pesar de jugarse su reputación, esto es lo que le deshila totalmente el corazón y le convierte apasionadamente a Jesús.

Dios perdona a todos sus hijos pródigos antes de que ellos se arrepientan. Lo que ocurre es que no son capaces de recibir el perdón si no se arrepienten. Dios no nos ama “porque” somos buenos; Dios nos ama “para que” seamos buenos.

Contrapuesto a la mujer pecadora, está Simón, que no siente demasiado entusiasmo ni por Dios ni por Jesús. Y ello porque cree que Dios, propiamente, no tiene nada que perdonarle y, en todo caso, sí agradecerle. Tiene el virus del orgullo de la clase farisea. Es un hombre correcto; cumple minuciosamente con las prescripciones de la Ley. ¿Qué más le puede pedir Dios? Simón, intachable, pero autosuficiente y frío, es el símbolo de la persona correcta, cumplidora, pero apagada, del cristiano que ama poco porque se le ha perdonado poco (cree que se le ha perdonado poco). Afirman los obispos vascos: “La fidelidad a la ley, cuando se vive con autosuficiencia y sin amor, se convierte en una coraza que impide la conversión”.

He ahí el riesgo de los cristianos cumplidores y de vida socialmente honrada y ordenada. También nosotros tenemos el expediente limpio. No hemos tenido grandes tropezones en la vida; no hemos cometido pecados ruidosos; llevamos una vida ordenada. ¡Ojalá ascendiéramos desde la inocencia a la santidad, como tantos santos; pero si para nosotros no hubiera otro camino que el del escarmiento, el del pecado, habría que decir como san Agustín, a propósito del pecado original: “¡Feliz pecado, que nos ha proporcionado tanta salvación!”.

Son incontables los cristianos, los santos, que han descubierto el rostro paterno de Dios precisamente en su perdón

incondicional y en su mano tendida. Creo que muchos decentes, pero mediocres, necesitarían un tropezón, caer de bruces en un charco del camino, para que conocieran de una vez para siempre su fragilidad, para que comprendieran a los demás y para saber todo el amor que hay en el perdón total de Dios. Conocí a un cristiano muy puritano que se cebaba en la crítica a los demás, sobre todo en lo referente a las fragilidades sexuales; cayó estruendosamente, cuando era ya mayor... Aquello le curó para siempre de su dureza para con los demás.

EL GRAN PECADO DEL DESAMOR

Si fuéramos inocentes e inmaculados como María, tendríamos que estar doblemente agradecidos al Señor, porque le deberíamos un don mayor que el perdón, que es la inocencia. María estuvo inmensamente agradecida a Dios porque su misericordia la preservó del pecado.

Pero, por lo demás, no es necesario que caigamos de bruces en el lodazar ni en estruendosos pecados para necesitar el perdón, “para amar más porque se nos ha perdonado mucho”. A veces, a las quejas de desamor de uno de los esposos, contesta el otro, el acusado: “Pero, ¿de qué te quejas?, ¿te falta algo?, ¿te he sido infiel?, ¿no cumplo puntualmente con mis obligaciones? El acusador, naturalmente, contesta: “No, pero te noto indiferente. No es que tenga nada concreto contra ti; pero es que noto que no me quieres”.

Algo de esto puede ocurrirnos con respecto al Señor y a los hermanos. No hemos armado ningún escándalo, no hemos cometido nada grave contra Dios ni contra los demás, pero, con todo, hemos cometido un pecado muy grave: “el pecado de no amar”, el pecado de la frialdad, de la indiferencia, de la tibieza. Esto es lo que le echa en cara Jesús a su anfitrión: No ha tenido ninguna delicadeza con él; le ha hecho un recibimiento cortés, pero frío, en contraposición al homenaje cálido de la mujer pecadora. Guy de Larigaudie describía magistralmente esta situación: “Muchos viven casi sin pecado. Pero su existencia parece vulgar, fría, sin luz, les falta amor de Dios. Son como fogones bien contruidos, pero sin fuego. De poco sirve mucha corrección si hay poco amor.

“NO CONOZCO SINO A CRISTO CRUCIFICADO”

12.º DOMINGO ORDINARIO

Za 12,10-11; 13,1; Gá 3,26-29; Lc 9,18-24

UNA BUENA PREGUNTA

Jesús se sitúa en el centro de la nueva comunidad que ha constituido. Por eso es necesario que los suyos tengan una idea clara de él, que sepan a quien siguen. Él no quiere engañar a nadie, no juega al oportunismo ni a seducir incautamente. Comienza por preguntar: “¿Quién dice la gente que soy yo?”. Jesús quiere saber en qué medida están influenciados por las diversas opiniones que circulan sobre él. Después pregunta a bocajarro: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”.

Ésta es la pregunta clave que nos hace también hoy a nosotros con la finalidad de que nuestra fe no tenga otro fundamento que él mismo: “Nadie puede poner un fundamento diferente al ya puesto: Jesucristo” (1Co 3,11). ¿Quién es Jesucristo para nosotros? La gran mayoría hemos “nacido” ya cristianos y nos hemos despertado a un mundo religioso complejo, dentro de una institución en la que se mezclan muchos elementos: dogmas, creencias, sacramentos, tradiciones, devociones, mandamientos y preceptos, organizaciones, todo un tinglado en el que muchos se pierden y confunden lo esencial con lo accidental. Para muchos el cristianismo se ha configurado como una poderosa organización de socorros espirituales, en la que Jesús de Nazaret tiene el gran mérito de haber sido el fundador, que sigue orientando de algún modo con sus dichos y ejemplo.

Mons. Fernando Sebastián afirma: “La fe, más que a un concepto científico, se asemeja a una relación de amistad”. El cristianismo es una relación de amistad con Jesucristo, de quien sabemos que nos ama con un amor personal y único. El cristianismo es Cristo. Ser cristiano es identificarse con él. Desgraciadamente hay muchos cristianos para los que Jesús de Nazaret representa muy poco. Su práctica religiosa está centrada en “cosas santas”, en dogmas, ritos y normas. Son

cristianos sin Cristo. Por eso es necesario hacerse reiteradas veces la pregunta: ¿Quién es Jesucristo “vivencialmente” para mí?

TESTIMONIOS

En este sentido, los santos y los grandes creyentes son un testimonio para nosotros. ¡Con qué pasión vivían su relación con él! Enardece recordar las expresiones con las que testifican que Jesús es “su vida”. Exclama Pablo: “Vivo yo, pero ya no soy yo; es Cristo el que vive en mí” (Gá 2,20); “mi vivir es Cristo” (Flp 1,21). Es ardiente también la confesión de Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti”. Teresa de Jesús exclama: “¡Oh Vida de mi vida y sustento que me sustenta!”. El místico medieval Ibn Arabí exclamaba: “Aquel cuya enfermedad se llama Jesucristo ya no se puede curar”. Eugenio Zolli, el jefe de rabinos de Roma convertido al rabí de Nazaret, testimoniaba: “Jesucristo es el único que nos puede llevar hacia arriba... Soy feliz con mi amor a él. Quisiera que todos le amaran, porque todos serían felices”. Mons. Casaldáliga dice fogosamente: “Hablo de Jesucristo en todo momento, como es lógico. Creo de verdad en él y le adoro. Le amo. Vivo de él, por él. Me gustaría dar la vida por él. Espero, en todo caso, morir en él para vivir con él eternamente. Creo con toda mi alma en este Amigo que me presentaron mis padres, la Iglesia”.

Pedro confiesa: “Tú eres el Mesías de Dios”. ¿Pero le confiesa de verdad el Mesías “de Dios” o el mesías de su fantasía, de la tradición popular, de los sueños de grandeza de Israel? En realidad los discípulos no han comprendido con autenticidad qué clase de Mesías es Jesús. Piensan, aprisionados entre el nacionalismo y el triunfalismo, que el Mesías ha ser como ellos lo esperan: un triunfador que lleve hasta la gloria a su nación, un caudillo que derrote a los enemigos de su pueblo; en definitiva, uno de “los suyos” que les ayude a prevalecer sobre “los otros”. Cuando Jesús hace el anuncio de su pasión y se identifica con el Siervo paciente de Isaías, Pedro “lo agarró y se puso a regañarle” (Mt 16,22); no era ése el

Mesías que él confesaba. Esto mismo se pone de manifiesto cuando el “Mesías”, haciendo servicios de criado, se ciñe el delantal y coge la toalla para lavar los pies a los “futuros ministros del Reino”. A Pedro esto le parece una locura; por eso se niega: “¿Lavarme tú los pies? Jamás” (Jn 13,8). No entiende aquello de “no he venido a ser servido sino a servir” (Mt 20,28). Por eso precisamente, porque tienen una visión equivocada del Mesías, Jesús impone a sus discípulos un riguroso silencio sobre su condición mesiánica, para evitar falsas expectativas en el pueblo. Está claro que Pedro y sus compañeros se resisten, quizás inconscientemente, a aceptar al Mesías-Siervo. Sólo después de la resurrección comprendieron que “el Hijo del Hombre tenía que padecer mucho, ser desechado, ser ejecutado y resucitar al tercer día” (Lc 9,22).

“EL QUE QUIERA SER MI DISCÍPULO, QUE ME SIGA”

Los cristianos, a diferencia de los contemporáneos de Jesús, no tenemos excusas, conocemos incluso la apoteosis final de su resurrección y, con todo, no siempre nos apuntamos a su seguimiento. Creemos que ésa fue su situación histórica, pero no tiene por qué ser la de sus seguidores.

Está claro que no se van a repetir en nosotros, sus discípulos, los mismos sufrimientos, pero, en lo básico, sí hemos de reproducir su misterio pascual, entrar en su dinámica; sí que hemos de “perder” la vida, regalarla en servicio, para poder “acumularla”. De este Maestro somos discípulos, a este Maestro seguimos. Jesús no puede ser más explícito ni más tajante; todas las expresiones hablan de entrega total: “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará” (Lc 9,23-24).

Confesamos a Jesús como el Mesías, nuestro Salvador. Pero, ¿qué significa eso en la vida real? “Ser cristiano” no consiste en “hacer cosas”, tener gestos, practicar el culto, rezar, atenerse a unas normas éticas, sino que “ser cristiano” es justamente eso: “ser”, tener su mismo sentido de la vida, ser el grano de trigo que muere para convertirse en espiga (Jn 12,24).

¿NEGARSE A SÍ MISMO?

Jesús habla de “negarse a sí mismo” (Lc 9,23). ¿No es esto un despropósito hoy cuando uno de los valores más aireados e inculcados es la autoestima? ¿Cómo conciliar la valoración del hombre por la fe y esta negación de uno mismo que Jesús exige? La objeción no es, ni mucho menos, nueva. Ciertamente, si la expresión “negarse a sí mismo” significara anularse como persona, no ser capaz de tomar una decisión, esperar que otro piense y decida por nosotros, someternos incondicionalmente a la autoridad religiosa y otras cosas por el estilo, es obvio que ningún hombre digno podría aceptarla. Porque de nada nos vale que nos libremos de tal o cual dominación para caer luego en otra esclavitud. Un cambio de amo no nos haría libres. Sin embargo, si hay un dato claro en los evangelios es que Jesús nos trae la plena libertad. Desde esta verdad incontrovertible hemos de buscar la interpretación del dicho de Jesús. “Negarse a sí mismo” significa que quien quiere la liberación que trae Jesús, debe comenzar liberándose en su propio interior de cuantas fuerzas internas lo tienen aprisionado: liberarse de la mentira, del orgullo y de la vanidad, del afán de lucro y de la autosuficiencia...

“Amor” es el otro nombre de la libertad, de la realización humana y también, sin duda, de la alegría íntima. Las palabras de Jesús constituyen un enigma que se entrelaza con el misterio de la vida: el hombre afirma su personalidad en la capacidad de darse a los demás renunciando a ese “sí mismo” que intenta oprimirlo y oprimir a los demás.

El Cristo al que confesamos y hemos de seguir es el Cristo de la Pascua, muerto y, por eso, resucitado. La conocida oración de san Francisco expresa esta paradoja evangélica: “Es dando como se recibe; es muriendo como se resucita a la verdadera vida”, que es amor.

JUGARSE EL TODO POR EL TODO

13.º DOMINGO ORDINARIO

1Re 19,16b.19-21; Gá 5,1.13-18; Lc 9,51-62

CONTEXTO EVANGÉLICO

Lucas comienza el relato evangélico diciendo: “Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén”. Jerusalén no es sólo una indicación geográfica; es el lugar donde el camino de Jesús encontrará su meta y cumplimiento: la pasión, resurrección y glorificación; es el lugar del combate final de Jesús al tener que encararse con las instituciones judías, en especial con la institución religiosa. Subir resueltamente a Jerusalén expresa la decisión libre de su entrega fiel a la voluntad del Padre. Jesús toma la decisión contra el parecer de sus discípulos que, según Marcos, estaban sorprendidos y seguían detrás con miedo (Mc 10,32). Pedro (interpretando, sin duda, el parecer de sus compañeros) le agarró y se puso a regañarle por su decisión. Los discípulos le quieren atajar enérgicamente. Pero Jesús no cede a la “tentación de Satanás” (Mt 16,22-23).

La parte central y más larga del evangelio de Lucas (9,51-19,44) trata de la subida de Jesús a Jerusalén. Es el paradigma bajo el que presenta el mensaje. Ser discípulo de Jesús es recorrer con él y como él el camino pascual: llegar a la vida por la muerte, morir como el grano de trigo para convertirse en espiga (Jn 12,24). El pasaje evangélico de hoy presenta las exigencias del seguimiento con ocasión de tres que son llamados y optan por su cuenta por el discipulado.

EL TESORO, LA PERLA Y SU PRECIO

El pasaje evangélico, entendido aisladamente, sin referencia al resto del Evangelio, podría parecer un tanto masoquista, fruto de una moral fundamentalista. El mensaje de Jesús no es un atentado contra la persona, sino una apuesta decidida por el hombre en su desarrollo integral.

Lo que esencialmente anuncia Jesús es la mejor Noticia, el gran Notición de la historia de todos los tiempos. Ofrece un gran tesoro, una perla preciosa (Mt 13,44), la participación en el gran banquete de la vida y de la convivencia humana (Mt 22,1-14). A los que se han dejado fascinar por Jesús y su Causa no les duele el desprendimiento ni la renuncia, aunque parezca heroica.

Conociendo con claridad el tesoro y la perla, la abundancia y la alegría del banquete del Reino, para gozar de ellos es preciso pagar el precio, como hizo el comprador del tesoro: se deshizo absolutamente de todo.

Reafirmando esto, decía con palabra encendida el gran filósofo cristiano Sören Kierkegaard: “Que cada uno vea claramente lo que significa ser cristiano y elija con toda rectitud y sinceridad si quiere serlo o renuncia a ello. Que se advierta solemnemente al pueblo esto: Dios prefiere que confesemos honestamente que no somos ni queremos ser cristianos. Ésta es, quizá, la condición que nos permitirá llegar a serlo. Dios prefiere esta confesión a la náusea de un culto que es burla de él”. ¿Quiere decir, entonces, que el cristiano ha de ser una persona impecable, que cualquier tropiezo es una apostasía de la fe? De ninguna manera. Dice bellamente M. Quoist: “No importa caer en el camino; lo que importa es caer subiendo”. No importa caer; lo que importa es tener clara la meta a donde vamos. Lo malo sería que hiciéramos ediciones acomodadas, contemporizadoras, infantiles del Evangelio, o escribiéramos evangelios apócrifos para legitimar posturas, criterios, actitudes o comportamientos.

Uno de los mayores teólogos actuales, J. B. Metz, afirma que el gran desafío que tenemos los cristianos de Europa es decidirnos entre *una religión burguesa o un cristianismo de seguimiento* de Jesús. Como ha dicho alguien con ingenio, se trata de vivir hoy “con el aire de Jesús” y no “al aire que más sopla”. Un cristianismo reducido a unos pocos ratos y a unos pocos ritos religiosos vale para muy poco o para nada. Como se ha dicho tantas veces, de un cristianismo reducido a media hora dominical no hay que esperar gran cosa. “¿Qué influen-

cia puede tener en las personas una religión que no exige más que tres cuartos de hora los domingos?”, razonaban unos muchachos en un debate juvenil.

CONDICIONES DEL SEGUIMIENTO

Las exigencias de Jesús para seguirle suenan muy duramente a los oídos y, mal entendidas, pueden producir la idea de un Jesús sin entrañas. Las expresiones tan duras de Jesús hay que entenderlas en sentido metafórico. Son expresiones orientales, intencionadamente exageradas para poner más de relieve el mensaje que quiere comunicar. Con ellas pretende señalar la radicalidad con que es preciso seguirle.

Jesús no fue inhumano; al contrario, fue el más humano de los humanos. Su vida fue un continuado gesto de ternura. No pudo contener las lágrimas ante la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,35). Como certeramente dice Hans Küng, “sólo un Ser divino podía ser tan humano”. Jesús defiende el amor y el cuidado de los padres ancianos (Mt 7,9). Lo que quería y quiere decirnos es que nadie, pero menos sus discípulos, ha de dejarse atrapar por una familia posesiva, sino que cada miembro ha de hacer su opción libre, que la familia no puede condicionar su llamada a seguirle y a trabajar por el Reino.

Lucas no pone nombre a los que pretenden seguir al Señor, según el relato evangélico, precisamente para que entendamos que cada uno de nosotros encarna a los tres al mismo tiempo, y que el Señor nos indica a cada uno las condiciones que señala a los tres.

La primera condición que señala Jesús para su seguimiento es la *paciencia y la misericordia*, la liberación de todo fanatismo, encarnado en los “Hijos del Trueno”, que quieren que caiga un fuego apocalíptico sobre las ciudades que le han rechazado por ir de camino al templo rival de Jerusalén.

En segundo lugar, Jesús reclama como condición la *pobreza*: seguir a un Maestro pobre, que elige la pobreza como camino de libertad. Le indica a quien pretende seguirle que no se llame a engaño, él predica la bienaventuranza de la pobre-

za, la renuncia al ídolo del dinero. Servir al dinero es sufrir una forma dura de esclavitud. Con la expresión “deja que los muertos entierren a los muertos”, Jesús indica que no se puede perder el tiempo en enterrar a tantos muertos que nos ligan con el pasado. La frase “el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás no es digno de mí”, que dirige al que pide tiempo para despedir a su familia, tiene, por supuesto, un sentido metafórico. Jesús le invita a romper con el pasado y a seguirle a él, que es la vida, el futuro de esperanza y, por lo tanto, no debe dejarse atrapar por los “muertos”, los que todavía viven en la muerte del pasado, pues no se puede colocar vino nuevo en odres viejos ni echar un remiendo nuevo en un vestido gastado.

Jesús replica al tercer candidato: “El que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios”; con ello señala que el seguimiento implica una decisión radical, ruptura con el mundo, que no se puede “prender una vela a Dios (a él) y otra al diablo” (al vivir mundano). No se puede ser del Reino y del mundo (Jn 17,14). No se puede ser cristiano en el templo y pagano en la vida cotidiana. Como alguien decía acertadamente, “Cristo necesita cristianos de todos los días de la semana, no sólo de domingos”.

“Jugarse el todo por el todo” es uno de los lemas más queridos por el Movimiento de Taizé. El Señor nos ofrece “el todo” de las riquezas del Reino, de su amor, de su amistad. Un poeta puso en labios de Dios estos versos: “Corazones partidos yo no los quiero, que cuando doy el mío, lo doy entero”.

Jesús habla de intención de totalidad: “Amarás al Señor con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma, con *toda* tu mente” (Mt 22,37-40). No se pueden separar unos tiempos, unas ocupaciones, unos ritos y unos ratos para Dios y, luego, vivir a impulsos del capricho. *Todo y para siempre*, como sucede con los grandes amores. He aquí un mensaje apremiante para muchos contemporáneos nuestros tan amigos de lo provisional.

TODOS ENVIADOS, TODOS MISIONEROS

14.º DOMINGO ORDINARIO

Is 66,10-14c; Gá 6,14-18; Lc 10,1-12.17-20

LA FE ES UN COMPROMISO MISIONERO

Por si alguien tiene dudas y cree que el envío de los Doce no se refiere a todos los cristianos, Lucas ofrece el envío de los setenta y dos discípulos a anunciar la Buena Noticia, para que quede patente que ser misionero no es sólo cometido de sacerdotes, religiosos y algunos seglares escogidos. Pablo VI escribe: “La orden dada a los Doce: ‘Id y proclamad la Buena Noticia’ vale también, aunque de manera diversa para todos los cristianos. Por esto Pedro los define ‘pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable’ (1 Pe 2,9)” (EN 13). La fe, en sí misma, entraña un compromiso misionero.

Los sacerdotes y los religiosos no nos diferenciamos de los seglares porque unos tengan la misión de anunciar el Evangelio y otros no, sino por el modo de hacerlo. Los sacerdotes están llamados a realizarlo públicamente, en las reuniones del pueblo de Dios. Y los seglares siendo “la Iglesia en el mundo”, a través sobre todo del contacto personal en sus ambientes. La Iglesia de los orígenes creció gracias a la acción de los seglares que, al expandirse por los diversos lugares, fueron brasas que prendieron nuevas hogueras, nuevas comunidades cristianas. El seglar ha de implicarse en la acción misionera no por situaciones de emergencia, de falta de vocaciones sacerdotales, sino por urgencia de su propia vocación de cristiano. El sujeto de la evangelización es la comunidad cristiana, toda ella, cada uno de sus miembros según su propio carisma.

Es preciso concienciarse de que anunciar a Cristo no es un deber enojoso y oprimente, como no lo es presentar a un amigo a los demás. Es, más bien, un honor inmerecido. Pablo sentía esta misión como un increíble privilegio: “A mí, el más insignificante de todos los consagrados me concedieron este

don: anunciar a los paganos la inimaginable riqueza de Cristo” (Ef 3,8). Prestar nuestros labios, nuestro ser para que nazca Cristo en el otro, en el familiar, en el amigo, en el compañero, para que surja un grupo o una pequeña comunidad cristiana, es un privilegio que no nos merecemos.

Por lo demás, callar la Buena Noticia sería una traición a los demás, sobre todo a los que más queremos. Si realmente tenemos la experiencia de que la amistad con el Señor nos hace felices, llena nuestra vida, nos libera, ¿cómo vamos a dejar de contárselo a otros si queremos para ellos lo mejor, la felicidad, su realización como personas? En este sentido es esclarecedor el testimonio de Leonardo Mondadori. “A pesar de ser un hombre cargado de éxito y de tenerlo todo, yo me sentía profundamente vacío por dentro. Gracias a la orientación de un amigo, encontré a Cristo, y soy el hombre más feliz del mundo. Pasé del vacío a la alegría”. ¿No hubiera sido una traición grave por parte del amigo el no haberle presentado a Cristo?

Un amigo mío reprocha duramente a sus amigos cristianos: “¿Por qué no me presentasteis antes a este gran Amigo, que es Cristo? ¿Por qué lo callasteis? ¿Por qué he tenido que malvivir, vivir amargado y perder tantos años de mi vida, sufrir el vacío, porque no me hablasteis de él, cuando él es ahora el sentido de mi vida y la fuente de mi felicidad? Por eso, santa Mónica no descansó hasta ver a su hijo Agustín retornar al banquete del Reino. Lamentablemente, la gran mayoría de los padres “cristianos”, que han asumido en el bautismo de sus hijos la honrosa misión de ser sus educadores en la fe, “sus primeros y principales educadores” han transferido su misión al colegio religioso, a organizaciones y catequesis parroquiales. Naturalmente, presentar a Jesús a los hijos o nietos no es simplemente decir: “Vete a misa”, “tienes que rezar”, “tienes que confesarte y comulgar”, como quien le dice que tiene que ir al colegio y tratar de aprobar. Presentar a Jesús es narrar la propia experiencia de liberación, de paz, de alegría que produce en nosotros la relación con Cristo.

Afirma Pablo VI: “El que ha sido evangelizado, evangeliza. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evan-

gelización; es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino sin convertirse en alguien que, a su vez, da testimonio y anuncia” (EN 24). Lo que puede parecer hoguera por sus apariencias, no lo es si no calienta y da luz. Lo que puede parecer fe no lo es si no irradia luz y calor misioneros. Dicho de forma rotunda, el que no anuncia su fe, no la tiene. Así de simple.

Pero también es cierto que nos confirmamos en la fe el día que la confesamos y la anunciamos con entusiasmo. Juan Pablo II asegura: “Si quieres crecer en la fe, anúnciala; si quieres fortalecerte en el amor y seguimiento de Jesús, proclámalos”. Esto es lo que testifican los catequistas. El mejor camino para aprender es enseñar. Habrá padres verdaderamente formados el día en que se preocupen de formar bien a sus hijos. Con cristianos vergonzantes no iremos a ninguna parte.

PEDAGOGÍA MISIONERA

Con respecto al anuncio del Evangelio hay que decir rotundamente: “La letra con cariño entra”. La aceptación del mensaje exige como condición previa e imprescindible la aceptación del mensajero. La amistad, la bondad, la simpatía, la comprensión del mensajero, la apertura, los valores humanos del mensajero, del catequista, de los padres, predisponen a la aceptación del mensaje cristiano. El que recibe el mensaje ha de tomar su anuncio como una prueba más de afecto, de amistad del mensajero, sin pretensión proselitista o éxito apostólico.

Criticaba un agnóstico a sus amigos: “Apenas me habláis en serio de vuestras convicciones religiosas”. Me dio vergüenza cuando me lo contaba. “Si quieres hacerme llorar, tienes que llorar primero”, era una de las consignas de retórica de los clásicos. “Si quieres convencerme y conmoverme, tienes que estar convencido y conmovido tú primero”, decían también.

Jesús, en lo que se ha llamado *regula apostolica* (manual del apóstol), señala una serie de exigencias que no puedo comentar en este espacio breve de una homilía. Señala que

los enviados (misioneros) han de ir de *dos en dos*, en comunidad, aunque sea mínima, porque la que evangeliza es la comunidad, y también por una simple razón de seguridad en aquellos tiempos en que caminar entre poblaciones entrañaba peligro de asaltos y despojos.

Indica, así mismo, que los misioneros ejerzan su ministerio profético desde la pobreza. Sería una increíble paradoja anunciar la bienaventuranza de la pobreza, de la sencillez, de la paz, con una vida de ricos, con medios poderosos y con talante autoritario. El evangelio tiene fuerza en sí mismo, tiene suficiente poder de fascinación como para necesitar la ofuscación de los medios. Pablo renuncia a hacer alardes de sabiduría, a deslumbrar a sus misionados, para evitar que, más que creer en Jesús y éste crucificado (1Co 2,2), crean en el caudal de su sabiduría (1Co 1,13). La Causa de Jesús no necesita de la parafernalia de las causas políticas o comerciales, ni de la demagogia, ni de los juegos politiqueros ni de una oratoria capciosa; necesita, sobre todo, la vibración de un testigo que narra su fe con entusiasmo.

Con respecto al contenido, es preciso tener en cuenta que Jesús señala que el enviado ha de proclamar la Buena Noticia haciéndola realidad: sanando a los enfermos, a los atormentados por el sinsentido, los miedos, la soledad, los rencores... Es necesario dar señales de vida.

Pablo VI apunta: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio" (EN 41). Está claro que lo que Jesús necesita no es tanto profesores de religión, doctores en teología, sino, sobre todo, testigos.

UN AMOR COMO DIOS MANDA

15.º DOMINGO ORDINARIO

Dt 30,10-14; Col 1,15-20; Lc 10,25-37

EL AMOR, LO CENTRAL DE LA LEY

Estamos ante una auténtica joya literaria dentro de la literatura universal, al igual que lo es la parábola del hijo pródigo. Joya por el contenido y por la belleza de la expresión. Es una escenificación del mensaje básico del amor.

El fariseo le pregunta a Jesús qué es lo fundamental, el camino para entrar en la vida eterna. Jesús le responde con una pregunta: "¿Cuál es el mandamiento principal, el más importante de la ley?". El centro de la ley no es el culto, sino el servicio al hermano, el perdón, la actitud fraterna para con el otro: "Si al presentar tu ofrenda, te das cuenta de que tu hermano tiene algo contra ti, deja la ofrenda en el altar y vete a reconciliarte con tu hermano" (Mt 5,23-24). El levita y el sacerdote prefieren pasar de largo ante el malherido e ir a ofrecer el culto ya que, de haberle atendido, hubieran contraído la impureza legal, que les hubiera incapacitado para el culto.

Jesús, por una parte, denuncia la religiosidad cargada de hipocresía y, por otra, anuncia el amor como consigna fundamental. Es precisamente el hereje, el proscrito, el intocable, el que se acerca al malherido. A ellos les preocupa mucho el rezo y el culto, pero no les importa nada el prójimo que sufre.

Jesús no responde a la pregunta del fariseo con discursos teóricos; presenta el amor en acción, señala gráficamente a través de una parábola cómo hay que amar, da una definición descriptiva, vivencial, de lo que es el verdadero amor.

"PERO UN SAMARITANO..." (AMOR UNIVERSAL)

En primer lugar, señala que el auténtico amor es "universal". El samaritano sabe que el hombre que está tendido y tundido a palos es un judío; está en territorio judío; sabe que los

judíos le desprecian, le tienen por un leproso espiritual. Pero no le importa. Lo único que le preocupa es saber que allí hay un ser humano que se desangra, que sufre, que le necesita, y esto le basta.

Jesús viene a decir que si hoy un palestino o un israelí encuentra en el camino a un malherido, a un necesitado del bando contrario, ha de amarle de verdad y ha de inclinarse para socorrerle en la necesidad.

Con ello Jesús recuerda que no puede haber frontera para nuestro amor y nuestra ayuda, ni siquiera cuando se trata de enemigos: “Si amáis a los que os aman, si ayudáis a los que os ayudan, ¿qué mérito tenéis?” (Mt 5,46-48). Si amáis sólo a los de vuestra familia, a los de vuestro círculo... eso lo hacen hasta los increyentes y los agnósticos.

“AL VERLO, LE DIO LÁSTIMA” (AMOR AFECTIVO)

Jesús afirma, además, que al samaritano, al verlo, “le dio lástima”, se *com-padeció* (“padeció con” él), hizo suyo su sufrimiento, se le conmovieron las entrañas. Como diría Pablo, “lloró con el que lloraba” (Rm 12,15), sufrió con el que sufría. Es decir, le amó con amor *afectivo*. El samaritano no trata de cumplir a regañadientes un deber para no cometer un pecado de omisión o para apuntarse un ingreso más en su cuenta del cielo. No, “se compadeció”. Fue el corazón el que movilizó todo su ser para socorrer.

Decía un agnóstico: “Yo no creo en la otra vida y, sin embargo, me encanta ayudar a los demás”. No se trata de un farol que se echa. Los vecinos y amigos confirman unánimemente que es así. La parábola invita e incita a poner todo el corazón en lo que hacemos por los demás y a revisar hasta qué punto lo estamos haciendo aquí y ahora. ¿Atiendo al necesitado que encuentro en el camino, al familiar que tengo a mi lado, al anciano o enfermo, al que viene a la oficina con alegría, con delicadeza, con amor, haciéndome cargo de su situación o, tal vez, lo hago con un mal talante, con una cierta aspereza o sequedad?

“LE VENDÓ LAS HERIDAS” (AMOR EFECTIVO)

Jesús sigue describiendo minuciosamente el socorro que, con todo mimo, presta el samaritano a aquel enemigo de su pueblo: “Se le acerca, le desinfecta las heridas con vino y se las unge con aceite, se las venda, le monta en la cabalgadura, lo lleva a la posada, le hace compañía durante todo el día, paga su posada y la del enfermo, y se compromete a pagar todo lo demás que gaste hasta que el herido esté en disposición de irse. El socorro ha sido completo. Jesús describe que la ayuda del samaritano ha sido minuciosa; le ha atendido como si fuera un hermano. El samaritano le ha amado con hechos; su amor ha sido *efectivo* además de *afectivo*.”

Un pensador cristiano ha escrito: “No se trata de enjugar vagamente unas lágrimas, lo cual se hace pronto... ni de sentir un poco de misericordia, lo cual es demasiado fácil... Se trata de negarse a seguir sesteando suave y tranquilamente cuando todo clama y se desespera a nuestro alrededor... Se trata de no ser felices solos... Porque no somos cristianos si llamamos a Dios ‘Padre’ y negamos el pan al hermano. Porque un corazón que no reacciona ante la miseria... es un miserable”. Corremos el peligro de que nuestro amor se quede en lamentos, en comentarios doloridos, sin que lleguemos a la acción.

“YO TE LO PAGARÉ”... (AMOR GENEROSO)

El amor del samaritano ha sido enteramente *generoso*. Ha dado su *tiempo* al pobre apaleado. Le dedicó todo el día y una noche. Ha cambiado su plan para ayudarlo. Con frecuencia nos es más fácil meter la mano en el bolsillo y soltar dinero que entregar el bien máspreciado y precioso: el tiempo. Es más fácil dar una ayuda económica a los padres ancianos que convivir con ellos. Es más fácil dar una limosna para que atiendan otros a un pobre que atenderlo.

José María Gil Robles nos contaba una anécdota deliciosa e iluminadora en unas charlas organizadas por Cáritas. Nos decía que a la puerta de su edificio se encontraba siem-

pre un pobre. Él depositaba 100 pesetas en sus manos y le dejaba. “Pero un día me dije: ¿Por qué no entablar relación con él, interesarme por su vida, le das lo que más te interesa, tu tiempo...? Me contó toda su historia. Desde aquel día le quiero más; era para mí un prójimo en sentido físico; ahora es una persona psicológicamente cercana, porque le di mi tiempo. Ésta ha sido una experiencia importante y aleccionadora en mi vida”.

El samaritano ha dado al malherido su *dinero*. No pide al posadero que comparta con él los gastos ni quiere pasar su factura a la familia del maltratado. No se lo piensa: “Pásame la factura a mí”... Su ayuda es *personal*. El samaritano no sólo presta ayuda material, sus esfuerzos, su dinero, su tiempo; no sólo da, sino que se *da* a sí mismo. No se trata de un amor seco y frío.

Además de la ayuda individualizada del samaritano, todos sabemos que la caridad y el amor tienen también una dimensión social y política, por la que se trata de remediar de raíz las causas de la pobreza y las necesidades colectivas. Hoy no basta con dar una limosna o regalar medicinas. Es necesario defender y potenciar las fuentes de riqueza para que muchas familias no queden económicamente apaleadas y tiradas en la cuneta de la pobreza. El Sínodo sobre los seglares apunta en el mensaje final: “El Espíritu dice manifiestamente que hoy un seglar no puede alcanzar la plenitud de la vida evangélica sin la preocupación y lucha por la justicia”.

Pero también es cierto que, como tantas veces repetía la madre Teresa de Calcuta, el compromiso por remediar las causas no nos excusa para remediar las necesidades inmediatas que no permiten demora. No se puede aguardar a remediar las injusticias para saciar el estómago del hambriento.

Jesús entrega una parábola llena de humanismo y aparentemente ingenua, pero que lleva dentro una gran revolución. Decía san Vicente de Paúl: “El servicio a los pobres tiene que preferirse a todos los demás. Podéis, incluso, dejar de ir a misa los días de fiesta si lo requiere el servicio de los pobres”.

Es lógico que sea así. En definitiva, se trata, como decía santa Teresa, de *dejar a Dios por Dios*, dejar al Dios de la Eucaristía por el Dios del prójimo que es el que más nos necesita. Pero, gracias a Dios, hay tiempo para todo. Y, por eso, venimos a encontrarnos con el Dios de la Eucaristía para ir llenos de generosidad a encontrarnos con el mismo Dios en el necesitado que nos está aguardando.

LUCHA Y CONTEMPLACIÓN

16.º DOMINGO ORDINARIO

Gn 18,1-10a; Col 1,24-28; Lc 10,38-42

ATURDIDOS

La agitadísima Marta de hace veinte siglos es el símbolo de una gran mayoría de hombres y mujeres de nuestro tiempo desbocados en una acción compulsiva. También nosotros escuchamos con frecuencia: “¿Para qué rezar tanto? El caso es hacer el bien”; “yo no rezo mucho, pero procuro hacer el bien que puedo”. Se dan los dos extremos: Hay personas tan entregadas a rezar que no tienen tiempo de hacer el bien, y hay personas tan entregadas a hacer el bien que no tienen tiempo de orar.

Sociólogos y psicólogos están totalmente de acuerdo en que el hombre moderno es un ser aturdido y estresado. Aturdido por el ruido externo e interno. Estamos inmersos en la civilización del ruido que amenaza invadirlo todo. Muchos de nosotros, apenas nos despertamos, conectamos la radio; algunos, incluso, pasean por la calle con los auriculares puestos, y quizá nuestro último gesto del día sea apagar el mismo aparato o desconectar la televisión. Algunos ni siquiera lo desconectan, sino que duermen con él funcionando.

El ruido se ha convertido en un torrente que lo inunda todo, dificultando enormemente el sosiego, la concentración, la reflexión y la interiorización. Según me han informado, en Londres está vigente una normativa elogiosa que debería universalizarse: está terminantemente prohibido usar radios en los parques públicos. Porque hasta allí nos persigue el ruido. Pedagogos y psicólogos afirman que la cabeza de nuestros niños y jóvenes es un hervidero de imágenes, de informaciones, pero desordenadas, sin asimilar.

Todo esto supone un peligro de que todo se nos imponga ruidosamente desde fuera, que no seamos capaces de filtrarlo, analizarlo y optar personalmente. Todo eso supone el peligro de que, en vez de vivir nosotros, *nos vivan*.

ESTRESADOS

Y junto al ruido y el griterío de la plaza que invade el interior de nuestra casa, está el movimiento frenético de la acción. Decir que el ciudadano moderno está estresado es decir una perogrullada como que hoy hace sol. Nuestras agendas están a explotar: “No me llega el tiempo para nada”, “estoy muy alcanzado de tiempo”, “me gustaría, pero no tengo tiempo”, son expresiones que se nos caen de los labios. “Nunca se ha corrido tanto para ir a ninguna parte”, afirma un escritor de nuestros días.

Phil Bosmans escribe: “El hombre contemporáneo ha convertido la vida en una autopista entre la cuna y el sepulcro”. “Estamos tan ocupados en hacer el bien que no tenemos tiempo de ser buenos”, afirma un psicólogo. Fernando Savater dice: “El españolito es un hombre que va a toda prisa para ir a no sabe donde, hacer no sabe qué ni durante cuanto tiempo, para volver después”. Padece la acción compulsiva. Es como si le hubieran dado cuerda y no sabe parar. Con todo ello nos resulta difícil encontrarnos con nosotros mismos, por lo que corremos el peligro de vivir fuera de nosotros mismos. Y por ello nos resulta también difícil encontrarnos con Dios. Es lo que decía santa Teresa de las “almas ventaneras”: están tan volcadas hacia fuera mirando por la ventana que no se pueden encontrar con quien está en la habitación secreta de su interior.

Así resulta muy difícil encontrarnos con los demás en profundidad. Como le ocurría a Marta con respecto a Jesús y a su hermana María, estaba tan agitada danzando de un lado para otro que no tenía tiempo para dialogar sosegadamente en familia y con Jesús. Éste le dijo: Marta, no andes inquieta de un sitio para otro; no quiero agasajos exquisitos; lo que quiero es tu compañía.

LUCHA Y CONTEMPLACION PARA SER HOMBRES DE COMUNION

No se trata, naturalmente, de alternativas reduccionistas: *acción o contemplación*, sino de armonía, de equilibrio.

Jesús urge a sus discípulos a la acción. No permite que estemos embobados mirando al cielo (Hch 1,11). Nos advirtió que el programa sobre el que seríamos examinados, en el más decisivo de los exámenes, versaría sobre nuestro quehacer liberador, no sobre si nos hemos pasado la vida diciendo *¡Señor!, ¡Señor!* (Mt 7,21). Pero este Jesús que trabaja a destajo, ora también a destajo. Los evangelistas ponen de relieve sus grandes espacios de tiempo dedicados a la oración; Lucas resalta que, antes de sus decisiones importantes, se retira a orar largamente. A veces pasa noches enteras en oración, mientras sus amigos roncan y duermen a pierna suelta. Ora con frecuencia en la montaña, a veces solo y aparte (Mt 14,23; Lc 9,18), incluso cuando todo el mundo le busca (Mc 1,37). Recomienda: *Es necesario orar y nunca desfallecer* (Lc 18,1; 11,5-8). No nos engañemos: Los grandes revolucionarios de la humanidad, los que han dejado de verdad huella en la historia, han sido grandes contemplativos.

Repito: No se trata de disyuntivas maniqueas: *Marta* o *María*, sino de la armonía entre las dos hermanas. Según todos los escrituristas, parece que éste es, precisamente, el mensaje de este relato evangélico. El evangelista brinda en él, por una parte, un elogio de Jesús a la hospitalidad de las hermanas y, por otra, un elogio a la oración ante una comunidad que estaba incurriendo en el olvido de ambas actitudes tan evangélicas.

Dice Laín Entralgo: “La verdadera vida es un vaivén entre el ensimismamiento y la entrega”, que traducido al lenguaje cristiano significa: “La vida es un vaivén entre la oración y la acción”. El movimiento de Taizé dice lo mismo con un eslogan dinámico y expresivo: *Lucha y contemplación para ser hombres de comunión*.

A LOS PIES DE JESÚS, COMO MARÍA

En este vivir agitado que llevamos, hasta nuestro descanso es, con frecuencia, alocado. Es un descanso que no nos descansa. El pasaje evangélico de hoy es una invitación a encontrarnos, mediante el silencio, la oración contemplativa y la

convivencia sosegada, con nosotros mismos, con el Señor Jesús y con nuestros prójimos.

¿Qué nos pide el Señor con esta palabra que ha pronunciado para nosotros? ¿Aumentar, quizá, nuestra cuota de oración cada día? ¿Nos pide, quizás, una convivencia más intensa con la familia, con los amigos, con los compañeros del grupo cristiano? Porque vivenciar la actitud de María a los pies de Jesús significa también realizar el diálogo familiar o de amigos, gozar contemplativamente de la naturaleza, destinar tiempo a la lectura formativa.

Podemos estar como María a los pies del Señor acogiendo avaramente sus palabras. Basta coger entre las manos un Nuevo Testamento y meditar la Palabra. He aquí un privilegio del que no nos deberíamos privar, como se privaba la pobre Marta desbordada en su actividad. Jesús le dice cariñosamente: “Marta, tu hermana María ha escogido lo mejor”.

Decía expresivamente Pablo VI: “El hombre moderno ha salido de su casa, ha perdido la llave y no es capaz de retornar a ella”. Esa llave, naturalmente, es la de la intimidad.

María salió, sin duda, reanimada de aquel encuentro con el Señor. Hoy muchos cristianos confiesan que, como María, encuentran la paz a los pies del Señor.

“PEDID Y SE OS DARÁ”

17.º DOMINGO ORDINARIO

Gn 18,20-32; Col 2,12-14; Lc 11,1-13

UN MENSAJE CONSOLADOR

Dios nos escucha. Jamás hace oídos sordos a nuestra oración.

Si quieres comunicarte con personas influyentes, no te dan audiencia. Si quieres hablar por teléfono, no les pasan la comunicación; les escribes y tu carta va a la papelera o te responde un secretario... Con respecto al Padre-Dios tenemos la garantía absoluta de la palabra de Jesús: “Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre”. Más categórico, imposible.

Para esclarecer esto Jesús recurre al argumento de la actitud de los padres terrenos y del amigo. ¿Qué padre, cuando un hijo pide pan le da una piedra, o si le pide un pescado le da una serpiente? Pues si vosotros, que estáis condicionados por vuestro egoísmo, atendéis a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo que es Amor! Jesús recurre también al argumento de la amistad. El hombre que está acostado se levanta y atiende al amigo y le da los panes que necesita para que le deje en paz. ¡Cuánto más el Padre del cielo que no duerme y a quien nadie ni nada le cansa, atenderá al que se dirige a Él!

Llama el hijo por teléfono al padre o al hermano mayor y le responden desde la casa paterna: “No está, salió, está durmiendo, está cansado de tantas cuestiones y problemas, está hablando por teléfono”. O el padre le responde: “Mira, no puedo ayudarte; se me acabaron los ahorros... ¡Qué más quisiera que poderte echar una mano, pero no puedo!”. Dios atiende a todas las líneas, no se empobrece, no se cansa, tiene el móvil siempre abierto. Lo mismo hay que decir de Jesucristo vivo y resucitado. A nosotros nos cuesta entenderlo, pero es así. Dios, en su infinitud, lo abarca todo.

Es sorprendente las facilidades que tenemos para comunicarnos con Dios y con Jesucristo. Nos envuelven con su presencia. No necesitamos viajar. No necesitamos gastar en teléfono. Dios Padre y Jesucristo, el Hermano, son todo oídos. Dicen muchos padres, y con razón: “Tanto tiempo malgastado delante del televisor, tantas horas de charla con amigos y vecinos, tantos ratos de paseo, ¿y no tienes ni un cuarto de hora para comunicarte con tu padre?”. ¡Qué poco hemos desarrollado los cristianos el sentido de la comunicación con Dios!

ORAR COMO DIOS MANDA

Hay muchos que se quejan de que Dios no cumple su Palabra: “Pedid y recibiréis...”. “Yo le he pedido cantidad de cosas, y no me ha concedido casi ninguna”, es una queja bastante generalizada. Me decía también alguien de nuestro entorno: “Estoy enfadadísimo con Dios, porque estoy cansado de pedirle y no me concede nada”.

Con respecto a esta cuestión, es preciso tener en cuenta:

— *Jesús sólo promete con absoluta garantía el Espíritu Santo.* Jesús no promete la concesión de cualquier petición. De ninguna manera. Lucas termina diciendo: “¡Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden!”. Con respecto a este don Jesús da absolutas garantías. Y, ¿qué más queremos? Un ferviente cristiano oraba: “No te pido que me des cargas pequeñas sino espaldas anchas”. San Agustín oraba: “Dame lo que me mandas y mándame lo que quieras”.

Pidamos con toda confianza el Espíritu de Jesús, el don del amor, la sabiduría cristiana, el coraje interior para ser testigos valientes y constructores eficaces del Reino, el don de la oración... y estemos seguros de que lo alcanzaremos. ¿Y qué más podemos pedir? ¿No es lo máximo que Dios nos puede dar? Pero ello requiere una condición: la constancia. Es lo que, sobre todo, quiere resaltar la parábola de hoy. El hombre necesitado llama y llama hasta cansarle. “Es necesario orar siempre sin desfallecer”... Santa Mónica pasó diez años orando

con lágrimas y suspiros pidiendo la conversión de su hijo perdido, Agustín.

— *Orar es ponerse a disposición de Dios.* Desgraciadamente, para muchos “cristianos” orar sólo es pedir, y pedir beneficios temporales. Es comprar a Dios, ablandarle, llamar su atención con plegarias, promesas y votos. Es “conquistarlo”. La oración interesada no sólo no nos eleva, no nos humaniza, sino que nos egoistiza más y más. Advierte Jesús que el Padre sabe mucho mejor que nosotros lo que necesitamos (Mt 6,8). Esta oración mercantil ha creado una imagen deplorable de lo que es la verdadera oración. Muchas personas cultas, muchos jóvenes se ríen compasivamente de esta religiosidad comercial. Orar no es pedir que Dios se ponga a nuestra disposición sino ponernos nosotros a disposición de Dios.

La gran plegaria que hemos de hacer es la de Jesús: “Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22,42). Él nos enseñó a orar: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10). María oró: “He aquí la esclava del Señor...” (Lc 1,38). Nuestra oración ha de ser siempre *condicionada* como la de Jesús: “Padre, que pase de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22,42).

La mejor oración es la que responde a la Palabra que Dios nos dirige. “A Dios escuchamos cuando leemos la Palabra, a Dios hablamos cuando oramos”, decía san Jerónimo, citado por el Concilio. Pedir no es lo más importante de la oración. Orar es, sobre todo, *escuchar*, es alabar, adorar, agradecer, admirar, pedir perdón, contemplar... “No pido nunca nada para mí –dice Mons. Casaldáliga– sólo recuerdo al Señor las necesidades de los demás”. Es la oración *gratuita*, no interesada, la que es más genuinamente oración. ¿Qué diríamos de un hijo que no fuera a la casa paterna a hablar con su padre, sino nada más que para pedir?

— *Nunca nos vamos con las manos vacías.* Como les ocurre a los hijos que van a la casa del padre bueno y rico, nunca vuelven con las manos vacías. Tal vez no reciben lo que habían pedido, pero quizás reciben más. La oración bien hecha es

salida de uno mismo para ponerse en las manos de Dios. Y esto eleva el espíritu. Siempre saldremos reanimados.

Una parapléjica fue a Lourdes para pedir el milagro de la recuperación. A la vuelta, después de haber escuchado la Palabra de Dios y orado con generosidad, testimoniaba: “Fui a pedir la salud del cuerpo y la Virgen me concedió más de lo que le pedía: la salud del alma. La cruz de la enfermedad ya casi no me pesa”.

El don supremo que nos puede conceder Dios es fuerza para realizar su voluntad en nuestra vida. Es mucho más importante que nos conceda la gracia de hacer su voluntad que el que Él haga la nuestra.

— *A Dios rogando y con el mazo dando.* Dios no es como el padre que hace los deberes del hijo, sino que le inspira, le da pistas, pero no le ahorra el trabajo. Dice otro refrán: “Ayúdate que Dios te ayudará”. San Agustín aconsejaba: “Esfuézate como si todo dependiera de ti, confía en Dios como si todo dependiera de Él”. Mejor, imposible.

Existe una leyenda expresiva. A dos carreteros se les ha atascado el carro en un lugar pantanoso. Uno de ellos trabaja como un negro, grita a las mulas con blasfemias, incluso, empuja el carro con su hombro, mete leña debajo de las ruedas... El otro se pone de rodillas a rezar y a pedir a Dios que le saque de aquel atolladero. Se aparece un ángel y se presenta junto al carretero blasfemo. “Vengo a echarle una mano”. “Creo que está usted equivocado, dice el carretero blasfemo, usted viene a ayudar seguramente a aquel que es el piadoso, el que está rezando”. “No, no, dice el ángel, vengo a ayudar al que trabaja, al que pone de su parte todo lo que puede”. Y con su ayuda, el carretero trabajador y blasfemo desatolló el carro.

LA ORACIÓN SIEMPRE ES ESCUCHADA

Un piadoso musulmán rezaba todos los días incansablemente pidiendo a Dios un favor. Pero Dios parecía no oír su oración. Por fin, se le aparece al devoto musulmán un ángel

que le dice: “Dios ha decidido no concederte lo que le pides”. Al oír el mensaje, el buen hombre comienza a dar voces de alegría, a saltar de gozo, a contar a todos lo que le había sucedido. La gente le pregunta sorprendida: “¿Y de qué te alegras, si Dios no te ha concedido lo que le pedías?”. Contesta: “Es verdad que me lo ha negado, pero al menos sé que mi oración llegó hasta Dios. ¡Qué más puedo desear!”. Y siguió proclamando su alegría.

Eso es lo que nos acaba de decir Jesús de Nazaret. Te conceda o no te conceda el Padre lo que le pides, estate seguro de que Él te escucha y de que no te vas de tu comunicación con Él con las manos vacías. “Como me ocurrió a mí, dice Jesús: no me libró del cáliz, pero me dio coraje para beberlo”. Mejor así, mejor que no me concediera lo que yo quería y le pedía. Ha sido mejor para todos.

RICOS ANTE DIOS

18.º DOMINGO ORDINARIO

Ecl 1,2; 2,21-23; Col 3,1-5.9-11; Lc 12,13-21

EL EMBRUJO DEL DINERO

Hay que agradecer con toda el alma a Jesús de Nazaret esta voz de alerta con respecto al poder de seducción y de perdición que tiene el dinero. Él hace lo que hacemos nosotros con respecto a los hijos, nietos o sobrinos, ante el peligro que representa para ellos la droga, el alcohol, las malas compañías, el tabaco, las sectas, el juego o cualquier otra adicción. También el apego a la riqueza, al dinero, puede convertirse en una adicción, y muy peligrosa. San Pablo afirma rotundamente: “La raíz de todos los males es el amor al dinero” (1Tm 6,10). Jesús nos alerta para que no caigamos en la trampa y no frustremos nuestra felicidad ni el desarrollo humano.

El dinero y la riqueza tienen un embrujo diabólico. Aparecen como la llave maestra que abre todas las puertas. Nuestras ciudades, el mundo entero es un enorme escaparate que nos ofrece de todo en el orden recreativo, de consumo, de turismo; y todo parece alcanzable con dinero. “Poderoso caballero es don dinero”, dice nuestro refrán. El dinero y la riqueza suponen seguridad, tener las espaldas cubiertas y defendidas. Por eso las personas se sienten tentadas a conseguir esa llave maestra por todos los modos y medios. Y los que la tienen se sienten tentados de usar y abusar, de acaparar avaramente, de sufrir una verdadera adicción. Todos, en mayor o menor grado, sufrimos alguna dependencia.

Las riquezas y el dinero, como todos sabemos perfectamente, corren el riesgo de convertirse en un ídolo, en un fin; como dice Jesús, en un “señor” (“nadie puede servir a dos amos... No podéis servir a Dios y al dinero” -Mt 6,24-). Constatamos a diario que hay muchos que *viven para tener, no tienen para vivir*. El dinero fácilmente se convierte en un analgésico que insensibiliza frente al sufrimiento ajeno. Esto es lo que quiere señalar Jesús con la parábola de hoy y la del rico Epulón. El dinero y la riqueza son una fuerza explosiva que

puede estallar en las manos de las personas y las familias. El dinero egoísta al que no sabe utilizarlo correctamente. El dinero y la riqueza favorecen la autosuficiencia y una falsa seguridad. Por eso escribía San Pablo: “A los ricos de este mundo insistesles que no sean soberbios, ni pongan su confianza en riqueza tan incierta, sino en Dios que nos procura todo en abundancia para que disfrutemos” (1Tm 6,17). Alguien dijo irónicamente de un ricachón que tenía tanta miseria en el espíritu como dinero en los bancos: “Era un hombre tan pobre que no tenía más que dinero”.

ACTITUDES CRISTIANAS ANTE EL DINERO Y LA RIQUEZA

— *Importancia de la actitud ante el dinero.* Una actitud correcta ante el dinero es trascendental. Dice muy atinadamente un refrán castellano: “Ante la mesa y el dinero se muestra el caballero”. Se muestra el verdadero caballero, la verdadera dama y el verdadero cristiano. La actitud ante el dinero es un test infalible de autenticidad de fe. Es importante clarificar nuestra actitud ante el dinero; ella determina nuestra jerarquía de valores, la importancia que damos al compartir y, por eso, la autenticidad de nuestra relación con el Señor.

— *Desmitificación del dinero.* Es preciso también desmitificar el dinero. Tener claro que no todo se compra ni se vende, como se dice del cariño verdadero. En esta sociedad tan mercantil parecería que lo que no cuesta dinero no vale, que las alegrías que no tienen precio, no tienen valor. No es verdad. La seguridad más valiosa, las alegrías más exultantes son enteramente gratuitas. “El amigo es un tesoro” (Eclo 6,5-17) que no cuesta dinero; por eso hay tan pocos amigos. Con el dinero se compra un piso, pero no se puede comprar un “hogar”.

Cuenta Alain Delon que se detuvo con su insultante Ferrari de lujo ante una pobre casa de aldea en los Alpes para preguntar por una dirección de carretera. Ante la puerta de la casa encontró un hombre sencillo tejiendo un cesto de mimbre. Habla con él; le pregunta si es feliz. Aquel campesino con rostro sonriente le contesta: “Sí, sí, soy feliz. Tengo lo justo para

comer, una familia unida y cariñosa y una naturaleza que me encanta; qué más puedo pedir a la vida... y tengo fe en Dios”. Alain Delon queda pensativo. Poco después comenta con unos amigos, impresionado por la paz y la alegría serena de aquel campesino y de su familia: “¡Qué paradoja: Él tan feliz con tan poco y yo tan infeliz con tanto! ¡Quién me diera su paz y su alegría!”.

Los bienes económicos, bien utilizados, ayudan a la felicidad, pero no son la felicidad. Mal utilizados son, con frecuencia, fuente de desdichas. ¿Qué alegrías hay comparables a las de vivir en paz con la propia conciencia, a la armonía en la convivencia con los demás, a la experiencia de la amistad, a la satisfacción de saberse útil, de ayudar a los demás, de liberar del sufrimiento a los que sufren y hacerles felices? ¿Qué alegría mayor puede haber que la que proporciona la esperanza cristiana? Todas ellas son enteramente gratuitas.

— *Lo importante es “ser”, no “tener”.* El dinero, la riqueza, los bienes terrenos pertenecen al orden del “tener”. No nos engrandecen interiormente. Son como los tacones que se pone un enano para disimular su enanez, pero a la hora de la verdad tendrá que despojarse de ellos, porque en el cielo no se entra con tacones. Las riquezas son como los vestidos lujosos, los entorchados y las condecoraciones que lleva encima un cadáver; no le sirven para nada. En el cielo se entra a cuerpo limpio. “Nada trajimos a este mundo –recuerda Pablo a Timoteo– y nada llevaremos de él” (1Tm 6,8). Por eso, Jesús deduce la consigna: “Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y no es rico en lo que quiere Dios” (Lc 12,21).

— *“Talentos” confiados por el Señor.* La persona verdaderamente sabia es la que reduce el dinero y los bienes económicos a lo que realmente son, a un medio. Si los *bienes* se utilizan mal se convierten en *males*. Los bienes son como un cuchillo: pueden servir para cortar el pan que se va a compartir o el cordel que amarra a un secuestrado, y pueden servir para cortarse uno a sí mismo y para herir a los demás. No es verdad lo que muchos dicen: “Mi dinero es mío y hago con él lo que quiero”. Los bienes económicos tienen un sentido

social. Los bienes, a pesar de que los hayamos conseguido con el esfuerzo de nuestro trabajo, son *talentos*, dones que Dios ha puesto en nuestras manos y que hay que saber administrar. ¡Qué insensato el ricachón de la parábola que, en vez de decir: “Dios me ha colmado de bienes, voy a compartirlos”, no se le ocurrió otra cosa que decir: “¡A disfrutar y a gozar a todo tren!”, dejando que el pobre Lázaro se muera de hambre en su portal...

— *Con la iluminación del Espíritu*. Precisamente por la peligrasidad que entrañan en sí mismos, es preciso revisar constantemente nuestra actitud ante los bienes económicos y el uso que les damos. Hay que servirse del dinero, gastarlo en lo que Dios quiere y en la cantidad que Dios quiere. Y esto no es fácil de discernir. No es fácil determinar dónde está la raya del uso racional del dinero y dónde empieza el abuso, el consumismo, el derroche. Corremos el peligro de autoengañarnos, de autojustificarnos; por eso es preciso revisar exigentemente nuestras actitudes, pedir al Espíritu sabiduría para situarnos y utilizarlos acertadamente.

La Palabra de Dios nos cuestiona: ¿Me siento arrastrado por la codicia? ¿Sufro de consumismo gastando el dinero en meros caprichos o lujos? ¿Tengo en cuenta, en la práctica, que el dinero es un bien social que he de compartir con los pobres? ¿Colaboro cuanto debo con instituciones humanitarias o de caridad? ¿A qué compromisos concretos me urge la Palabra de Dios que acabo de escuchar?

Jesús, con la parábola que hemos escuchado, nos invita a saborear la verdadera felicidad sin dejarnos tiranizar por el dinero ni por ningún otro ídolo. Estoy hablando de la felicidad de este mundo, no sólo de la del más allá. En el pecado de la idolatría al dinero está la propia penitencia.

Jesús invita a vivir la dicha de la pobreza: “Bienaventurados los pobres” (Mt 5,3) justamente porque la pobreza es un camino de liberación. La Madre Teresa de Calcuta repetía una consigna: *La fe es pobreza; la pobreza es libertad; y la libertad es alegría.*

LA VIDA ES UNA MISIÓN

19.º DOMINGO ORDINARIO

Sb 18,6-9; Hb 11,1-2.8-19; Lc 12,32-48

NUESTRA VIDA ES UNA MISIÓN

Decía el escritor portugués Saramago: “Sigo buscando, aunque sé que a mis años ya no encontraré”. Hace años el pensador y escritor italiano Augusto Guerriero escribió un libro: “He buscado y no he encontrado”. No deja de ser atormentador ir por los caminos de la vida entre tinieblas. No sólo muchos intelectuales sufren esta angustia y esta desorientación existencial, también el hombre de pueblo. Es triste escuchar: “No sabe uno para qué viene a este mundo... para sufrir y ver calamidades... y, total, después de él no sabemos si hay algo...”.

Nos presentaban en la prensa los resultados de una encuesta juvenil. El 22% de los chicos de bachillerato afirma dudar de la existencia de Dios, y más del 50% indica sin tapujos que no cree en la otra vida ni, obviamente, en la resurrección. Muchos se creen fruto y producto de una casualidad, producto ciego de la naturaleza. El mensaje que acabamos de escuchar de labios de Jesús es fascinante. Es todo un tratado sobre el sentido de la vida y de la historia. Yo no he caído como un meteorito, como fruto de la casualidad, sino que he sido llamado a la existencia por amor. El Dios de la vida y del amor me ha llamado con nombre propio para que forme parte de su gran familia que es la humanidad, para que sea un miembro activo. Alguien (¡Dios nada menos!) se fía de mí, me confía una misión, espera algo importante de mí.

DISTINTAS TAREAS, PERO LA MISMA DIGNIDAD

Al llegar a la edad del discernimiento y metido en esta enorme granja que es el mundo en el que hay multitud de tareas, he de preguntar al Padre de la gran familia humana: “¿Qué tarea me corresponde hacer?”. Al personaje de la parábola se le encarga el cuidado de los demás trabajadores, ser mayor-

domo de la casa. Cada uno de nosotros, si no lo ha hecho, ha de hacer el discernimiento de la voluntad de Dios.

El Señor encomienda una misión específica dentro de la Iglesia y dentro del mundo. No sólo llama y encomienda tareas concretas a las personas con misiones sagradas o a personajes con grandes responsabilidades sociales. No, Dios encomienda una tarea específica y da unos medios específicos a todos, absolutamente a todos. Tú has sido llamado a ser seglar cristiano, a ser casado, como el Papa a ser Papa. Y hay que entender que lo que dignifica a las personas no es la misión, la vocación o el estado en que uno está, sino el modo de cumplir esa misión; es mucho más digno ante Dios un buen barrendero que un mal rey; es mucho más digno ante Dios un seglar humilde e inculto, pero santo como san Isidro, que un obispo infiel. San Agustín testimonia que su grandeza no le viene por ser obispo, sino por ser cristiano, por ser hijo de Dios. Ese privilegio lo tenemos todos. Es más digno el que es mejor hijo de Dios y mejor hermano, el que más sirve.

TODA NUESTRA VIDA COMPROMETIDA

Esto implica una responsabilidad global de toda mi vida. Toda ella ha de estar dedicada y destinada a cumplir esa misión. Yo soy como el hijo que durante todo el día ha de colaborar en las tareas de la casa paterna. Para muchos ser cristiano significa obsequiar a Dios con unos ritos y unos ratos de la vida, como si dijera: "Dame tres cuartos de hora cada domingo y días festivos, algún ratito de oración cada día, alguna pequeña colaboración cada semana en alguna organización de la Iglesia, y el resto del tiempo es para ti, puedes hacer lo que quieras, con tal de que no sean travesuras".

Toda la vida ha de ser para Dios, para construir el Reino. Pablo recomienda: "Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, que sea para gloria de Dios y bien de los hermanos" (1Co 10,31). Cuando, movido por el deseo de cumplir la voluntad del Señor, estoy en la playa, también allí tengo que preguntarle qué espera de mí, en qué puedo servir, qué puedo hacer en esos momentos para que la sociedad esté un poco

mejor. Esto significa que tengo una misión que he de realizar no sólo en el templo, sino también en casa, en la calle, en la empresa... Eso significa que no existe el cristiano sólo de domingo, sino de toda la semana.

Desde esta perspectiva se comprende el hondo significado de la anécdota que se cuenta de san Luis Gonzaga. Estaba jugando con sus compañeros novicios, y de repente a uno se le ocurrió hacerle esta pregunta: "Luis, si te dijeran que dentro de una hora ibas a morir, ¿qué harías?". Él contestó con naturalidad: "Seguiría jugando".

El Señor tiene un plan prodigioso sobre la ciudad terrena, llena de escombros por las actitudes destructivas del pecado, de lugares de maleza, de fuentes contaminadas por desperdicios vertidos, de calles llenas de basura... Dios quiere para nosotros una ciudad limpia, llena de parques y miradores, una ciudad placentera. Lo que tenemos que hacer es una tarea conjunta de reconstrucción, de limpieza y de mejora, y también con personas que ignoran a Dios, que "pasan" olímpicamente de Él. La tarea que se nos encomienda es colaborar, echar una mano, hacer algo positivo. No basta con no hacer estragos, con decir al Señor. "Mira, no he roto un plato en la vida, ni una rama, ni un cristal... No he hecho nada malo"...

Cuando era chico, me encantaban los días que en el pueblo se llamaban de "hacendera". Hacendera era el trabajo comunitario para mejorar las condiciones del pueblo, las fuentes, los caminos, las arboledas, arreglar el tejado de la iglesia o la casa del Concejo. Fijado previamente el día, mediante un toque específico de campana se llamaba al vecindario. En la plaza del pueblo se reunía un representante varón de cada familia. En comitiva se dirigían al lugar del trabajo comunitario. A mí me parecía bonito que no se les exigiera a todos igual. En la brigada estaban ancianos que poco podían hacer, chicos, hijos de viuda, con quince años, hombres en plenitud de fuerzas, personas cualificadas que sabían un oficio; la colaboración era muy desigual, pero a cada uno se le aceptaba según sus posibilidades. Al final de la jornada, realizada la tarea propuesta, el alcalde les pagaba un refrigerio que se convertía en

una verdadera fiesta. A mí me gustaba aquello como algo muy humano. Esto es lo que ocurre en el Reino de Dios. Cada uno recibe distintas riquezas y posibilidades de acción, de creatividad. Jesús advierte que lo mismo ocurrirá al final de la jornada de la vida: “Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá” (Lc 12,48).

Hay muchos cristianos que tienen un concepto falso, mágico de la salvación, como si salvarse consistiera simplemente en aprobar un examen final. Uno puede estar muy preparado y saber muchísimo, pero si da la casualidad de que le preguntan lo poco que no sabe, si le sorprenden en un fallo, se perderá para siempre. Lo importante es el resultado global de la vida. Si el proyecto de Dios era que plantara en su Reino diez mil cepas o diez mil árboles frutales y plantó mil, ha sido un gran fracasado, aunque se salve. En cambio, puede que el proyecto de Dios para alguien fuera sólo la plantación de mil cepas o mil árboles, y éste habría cumplido enteramente su misión.

CONDICIONES PARA LA FECUNDIDAD DE NUESTRAS TAREAS

Para que las tareas que realizamos sean fecundas, para que enriquezcan nuestra personalidad y nos ayuden a crecer, son necesarias tres condiciones: 1.^a Que hagamos lo que *debemos hacer*. Si hemos de hacer las tareas de la casa, no podemos estar charlando con las vecinas en la calle; si hemos de realizar nuestra tarea en la oficina o en la fábrica, no podemos estar leyendo el periódico o paseando por las oficinas. 2.^a Que lo hagamos *como debemos* hacerlo, como Dios quiere, como lo requieren las personas para quienes realizamos la tarea o el servicio, sin incurrir en la chapuza, no por cumplir, sino con el esmero con que las haríamos si las hiciéramos para el Señor en persona. 3.^a Que hagamos nuestras tareas *por lo que debemos hacerlo*, por motivaciones generosas, por el deseo de servir, de ayudar, de proporcionar alegría, no por puras motivaciones económicas o egoístas, por ser valorados o alabados, por mera obligación, sino motivados y movidos por el amor (Col 3,17). Por eso, una gran pregunta de todo

seguidor de Jesús es: ¿Qué estoy aportando a mi entorno, al Reino de Dios, desde la misión que se me ha confiado? ¿Qué va quedando de mi paso por la tierra? ¿Qué herencia voy a dejar?

Al entregarnos no hemos de acobardarnos ante nuestra debilidad y lo arduo de la tarea. También a nosotros nos ha prometido el Señor la fuerza del Espíritu para poder realizarla (Cf. Hch 1,8). Una vez más hay que tener presente la consigna de san Agustín: “Hay que empeñarse y esforzarse en realizar fielmente nuestras tareas como si todo dependiera de nosotros y hay que confiar enteramente como si todo dependiera de Dios”.

Cuando se vive en esta dinámica de responsabilidad, se puede esperar con serenidad y gozo la vuelta del Señor, como aquel que tiene los deberes hechos y la tarea cumplida. San Agustín decía: “La esposa buena y fiel espera anhelante el retorno del esposo. La que tiene miedo a su retorno es porque le ha sido infiel, porque ha adulterado”. Esto es lo que sentía Pablo al final de su vida: “Me he mantenido fiel. Ahora me aguarda la merecida corona con la que el Señor me premiará en el último día...” (2Tm 4,8). Para que esto sea verdad, nuestra consigna ha de ser: Vivir con tanta entrega cada día *como si fuera el último* de nuestra existencia.

NO SE PUEDE SEGUIR A JESÚS IMPUNEMENTE

20.º DOMINGO ORDINARIO

Jr 38,4-6.8-10; Hb 12,1-4; Lc 12,49-53

¿SE CONTRADICE JESÚS?

¿No se contradice Jesús en el pasaje evangélico que acabamos de escuchar con respecto a otras afirmaciones suyas? ¿No se le denomina muchas veces “Príncipe de la paz”? ¿No pone el mismo evangelista en labios de los ángeles en Belén, como misión que trae el Mesías recién nacido: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres”? ¿No dijo a sus amigos: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”? ¿No les saludaba después de la resurrección: “Paz a vosotros”? ¿Cómo afirma entonces en el pasaje que acabamos de escuchar: *No he venido a traer la paz, sino la división, la guerra?*

La contradicción entre estos textos es sólo aparente. Lo que ocurre es que Jesús vino a traer la paz verdadera, que nace de la justicia y del respeto a los derechos humanos, la fraternidad, la paz honda del corazón, no lo que con frecuencia la sociedad llama paz.

Este texto de Lucas es la respuesta a una situación dramática vivida por muchos cristianos de su tiempo, debido a los conflictos que suscitaba en su propia familia la adhesión a Jesús de Nazaret; eran repudiados por los familiares que permanecían fieles a la antigua Alianza. Con lágrimas en los ojos, hace algunos años, en Uruguay, me vino a contar su drama un hijo único de judíos, a quien sus padres habían expulsado de casa porque se había ennoviado con una cristiana, hija de unos amigos míos. “Me están llorando como a un muerto”, me dijo sumamente preocupado. Lucas advierte a los cristianos con este pasaje que la persecución, de una clase u otra, hay que considerarla normal en el seguidor de Jesús.

Me decía una esposa cristiana delante de su propio esposo: “Nosotros vivíamos en paz... No había conflictos. Pero nadie podía respirar en casa sin permiso de mi marido... Empezamos a participar en unas reuniones de matrimonios. A

partir de ahí nos fuimos mentalizando. A pesar de todo, llegado el momento de decidir, tuve que envalentonarme muchas veces. Me hice oír; reclamé mis derechos. Hubo tiranteces y conflictos; fue la guerra que dijo Jesús que había venido a traer. Ahora vivimos en la paz verdadera, decidimos de común acuerdo y después de haber oído a los hijos”.

“HE VENIDO A TRAER FUEGO A LA TIERRA”

Afirma Jesús: “He venido a prender fuego en el mundo”. El fuego al que se refiere Jesús no es el ardor que a veces sentimos en el corazón cuando decimos que amamos a alguien; no es el fuego del entusiasmo. El fuego mesiánico de Cristo no es otro que el mismo Reino de Dios que conlleva en sí un elemento destructor, no de la obra del hombre, sino del pecado. No puede surgir una nueva estructura de vida si, previa o simultáneamente, no se destruye la estructura que oprime al hombre por dentro y por fuera. Hay que echar el vino nuevo en odres nuevos, lo cual supone desechar los viejos, y esto implica provocar un conflicto con los antiguos.

Cuando el cristianismo o sus comunidades no viven la novedad del Evangelio sino que se han convertido en un agregado más de la sociedad, con quien conviven pacíficamente, en buen entendimiento, sin oponerse a las estructuras que crean en la sociedad un estado de injusticia, de hambre, de violación de los derechos humanos, de violencia sobre los débiles, de cercamiento a las libertades, de adoración a los líderes... no tienen problemas. Recordemos las palabras de J. B. Metz: “Los cristianos en Europa nos enfrentamos al desafío más grave: Decidimos entre una ‘religión burguesa’ o un ‘cristianismo de seguimiento’”. Optar por este último es apuntarse al conflicto doloroso. Porque seguir a Jesús no significa huir hacia un pasado ya muerto, sino tratar de vivir hoy con el espíritu que le animó a él. Esto entraña inexorablemente complicaciones en la vida.

El seguimiento de Jesús implica casi siempre caminar “contra corriente” en actitud de rebeldía y ruptura frente a costumbres, modas, corrientes de opinión, que no concuerdan

con el espíritu del evangelio. Y eso exige no solamente resistirse a dejarse domesticar por una sociedad superficial y consumista, sino saber contradecir a los propios amigos y familiares cuando nos invitan a seguir caminos contrarios al evangelio. Esto constituye al cristiano en *hereje social*. Por eso, seguir a Jesús implica también estar dispuesto a la conflictividad y a la cruz, a compartir su suerte, aceptar libremente el riesgo de una vida crucificada como la suya sabiendo que nos espera la resurrección. Escribe Bernanos: “Cristo nos pidió que fuéramos sal de la tierra, no azúcar, y menos sacarina. Y no digáis que la sal escuece. Lo sé. El día que no escozamos al mundo y empecemos a caerle simpáticos será porque hemos empezado a dejar de ser cristianos”.

El mismo Jesús fue, como dice el anciano Simeón, “signo de contradicción” por ser fiel al Padre, a los hermanos, a la propia conciencia, a su misión. Él practicó y predicó con palabras y gestos la fraternidad, la igualdad, la dignidad humana, la religiosidad verdadera. Los aprovechados, los amos de la situación, no le perdonaron que pusiera en peligro sus privilegios y su prestigio. Por eso, inmediatamente estalla una guerra implacable y la división entre los partidarios y los enemigos del profeta revolucionario de Nazaret. Ya sabemos cómo terminó el conflicto, remachándole en la cruz como a un vulgar delincuente. No se puede ser discípulo de Jesús impunemente. Ya lo preanunció él: “Os perseguirán” (Mt 10,24).

NO SE PUEDE SER PROFETA IMPUNEMENTE

Seguramente habéis experimentado los latigazos en vuestras propias carnes por ser fieles al Señor, a la propia conciencia. No se puede “molestar” a los demás impunemente. Y se les molesta cuando se procede con criterios evangélicos, con criterios humanitarios. “El mundo os odiará porque no sois del mundo” (Jn 17,14), advierte Jesús. En un entorno en el que domina la mentira y la hipocresía, proceder con la sinceridad que recomienda Cristo provoca conflictos. Recuerdo las tensiones que tuvo que sufrir un amigo que ocupaba un puesto de responsabilidad en una empresa y que era, al mismo tiem-

po, miembro de una comunidad cristiana. Austero, fiel, cumplidor, era el primero en entrar al trabajo y el último en abandonarlo. Era exigente con los trabajadores que le rodeaban. Con su conducta rectilínea sembró la división de la que hoy nos habla Jesús. Unos no veían el día en que se jubilara; otros sufrían pensando en lo que pasaría cuando lo hiciera. Su conducta rectilínea sembró la división en la misma familia que sabía de las tensiones existentes en el trabajo: “¿Por qué has de ser distinto de los demás?, le reprochaban. ¿Por qué te empeñas en cambiar lo inmutable?”. “Ya me pueden hacer añicos, que no me apartarán de mi camino”, le oímos protestar en el grupo cristiano, al mismo tiempo que decía que se sentía feliz, que gozaba de una profunda paz interior, a pesar de todos los conflictos y acosos que sufría.

Un esposo cristiano-practicante reprochaba a su mujer muy sensibilizada y generosa con la causa de los pobres: “¿Quieres solucionar tú sola el problema de la pobreza, o qué?”. Ella le replicó: “¿Cuánto gastas tú en los bares y en tabaco? Eso mismo tengo derecho yo a gastar. Pero prefiero gastarlo dándoselo a los pobres. ¿Es que no tengo derecho?”. Le dejó sin palabra para siempre.

Sabemos que seguir a Jesús negándose al tráfico de influencias, a los enchufes, es crearse problemas con los familiares y amigos, tanto si te niegas a beneficiarte, como si te niegas a beneficiar. Por experiencia sabéis que en un ambiente de adulación e hipocresía no se pueden llamar impunemente las cosas por su nombre sin sufrir las represalias. Nadie puede negarse impunemente a la especulación, a los juegos sucios de su ambiente, de su empresa. Le reprochaban los hermanos a un cristiano practicante que quería proceder con honradez en la venta de unos terrenos: “Ya estás entorpeciéndonos con tus escrúpulos de conciencia”. Una abogada me confiesa: “Me ha dicho tajantemente el presidente de una sociedad de abogados: ‘O te dejas de escrúpulos o sobras en nuestra sociedad’”.

“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5,29), responde Pedro al Sanedrín que le quiere amordazar.

Hay que obedecer a Dios antes que al miedo, antes que a los criterios mundanos, antes que a las presiones de los familiares y amigos interesados y cómodos. Naturalmente que la vida es compleja y que hay que discernir la opción que se ha de tomar en cada caso, pero la consigna de Jesús es intangible.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Jesús nos da la paz o la guerra? Las dos cosas al mismo tiempo. Seguirle fielmente supone provocar la guerra y perder de alguna forma la paz con el propio entorno pagano y egoísta. Supone perder una falsa paz, una paz superficial; pero supone ganar otra paz, la de Jesús. Él ha dicho: “Mi paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo”.

LA PUERTA ESTRECHA DE LA CONVERSIÓN

21.º DOMINGO ORDINARIO

Is 66,18-21; Hb 12,5-7.11-13; Lc 13,22-30

“DIOS QUIERE QUE TODOS LOS HOMBRES SE SALVEN”

“A mí me duelen todos los hijos, me preocupan todos por igual”, decís los padres. Eso es lo que le sucede a Dios: “Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tm 2,4).

Dios es como el padre propietario de una empresa familiar que, como cuenta san Antonio María Claret del suyo, envía a uno de sus hijos a Barcelona, a especializarse en dibujo textil para modernizar la empresa familiar, para ayudar a sus hermanos a fin de que todos tuvieran trabajo. El padre favorece a uno de los hijos, pero no para su bien particular, sino para el de todos los hermanos. Nosotros somos de esos hijos de Dios especialmente agradados por la fe, por la pertenencia a la comunidad cristiana, por la participación en los sacramentos; pero hemos sido agradados no sólo en bien exclusivo nuestro, sino para que redunde en bien de nuestros hermanos. La Iglesia no es primordialmente la comunidad de los que se salvan, sino la comunidad de los que salvan.

La fe y la pertenencia a la Iglesia, más que un privilegio, es una responsabilidad ante los que nos rodean y una gracia para los demás; es un camino de humanización para nosotros y para los demás, pero no un salvoconducto mágico.

Ésta es la falsa seguridad que condena Jesús en muchos judíos de su tiempo. Creían que por la mera pertenencia genética al pueblo elegido y por la práctica formalística de los ritos religiosos ya tenían asegurada su salvación. Él recuerda que es imprescindible la conversión personal para poder experimentar la nueva vida.

Estremece pensar que se puede estar sociológicamente en la Iglesia sin Iglesia, sin ser pueblo de Dios. Es lo que viene a decir Juan Pablo II cuando habla con tanta insistencia de la nueva evangelización de los cristianos. ¡Qué contradicción

evangelizar a los cristianos! Si ya somos cristianos, ¿por qué se nos ha de evangelizar? Y si no somos cristianos, ¿por qué nos lo llamamos con tanta facilidad? Recuerdo que un amigo, cuando le preguntaban si era cristiano, al entender que su vida estaba lejos del Evangelio, siempre respondía: “Intento serlo”.

En nuestra parroquia hemos tenido una hermosa experiencia. Algunos cristianos nos contaron el proceso de su conversión. Se trata de cristianos que fueron toda su vida cumplidores, de misa dominical. Estaban tranquilos con su cristianismo de “cumplimiento”. Se apuntaron a un proceso catecumenal. Nos contaban con emoción cómo se encontraron con el Señor, con una nueva vida. Nos contaban cómo le parecía aquel cristianismo de entonces algo enteramente vacío. Era una gozada escucharles y ver el entusiasmo de su fe y la generosidad de su vida entregada al servicio de los demás. A mí me producían verdadera envidia.

“NO TODO EL QUE DICE: ¡SEÑOR, SEÑOR!...”

Jesús nos previene contra el engaño sutil de poner nuestra confianza en la sola praxis religiosa. Él es taxativo y afirma que se puede ser practicante sin pertenecer realmente al pueblo de Dios, sin gozar de las riquezas de la salvación o nutriéndose sólo con las migajas del banquete. Nos previene para que entendamos que la práctica religiosa no es más que un medio, no un fin.

Jesús advierte a los judíos practicantes: “Cuando llaméis a la puerta diciendo: ‘Señor, ábrenos’, y os replique: ‘No sé quiénes sois’, entonces comenzarán a decir: ‘Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñando en nuestras plazas’. Pero replicaré: ‘No os conozco; alejaos’...” Los que encuentran la puerta cerrada, los que llaman tarde y se autoexcluyen son, precisamente ellos, los invitados en primer lugar. Como afirma el mismo Jesús, muchos paganos les han tomado la delantera. En otro pasaje Jesús afirma: “No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, es decir, no todo el que reza, tiene sus devociones y cumple religiosamente ha entrado en el Reino de Dios y goza de sus riquezas, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).

Por obra y gracia del Espíritu Santo se está verificando sin duda una cierta purificación entre los “cristianos”, pero todavía existen muchos que confunden la Iglesia con una agencia de viajes al Paraíso y que los clientes pueden adquirir pases seguros con el cumplimiento dominical, con la devoción a un santo o a una virgen, haciendo alguna novena infalible, entrando en determinada institución, haciéndose socio de determinada obra de la Iglesia. Lo importante es “salvar el alma”, la de uno, se entiende. Para ello, hay que cumplir con lo estrictamente necesario, no dejar de lado ningún requisito de los llamados esenciales (comulgar alguna vez al año, misa dominical, etc.) y asegurar sobre todo el momento de la muerte para que no falte la asistencia del sacerdote. Se trata de una salvación mecanicista, muy en consonancia con el sentir del que le hizo la pregunta a Jesús.

LA SEÑAL DEL CRISTIANO

La verdadera señal de que somos discípulos de Jesús es la vivencia del amor: “Amaos unos a otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13,34-35). El Maestro garantiza con su palabra divina que, a los que den de comer al hambriento, de beber al sediento, cobijo al que está a la intemperie, los que estén al lado de su hermano en actitud de servicio, éstos sí podrán escuchar en el día del discernimiento final: “Venid, benditos de mi Padre, a poseer el Reino” (Mt 25,40). Sólo el que vive para los demás, vive el Evangelio y sabe lo que es la nueva vida traída por Jesús.

“Esforzaos en entrar por la puerta estrecha”, recomienda encarecidamente Jesús. A todos nos asalta tercamente la tentación de acomodar el Evangelio a nosotros. Pero Jesús viene a decir: “No acomodéis el Evangelio a vosotros, sino acomodaos vosotros al Evangelio”, “entrad por la puerta estrecha”, que da a una vida esplendorosamente nueva. La puerta del amor es, ciertamente, una *puerta estrecha*. Por eso, san Juan da como único síntoma verdadero, como única señal verdadera de vida, el amor: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14).

“Esforzaos”, dice Jesús. ¿En qué me he de esforzar?, ha de preguntarse cada uno: ¿En una vivencia más comunitaria de la fe? ¿En profundizar en el Evangelio? ¿En un compromiso mayor con la sociedad? ¿En hacer de la familia una “Iglesia doméstica”, una verdadera comunidad de amistad, de fe y de servicio? ¿En qué he de esforzarme más?

LA MESA REDONDA DE LA FRATERNIDAD

22.º DOMINGO ORDINARIO

Eclo 3,17-18.20.28-29; Hb 12,18-19.22-24a; Lc 14,1.7-14

PARÁBOLA DEL BANQUETE

El banquete del que habla Lucas evoca otro banquete, el de la última cena, en el que, según el mismo Lucas, los apóstoles, a codazos, querían copar los primeros puestos. Jesús les dará allí las mismas consignas que acabamos de escuchar ahora. Y, sobre todo, les dará la gran lección con su propio ejemplo. Después de que ellos se han peleado por los puestos en la mesa, él, el Maestro y Señor, se pone a hacer menesteres de siervo: les lava los pies (Jn 13,1-17).

El pasaje evangélico tiene también un mensaje de ascética individual; es una llamada a la humildad y al amor gratuito, pero, sobre todo, es un relato parabólico que contiene un mensaje para toda la Iglesia. El banquete al que asiste y que critica Jesús es el símbolo del judaísmo, de la sociedad pagana empecatada en su organización y desarrollo. Frente a este banquete lleno de rivalidades y envidias, Jesús propone el proyecto de un banquete fraternal.

Para el *mundo* (la sociedad humana mal organizada), los hombres no somos iguales de hecho, y se procura que esto quede bien claro. Por eso, en cualquier reunión de gente importante (dirigentes políticos, artistas, famosos, *gente de mundo*) se plantea siempre un problema que en esos círculos se considera grave: distribuir los puestos en los que cada cual se debe situar. Cartelitos con nombres y títulos: “señor”, “excelencia”, “señoría”... se colocan en las mesas, en los asientos... para que se mantengan las distintas categorías y las jerarquías sean siempre respetadas. Jesús, convidado a comer en casa de un fariseo, se da cuenta de que los invitados, según van llegando, se colocan en los puestos más importantes. Seguro que, con una falsa sonrisa en los labios, aquellos piadosos fariseos se daban algún que otro codazo para arrebatarse unos a otros el mejor puesto.

Jesús sabe que no se trata de un incidente irrelevante, sino que se revela algo más hondo, una cierta manera de entender la vida y las relaciones humanas: el querer *darse importancia*, el deseo de figurar por encima de los demás determinaba el comportamiento de aquellas personas y ponía de manifiesto que para ellos la vida era una competición y que, por consiguiente, consideraban a todos los demás como adversarios y *competidores*.

Por otra parte, Jesús se da cuenta de que los invitados de aquel banquete eran todos gente distinguida, bien ataviada, y que no había en las mesas parientes pobres ni amigos de infancia desafortunados, sino que todos son de la crema de la sociedad, que hacían ronda de banquetes, favores y padrinazgos. Jesús recrimina a una sociedad en la que sólo se sientan a la mesa del banquete los poderosos que, como dirá Juan Pablo II, apoyándose mutuamente, se repartirán los puestos de trabajo, los recursos económicos y los privilegios.

LA ALTERNATIVA CRISTIANA: BANQUETE DE HERMANOS

Ante esta situación, tristemente real en todas las épocas de la historia, Jesús invita, en primer lugar, a no entrar en este juego sucio en el que juegan muchos ciudadanos y muchas estructuras sociopolíticas y económicas. Invita a ser sal que escuece en esa herida de la injusticia. Los cristianos, con nuestra honradez, hemos de ser una acusación hiriente a este estilo mundano y pecaminoso de proceder.

Pero, además, Jesús invita a ser *comunidad-signo*, “comunidad-parábola”, maqueta conforme a la cual habría de edificarse la ciudad mundana. El Reino de Dios es aquel ámbito de la humanidad que está organizado según el proyecto de Dios y está simbolizado en los evangelios mediante la imagen de la fiesta de un banquete. En ese banquete no hay puestos de privilegio, y si se pone un asiento más alto o de preferencia, ese puesto es siempre para el más pequeño.

Para Jesús, la vida del hombre no es una competición, sino una maravillosa aventura, una tarea común: convertir este

mundo en un círculo de hermanos. Y ese proyecto resultaba incompatible con la mentalidad que reflejaba el comportamiento de los invitados a aquel banquete. No se puede tratar a un hermano como competidor. Por eso Jesús propone una actitud de verdadera humildad: renunciar al deseo de quedar por encima de todos, dejar de temer que el otro me arrebatase ese primer puesto que ya no pretendo y considerar que todos somos iguales y que no hay razón para que nadie busque sobresalir entre los demás.

Pero ¡cuidado!: la humildad cristiana no consiste en el desprecio de nosotros mismos ni en aceptar las injustas humillaciones a que nos intenten someter los otros. Humildad no equivale a sometimiento, de la misma manera que soberbia no equivale a libertad. La humildad cristiana, continuando con la imagen del banquete, quedaría representada en una mesa redonda, en la que no hay lugares de privilegio, sino que todos se sientan fraternalmente en un plano de igualdad. Pablo aconseja a los miembros de la comunidad de Filipos: “Cada cual considere humildemente que los otros son superiores” (Flp 2,3).

LOS POBRES SON EVANGELIZADOS

“Cuando des una comida o una cena –exhorta Jesús– no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a vecinos ricos, no sea que te inviten ellos para corresponder, y quedes pagado. Al revés, cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos, y dichoso tú entonces porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos”.

Todos sabemos muy bien que en la sociedad a los que se invita, ante todo, es a los que producen, a los rentables. Ésta es la praxis en las empresas, sindicatos, partidos, clubes y también en la gran mayoría de las familias. No se hacen invitaciones gratuitas, sino sólo en base al rendimiento. Se ignora al pariente pobre. El rico, el relevante, el famoso encuentra parientes por todas partes. Jesús pide a su comunidad, a su Iglesia, que gaste sus mejores energías en invitar, ante todo, a los inútiles, a los ignorantes, a los ineficaces, a todos los que

esta sociedad injustamente organizada ha dejado pobres, lisiados, cojos, ciegos, marginados, parados, analfabetos, hambrientos y empobrecidos.

“Los pobres son evangelizados” es la señal que da Jesús de que allí acontece el Reino de Dios (Lc 4,18): “Id a los caminos e insistid a los tullidos, ciegos, cojos y pobres que vengan al banquete”. El Reino de Dios no se realiza volcándose y gastando las energías en los influyentes, sino en los desatendidos y excluidos de la sociedad. Es lo que ocurría en la comunidad de Corinto: “Fijaos, hermanos, a quiénes llamó Dios entre vosotros: no a los intelectuales, poderosos, ni a las familias influyentes; todo lo contrario: a los necios según el mundo, a los débiles, a los plebeyos, a los despreciados” (1Co 1,26-29). Las comunidades cristianas son de verdad evangélicas cuando invitan insistentemente a su mesa a los pobres, a los desechados de los banquetes de la sociedad. Y no sólo son invitados, sino que son los preferidos en ella.

Ocurre en las familias de buenos sentimientos: ¡Qué conmovedor es ver al hijo, al hermano deficiente, mimado por todos sus miembros, especialmente obsequiado, paseado y envuelto en ternura por padres, hermanos u otros familiares, por la sencilla razón de que es el que más lo necesita. Y es que en una familia en la que todos se sienten solidarios, los privilegios se conceden al más pequeño, al más débil, al que no puede valerse por sí mismo. Entre los seguidores de Jesús, el amor se derrama con más generosidad en aquellos que más faltos están de él. Y estos privilegios tienen un objetivo muy concreto: compensar las desigualdades para que sea posible la igualdad.

Santiago exhorta y recuerda: “No asociéis con favoritismos la fe en nuestro Señor Jesucristo” (St 2,1-4). Y una afirmación revolucionaria de Jesús es: “No llaméis a nadie padre ni jefe ni maestro porque todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8). En una comida de hermanos nadie pretende ni a nadie se permite presidencia. “El que sea mayor entre vosotros, que sea vuestro servidor” (Mt 20,27). La comunidad de Jesús, el Reino de Dios, es el espacio en el que nadie es más que nadie. Los

padres de Montesquieu quisieron que su hijo “fuera bautizado en brazos de un mendigo, para que así supiera y recordara que todos los hombres, pobres y ricos, son hermanos”.

La comunidad de Jesús es la comunidad de los que se pelean, pero por servir, por ocupar el último lugar (Mt 20,26). Cuando Jesús pronunció la moraleja al final de su reflexión en el banquete, podía parecer una simple consigna teórica de un sabio. Ahora tiene todas las garantías de veracidad porque la vemos cumplida en el que se puso en el último lugar, que no vino a ser servido sino a servir (Mt 20,28). Jesús resucitado, plenamente realizado, nos dice inequívocamente, ahora desde su vida de resucitado: *El que se humilla será enaltecido, los últimos serán los primeros.*

VALOR Y PRECIO DEL TESORO

23.º DOMINGO ORDINARIO

Sb 9,13-18; Flm 9b-10.12-17; Lc 14,25-33

UN CAMINO PARA TODOS

Jesús camina hacia Jerusalén, el lugar del gran conflicto, donde residen sus mayores enemigos, la autoridad religiosa que le odia “a muerte”. El rabí de Nazaret lo percibe con claridad, pero no por eso renuncia a su ministerio profético, sino que camina animoso a meterse en la boca del lobo.

“Mucha gente acompaña a Jesús”, señala Lucas. Muchos de los que le siguen lo hacen ingenuamente; piensan que se va afianzando su popularidad que le llevará a hacerse con el poder político. Ante esta ingenuidad, Jesús “se vuelve hacia atrás” (Lc 14,25) para advertir al nutrido grupo de los que le siguen que no se hagan ilusiones de hacia dónde va y cuál es su camino. Sabemos que no llegan a entenderlo, porque cuando llegue la hora de la verdad, lo dejarán solo.

Jesús hace el viaje a Jerusalén enseñando a sus discípulos, señalando que, de la misma manera que le siguen físicamente, han de seguirle psicológicamente. Las consignas que da no son sólo para la élite, para el grupo de los Doce (“se volvió a la mucha gente que le seguía” (v. 25), sino para los seguidores de todos los tiempos. Lucas se las recuerda a las comunidades a las que dirige su evangelio. El Espíritu las propone como consignas para los cristianos de todos los tiempos.

A simple vista las exigencias de Jesús que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico parecen estremecedoras. Habla de posponer a él a los padres, mujer e hijos e, incluso, a uno mismo; habla de llevar la cruz, de renuncia a los bienes temporales. Jesús aparece como un exagerado en su pretensión de exigir a quien pretenda ser su discípulo.

Ciertamente su proyecto resulta un imposible absoluto en el orden psicológico si antes no se conocen las promesas, no sólo para el otro mundo, sino también para éste. Sólo si se conocen éstas, se puede estar dispuesto a pagar gustosa-

mente el precio tan alto que nos pone. Jesús promete una vida nueva, “nacer de nuevo” (Jn 3,3), “ser una criatura nueva” (2Co 5,17).

Confesaba un universitario convertido: “Antes de creer en Cristo estaba muerto”. Los convertidos de todos los tiempos viven su conversión como una resurrección (Cf. Ef 2,4). Jesús nos promete ser de verdad libres: “Si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres” (Jn 8,36). Así vive Pablo su adhesión a Jesús por la fe: como una experiencia de verdadera libertad (Cf. Gá 5,1). Jesús nos promete el verdadero gozo, la verdadera paz.

Jesús no comienza, pues, reclamándonos el precio de todo cuanto tenemos; comienza ofreciéndonos el tesoro del Reino, la perla incomparable que nos hará definitivamente ricos y dichosos (Mt 13,44).

“SI ALGUNO QUIERE SEGUIRME...”

Jesús no habla de un programa para escogidos, sino para todo cristiano. Y todos comprendemos perfectamente que las exigencias planteadas por Jesús no se reducen a una eucaristía dominical ni a unas prácticas morales o a algunas creencias, sino que se refieren a la globalidad de la vida, al talante, al espíritu con que hemos de vivirla. Jesús nos pide la orientación total de nuestra existencia, que hay que vivir desde el amor y el espíritu de servicio. Pero estas exigencias no son simplemente un precio que hay que pagar, sino la vivencia misma de la libertad, de una vida nueva, libre de la esclavitud de los ídolos.

Pero todo ello supone elegir a Jesús como el determinante último de nuestra vida. Significa estar animados por su Espíritu, sus sentimientos, sus afectos, sus criterios, su jerarquía de valores y actuar en la práctica movidos por ellos. Escribe Pablo: “Hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios” (Rm 8,14).

Existe un grave problema en el cristianismo de los llamados países cristianos. Seguimos a Cristo sin haberlo elegido con

una clara y consciente opción. Se nos bautiza a los pocos días de nacer, hacemos la comunión y recibimos la “confirmación en la fe” cuando apenas hemos llegado al uso de razón, y después... viene esa vida ambigua, sosa, híbrida, que es como si no se hubiera optado realmente por Jesús, pero con un barniz de cristianismo.

Cuando el cristiano, ya mayor, se plantea a fondo el problema, no parece tener más que una de estas opciones: abandonar la fe, lo que no deja de plantearle un problema de conciencia, pero, al menos, será un poco más auténtico que quienes eligen el segundo camino: ya que no hay más remedio, seguir adelante con la doble vida, con esa cosa híbrida que ni es seguimiento evangélico ni es nada, pero que, “por si acaso”, conviene tenerlo a mano para el “otro mundo”. Y está la tercera posibilidad, la que consideramos más madura: revisar ahora todo lo que implica seguir a Jesucristo, ver sus pros y sus contras, sus riesgos, lo que supone de cambio personal y social; analizar el Evangelio, pensar, reflexionar y finalmente decidir de tal manera que esta opción adulta y consciente no nos deje dudas sobre qué camino queremos seguir.

Muchos cristianos, de forma inconsciente, tal vez, rehúyen el planteamiento por miedo a las consecuencias. Con enorme lucidez reclamaba Kierkegaard un pronunciamiento claro y personal: “Que cada uno vea claramente lo que significa ser cristiano y elija con toda rectitud y sinceridad si quiere serlo o renuncia a ello. Que se advierta solemnemente esto: Dios prefiere que confesemos honestamente que no somos ni queremos ser cristianos. Ésta, quizá, es la condición que nos permitirá llegar a serlo verdaderamente; Dios prefiere esta confesión a la náusea de un culto que es burla de él”.

“SI ALGUNO NO POSPONE...”

Jesús afirma taxativamente: “Si alguno no pospone a su padre, a su madre, a sus hermanos... no puede ser discípulo mío”. No se trata, por supuesto, de rivalidad en el amor; no se trata de celos por parte de Jesús hacia los seres queridos, sino de preferencia de criterios a la hora de actuar.

Es evidente que a nivel sociológico se ha producido una adulteración en la vivencia cristiana. Por eso el Papa grita que es precisa una “nueva evangelización”; habla de la evangelización de los cristianos, de una catequesis de adultos que reeduce en la fe a tantos cristianos que lo son sólo sociológicamente. No hagamos caso, en absoluto, a un cristianismo facilón. No hay nada facilón en la vida. “El atleta, el deportista –afirma Pablo– tiene que someterse a duras dietas y entrenamientos fatigosos” (1Co 9,25). Tratar de rebajar exigencias es engañarse a sí mismo.

No tienen por qué asustarnos estas exigencias. Cuando alguien sabe bien lo que quiere no le duelen prendas. Por otra parte, no se pretende que el proyecto de Jesús y sus exigencias radicales sean una realidad desde el primer día en que decidimos seguirle. Más bien se trata de una meta, de un proceso que hay que vivir en constante progreso. La tentación que sentimos todos es que, como se ve difícil, se rebajen las exigencias hasta deformar el Evangelio. Hay un cristianismo desfigurado en muchos “pseudocristianos”, tal vez por falta de formación. No hay que olvidar que ser cristiano verdadero no es sólo una aventura “mía”, sino del Espíritu con nosotros. Hagamos, pues, nuestra esta oración audaz de un gran creyente de nuestros días: *Señor, no me des cargas ligeras; dame espaldas anchas.*

ESTAR EN CASA Y SER DE CASA

24.º DOMINGO ORDINARIO

Ex 32,7-11.13-14; 1Tm 1,12-17; Lc 15,1-32

JESÚS, ROSTRO DE DIOS

Aunque Lucas sólo hubiera descrito esta parábola, bastaría para cambiar todo un esquema teológico. Recordemos que Jesús narra estas parábolas respondiendo a las murmuraciones de los escribas y fariseos: “Ése acoge a los pecadores y come con ellos”. Según los escribas y fariseos, los pecadores habrían de convertirse y cambiar de vida para poder ser acogidos; pero Jesús cambia radicalmente su relación con ellos: Sale a su encuentro, los acoge, los ama y come con ellos. Y es precisamente ese amor gratuito y misericordioso el que les convierte. Jesús justifica su amistad con los pecadores en el mismo comportamiento que tiene el Padre del cielo que hace salir el sol sobre buenos y malos... Eso es lo que quiere significarnos con las parábolas de la misericordia.

Esto es lo más sublime y conmovedor que se puede escuchar sobre Dios. ¿Cómo es Dios?, se preguntan los hombres con frecuencia. Como ese padre, un poco infeliz, del pródigo, como el padre-todo-corazón que nos pinta Jesús. ¿Cómo es Dios? Como Jesús de Nazaret, un hombre enteramente bueno, al que se le pegan, le tiran del manto, de las manos y los pies, los que llevan a rastras su cuerpo y su alma. Dios es ese profeta que abraza a esa pecadora pública que le unge los pies en una comida ante el asco de los demás comensales, que abraza a la adúltera a la que quieren ejecutar a pedradas. Dios es el profeta Jesús de Nazaret que estrecha entre sus brazos y se sienta a la mesa con Mateo y Zaqueo, dos hombres malditos, traidores, vendidos al opresor. ¡Increíble! “Quien me ve a mí, Felipe, está viendo al Padre” (Jn 14,9). No nos imaginamos el caudal de teología consoladora y radicalmente revolucionaria que llevan las parábolas que hemos escuchado...

RICO VIVIENDO EN LA MISERIA

Pero quizás esa acogida llena de ternura y de perdón no es sólo para el conocido, el familiar que vive disolutamente, para el descreído o el alejado de la fe que pasa de la Iglesia, de sacramentos y de toda expresión o celebración religiosa. Ese pródigo o ese hermano mayor del pródigo puedo ser yo, a pesar de mi vida aparentemente irreprochable y cumplidora. Se puede vivir en la miseria, estar hambriento, harapiento y desnudo, estando sociológicamente en la casa paterna (en la Iglesia) “cumpliendo” con las obligaciones.

Jesús abre sus brazos y ofrece su abrazo y la fiesta del perdón a dos clases de personas: a los *perdidos* que, tal vez, creen que no tienen perdón; son los que están sociológicamente fuera de la casa paterna, de la Iglesia; y a los *cumplidores*, a los que estamos sociológicamente dentro de ella, pero como en una pensión, viviendo miserablemente en una casa paterna rica. Nuestra situación, a nivel individual, familiar y comunitario, puede encarnar la de las Iglesias de Asia Menor, a las que amonesta severamente el Señor: “Tú dices: ‘Soy rico, tengo reservas y nada me falta’. Aunque no lo creas, eres desventurado y miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap 3,15-18).

El cristiano cumplidor pero mediocre, interesado, desafecto, encarna tristemente la figura de los dos hermanos. Por una parte vive miserablemente en casa rica. Tiene manjares succulentos y vinos de solera, tiene la Palabra, la Eucaristía, el testimonio de los grandes creyentes, la oración, pero no sabe saborear, tiene el gusto estragado y prefiere los potingues y golosinas que no alimentan y dañan la salud: “Todo eso no me dice nada; lo hago por cumplir”... Está igualmente anémico porque está inapetente. Por lo demás, tiene también preferencias por los vestidos estrafalarios y rotos. Su vida es triste, realiza su tarea refunfuñando y con espíritu mezquino, no por amor. El hijo mayor, además de arrastrar una pobre vida, de ser un triste jornalero en la casa de su padre, es altanero, desprecia al hermano y lo excomulga; no quiere de ninguna manera compartir la mesa con ese “sinvergüenza”... Es lo mismo que profiere el fariseo de la parábola: “No soy como los demás:

ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese publicano...” (Lc 18,11-12). Lucas pone este toque en la parábola haciendo referencia, sin duda, a la situación de prejuicio y desprecio a los pecadores convertidos, como se señala en numerosos pasajes evangélicos. Como impuros, eran rechazados en el culto. Lucas alerta y previene con esta y otras parábolas para que no se repita en las comunidades cristianas la actitud hipócrita del fariseísmo. Existe el riesgo del puritanismo entre los cristianos cumplidores y comprometidos. Con frecuencia se mira con cierta prevención y se marcan distancias a los convertidos de la indiferencia, de una vida licenciosa o disoluta. Cierran filas a veces los grupos integrados por católicos de siempre (no pocas veces, de nunca), se les escucha hablar con reticencia, son duros con los convertidos; hasta parece que su integración comporta un cierto desdoro social. “Los católicos de raza son ellos”.

HUÉSPED EN LA PROPIA CASA

El testimonio del *regreso del hijo pródigo* de nuestros días está recorriendo el mundo, provocando el regreso a casa de otros muchos pródigos. El hijo pródigo es nada menos que un sacerdote ejemplar, un teólogo de varias universidades norteamericanas. Se llama Henri Nouwen. Todo empezó por el hechizo que ejerció sobre él el cuadro de Rembrandt titulado “El regreso del hijo pródigo”. De la contemplación artística pasó a la contemplación espiritual hasta penetrar en el mensaje tan emotivamente encarnado en los colores temblorosos del pintor. Henri Nouwen descubre en su morosa meditación que nunca ha entrado de verdad en el hogar; que, a pesar de su condición de sacerdote y de teólogo, no ha sido más que un miserable ganapanes en la casa de su padre, que no ha gustado del calor del fogón ni del abrazo entrañable del padre, de la madre y los hermanos, ni de la abundante mesa familiar. Reconoce que ha vivido pensando en sí mismo, que se había hecho centro de su propia vida, que no había soñado más que en llenar el estómago con las algarrobas de sus pequeños éxitos y satisfacciones. Se desencadena en su vida una increíble revolución que lo cambia todo: Ya no quiere pensar en sí, sino

en los demás; ya no quiere buscar sus éxitos y comodidades, sino servir a Cristo en los humildes.

No. No se trata de un cambio que quede reducido a sueños fantasiosos. No. El eminente teólogo de Harvard y otras universidades norteamericanas es ahora un miembro de una de las *Comunidades del Arca* de Jean Vanier, comunidad constituida por deficientes mentales, a los que sirven y ayudan. Y ahora dice que sí cree que está en el hogar paterno. Ahora sí que ha encontrado la felicidad del hogar que antes buscaba en una vida ambigua entre las pequeñas satisfacciones mundanas y una aburguesada tranquilidad de conciencia de quien se siente un funcionario cumplidor. Confiesa que, con su conversión, ha iniciado una vida nueva.

¿No estaré necesitando yo una conversión similar? ¿Cómo discernir si gozo del hogar paterno o necesito entrar en él? El hermano mayor no vivía la intimidad del hogar porque confundía a su Padre con un amo que “da órdenes”. El hijo *actúa desde el amor*. ¿Procuró “complacer gozosamente a Dios”, como tantas veces aconseja Pablo? El hermano mayor se atiene a lo mandado: “No he quebrantado ni una sola orden tuya”. El empleado pregunta: ¿Qué es lo que estoy obligado a hacer? El hijo, en cambio, pregunta: ¿Qué quieres que haga? (Hch 22,10). El hijo vive en una actitud de *generosidad*. El hermano mayor, enojado, pasa factura al padre: “Te he servido con fidelidad todos los días trabajando de sol a sol y no me has dado ni un cabrito para merendármelo con los amigos”... Quiere la propina. Y como no vive el calor del hogar, va a buscar la fiesta fuera con los amigos. ¿Le paso factura a Dios o vivo una religiosidad gratuita? ¿Nos sentimos suficientemente recompensados con luchar por su Reino y ayudar a los hermanos o nuestra religiosidad está contagiada de mercantilismo? ¿Vivimos el calor de la amistad entre los hermanos en la fe, en el hogar, o el templo es para nosotros un restaurante donde cada uno come a solas en medio de muchos?

EL CAMINO DE REGRESO

“Entrando dentro de sí” (Lc 15,17), anota Lucas. Había estado, por lo tanto, fuera de sí, exiliado de sí mismo. Con este

entrar dentro de sí comenzó la conversión del pródigo y su salvación.

Es preciso agregar algo sobre el *perdón* de los pecados. En la parábola no se dice que el padre perdonó al hijo; al contrario, la parábola supera ese concepto demasiado enmarcado en un contexto de infantilismo. Pero sí dice el padre: “Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. El perdón no es algo que se otorga o se recibe, sino algo que se construye, porque es la vuelta al amor profundo y duradero. Perdonar y ser perdonado significa volver a amar; el perdón es la síntesis de dos amores: un amor muerto que resucita y un amor fiel que recibe.

En la parábola es el padre el que organiza el banquete y la fiesta para celebrar el retorno. “Hay en el cielo más alegría por un pecador que se convierte –asegura Jesús, que sabe bien lo que pasa en el cielo– que por noventa y nueve justos que perseveran”. El padre no puede ser feliz sin nosotros, sin nuestra felicidad; es lo que le ocurre a todo padre y a toda madre, pero más todavía a Dios. En encuentros con Jesús y conversiones, como en el caso de Mateo y Zaqueo, son los propios convertidos los que, explotando de gozo, sienten la necesidad de celebrarlo con un banquete y una fiesta. Los que han dado el paso de la conversión aseguran que no nos imaginamos la dicha íntima que nos aguarda si nos decidimos al cambio...

LA MEJOR INVERSIÓN

25.º DOMINGO ORDINARIO

Am 8,4-7; 1Tm 2,1-8; Lc 16,1-13

ACLARACIÓN IMPRESCINDIBLE

Es preciso aclarar que Jesús, en la parábola, no hace un elogio de la corrupción al alabar la sagacidad del administrador negligente y malversador. El administrador no es un corrupto, sino un mal gestor. Como comúnmente ocurre en su tiempo, el administrador no cobra sueldo, sino que su ganancia consiste en quedarse con un porcentaje de lo vendido; cobra en especie. Los cincuenta barriles de aceite y las veinte fanegas de trigo que perdona a los deudores de su amo son su propia ganancia, no son bienes del amo. Jesús alaba la previsión, la buena inversión del administrador, que con pequeñas donaciones sabe granjearse amigos en los que confiar y a los que poder acudir en tiempos de dificultad.

Que éste es el verdadero sentido de la parábola, se deduce de la conclusión de Jesús, que viene a decir en resumidas cuentas: “Ganaos amigos con el dinero para que cuando ya no podáis disponer de él, vuestros socorridos os echen una mano y sean vuestros abogados para entrar en la vida eterna”.

LOS “MUNDANOS” Y LOS HIJOS DE LA LUZ

Jesús hace una acusación bastante dura a los “hijos de la luz”, a sus seguidores: “Los hijos de este mundo (los mundanos) son más astutos que los hijos de la luz”. Ciertamente, a cualquier responsable de parroquia o de una comunidad cristiana le provoca envidia ver el entusiasmo de muchas personas por causas temporales: negocio, carrera, partido político, deporte... Se rompen por ellos.

Los hombres son mucho más diligentes y cuidadosos en las organizaciones temporales que cuando se trata de las instituciones de Iglesia. En la cooperativa, en la comunidad de vecinos, a nivel de intereses laborales, la gente se preocupa,

participa, se mueve, incluso a nivel de organizaciones deportivas. Para las causas humanitarias y para las organizaciones de Iglesia querría yo el entusiasmo de muchos por su club deportivo. ¡Qué ardor, qué sacrificios, cuánto tiempo gastado pendientes del triunfo del propio equipo! Con respecto a las instituciones humanas, proyectamos y hacemos balance; cuando se trata de instituciones de Iglesia, con frecuencia, todo se hace a la buena de Dios, pecamos de chapuceros. No proyectamos con la debida seriedad, no revisamos con exigencia a lo largo del curso, no hacemos balance. A mucha gente cualquier tiempo empleado para trabajar por el Reino, le parece excesivo. ¿Cuál es “mi”, “nuestro” nivel de corresponsabilidad en la colaboración con instituciones u organizaciones eclesiales, humanitarias o promocionales?

Un pensador de nuestros días afirma rotundamente: “Cuando alguien no es capaz de morir por una causa es porque: o la causa es mezquina o es mezquino el que la defiende”. Sabemos que la causa que defendemos, de mezquina, nada, ya que está garantizada por el mismo Dios.

“MENS SANA IN CORPORE SANO”

Quizás en nosotros se da también ese desequilibrio en el sentido de que nos ocupamos y preocupamos mucho más de aspectos económicos, laborales, corporales, que de lo que afecta a nuestro espíritu. Es encomiable preocuparse por superarse profesionalmente pero no podemos olvidar que al menos esta misma solicitud hemos de tener para crecer como personas interiormente, como cristianos. ¿Aprovechamos las ocasiones que se nos brindan? Es loable luchar por *tener*, por producir, por ser eficaces, pero mucho más interés hemos de poner por *ser* cada día más y mejores.

Sin duda, es encomiable el cuidado del cuerpo, de su belleza, de la salud. Es una urgencia cristiana. Y generalmente se es consecuente con ella. ¡Cómo se vigila el peso! ¡Cuánta preocupación en muchos por la gimnasia, por el *footing*, por el deporte, por mantener equilibrados los elementos del cuerpo! Cuidamos el colesterol, la diabetes, la tensión, el corazón.

Insistentemente vamos al médico, tomamos las medicinas, guardamos el régimen, nos atenemos a la dieta... Este mismo esmero, preocupación y control hemos de tener con respecto a la salud del espíritu, que en definitiva es la que más importa. ¡No me importaría demasiado tener un cuerpo enclenque y una salud quebradiza como en el caso de Juan de la Cruz o de Teresa de Lisieux, si es que tuviera un espíritu lleno de vida. Ya santa Teresa lamentaba: “Con qué esmero cuidamos nuestros cuerpos que un día se han de romper y qué poco cuidado tenemos del alma que es incorruptible”.

Debe ser mayor el cuidado por la salud de nuestro espíritu que por la salud del cuerpo. ¿Nos preocupamos de hacer análisis, radiografías de nuestro espíritu para reconocer las enfermedades, las patologías que nos aquejan? ¿Qué “deformaciones” sufrimos? ¿Qué intoxicaciones padecemos? ¿Qué reumas del alma nos tienen entorpecidos? ¿Qué grado de vitalidad hay en nosotros?

“GANAOS AMIGOS CON EL DINERO”

Jesús no sólo invita a tener al menos la misma preocupación de las cosas del Reino, de la salud de nuestro espíritu, de los valores trascendentales, que de los bienes temporales y corporales, sino que nos invita a invertir éstos en favor de los imperecederos. “Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, cuando en la vida trascendente no circule, os reciban en las moradas eternas”. Es la inversión más lucrativa: comprar los bienes eternos con bienes temporales, como aquel que con escaso gasto compró un gran tesoro, una perla de gran valor (Mt 13,44).

Cuando habla Jesús de adquirir bienes eternos con bienes temporales no se refiere exclusivamente al dinero, sino a todos los bienes a nuestro alcance: bienes económicos, tiempo, esfuerzos, salud, comodidad. ¿No es algo verdaderamente fascinante que entregando el tiempo al servicio de los demás, a colaborar en causas humanitarias, crezca yo por dentro, ayude a los demás a crecer y crezca el Reino? ¿No es verdaderamente impresionante que dando una ayuda económica me enriquezca yo interiormente?

¡Qué gran sabiduría y acierto los del beato Damián que se juega la salud en servicio de los leprosos! ¡Qué gran sabiduría y acierto los de R. Follereau que entregó sus bienes, tiempo y energías para erradicar la lepra! ¡Qué gran sabiduría y acierto los de la madre Teresa de Calcuta que gastó su corazón y acortó su vida terrena en servicio a los pobres más pobres! ¡Qué gran sabiduría y acierto los de tantos cercanos a nosotros que hacen lo mismo en el más absoluto silencio y anonimato! Jesús, el Maestro, nos invita a la sensatez: “Procuraos tesoros que no roban los ladrones...”.

La conclusión de esta parábola es absolutamente seria. Por eso se añaden dos advertencias que aplican y mantienen su sentido. La primera indica que es preciso ser fieles en lo poco a fin de recibir después lo grande. Dios nos ha encomendado lo pequeño de la tierra, los bienes materiales; como buenos administradores tenemos que utilizar ese depósito de acuerdo a la voluntad de su dueño, como un medio de amor y de servicio. Sólo entonces vendrán a confiarnos el auténtico tesoro, el verdadero don de Dios, el Reino. Esto significa que la plenitud escatológica (o Reino) no se encuentra separada de la vida; se realizará a través de nuestro encuentro con los otros, de acuerdo con el uso que hagamos del dinero.

Por lo demás, la parábola pone de relieve la presteza con que el mayordomo se puso a actuar, aprovechando el plazo de tiempo que le dio su señor. En esta indicación hay que descubrir una llamada a aprovechar urgentemente el tiempo que se nos da para asegurar nuestro futuro en la culminación de la vida.

Juan de Dios recorría la ciudad de Granada con dos ollas colgando de un yugo recogiendo alimentos para los pobres del hospital que había fundado. Gritaba: *¿Quién quiere hacerse bien a sí mismo?* Esto es lo que nos pregunta ahora el Señor: “¿Quién quiere hacerse bien a sí mismo?”. Él, desde luego, nos promete: “Ni un simple vaso de agua quedará sin recompensa” (Mt 10,42). Que a la hora de la verdad no tengamos que decir dándonos un manotazo en la frente: ¡Qué tonto he sido! ¿Por qué no habré invertido más en valores evangélicos?

EL RICO POBRE Y EL POBRE RICO

26.º DOMINGO ORDINARIO

Am 6,1a.4-7; 1Tm 6,11-16; Lc 16,19-31

PARÁBOLA DENUNCIADORA

Con esta parábola Jesús refleja la situación social de Palestina que él mismo ha comprobado con sus ojos en sus itinerancias misioneras. Había visto personas y familias que vivían demasiado bien, que derrochaban, mientras que otras muchas personas y familias pasaban mil penalidades y deseaban las migajas que caían de la mesa de los ricos. Con esta parábola el rabí de Nazaret denuncia proféticamente estas injusticias, como lo había hecho anteriormente Amós. Lo que agrava la iniquidad es que los escribas y fariseos bendicen la situación desde la interpretación egoísta e interesada de las Escrituras. Porque, ¿no afirmaban los libros sagrados que la riqueza es un premio que Dios concede a sus fieles? (Pr 10,22; 22,4; Job 1,21). Cuando Jesús concluye la parábola del administrador infiel y previene que no se puede servir a dos señores, los fariseos, “que son amigos del dinero, se burlaban de él” (Lc 16,14-15), al tiempo que pensaban cuánto les daría la viuda de turno cuando fueran a rezar con ella por su marido (Lc 20,47). A esas burlas, a ese cinismo, responde Jesús con esta parábola; no la dirige a sus discípulos, sino a los fariseos. Y, al mismo tiempo, alerta a los seguidores de todos los tiempos sobre el peligro de la vida de consumo y del derroche pasando inadvertidamente ante los “pobres lázaros” que encontramos en el camino. No se trata sólo de una denuncia contra los excesos de los grandes ricachones.

Evidentemente esta parábola tiene aplicación al hombre de clase media de hoy, con más posibilidades de consumo y bienestar que los grandes ricachones del tiempo de Jesús. La parábola es también una voz de alerta para nosotros. Hablar de la sociedad de hoy como de una sociedad de consumo y de derroche es una perogrullada. Todos nos hemos convertido en devoradores de productos. Comprobamos cada día que el consumo y el derroche que nos ofrecen los distintos medios,

nos tiantan, tiran de nosotros para que nos unamos a la marcha. ¡Ésta sí que es miseria espiritual, más dramática que la material del pobre Lázaro! Es preciso aclarar para no incurrir en malentendidos: Al rico se le condena por no recibir la vida como un don y no ofrecer ayuda al pobre hambriento que se consume precisamente al lado de su puerta.

EL RICO POBRE

Jesús pone de relieve en esta parábola la gran pobreza del que busca su seguridad y pone su dicha en el buen vivir que le proporcionan los medios económicos. Hay un detalle significativo en la parábola que no es fácil percibir. Intencionadamente Jesús pone nombre al pobre, se llamaba Lázaro, pero deja sin nombre al rico. Comúnmente se le denomina “epulón”, el rico “epulón”; pero éste es un nombre común que se le ha puesto posteriormente para enunciar la parábola; la palabra griega “epulón” significa “banqueteador”, aludiendo a su forma opulenta de vida. Jesús al mantenerle anónimo quiere indicar su irrelevancia, lo poco que era ante Dios.

Hay que señalar también que la miseria interior del rico no provenía de que fuera un estafador o un ladrón; el pecado que Jesús denuncia en él es la omisión. En medio de su vida sibarítica pasa de largo ante el pobre Lázaro. Jesús señala que la abundancia, el consumismo y el derroche *ciegan* a la persona, la insensibilizan. El epulón ni se percata ni se preocupa cuando vuelve de su paseo de que, llagado y tendido a la puerta, está el pobre Lázaro. Me parecen semejantes a él quienes dicen con toda naturalidad: “Si hoy gracias a Dios no hay pobres, si sólo pasa necesidad el que quiere; toda la gente vive bien”.

El rico epulón pide a Abrahán que envíe un muerto a prevenir a sus hermanos, para que no cometan su misma insensatez. Abrahán le contesta: “Ya tienen a Moisés y a los profetas. Que los escuchen. Si no los escuchan, no harán caso ni a un muerto que resucite”. Jesús quiere señalar con esta expresión que el empachado de bienes y satisfacciones se vuelve *sordo* a los mensajes de Dios, impermeable a ellos.

Del rico se asegura que bajó al infierno (el “hades”). Esto significa que su vida ha terminado en el fracaso. Se ha encerrado en su interés y en su riqueza de tal forma que al llegar ante la luz de Dios, que es don de amor, se encuentra inútil y vacío, condenado. Ha elegido una forma de existencia que es contraria al misterio de Dios y de la vida.

Jesús pinta sus parábolas con colores fuertes y reproduce situaciones-límite para que resalte más su mensaje. Está claro que entre nosotros no hay quien haga llegar su embriaguez de consumismo y bienestar a las escandalosas extralimitaciones del rico epulón; pero pienso que todos tenemos algo de epuloncitos. Los cristianos sensibilizados que vienen del Tercer Mundo sienten compasión hacia nosotros por la fiebre consumista que padecemos. Dicen los economistas que con los desperdicios de comida de Europa habría para alimentar a toda una nación africana. Como en el caso del rico epulón, se prefiere a veces tirar al mar los excedentes para que no caigan los precios antes que dárselos a los pobres. A través de la parábola el Señor me interpela: ¿Derrocho? ¿Me arrastra la corriente consumista? ¿De qué gastos podría prescindir?

LA MÍSTICA DEL AMOR AL POBRE

Con respecto a Lázaro, el pobre, hay que decir que Jesús no le exalta por el mero hecho de ser económica o sociológicamente pobre, sino por sus actitudes interiores. En este sentido, el pobre es rico. La situación social de pobreza no es ningún seguro de salvación eterna. Si así fuera constituiría un verdadero pecado contra el pobre el redimirle de su situación; Jesús recuerda que nuestro amor hacia él nos urge a liberarle de su situación inhumana.

Esa mística consiste esencialmente en vivir el servicio a ellos como un privilegio, como una dicha, como un honor, que no nos merecemos, como tantas veces repetía de sí misma la madre Teresa de Calcuta. Ayudar a los pobres material y espiritualmente, más que un deber, es un privilegio, porque Jesús, Dios hecho Hombre, nos ha asegurado: “Cuanto hagáis a uno de estos hermanos míos, me lo hacéis a mí” (Mt 25,40). Frente

a la fiebre de “tener”, de “consumir”, de “gozar” que domina en gran medida a la sociedad, el cristiano ha de vivir la mística del *compartir*, la mística de la solidaridad.

Así como muchos se pelean por acercarse a los famosos, recabar sus firmas, fotografiarse con ellos, honrarse con su amistad, los cristianos hemos de rivalizar por hacer lo mismo con los pobres, rivalizar por servirles, estar a su lado, gozar de su compañía, ya que ellos son presencia de Cristo (Mt 25,40).

Decía san Antonio María Claret: “Dios me ha dado una especial ternura hacia los pobres. Y ellos se dan cuenta de que les quiero de verdad”. Siendo confesor de la Reina Isabel II, una muchedumbre de ellos copaba la escalera de acceso a su despacho durante la hora de audiencia. Le decía al Hermano de su congregación que vivía con él y que quería ponerle un vasito de vino para ayudar a su salud: “H. José, hay que ahorrar más para poder dar más a los pobres”. Lo decía él que llevaba una vida austerísima. “¿Cuál es su mayor dicha?”, le pregunta un periodista a la madre Teresa. “La de servir a los pobres, porque esto me permite estar veinticuatro horas con Jesucristo, encarnado en ellos”.

“HAY MÁS DICHA EN DAR QUE EN RECIBIR”

“¿Cuándo acabará el hambre en el mundo?”, le pregunta un periodista a la madre Teresa. “Cuando usted y yo compartamos más”, respondió al instante. Es necesario compartir. Pero no es suficiente. En el comunicado final del Sínodo sobre los laicos dicen los Padres sinodales: “El Espíritu nos lleva a descubrir más claramente que hoy la santidad no es posible sin un compromiso con la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos. El modelo de santidad de los fieles laicos tiene que incorporar la dimensión social en la transformación del mundo según el plan de Dios”. No se puede decir nada más preciso y más autorizado.

Hay una religión que sigue captando adeptos cada día. No es nueva. No se presenta como una religión institucionalizada, pero tiene sus sumos sacerdotes, sus libros sagrados y sus

lugares de culto: las tiendas donde se compra no lo que hace falta, sino lo que está de moda, los bancos donde se guarda el dinero y las bolsas donde se juega con las acciones. En el altar de esa nueva religión se sacrifica todo por tener y acumular más. Hay demasiada gente que ni siquiera disfruta de lo mucho que ya tiene. Su único interés es acumular más y más.

Mafalda, la niña ingeniosa dibujada por Quino hace años en Argentina, denunciaba: *Es absolutamente imposible amasar una fortuna sin hacer harina a los demás*. Muchos hermanos nuestros son sacrificados en ese altar y pasan su vida sin tener acceso a lo más mínimo para vivir dignamente. ¡Ojo! No vaya a ser que muchos de los que nos decimos cristianos vayamos los domingos a misa y los demás días sacrifiquemos en el altar de este ya antiguo ídolo. Jesús dice: *No podéis servir a Dios y al dinero* (Mt 6,24). Es preciso luchar proféticamente contra este ídolo devastador.

“¡AUMÉNTANOS LA FE!”

27.º DOMINGO ORDINARIO

Ha 1,2-3; 2,2-4; 2Tm 1,6-8.13-14; Lc 17,5-10

EL ERROR DE CREER QUE SE CREE

Los apóstoles se dan cuenta, al lado de Jesús, al ver su confianza total en el Padre, que su fe es una llamita vacilante y, con todo anhelo, le suplican: *Señor, auméntanos la fe*. Jesús, al escuchar su petición, no atenúa su confesión: “Hombre, no es que sea enteramente madura vuestra fe, pero, bueno... es aceptable”. No, al revés, les echa en cara que tienen una fe tan diminuta que no alcanza ni el tamaño de un grano de mostaza, que es como la cabeza de un alfiler. “Porque, aunque no fuera más que de ese tamaño, haríais verdaderos milagros...”. Pero si participan en las celebraciones de la sinagoga, si rezan los salmos, si son gente piadosa, si son buenas personas... Pues, a pesar de todo, les echa en cara su falta de fe. Y no sólo en este momento, sino en repetidas ocasiones; por ejemplo, cuando pierden la esperanza en la tormenta del lago de Tiberíades, les increpa: *Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?* La misma recriminación les hace cuando no son capaces de liberar al endemoniado que le presentan para que lo curen. Esta situación de los apóstoles ha de provocar en nosotros una sospecha. A pesar de las oraciones y de la vida piadosa, a pesar de mis cumplimientos y de mi vida decente, ¿tendré yo también una fe tan diminuta que no alcanza el tamaño de un grano de mostaza?

Con respecto a la fe, ocurre lo mismo que con respecto a cualquier otra disposición humana. No hay actitud más nefasta que creer que se sabe todo. No hay cosa más perniciosa que creer fácilmente que se cree. ¡Qué diferencia!, en cambio, con los grandes creyentes que dudan de su propia fe. Monseñor Casaldáliga, candidato al premio Nobel de la Paz por su lucha en favor de los indígenas y que ha estado a punto de ser mártir, testimonia tímidamente en unas confesiones escritas: *Creo que creo...* Si él solamente “cree que cree”, ¿qué podremos decir otros? Y es que la fe es esencialmente

humilde. La fe presumida no existe. Confesaba un convertido de una fe rutinaria a una fe rutilante: “El creer que creía me ha hecho más daño que una blasfemia”.

LA FE Y SUS FALSIFICACIONES

Con respecto a la fe se dan muchas falsificaciones. Muchos afirman con presunción: *Yo, gracias a Dios, tengo mucha fe*. Pero dicen esto porque ignoran en realidad lo que es la experiencia de fe. Muchos confunden la fe con la credulidad, con la creencia en el poder mágico de ciertas prácticas religiosas: “San Antonio no me falla cuando se me ha perdido una cosa y le rezo la oración”. Con frecuencia se confunde fe con la mera *aceptación sumisa de dogmas*, de verdades abstractas (“creer lo que no se ve”) que archivan en la memoria como un teorema matemático que, de hecho, no influye absolutamente nada en la vida, no sirve nada más que para los exámenes.

La fe de la que habla Jesús es algo muy parecido a lo que se siente ante un hermano que es un genio, un gran líder, que sé que me adora, que sabe lo que es lo mejor para mí, lo quiere y lo puede realizar. Y entonces me pongo en sus manos y le digo: “He puesto toda mi confianza en ti, dime lo que tengo que hacer” (2Tm 1,13). Y ese hermano adorable, genial, que nos quiere lo indecible, nos dice: “Aquí lo que hay que hacer es guardar severamente un régimen”. Le respondo: “Lo que tú digas; estoy en tus manos”. Esto, dicho y referido a Jesús, es la fe.

Tener fe en Jesús es *sentir una fascinación tan absoluta por él y una experiencia tan clara de su amor, presencia y acción que nos lleva a ponernos incondicionalmente a su disposición para colaborar en su causa y vivir según su espíritu*. Esto, ni más ni menos, es la fe cristiana. Pablo expresa certeramente su fe cuando le dice a Timoteo: *Sé bien de quién me he fiado* (2Tm 1,12).

La verdadera fascinación por Jesús lleva indefectiblemente a la acción. Sólo es fe viva aquella que “actúa por la caridad” (Gá 5,6), que se convierte en un impulso dinámico. Lo contra-

rio es fe muerta: “¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe si no tiene obras?” (St 2,14). Un gran convertido de nuestros días escribe: “No se puede conocer a Jesucristo y no admirarle; no se puede admirarle y no amarle; no se puede amarle y no seguirle”. Ni siquiera la oración y el culto, que habrían de ser la fe en ejercicio, son garantía suficiente de fe auténtica; por eso el mismo Jesús afirma categóricamente: “No basta decirme: ¡Señor, Señor!, para entrar en el Reino de Dios; hay que poner por obra la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).

La experiencia de que el Padre, el Hijo y el Espíritu nos aman locamente, el saber que nos habitan, que nos son más íntimos que nuestra propia intimidad (Cf. Jn 14,23) genera una confianza tal en el creyente que tiene la sensación de que puede llevarse todo el mundo por delante. Pablo, incandescente por la fe en la presencia actuante de Jesús, llega a decir con enorme audacia: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (Flp 4,13).

“Si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a esa montaña que se trasladase al mar y se trasladaría”, afirma Jesús. Habla, por supuesto, en sentido metafórico. Esa montaña son los incontables obstáculos que encontramos en el camino y que se nos hacen irremontables. Si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a ese pesimismo que creéis que os puede, a ese individualismo que os parece insuperable, a esos rencores, conflictos familiares, vecinales, laborales: “¡Echaos al mar, y se precipitarían!”.

“Lo de nuestras familias ya no tiene arreglo. No creo que pueda perdonar a mi hermano y su familia jamás”, decían las familias de dos hermanos enfrentadas por un piso. A la mujer de uno de ellos que me lo contaba le recordé este texto evangélico: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esa montaña de odios: ¡Húndete en el mar! y se hundiría”. Le recordé que ella debía hacer por su parte todo lo que pudiera. Y la montaña se hundió. “Ese proyecto de comunidad que nos presentas –me decían unos cuantos cristianos un tanto individualistas y comodones– es un sueño de una noche de verano. Nos gusta demasiado ir a lo nuestro; la gente no quiere com-

prometerse”. Les recordé también las palabras de Jesús: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza...”. Hoy son una realización del proyecto de comunidad que les presentaba.

ALIMENTAR LA FE

La fe, como la hoguera, para que no se consuma y se apague, precisa ser alimentada. Una fe, que no se alimenta, se puede decir que ya está muerta. La leña que hay que echar al fuego de la fe es ésta:

— *La oración*. “Donde calla la oración –dicen los obispos españoles en un documento sobre el apostolado laical– se apaga la fe. La primera forma de echar leña al fuego de la fe es orar. Y en la oración pedir también el don y el crecimiento de la fe, como hicieron los apóstoles: *Señor, auméntanos la fe*, o como le pidió el padre del chico enfermo: *Señor, yo creo; pero ayúdame en lo que falta a mi fe* (Mc 9,24).

— *Vivir la fe*. Una forma imprescindible para crecer en la fe es ejercitarla actuando bajo sus impulsos. “El justo vive de la fe”, afirma Pablo (Rm 1,17). Se alimenta la fe cuando, impulsado por ella, sirvo al Señor en mis hermanos desde mi tarea profesional y mis compromisos cotidianos, como lo haría Jesús si estuviera en mi lugar. Cuando se vive como se cree, la fe va cobrando una hondura increíble.

— *Compartir la fe*. Medio milagroso para crecer en la fe es compartirla. Ya decía san Cipriano: “Un cristiano solo no es ningún cristiano”; mucho más hay que decirlo hoy en que sufrimos tantas agresiones directas e indirectas contra la fe. “Si no fuera por el grupo de fe –me decían unos cuantos cristianos– no queremos ni pensar qué hubiera sido de nosotros”. Es muy difícil, por no decir imposible, mantenerse fiel a la fe en Jesús y a su estilo de vida viviendo a la intemperie, sin estar acompañado por una comunidad. Como cristianos, es una temeridad ir solos por la vida.

— *Formarse*. Es también imprescindible. La urgencia de crecer exige que los cristianos leamos libros religiosos, participemos en grupos, cursos y charlas que nos ayuden a pro-

fundizar en ella. La dejación, en este sentido, es un atentado serio contra la fe. Es necesario, para alimentarla, acercarse a la fuente de la misma que es la Palabra del Señor. Este acercamiento implica: esforzarse por comprenderla, asimilarla mediante la reflexión y la oración, y llevarla a la vida mediante la acción, al estilo de María, que conservaba en su corazón y molía con todo su ser las palabras y los hechos de Jesús de los que era testigo (Lc 2,19).

¡GRACIAS! ¡MUCHAS GRACIAS!

28.º DOMINGO ORDINARIO

2 Re 5,14-17; 2Tm 2,8-13; Lc 17,11-19

TODO ES GRACIA

F. Mauriac, famoso escritor y convertido, escribía: “Leyendo este evangelio uno tiene que pensar que el evangelista exagera: ¡un agradecido por cada nueve ingratos!”. En la realidad del mundo la proporción de desagradecidos es siempre mayor. Ya Quevedo afirmaba con parecido pesimismo: “Pocas veces quien recibe lo que no merece, agradece lo que recibe”.

Cuando preguntas a los geriatras cuales son los sufrimientos más agudos de nuestros mayores, te responden sin titubeos: “La ingratitud y el abandono de los suyos”. Es bastante común que los padres se quejen amargamente de no recibir ni el más pequeño agradecimiento por la dedicación a sus hijos. Otro tanto hay que escuchar de labios de profesores y de personas dedicadas desinteresadamente al servicio de los demás. Seguramente nosotros mismos nos sentimos heridos por la ingratitud de personas por las cuales nos hemos desvivido o a las cuales les hemos tendido la mano con toda generosidad y, tal vez, nos han respondido hasta con ofensas o zancadillas.

¡La ingratitud! Todo un problema de nuestros días. ¿Mayor que en tiempos pasados? No lo sé ni me interesa saberlo. Lo que de verdad me interesa es que es un problema y todo un síntoma con numerosas repercusiones. Y lo importante no es que los demás sean agradecidos con nosotros. Lo verdaderamente importante es que nosotros tengamos un corazón agradecido y unos gestos de agradecimiento. Todos sentimos la tentación sobre la que nos alerta W. King: “Escribimos las ofensas en diamantes y los favores sobre el agua”.

¿Cuántas ingratitudes no podría echarnos en cara, en primer lugar, Dios? Como dice A. Pronzato, no sólo no agradecemos decorosamente sus dones, sino que nos permitimos el lujo de enfadarnos con Él porque no nos proporciona lo que

creemos que debería poner a nuestro alcance. Hacemos exactamente lo mismo que hacen los niños mimados, que no entienden de agradecer, sino de exigir”.

Jesús mostró al samaritano curado su desencanto por la ingratitud de los otros nueve: “¿No fueron diez los curados? ¿Dónde están los otros nueve?”. Necesitamos releer nuestro diario, ver nuestro álbum, recordar nuestra infancia, nuestra juventud, para darnos cuenta de lo mucho que tenemos que agradecer. Necesitamos, sobre todo, tomar conciencia de que todo se lo debemos al Padre de los cielos, de que “todo viene de arriba” (St 1,16), de que *todo es gracia*.

“NO HA VUELTO MÁS QUE UN EXTRANJERO”

De entre los diez leprosos sanados por Jesús, sólo uno vuelve a darle gracias. Y éste era samaritano. Jesús se dirige a los oyentes con una clara intención pedagógica: “¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha vuelto nada más que este extranjero para dar gloria a Dios?”. Parecería que Jesús la tiene contra los ortodoxos de su religión y a favor de los paganos, de los herejes, de los samaritanos. Como ejemplo de humanidad pone a un samaritano que se compadece de un apaleado por ladrones frente a unos dirigentes religiosos que pasan inhumanamente de largo (Lc 10,33); como ejemplo de fe pone a un centurión pagano que le pide que cure a su criado (Mt 8,10) y el de una mujer pagana que le suplica la curación de su hija (Mt 15,28); de los dos afirma: “No he encontrado tanta fe en Israel”.

Pero Jesús no sólo elogia a los paganos frente a los piadosos de su pueblo. En el relato del libro de los Reyes, Eliseo agracia con un milagro de curación de la lepra al pagano Naamán, cuando había tantos leprosos en Israel; pero el que se llamaba “pueblo de Dios” carecía de disponibilidad.

La denuncia de Jesús contra su pueblo, simbolizado en aquellos nueve desagradecidos, ha de ser para nosotros una llamada de alerta. A los nueve judíos lo único que les preocupaba era cumplir la ley, tener por escrito el alta de curación. Creían quizás que había sido su obediencia lo que les había

procurado la curación. Y, por eso, mientras el samaritano, libre de ritualismos, reconoce en Jesús al Liberador enviado por Dios y se arrodilla a sus pies dándole gracias, los judíos pierden lo mejor del milagro, la *liberación interior*. “Alababa a Dios con grandes gritos”, señala Lucas. Sólo él leyó el remite del regalo. Y el remite le produjo más alegría que el regalo mismo.

Encuentro en este relato una llamada a las *virtudes o valores humanos*, que para los cristianos son también virtudes o valores divinos. Los nueve judíos observaron el rito, eran cumplidores religiosamente, eran “muy religiosos”, pero muy poco humanos. Les faltaba, entre otras cosas, una actitud humana fundamental: la gratitud. A pesar de sus prácticas religiosas, les faltaba lo esencial: un buen corazón.

Tengo que confesar que bastantes amigos, tanto religiosos como seculares, me están urgiendo que escriba un libro sobre los valores humanos dirigido expresamente a personas practicantes, religiosos, sacerdotes y seculares. Hay una conciencia generalizada de que no promovemos suficientemente en nuestra vivencia cristiana los valores humanos. Y, sin valores humanos, no puede haber valores divinos. Como afirma un viejo axioma teológico, “la gracia supone la naturaleza”; lo auténticamente religioso promueve lo humano. Hay “cristianos” a los que una religiosidad mal entendida les lleva a ignorar los valores humanos. ¿Y quién no conoce a descreídos, que tienen una gran sensibilidad humana y son profundamente agradecidos, serviciales y solidarios?

ES DE BIEN NACIDOS SER AGRADECIDOS

El sentimiento de gratitud es *signo* de madurez humana y religiosa y, al mismo tiempo, *camino* para llegar a ella. La gratitud es la memoria del corazón. Un corazón que no tiene memoria es un corazón salvaje; no es un corazón humano, sino una mera víscera de bombear sangre.

Jesús vive en permanente acción de gracias al Padre: “Te doy gracias, Padre, porque siempre me escuchas...” (Jn 11,42). En la resurrección de Lázaro, en la multiplicación de los panes, en la última cena... Desde los orígenes de la Iglesia se

ha llamado a la celebración central de la fe *Eucaristía*, que significa “acción de gracias”. La Eucaristía es, por encima de todo, acción de gracias. Todo el Nuevo Testamento y, sobre todo, las cartas de Pablo nos indican que las primeras comunidades cristianas vivían en un clima de permanente acción de gracias.

Pero los mensajes divinos del Nuevo Testamento no sólo invitan a la gratitud hacia Dios, invitan también a la gratitud humana. A los filipenses, que han enviado un miembro de la comunidad para visitarle en la cárcel de Roma y entregarle una ayuda para que pueda vivir, Pablo les dice que les agradece infinitamente el gesto. Y agrega: “Lo que más me importa no es que me lo agradezcáis, sino que seáis agradecidos” (Cf. Flp 4,8-18). Es importante que vivamos escrupulosamente lo que insistentemente aconsejamos.

La ingratitud genera agresividad, distancia a las personas. Sabemos lo difícil que es vivir con personas que creen que todo el mundo les debe estar agradecido y que, sin embargo, todo el mundo es ingrato para ellas. La gratitud, por el contrario, genera un clima de comunión, promueve la amistad y provoca la generosidad.

Sinceramente, me impresionó la anécdota cuando me la contó un sacerdote agustino que era párroco de la parroquia en la que participaba en la Eucaristía el rey Balduino. Me contó: “Terminada la celebración se acercaba a saludarme y me decía con toda humildad y gratitud: ‘Gracias, padre, por su homilía; usted no sabe cómo me ayudan sus palabras’”. ¡Qué magnanimidad! No en vano quieren introducir su causa de beatificación.

¿Sabéis cuáles fueron las últimas palabras de Pablo VI? ¡*Gracias!*, ¡*muchas gracias!* Pero es que las tenía muy bien aprendidas de repetirlas muchas veces en su vida. Sólo en el cielo sabremos lo que tenemos que agradecer. Suele decirse que el mundo está lleno de desagradecidos; en el cielo no habrá ninguno. Que nosotros seamos como el humilde samaritano que se vuelve hacia el Señor, hacia los demás, para repetir incansablemente: ¡*Gracias!*, ¡*muchas gracias!*

ORAR SIEMPRE Y SIN DESANIMARSE

29.º DOMINGO ORDINARIO

Ex 17,8-13; 2Tm 3,14-4,2; Lc 18,1-8

TEXTO Y CONTEXTO

La parábola evangélica tiene un mensaje bien concreto que nos señala el mismo evangelista Lucas: “Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que *orar siempre* sin desanimarse, les propuso esta parábola”... Si aquella pobre viuda pudo conseguir que el juez inicuo la escuchara con sus insistentes ruegos, con mucha mayor razón Dios escuchará a sus hijos que le reclaman justicia.

La parábola tiene un evidente trasfondo escatológico. Refleja la situación de las primeras comunidades de la Iglesia, acosadas y perseguidas por el entorno y, por lo mismo, con el riesgo de sucumbir ante un mundo hostil e injusto. Evidentemente la viuda de la parábola no tiene la posibilidad de tomarse la justicia por su mano; como mujer y como oprimida es incapaz de ajustar las cuentas con su adversario. Por eso no le queda más remedio que importunar al juez día tras día, hasta que logra cansarle recibiendo su justicia. Los miembros de las primeras comunidades cristianas, reflejadas en la pobre viuda indefensa y atropellada en sus derechos, invocaban al Señor: “Marana tha” (“ven, Señor”). Las comunidades cristianas, en las que se encarna el misterio de la Iglesia, han de controlar su impaciencia por la justicia o la revancha contra sus adversarios. No pueden clamar al cielo pidiendo venganza aquí y ahora como querían hacer los “hijos del trueno” (Lc 9,54). Nuestra causa está en buenas manos.

Ciertamente Dios no es el Papá bueno que hace lo que nos corresponde a nosotros, pero sí es la garantía de una justicia ulterior que puede resolver el enigma de tanta injusticia que hombres y mujeres inocentes sufren a lo largo de su vida. El sufrimiento de los inocentes, el triunfo de los inicuos, he ahí un motivo de escándalo y de blasfemia para muchos. Dios, “en su día”, pondrá las cosas en su sitio. “Dichosos seréis cuando os

injurien, os persigan y digan contra vosotros toda suerte de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos. Pues también persiguieron a los profetas” (Mt 5,11-12). La “justicia divina” puede tardar pero llegará. No es pequeño don esta esperanza que ha alentado a los mártires de todos los tiempos.

ORACIÓN, EJERCICIO DE LA FE

La parábola, indiscutiblemente, se centra en la fe de aquella viuda, que confiaba firmemente en alcanzar la justicia a la que tenía derecho. Éste es el sentido de la oración: no tanto recordarle a Dios lo que ya sabe, sino confirmar nuestra fe y nuestra esperanza de que se realice su proyecto. Rezamos no para que Dios se acuerde de nosotros, sino para que nosotros no nos olvidemos de que es el Padre que cuida de nosotros.

Rezar no es simplemente pedir, es un ejercicio de fe y de esperanza. Es creer que la justicia de Dios es la verdadera justicia y la única solución definitiva a los problemas del hombre, y confiar que es posible esa justicia. Rezar es, ante todo, confesar y confirmar nuestra fe. La parábola del juez inicuo y de la viuda obstinada nos recuerda, pues, la necesidad de orar sin desaliento aun cuando el Señor tarde y parezca sordo a todas las llamadas.

La oración es indefectiblemente eficaz. Supone un fortalecimiento en la fe, en la esperanza y en la caridad, ya que es (ha de ser) un ejercicio de ellas. Jamás se sale de ella con las manos vacías, si es que se trata de una oración como Dios manda y se pide lo que de verdad importa: los dones del Espíritu. En este sentido, Jesús da un irrefutable argumento psicológico: “Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?” (Lc 11,13). Dios, indefectiblemente, nos escucha.

Jesús explicaba a sus discípulos que tenían que *orar siempre sin desanimarse*. El diálogo oracional con el Señor nunca es inútil. Con frecuencia el Señor nos concede más de lo que

le pedimos, como le sucedió a Jesús en su oración del huerto de los Olivos: “Padre, si quieres aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,47). Menos mal que se hizo la voluntad del Padre; por eso “lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre” (Flp 2,9). Con frecuencia, como ocurre a los niños, no sabemos lo que nos conviene; el Padre se preocupa de nuestro bien más que nosotros mismos.

Una parapléjica se une a la peregrinación de enfermos a Lourdes. Va a pedir el milagro de su curación. Durante los días que permanece en la ciudad escucha la palabra de Dios sobre el sentido de la vida, sobre el sentido del sufrimiento. Oró como nunca había orado. No se produjo la curación. Al volver y comentar lo que había significado la peregrinación, testimoniaba: “Fui a pedir la curación del cuerpo y la Virgen me concedió más de lo que pedía: la salud del alma. Ya la cruz de la enfermedad casi no me pesa. Éste es un milagro mayor que el de la curación física”.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LUCHAN POR LA JUSTICIA

Una lectura superficial y rápida de la parábola podrá dejarnos la impresión de que la oración del cristiano es el grito de un hombre desesperanzado y falto de confianza en sí mismo, que no tiene más remedio que acudir finalmente al poder de Dios para resolver sus conflictos. Sin duda ninguna, así lo entendieron muchos cristianos, con las consiguientes consecuencias de propiciar su inmadurez psicológica y contribuir al desprestigio del cristianismo ante los hombres de hoy que luchan con uñas y dientes por resolver sus problemas y por salir adelante contra los adversarios que les salen al paso. El teólogo y mártir D. Bonhoeffer denunciaba proféticamente la falsa imagen de un *Dios-tapagujeros*. La parábola no predica en absoluto el abandono pasivo ante el conflicto, la dificultad y la injusticia del entorno. La viuda era el símbolo de la impotencia ante algo absolutamente superior. Ella hizo todo lo que podía con perseverancia y obstinación.

“A Dios rogando y con el mazo dando”, dice sabiamente el refrán castellano. Jesús, con sus consignas, con sus parábo-

las, nos incita a hacer lo que él hizo: luchar por los oprimidos, por los que tenían sus derechos pisoteados. Y lo hizo con tal ardor y entrega que mereció el título de subversivo y revoltoso. Orar es comprometerse, suplicar la fuerza del Espíritu para luchar, ese don que Dios jamás niega (Lc 11,13). “Bienaventurados los que luchan por la justicia” (Mt 5,10). Los grandes luchadores por las grandes causas humanas no se contentaron con orar con gritos del corazón, procuraron luchar a brazo partido con las armas de la “no-violencia-activa”. ¿No recordamos a Vicente de Paúl, Antonio María Claret, F. Ozanam, al Abbé Pierre, la madre Teresa, Dom Helder Camara, Mons. Casaldáliga...? Todos ellos son grandes orantes, grandes contemplativos, pero también con increíble entusiasmo para la lucha.

No podemos olvidar de ninguna manera la esclarecedora proclamación del comunicado de los Padres del Sínodo de los Laicos: “El Espíritu nos lleva a descubrir más claramente que hoy la santidad no es posible sin un compromiso por la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos. El modelo de santidad de los fieles laicos tiene que incorporar la dimensión social en la transformación del mundo según el plan de Dios”. Lucha sin cuartel y oración sin descanso.

TODO ES GRACIA

30.º DOMINGO ORDINARIO

Eclo 35,15b-17.20-22a; 2Tm 4,6-8.16-18; Lc 18,9-14

PARA LOS QUE SE CREEN JUSTOS Y DESPRECIAN A LOS DEMÁS

Por suerte, no necesitamos devanarnos los sesos para averiguar el sentido y el mensaje de la parábola de hoy. Con ella Jesús quiere alertar a “los que se sienten seguros de sí mismos y desprecian a los demás”. Podemos decir que estamos ante una parábola con una clara dedicatoria.

En los evangelios “los fariseos” no son sólo personajes históricos a los que tuvo que enfrentarse Jesús de Nazaret; el fariseísmo es un sistema y una concepción de la vida, una forma de comprensión y de vivencia religiosa, y una tentación permanente para el cristiano en la que, incluso, en mayor o menor medida, todos caemos. Por eso Lucas transmite a las comunidades cristianas como una voz de alerta y de atención ya que se sentían tentadas de aclimatarse al ambiente fariseo de la sinagoga.

Pero, ¿quién es fariseo? ¿Por qué están equivocados? Fariseo es el hombre de la ley por la ley, de la mera corrección, del *cumplimiento*, del “cumplimiento” y “mienta”. El fariseo “cumple” literalmente con lo mandado; pero “miente” porque actúa hipócritamente, porque su exterior no corresponde a su interior, porque su “bondad” no brota del corazón, como pide Jesús. Y como está legalmente en regla, se siente seguro de sí mismo ante Dios. Se siente incluso con derecho a pasarle factura por su buen comportamiento; y, por otra parte, se cree con el derecho a sentirse superior a todos los “publicanos” que le rodean.

Dice el refrán: “El hábito no hace al monje”. El fariseo es esencialmente una persona que es sólo cristiano, sólo religioso, por el hábito de la cofradía. Su corazón es pagano; sus ambiciones, la jerarquía de valores, el sentido de su actuar son paganos; se tiene a sí mismo como centro, pero se reviste, en cambio, de formalismo y formulismo con los que tranquiliza su

conciencia; se siente seguro de sí mismo y seguro de la predilección de Dios: “Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. Cumple sobradamente la ley. Es una persona correcta, legal, pero vacía por dentro. El Señor se queja por el profeta: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mt 15,8).

EL AMOR ES LA CLAVE

El fariseo se olvida de lo que da valor a todo: el amor. No ha aprendido lo que el fariseo Pablo aprendió en contacto con el mensaje de Jesús y sus discípulos: “Ya puedo ser intachable en todo, ya puedo incluso despojarme de todos mis bienes, puedo deshacerme realizando obras buenas y deshacerme en rezos y oraciones toda la vida, puedo ser, incluso, un héroe, que si todo ello no está animado por el amor, no vale absolutamente nada... Ya podemos hacer milagros, que si no actuamos movidos por el amor, somos unos pobres actores de teatro que no hacemos más que representar una triste comedia” (1Co 13,1-3).

La parábola contiene una llamada a realizarlo todo desde el amor. La compleja vida social en que vivimos nos tienta a “cumplir”, incluso a cumplir con Dios, a “despachar compromisos”. Como el no entrar en el juego social puede traer complicaciones, disgustos, represalias... y, en el caso de Dios, implica pecado y miedo al castigo, pues entonces uno se siente tentado a “cumplir”, a tranquilizar la conciencia despachándose con una realización resignada y mecánica de los “compromisos”. El fariseo que ora a Dios tan satisfecho, recitando la letanía de sus buenas obras, está vacío por dentro, porque todo lo ha hecho maquinalmente.

“A LOS RICOS LOS DESPIDE VACÍOS”

Este Dios Amor cuestiona de raíz la manera espontánea como tendemos a situarnos ante Él. A los hombres nos cuesta creer en el amor infinito y gratuito de Dios. Preferimos, por si acaso, acumular méritos ante Él y organizarnos una religión

que nos defienda de sus posibles reacciones. He aquí una manera de aferrarnos a las leyes y a las prácticas religiosas que, por exigente que parezca, no es sino búsqueda interesada de seguridad ante Dios.

La Ley de Dios, cuando es mal entendida, se puede convertir en un obstáculo que impide a la persona el encuentro sincero con Dios y la apertura a sus verdaderas exigencias. El hombre intenta ser fiel no a un Dios amor, que nos remite siempre al amor y nos expone a las exigencias inesperadas del amor a todo hombre necesitado, sino a una ley que da seguridad y nos permite encerrar nuestra vida en el marco de unas normas y unas prácticas. Hay una manera de entender la moral y de obedecer a la Ley de Dios que no humaniza ni libera. Es la postura del hijo mayor de la parábola que puede decir a su padre que “jamás ha dejado de cumplir una orden suya” (Lc 15,29) y, sin embargo, es un hombre incapaz de acoger, amar y perdonar al hermano. Abrirse al Dios revelado en su Hijo Jesús no es limitarse a obedecer unas leyes que contienen de alguna manera su voluntad. Es, antes que nada, acoger su *amor gratuito*, dejar crecer en nosotros su presencia amorosa y disponernos a amar a los hombres como hijos de ese Padre que ama a justos y pecadores (Mt 5,45). “Sólo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, porque Dios es Amor” (1Jn 4,7-8). La autosuficiencia cierra la entrada a Dios.

El fariseo, además, apoyado en su “buena conducta” se siente con derecho a compararse con los demás y a despreciarlos. “Erguido –le describe Jesús– oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos adúlteros; ni como ese publicano...” Es absurdo intentar compararse a los demás. Todos somos únicos e irrepitibles ante Dios. ¿Qué sé yo qué oportunidades ha tenido en la vida el otro a quien pretendo juzgar? ¿Qué educación ha recibido, qué potencial psicológico tiene, qué traumas ha padecido...? ¡Es tan compleja la vida! ¿Estoy seguro de que yo hubiera sido mejor si hubiera vivido en las mismas condiciones? “Al que más se le dio, más se le pedirá; al que más se le confió, más se le exigirá” (Lc 12,48). ¿Cómo va a tener la misma responsabilidad una persona nacida y criada

en un ambiente donde se daban “todos los males sin mezcla de bien alguno” que nosotros, nacidos y crecidos en un ambiente donde se daban casi “todos los bienes sin apenas mezcla de mal alguno”? ¿Puede estar seguro alguien de que hubiera sido mejor que cualquiera de los delincuentes si hubiera nacido, crecido y vivido en sus mismas condiciones?

TODO ES GRACIA

Si parece que mis hechos no son tan malos como los de otros, si parece que hago más bien y llevo mejor conducta, “todo es gracia” y nada más que gracia. María, con una gran lucidez de espíritu, canta: “El Señor hizo en mí maravillas”; es el Señor el que ha hecho las maravillas, no yo (Cf. Lc 1,47). Afirma Jesús: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,6). Interpela Pablo: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (1Co 4,7). Y dice de sí mismo: “He trabajado más que nadie”; pero enseguida acota: “no yo, sino la gracia de Dios en mí” (1Co 15,10).

La persona madura, el cristiano maduro y santo, en lugar de crecerse ante los demás, se humilla, aprende de ellos. Donde el fariseo dice: “Yo no soy como ése...”, el publicano arrepentido, el santo, dice: “Quién me diera ser como ése... Fue pecador, pero mírale qué arrepentido, qué humilde; seguro que Dios le ha tocado el corazón y le ha cambiado”. Así eran los santos. San Antonio María Claret escribe en su *Autobiografía*: “¡Oh Dios mío, qué confuso estoy! Me has abrumado con tanto don y qué mal he sabido corresponderte; si a otro le hubieras enriquecido con los mismos dones que a mí, hubiera sido un santo y no un espíritu mediocre como yo” (nº 54).

¿Qué actitudes del publicano hemos de apropiarnos para ser acogidos y perdonados por Dios, para rehabilitarnos? Ante todo la *sinceridad* con nosotros mismos, con Dios y con los demás. Como testimonia Jesús, “la verdad nos hará libres” (Jn 8,32). Es el mismo Jesús quien deduce la moraleja: “El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”. Nuestra confianza no puede apoyarse sino en el amor gratuito

de Dios. Por muy grave que sea nuestro pecado, nunca es obstáculo para acercarnos humildemente al Dios del amor. Al contrario, pocas veces estamos los hombres tan cerca de Dios como cuando nos reconocemos pecadores y acogemos agradecidos su perdón gratuito y su fuerza renovadora.

Cuenta el ex-alcohólico Aimée Duval que, mientras se tapaba los ojos para no reconocer sus esclavitudes, se daba tortazos con todo el mundo, consigo mismo y, por supuesto, también con Dios. Hasta que un día, con un gesto heroico, se despojó de sus máscaras, se desnudó ante sí mismo y se dijo: “¿Por qué andar con tapujos? ¿Sabes una cosa? Eres una pura miseria”. Después oró: “Señor Jesús, amigo de los tirados, no tengo otro apoyo que mi fe en tu misericordia. ¡Ten compasión de mí!”. Cuenta con enorme alegría que, a partir de este gesto de sinceridad radical, empezó a ser de verdad libre.

Quien se siente pecador, se siente amado gratuitamente por Dios; quien se siente amado gratuitamente por Dios, comprende, perdona y ama gratuitamente a los demás, y, en consecuencia, se reconcilia con Dios, consigo mismo y con los demás. Somos de verdad libres cuando, como nos indica Jesús, decimos con toda la sinceridad del publicano: *¡Oh Dios, ten compasión de este pecador que reconoce su pecado, incluso su fariseísmo!*

ÉL NOS AMÓ PRIMERO

31.º DOMINGO ORDINARIO

Sb 11,23-12,2; 2Ts 1,11-2,2; Lc 19,1-10

DIOS OFRECE INCONDICIONALMENTE SU AMISTAD A TODOS

Los relatos evangélicos son prototípicos porque presentan los gestos liberadores del Señor a lo largo de los siglos con circunstancias distintas, naturalmente. Jesús sigue ofreciendo su amistad a todos los Zaqueos.

Estamos ante un relato teológico que es una verdadera joya, aun en sentido literario. Lo que importa en él no es el acontecimiento en sí, sino el mensaje que a través de él quiere comunicar el evangelista, el Señor, en definitiva: sintetiza lo que es un proceso de conversión. En Zaqueo se cumple la parábola del *fariseo y el publicano* que escuchábamos el domingo pasado. Mientras los fariseos critican a Jesús por acoger a los pecadores y se empeñan en su pecado, Zaqueo se reconoce pecador y nace a una nueva vida.

El mensaje que Jesús proclama a través de las parábolas de la oveja descarriada, de la moneda perdida y del hijo pródigo, lo presenta Lucas en el relato de hoy como un hecho real en la persona de Zaqueo. El Señor sale al encuentro de todos para ofrecernos incondicionalmente su amistad. Es siempre el que, como en el caso de Zaqueo, toma la delantera. No importa que las personas sean un auténtico desastre. Como dice san Juan, “Él nos amó primero” (1Jn 4,10). Desgraciadamente, a la hora de pensar en el amor divino, nos traiciona, aunque sea de forma inconsciente, la imagen que tenemos del amor humano. Nuestro corazón se va tras del que ha conquistado nuestro corazón.

Lo que proclama a gritos Jesús en este encuentro con Zaqueo es que ama y ofrece su amistad a todos, incluidos sus mismos enemigos, que le profesan un odio mortal, en sentido literal. Allá está Zaqueo encaramado en la higuera, con los ojos fijos en aquel profeta de Nazaret, cuando, de repente, ve que se detiene delante del árbol, levanta la cabeza, le mira con

fijeza y dirigiéndose a él, le dice: “Zaqueo, baja de ahí que hoy quiero hospedarme en tu casa”. En definitiva, le dice: *Quiero ser tu amigo*. Zaqueo no sabe si ve y oye o si está soñando. Baja con la rapidez de una ardilla y se pone a su lado. A él, a quien odian todos los vecinos porque es un vampiro; a él, que no es nada piadoso, que es un hombre bajito y lleno de complejos; a él, a quien ni le conocía el rabí de Nazaret... porque sí, por pura corazonada, cuando hay tanta gente piadosa y buena en aquella muchedumbre, a él le ha pedido hospedaje, sentarse a su mesa...

Todo empieza por esto, por la experiencia de un amor generoso, compasivo, misericordioso. Cuando todos le miran aviesamente como un mal bicho, el profeta de Nazaret le mira con otros ojos, con buenos ojos; cree en él, reconoce en él el rescoldo de bondad y de buena voluntad que lleva dentro. Y esto genera en él una autoestima de la que carece. Aquí empieza la gran revolución en el espíritu de Zaqueo. En realidad tiene vacío el corazón y trata de llenarlo con las riquezas, compensar el cariño que le falta con la falsa seguridad que dan las riquezas. Es un resentido y con complejos. Ahora acaba de descubrir un espíritu grande que le trastorna gozosamente ofreciéndole su amistad. Zaqueo cae en la trampa de la ternura divina de Jesús.

La figura de Zaqueo se ha repetido y se repetirá incontables veces a lo largo de la historia; conozco unos cuantos casos.

¿CREEMOS DE VERDAD EN EL AMOR DE DIOS?

Pienso que, generalmente, diagnosticamos mal la situación de nuestra vivencia cristiana. Creemos que nuestro pecado capital es no tener fuerza de voluntad para cumplir nuestras obligaciones, para ser fieles a las consignas de Jesús, para vencer nuestras tendencias. No es verdad. Pienso que el pecado capital es que nos pasa como a Zaqueo antes de su conversión. No creemos de verdad que Dios nos ama por encima de nuestras truhanerías y mediocridades. La raíz de nuestras desgracias está en que no creemos que aquí y ahora Jesús nos dice lo mismo que a Zaqueo: “Baja de la higuera

(deja de estar en Babia), acércate a mí, ábreme las puertas de tu casa. Tú no eres un anónimo en medio de la muchedumbre. Tú tienes un nombre propio para mí. Hoy quiero hospedarme en tu casa, ser tu amigo, tener una relación personalísima contigo". En el momento en que tengamos, como Zaqueo, esta experiencia de amor personal, nos sentiremos apremiantemente urgidos desde dentro a corresponder a ese amor gratuito. Aquel día dirá Jesús lo mismo que a Zaqueo: "Hoy ha entrado la salvación en esta casa".

Es el Señor quien da el primer paso, el que se autoinvita a hospedarse, el que nos ofrece su amistad. Pero también es cierto que el hombre, como Zaqueo, ha de buscarle. El distinguido funcionario Zaqueo pierde la vergüenza, su dignidad, y como un chiquillo trepa y se sube a la higuera. Para que el hombre se encuentre con el Señor, como Zaqueo, es preciso que sea capaz de escuchar la llamada del Señor en la insatisfacción interior que siente ante las seguridades terrenas, que se diga con entera sinceridad: "No le des vueltas, no te engañes. Ni la seguridad ni las satisfacciones que da el dinero, ni el triunfo social, ni la vida regalona, ni cualquier otro amorío secreto van a llenar de verdad tu corazón. Tú no eres una bestia que va a sentirse satisfecha con un simple pesebre bien abastecido".

Tu destino es disfrutar de las experiencias transcendentales, de los valores imperecederos, de la comunión amistosa con el Señor y los hermanos. La amistad de Jesús con Zaqueo ha supuesto un ofrecimiento y una aceptación. El mismo ofrecimiento que hizo Jesús a Zaqueo se lo hizo también al joven rico, pero éste optó por el dinero frente a Jesús (Lc 18,18-22); Zaqueo, por el contrario, optó por Jesús frente al dinero. Se deshizo de todo por conseguir el tesoro y la perla del Reino (Mt 13,44).

LA CONVERSION TOCA EL BOLSILLO

Hay en el encuentro de Zaqueo con Jesús una actitud sorprendente. Jesús no le ha reprendido por nada, no le ha repro-

chado sus latrocinios, no le ha invitado a confesar sus incontables saqueos a la gente, ni le apremia a que cambie de vida. Es él quien, al experimentar el amor gratuito y generoso, la magnanimidad del corazón del rabí de Nazaret, se siente avergonzado de sí mismo, se ve miserable, siente náuseas de su propio pecado y lo vomita. Nadie le ha pedido nada; le sale espontáneo del corazón: "Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más". La experiencia del *amor gratuito* de Jesús le impulsa espontáneamente al amor gratuito a los demás. No se puede tener la experiencia profunda de ser amado gratuitamente sin sentir el impulso a amar gratuitamente al pariente cascarrabias, al egoísta, al aprovechado, al tío o la tía cargoso, al que no ha hecho nada por ti. La experiencia de ser amado gratuitamente impele a *tomar la delantera* en ofrecer amor, amistad, ayuda. Zaqueo antes esquilmba, ahora comparte; antes vivía aislado, atrincherado en su dinero, ahora dice "nosotros".

La conversión de Zaqueo no es intimista, sino que tiene una proyección social. Y, además, apenas le duele el desprendimiento. Ha encontrado la perla preciosa, el tesoro (Mt 13,44), y por eso se desprende de todo para adquirirlos. En él se cumple lo que, dieciséis siglos más tarde, escribiría Teresa de Jesús: "Al que a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta".

Si el hombre se aferra a sus cosas, si no ha aprendido a amar con generosidad a los demás, si la conversión y la práctica religiosa no pasa por el bolsillo, es que ésta todavía no se ha producido, es señal de que Jesús no llena todavía la vida del cristiano. "Crear es compartir", repite monseñor Casaldáliga. "Compartir" es expresión y camino de verdadera conversión.

Porque el encuentro con el Señor supone para Zaqueo el hallazgo del tesoro de la perla preciosa del Reino, porque supone empezar una vida nueva, por eso siente la necesidad de celebrarlo, de compartir su alegría porque no le cabe dentro. No se pone a lamentar los bienes económicos de los que se desprende, sino a festejar los bienes del espíritu que Jesús

de Nazaret le ha proporcionado, sobre todo, su amistad. La comida festiva simboliza el banquete del Reino al cual se ha incorporado por la conversión.

Zaqueo no cabía en sí porque Jesús le había honrado sentándose a su mesa. Nuestra dicha es mucho mayor: Es el Señor quien se sienta a compartir su cuerpo y sangre. Brindemos felices con la sangre de la Nueva Alianza, brindemos por nuestra amistad con el Señor, por nuestra amistad mutua, porque somos comensales del banquete del Reino.

LA VIDA DEL MUNDO FUTURO

32.º DOMINGO ORDINARIO

2M 7,1-2.9-14; 2Ts 2,16-3,5; Lc 20,27-38

“CREO EN LA VIDA DEL MUNDO FUTURO”

La Palabra de Dios nos ha invitado a decir con toda la energía de nuestro espíritu: “Creo en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro”. Congratulémonos con la esperanza que nos une. Es un increíble regalo del Señor. No me explico cómo muchos pueden vivir tan tranquilos sin ella. Precisamente porque soy un hombre apasionado por la vida, necesito creer en la vida eterna. No me explico, no entiendo cómo muchos pueden vivir sin esta esperanza. Si la vida terminara aunque fuera a los cien años, si después de haber saboreado las grandes experiencias humanas, las alegrías más profundas, todo se desintegrara y fuéramos a parar al pozo sin fondo de la nada, esto sería una estafa descomunal, una burla de la naturaleza, de Dios, del acaso o de quien fuera.

Creo en la vida del mundo futuro, creo en la otra vida. Y creo porque la vida tiene que seguir; está llamada a expandirse, no a aniquilarse. Creo en la vida futura, en la vida más allá de esta vida, porque Dios, por boca de su Hijo, ha empeñado su palabra que acabamos de oír. Creo en la vida futura, en la vida trascendente porque Jesús, el Hermano mayor de la gran familia humana, el prototipo de toda persona, ha entrado ya en esa vida plena, gozosa y gloriosa. “Si morimos con él, viviremos con él” (2Tm 2,11-13). Pablo afirma tajantemente: “Si tenemos puesta la esperanza sólo en esta vida, somos los más desgraciados de los hombres” (1Co 15,19).

Resulta paradójico que sufran la falta de esperanza en la vida futura no sólo los increyentes, sino también los mismos que se denominan cristianos. Las encuestas reflejan los enormes porcentajes de cristianos sin esperanza en la vida futura. Yo mismo he escuchado muchos testimonios de cristianos practicantes que no esperan, o esperan a medias, la futura vida gloriosa. Una encuesta, que fue presentada en el VII

Simposio de Obispos Europeos, afirmaba que el porcentaje de los que creen en la otra vida en Europa Central es sólo del 43%, y que en los pueblos mediterráneos alcanza la cifra del 45%. Por lo tanto, qué enorme es la masa de los “desesperanzados”, cuántos millones de personas con enorme contradicción se consideran “cristianas”. Pablo afirma que la esperanza en la resurrección, basada en la resurrección de Jesús, es el mástil de la gran carpa del cristianismo; si ésta se quiebra, se viene abajo toda la tienda (Cf. 1Co 15,12-19).

MÁS ALEGRE LA VIDA Y MENOS TEMEROSA LA MUERTE

La esperanza en la vida futura hace más alegre la vida y menos temerosa la muerte, multiplica las verdaderas alegrías. “Si son así las alegrías de este mundo, que no son más que aperitivos del otro, ¡qué embriagadoras serán las del más allá”... Las grandes alegrías de la familia unida, de la amistad cálida, de la convivencia agradable, los mejores momentos de la vida son sólo aperitivos que nos ayudan a barruntar muy lejanamente lo que ha de ser la bienaventuranza eterna.

La esperanza de la gloria venidera hace más llevaderos los sufrimientos y trabajos de nuestra existencia terrena. Al fin y al cabo, como decía santa Teresa: “Esta vida no es más que una mala noche en una mala posada”. Esta esperanza es la que, de hecho, hace afrontar la muerte con valentía y hasta con alegría, con ansia, como se ha puesto de manifiesto en el martirio de los hermanos Macabeos. Conocemos la exclamación de Pablo: “Deseo morir y estar con Cristo” (Flp 1,23). Y conocemos las ardientes estrofas de Teresa de Jesús: “Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero”.

El Abbé Pierre escribe en su *Testamento*: “No hace mucho el médico me dijo: ‘No hay razón para que no vivas más años que monseñor Pinay’. Salí de su consulta tremendamente triste. ¡Todavía tengo que seguir tirando del carro y durante tanto tiempo! Ansío vivamente como Pablo ‘morir y estar con Cristo’”. ¡Gran testimonio!

Hubo entre nosotros alguien que, habiendo pedido insistentemente la verdad sobre su enfermedad y habiéndosele informado que tenía un cáncer imparable, vino corriendo a contárselo al confesor, su amigo, para que se congratulase con él: “Me han dicho que tengo un cáncer irreversible. Pronto estaré en la casa del Padre. Felicítame y dame un abrazo”. Hace unos meses un sacerdote cercano a nosotros, al saber la proximidad de su muerte, nos invitó a celebrar la noticia. La esperanza convierte a la muerte en un simple atravesar el dintel de una puerta para pasar de una estancia, un tanto ruinoso y fría, a otra real en la que se celebra un banquete de fiesta.

“SON COMO ÁNGELES” (LA OTRA VIDA ES “OTRA”)

Pero, ¿cómo será la otra vida? Es natural nuestro deseo de saber. Se trata de nosotros, de cómo ha de ser nuestra vida para siempre, nuestro futuro. Un escritor de nuestros días decía ingeniosamente: “Me interesa muchísimo el futuro porque en él voy a pasar el resto de mis días” (nada menos que toda la eternidad).

Es un misterio. Nadie ha venido ni vendrá a contarnos cómo es esa vida gloriosa. Se trata de un misterio que hay que aceptar y respetar como tal. Pablo escribe: “Lo que el ojo no vio, lo que el oído no oyó, lo que ningún hombre imaginó, eso preparó Dios para los que le aman” (1Co 2,9). Gracias a Dios, la bienaventuranza sobrepasará nuestros sueños más desmedidos.

Quienes dicen mucho sobre ella son los místicos, esas personas prodigiosas que han vivido tan hondamente que han tenido ya en la tierra experiencias de cielo en sus fenómenos sobrenaturales. Podemos decir que se han asomado al ojo de la cerradura del cielo y a través de él han entrevisto borrosamente el banquete de la gloria.

Antes de nada, hay que decir que la otra vida será eso, *otra*, distinta. Nos lo acaba de recordar Jesús: “son como ángeles”. La “otra vida” será muy otra. El cambio es grande al ser cuerpo espiritualizado que trasciende las categorías de tiempo,

espacio y las condiciones de un cuerpo frágil y sometido a las inclemencias que le rodean, el deterioro, la enfermedad y la muerte.

A la entrada de la casa del Padre dejaremos todos los arreos que sólo sirven para andar el camino, como la mochila, el bastón, el sombrero, las herramientas que nos sirven para mejorar el entorno por el que transcurrimos... Seremos como ángeles. ¡Fijaos qué cambio!

En relación con la otra vida habrá, como es natural, discontinuidad. Pero no será del todo "otra". Tiene que haber una continuidad. El ser humano es el mismo en su fase itinerante y en la fase de llegada. Por eso la forma de felicidad, en su esencia, es, evidentemente, la misma en esta vida y en la otra.

El cielo, esencialmente, será amor. Por eso dice Pablo: "La caridad no pasa nunca" (1Co 13,8). La dimensión de nuestra dicha en el cielo está en proporción de nuestra capacidad de amar. "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos" (1Jn 3,14). Y la vida siempre es felicidad y alegría. El cielo consistirá en vivir como hermanos con el único Padre y el Hermano mayor, Cristo Jesús, unidos por el mismo Espíritu de amor. Seremos amigos. Se cumplirá en su plenitud lo del himno de la alegría: "Los hombres volverán a ser hermanos", mejor dicho, consumaremos la fraternidad iniciada en este vivir terreno. Tendremos todos, como los miembros de la comunidad de Jerusalén, "un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32). Se cumplirá el sueño de Jesús: "Que sean *uno*, como tú y yo somos uno; que también ellos sean consumados en la unidad" (Jn 17,23). El cielo será un banquete cuyos aperitivos saboreamos ya aquí. Entonces el banquete llegará a su culminación.

TIEMPO PARA APRENDER A AMAR

El modo de felicidad de la otra vida marca el sentido de ésta. Es preciso vivir para los valores que perdurarán, que, en definitiva, no son otra cosa que modalidades del amor. Todo lo demás no puede tener en nuestra vida otra categoría que la de

"medios". Lo contrario es una insensatez. El Abbé Pierre define magistralmente la vida: "Es un tiempo que se nos concede para aprender a amar". Porque el cielo consistirá en amar. Se trata, por lo tanto, de construir una convivencia de amistad, de fraternidad, de justicia, de amor, es decir, el Reino de Dios. La esperanza de la vida futura no sólo no nos excusa de preocuparnos de mejorar ésta, sino que nos compromete más y más.

Dice el Concilio: "Los bienes de la dignidad humana, de la unión fraterna y de la libertad, y todos los demás bienes que son fruto de nuestro trabajo y esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor, según su mandato, volveremos a encontrarlos de nuevo cuando Cristo entregue al Padre "el reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz". Este reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; con la venida del Señor se consumará su perfeccionamiento" (GS 39).

Lo que ha de constituir la dicha y bienaventuranza en el más allá, lo ha de constituir en el más acá. Por eso hay que empezar ya la fiesta de la amistad, hay que empezar a saborear la dicha de la solidaridad, de la familia unida, del compartir. Jesús de Nazaret quiere que convirtamos la tierra en un cielo, en el tiempo de los aperitivos del gran Banquete. Por tanto, no te olvides de que estás en vísperas de la Gran Fiesta y que la víspera de fiesta ya tiene mucho de fiesta. Tengamos, pues, la víspera de fiesta en paz.

TIEMPO DE CONSTRUIR EL REINO

33.º DOMINGO ORDINARIO

Mal 3,19-20a; 2Ts 3,7-12; Lc 21,5-9

TEXTO Y CONTEXTO

Para la correcta comprensión del texto evangélico de hoy es preciso tener en cuenta el lenguaje apocalíptico en que está escrito, muy en boga en tiempos de Jesús y después de él; así mismo, es necesario tener en cuenta la superposición del plano histórico (la destrucción de Jerusalén, símbolo de la desintegración de Israel) y el plano escatológico. Lucas pone en boca de Jesús sus palabras proféticas diez años después de haber sucedido la destrucción de Jerusalén. Había acontecido la tragedia el año 70. Fue un holocausto comparable al de los tiempos de Hitler. El historiador judío Flavio Josefo, que fue testigo del asedio de Jerusalén, narra que perecieron entre las llamas 6.000 israelitas en el templo, que el ejército de Tito mató a más de un millón de personas y que se llevó a Roma casi cien mil cautivos.

Para el pueblo de Israel este hecho marcó la liquidación total de una etapa de su historia. A partir de ahí vendría su desintegración como pueblo, para convertirse en un pueblo en diáspora por distintos continentes y naciones. Fue el fin de “su” mundo. Han sido veinte siglos de exilio, hasta que en 1947 se constituyó el Estado de Israel.

Es preciso, por lo demás, advertir que en las descripciones apocalípticas no hay que dar valor literal a cada detalle del fenómeno cósmico. La imaginería tremendista, propia de este género, es lenguaje simbólico y está al servicio del mensaje, que es, fundamentalmente, de *esperanza*.

Lucas toma la destrucción de Jerusalén, sobre todo de su templo, estructura emblemática de “poder”, como símbolo de la destrucción del mundo del pecado, los ídolos de muerte, para dar paso a un mundo nuevo, que se ha de gestar día a día. Muchos discípulos interpretan mal a Jesús. Lo que él anuncia como inminente es la destrucción de Jerusalén (“no

pasará esta generación sin que se cumpla”), pero muchos no entienden que se refiere al pecado del mundo.

El mismo Pablo insinúa en sus cartas que la vuelta del Señor podría estar próxima (1Co 7,31), aunque nunca lo afirma como una certeza de fe; es más, indica claramente que “no sabemos el día, ya que vendrá como el ladrón en la noche” (1Ts 5,1-3). Y es que, presuponiendo la inmediatez de la parusía, algunos miembros de la comunidad de Tesalónica se hacían las cuentas que les hacen los líderes de las sectas a sus adeptos: “Si está para terminarse este mundo de un día para otro, ¿para qué trabajar?, ¿para qué preocuparse de mejorar el mundo si todo va a quedar reducido a pavesas de un momento a otro? Para cuatro días que quedan, compartamos buenamente lo que hay, agotemos las existencias”. Pablo, en definitiva, viene a decir que no sabemos nada con certeza en relación a la segunda venida del Señor; pero que, en todo caso, aunque fuera inminente, al Señor no se le espera brazo sobre brazo, sino como se espera al amo que nos ha llamado a cultivar su viña trabajando con tesón (Mt 20,1-16).

MENSAJE DE ESPERANZA

Lo que nos quiere decir este pasaje es que *nuestra tierra será liberada de la esclavitud*, que este planeta paradójico no durará para siempre. Lucas dice que “el fin” será un principio, que el fin es un preludio, una obertura, que nos lleva a la plenitud del Reino de Dios. Pero afirma que *la historia seguirá siendo una historia de dramas*, de tragedias, sufrimiento y dolores de parto. Jesús viene a recordar que la torre de Babel y los viejos imperios de la antigüedad han ido cayendo: caerá Jerusalén y su templo, caerá el imperio romano que los ha destruido, caerá el sacro imperio y todos los otros imperios hasta llegar al último que hemos visto derrumbarse: el comunista; pero él, su Reino, con los valores transcendentales, permanece “ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8). Es insensato poner la confianza en las “potencias” de este mundo; son todas caducas. Jesús no quiere comunicar un mensaje aterrador. Tener durante veinte siglos a sus seguidores aterrorizados con ame-

nazas significaría estar engañado o ser un sádico; Jesús comunica un mensaje de esperanza y una llamada a la vigilancia activa. “Dios viene siempre”, según la expresión de R. Tagore; viene a destruir los viejos mundos y a crear la nueva humanidad. Al fin, será la plenitud. Pero no se sabe cuándo será el fin.

No sabemos cuándo llegará la consumación del Reino. Lo que sí sabemos es que, en el entretanto, las personas, las comunidades y la Iglesia estamos comprometidos a construirlo. Lucas advierte a las comunidades que la venida del Señor no es inmediata, que no hagan caso a los profetas de calamidades y a los agoreros apocalípticos, que lo que hay que hacer es entregarse apasionadamente a la construcción del Reino, al anuncio del Evangelio y a hacer surgir nuevas comunidades de Jesús. También hoy hay cristianos que sufren una tentación semejante a la que padecieron los tesalonicenses. De ello levantó acta el mismo Vaticano II: “Se apartan de la verdad todos aquellos que, conscientes de que nosotros no tenemos aquí una patria permanente, sino que buscamos la venidera, juzgan que pueden descuidar sus obligaciones terrenales...” (GS 43). Estos cristianos traicionan su vocación de sal, fermento y luz (Mt 5,13-16), de constructores del Reino en el mundo, que es donde se gesta, no en la estratosfera. Constantemente sentimos la tentación de recluarnos en la esfera de lo privado y desentendernos de la sociedad.

No sabemos ni cuándo ni cómo será la consumación del Reino, pero sí sabemos que “la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”, que “será liberada de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios y Dios será todo en todos” (Rm 8,22-25; 1Co 15,28). Pero, mientras tanto, hemos de estar empeñados en construir la nueva ciudad, el nuevo mundo; algo así como cuando se construyen los lugares comunes del pueblo en los cuales cada uno hace su aporte. La historia de salvación la hemos de hacer entre todos.

DEL VIEJO AL NUEVO MUNDO

El cristiano es una persona inconformista. Conoce, a grandes rasgos al menos, el proyecto de Dios, cree en la utopía, en la humanidad sin guerra, sin desigualdades, sin opresiones, sin violencias, sabe que esa humanidad no existe todavía, pero sigue como proyecto. Hay un mundo viejo que es preciso derruir y una sociedad en la que los hombres nos hemos connaturalizado con verdaderas monstruosidades que nada tienen que ver con el proyecto de Dios y la dignidad de las personas. Nos hemos acostumbrado a que mueran cada año alrededor de sesenta millones de hermanos nuestros; nos hemos acostumbrado a desigualdades espantosas, según las cuales pocos tienen mucho y muchos tienen poco; nos hemos acostumbrado a las guerras ruidosas o silenciosas, a las relaciones agresivas y de pura competitividad, a vivir en rebaño, ausentes unos de otros, a instrumentalizar unos a otros, a manipularnos con el poder, el dinero, la ciencia o la influencia. Ciertamente, nos falta mucho para que nuestra convivencia sea fraterna y nuestro mundo como Dios quiere. El advenimiento del Reino supone el derribo del mundo viejo. La instauración de lo nuevo exige la destrucción de lo viejo. Esto supone la necesidad de profetas que cumplan la orden del Señor: “Arranca y planta, destruye y edifica” (*Documentos de Medellín, Introducción*).

Jesús advierte que nos espera su misma suerte; quien ose tocar los ídolos de muerte, quien pretenda crear una sociedad nueva en la que los viejos amos pierdan sus privilegios y los que mandan sean los primeros en servir (Mt 20,26), puede provocar que estalle la persecución... No hay redentor sin cruz.

Jesús no puede ser más explícito: “Os echarán mano, os perseguirán entregándoos a los tribunales y a las cárceles...”. Cuando Lucas escribe estas palabras, ya no son simples advertencias, sino cruda realidad martirial. Ya han sido perseguidos, encarcelados y martirizados bastantes cristianos. Pero, al mismo tiempo, Jesús agrega algo muy importante: “Seréis revestidos con la fuerza de lo alto” (Hch 1,8); “no seréis vosotros los que habléis; el Espíritu hablará por vosotros” (Mt

10,20); “yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrán hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro” (Lc 21,15). Se trata de dolores de parto de una sociedad nueva, de una Iglesia nueva, de una familia nueva. Son “dolores”, pero de “parto”, lo que supone una mezcla de alegría, como en la mujer que da a luz. Por eso Pedro y Juan están tan contentos de padecer ultrajes por el Señor y su Causa (Hch 5,41), y por eso Pablo “rebosa de gozo en toda tribulación” (2Co 7,4). W. Bughard dice que la actitud del cristiano debe ser sencillamente la del que vive “como si el día del Señor fuese mañana”, aprovechando el tiempo para luchar a brazo partido por el Reino, porque, en definitiva, como dice Disraeli, “la vida es demasiado breve para ser mezquina”.

SÓLO TÚ, “SEÑOR”

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

2Sm 5,1-3; Col 1,12-20; Lc 23,35-45

RELACIÓN PERSONAL Y LIBERADORA

Me confesaba un joven universitario: “Hace tres años, por medio de un compañero de carrera, un joven de vivencia cristiana muy profunda, Jesús de Nazaret me salió al encuentro. Y descubrí que de verdad él es mi Salvador y Señor. Antes, lo único que hacía eran prácticas religiosas y estaba convencido de ser un cristiano auténtico, hasta el día en que el Señor hizo caer la alegre máscara de mi rostro, y me hizo ver que era un pobre hombre que tenía necesidad de un Salvador. Aquel día fue un nuevo nacimiento. A partir de ahí, Jesús es el determinante de mi vida. Tengo la experiencia de haber pasado del vacío a la alegría”. Esto sí que es confesar vivencialmente a Jesucristo como “Señor” absoluto. El recuerdo de que nos ha salido al encuentro el mejor de los amigos, el mejor de los maestros, el mejor de los señores, ha de producir en nosotros, como produjo en Pablo, un increíble gozo interior. “Todo me parece basura en comparación con su amistad” (Flp 3,8).

En primer lugar, la relación que me ofrece Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, es una relación personal, íntima. A veces los maestros, los líderes, los jefes, los fundadores fallan porque traicionan a los suyos, mueren, han perdido el poder, se les ha pasado la hora... Cristo nunca fallará, porque ya no muere y su amor es eternamente fiel.

Hay que señalar, como verdad estimulante, que la Causa de Jesús tiene el triunfo asegurado. ¿Ganará el partido político en el que milito, la causa sindical por la que lucho, el movimiento humanitario en el que colaboro? A veces, todo termina en una deprimente derrota. ¿Será leal el líder o la organización por los que lucho codo a codo o me estarán “utilizando” y me dejarán más tarde en la cuneta? ¡Hay tantos engañados y desengañados, encantados y desencantados por haber jugado la vida en sueños vanos! Lo verdaderamente alentador es que el que

milita por la Causa de Jesús tiene el triunfo asegurado, aunque perezca aplastado por el fracaso o la persecución, como lo entendió el buen ladrón (Lc 23,43). Podrá derrumbarse la obra humanitaria o eclesial por la que me rompo el pecho, podrá fracasar un proyecto en el que estoy embarcado, pero yo no fracasaré, porque el Señor es el garante de mi vida, porque “el que regala su vida, la acumula” (Jn 12,25), porque el fruto más valioso de una tarea queda en el que la realiza. La utopía de Jesús, su proyecto asombroso, la *nueva humanidad*, el gran banquete del Reino llegará a celebrarse en toda su plenitud. Estamos ante una esperanza inconfundible y garantizada por la fidelidad de Dios.

RESPUESTA PERSONAL

Jesús resucitado me ofrece una relación personal, una amistad personal, pero, al mismo tiempo, me invita a dar una respuesta personal. Él tiene para mí un proyecto personal, una misión concreta e intransferible con la que he de servir a su Causa, a la construcción de una Iglesia y una sociedad fraternas. No hay verdadera respuesta a su amistad sin prestar la colaboración que él nos pide para el crecimiento de su Reino. Reconocer el señorío significa, en primer lugar, estar dispuesto a realizar su voluntad sobre nosotros, sobre nuestra familia, sobre nuestra comunidad.

La voluntad del Señor Jesús no es algo negativo: “No hagas el mal”... Ni algo genérico: “Cumple con lo prescrito”... No. Se trata de poner todo nuestro ser y nuestro tiempo a disposición del Señor y al servicio de la misión que nos ha confiado. Esto es lo que hace Pablo al convertirse: “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hch 22,10). Es lo mismo que dirá Teresa de Jesús: “Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?”. No sólo qué mandas hacer a todos, sino a *mí* específicamente. Es lo que hace todo empleado al comenzar la tarea de cada día. Espera las consignas del encargado; pregunta: ¿qué tengo que hacer hoy?, ¿cómo quieres que haga? Esto significa que no sólo unos ratos, ni sólo unos ritos, sino toda la vida ha de estar al servicio del Señor.

Reconocer el señorío de Jesús no consiste sólo en hacer lo que “Dios manda”, sino lo que “Dios quiere”: su voluntad en todo momento. Forma parte del Reino de Jesús, trabaja por él, quien tiene su espíritu y actúa “como él” actuaba. “Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre” (Jn 8,29), testimonia.

Aquí está el secreto para saber si somos hijos en la casa del Padre o criados egoístas e interesados. “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hch 22,10), pregunta Pablo en el momento de su conversión. No pregunta: “¿qué mandas?”, sino *¿qué quieres?*

Estar convertido, reconocer de verdad a Jesús como el Señor de nuestra vida personal, familiar y comunitaria, consiste en poner toda nuestra alegría en *complacer* a Dios, como tantas veces recomienda Pablo a los miembros de sus comunidades (1Ts 4,1). Este deseo de “complacer” o “agradar” al Señor ha de llevarnos a *discernir* su voluntad a través de las mediaciones de las que se sirve: la llamada de la comunidad a responsabilizarse de tareas o a colaborar en trabajos comunitarios, las necesidades apremiantes de nuestro entorno, el consejo de los compañeros del grupo cristiano, el ejemplo y la generosidad de otros seguidores de Jesús, los acontecimientos que suponen para nosotros una interpelación, la preparación y el carisma que cada uno tiene... Todos éstos pueden ser cauces para reconocer la voluntad del Señor sobre nosotros.

Esta disponibilidad para hacer siempre y en todo la voluntad de Dios es la que evita que se sirva a dos señores (Mt 6,24). “Tú sólo Señor, Jesucristo”, recitamos en el Gloria. No se puede ser militante de dos partidos políticos y estar con dos líderes opuestos. No se puede servir y honrar a Dios en el templo y al ídolo de la comodidad, del consumo, de la presunción, del autoritarismo fuera del templo. Como dice certamente el dicho castellano, “no se puede prender una vela a Dios y otra al diablo”. Servir sólo al Señor significa que hacemos todo lo demás inspirados por la fe en Jesús y realizando su voluntad, trabajando por el Reino.

Ésta es la tragedia de muchos cristianos que, tal vez sin darse cuenta, reconocen teóricamente y confiesan a Jesús

como el único Señor, pero tienen como verdadero “señor” de su corazón a algún o algunos ídolos.

EL REINO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Reconocer el señorío de Jesús, luchar por él, conlleva que sus discípulos realicemos de verdad su Reino, que creemos un espacio comunitario en el que de verdad se realice el proyecto de Dios en el que nos reconozcamos y vivamos como hermanos, hijos de un mismo Padre. Reconocer el señorío de Jesús, ser de verdad miembros de su Reino, es construir entre todos una sociedad de contraste en la que las personas sean respetadas como hijos de Dios, en la que todos seamos, de hecho, no sólo de derecho, iguales, en la que reine el amor mutuo, el servicio, el respeto a la libertad del otro, la corresponsabilidad, la preocupación preferencial por los más débiles, pobres y sufrientes. En definitiva, una sociedad distinta, en la que nadie es anónimo ni es instrumentalizado, sino ayudado a realizarse como persona y como creyente.

Reconocer el señorío de Jesús, pertenecer de verdad a su Reino, supone luchar para que la sociedad, el barrio, nuestro mundo del trabajo... se acerquen cada vez más al proyecto de Jesús, para que se desarrollen los valores humanos que constituyen el verdadero Reino, que es, como dice la liturgia, Reino de verdad, de vida, de justicia, de amor y de paz; en definitiva, que se asemeje lo más posible a ese espacio verde que ha de ser la comunidad cristiana.

Un amigo, visceralmente opuesto a todo lo religioso, acompaña a su mujer a una casa de convivencias. Como llueve y no sabe cómo llenar el tiempo, entra en la sala para escuchar la charla que sobre Jesús dirigía el sacerdote, un hombre enteramente fascinado por Jesús. Al terminar la reflexión, exclama: “¡A éste es a quien yo estaba buscando sin saberlo. A éste sí que merece la pena servirle!”, repite con frecuencia. Es lo mismo que, con otras palabras, repitió Pedro hace veinte siglos: “¿A quién vamos a ir, Señor? Sólo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

OTRAS FIESTAS

MARÍA, SIGNO DE ESPERANZA

ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Ap 11,19a; 12,1.3-6a.10; 2Co 15,20-26; Lc 1,39-56

MARÍA, ESPERANZA NUESTRA

El Concilio Vaticano II formuló unas afirmaciones que son como foco potente que permiten ver con claridad y autenticidad el misterio de María como clave para entender el misterio de la Iglesia y, en definitiva, el misterio del hombre. Afirma: “La madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al Pueblo peregrinante de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor” (LG 68). Por eso, celebrar la fiesta de la Asunción de María, su glorificación en cuerpo y alma, no es simplemente ovacionar a la mayor heroína del pueblo de Dios y rendirle un homenaje que nada tuviera que ver con nosotros. Su fiesta es nuestra fiesta; celebramos nuestra esperanza; lo que para ella es ya realidad, para nosotros es esperanza. Una esperanza de carne y hueso; se llama Jesús y María. Bastaba la garantía de Jesús, el Hermano mayor resucitado; pero, por si alguien pensara que se trata de un privilegio exclusivo por su condición divina, ahí está María, glorificada en todo su ser, que ratifica inequívocamente nuestra esperanza desde su condición de criatura como nosotros.

Leyendo un día *La puerta de la esperanza* de Vallejo Nájera, me visita un amigo agnóstico. “¿Qué estás leyendo?”, me pregunta al tiempo que me arrebató el libro de las manos. “Le escuché cuando habló en televisión de sus convicciones y de la proximidad de su muerte. Sinceramente, os tengo envidia afrontando el más allá de la muerte. Me gustaría esperar así, aunque luego fuera todo mentira; pero por lo menos vives con ilusión...”. Entonces le pregunto: “¿Te gustaría tener esperanza?”. “¡Claro!, ¿a quién no?”. ¡Qué gran don es la esperanza!

Verdaderamente es mucho lo que esperamos. Pablo, desde su “sabiduría” teológica y desde su experiencia mística, testifica: “Lo que el ojo no vio, lo que el oído no oyó, lo que ningún hombre ha imaginado es lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1Co 2,9). “Estimo que los padecimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que ha de manifestarse en nosotros” (Rm 8,18). Dando testimonio de su experiencia sobrenatural de haber sido introducido en el tercer cielo, escribe que no puede expresar con palabra humana la experiencia: “Conozco a un hombre, un cristiano (él), que hace catorce años –en cuerpo o en espíritu, no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y este hombre –en cuerpo o en espíritu, no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que el hombre no puede expresar” (2Co 12,2-4). Estamos ante un misterio del que únicamente sabemos que sobrepasa los sueños de la imaginación humana más soñadora. Sabemos que tiene una cierta similitud con un gran banquete, pero que es mucho más. Seremos una comunidad en fiesta permanente, en una fiesta íntima y compartida, insospechable. Estamos ante algo que es objeto de la esperanza y, como afirma Pablo, “la esperanza de lo que se ve ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya ve?” (Rm 8,24).

MARÍA, LA PRIMERA CRISTIANA

A pesar de que todos los glorificados estarán transidos de gloria del Señor, sin embargo Pablo advierte: “Hay diferencia entre el resplandor del sol, el de la luna y el de las estrellas;

tampoco las estrellas brillan todas lo mismo. Igual la resurrección de los muertos” (1Co 15,41). ¿De qué depende la diferencia? Del grado de fidelidad, naturalmente. En este sentido, el Concilio presenta a María, el ser humano más glorioso después de Jesús, como “figura e imagen de la Iglesia” (LG 63). María es “figura e imagen”, es *la primera cristiana y el modelo de todo cristiano*. El discípulo de Jesús es “su madre y su hermano” (Lc 8,21), es un “bienaventurado porque escucha la palabra del Maestro y la pone por obra” (Lc 11,28). María, al tiempo que “escucha la palabra” para conocer y discernir la voluntad del Señor, se ofrece incondicionalmente a realizarla: “He aquí tu sierva para lo que quieras” (Cf. Lc 1,38).

María es servidora, colaboradora incondicional de la Causa de Jesús hasta el día de su muerte. Una colaboradora en la sombra, coopera en la historia de salvación con el quehacer de una madre y mujer aldeana, perdida entre las demás aldeanas, sin más relevancia que la de su exquisita bondad y ternura, al hilo de lo que Dios le pide hasta llegar al Calvario y compartir la infamia, los insultos y las maldiciones como la madre de un vulgar delincuente revoltoso. El Concilio recoge lo que significó la colaboración de María en la hora solemne y terrible de su Hijo: “La bienaventurada Virgen María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con el Hijo hasta la cruz, donde se mantuvo de pie (Jn 19,25), se condeñó vehementemente con su Hijo y se asoció a su sacrificio con corazón maternal, *consintiendo con amor en la inmolación de la Víctima engendrada por ella misma*; y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Jesús moribundo con estas palabras: ‘¡Mujer, he ahí a tu hijo!’ (Jn 19,26-27)” (LG 58). Como Jesús, su Hijo, se abajó, obedeciendo hasta la muerte... Por eso Dios la exaltó como a su hijo (Cf. Flp 2,8).

ESCUCHAR Y CUMPLIR LA PALABRA

“El cristiano es, esencialmente, un oyente de la Palabra”, afirma K. Rahner. La Palabra es la que suscita en él los sentimientos y las actitudes que animaron el ser y quehacer de Jesús. La Palabra le ilumina para conocer la voluntad de Dios

y discernir sus opciones. Todo ello para servir debidamente, como María, a aquellos que le ha encomendado Dios y para contribuir a la historia de la salvación. Porque no es cuestión de encerrarse en una espiritualidad intimista y reducirse a ser perfeccionista. María vivió apasionadamente la solidaridad con su pueblo judío y con la comunidad de discípulos de su Hijo.

Glorificada en cuerpo y alma, induce a entregar con toda generosidad la vida por la Causa de Jesús gota a gota, opción a opción, minuto a minuto, gesto a gesto. Estamos embarcados como ella en la gran epopeya de la historia de la salvación, cuyo triunfo está garantizado. No importa el relieve que, a nivel social, pueda tener nuestra tarea, nuestra profesión, nuestro quehacer de cada día; nunca será más humilde que lo fue el de María, una pobre aldeana que ha llegado a ser la mujer más encumbrada de la historia.

Su vida no tuvo nada de heroísmos aparatosos. ¡Cómo sería de humilde que, cuando su Hijo empezó a deslumbrar con su predicación y con sus hechos milagrosos, los vecinos cuchicheaban entre sí: "Fíjate lo que hace el hijo de María y de José!" (Cf. Lc 4,22). Era para los hombres como una *nadie*. Ni un solo gesto heroico ni deslumbrador en su vida. Ni inventó nada, ni investigó nada, ni ganó ninguna batalla, ni se nos dice que hiciera un solo milagro. No pudo haber mujer más sencilla. Su santidad no tuvo el aspecto de lo heroico. Su vida fue como la de muchas madres y mujeres de pueblo, eso sí, vivido todo desde el amor, sin el menor asomo de egoísmo. Ella fue extraordinaria en lo ordinario. María fue sencillamente maravillosa y maravillosamente sencilla.

Es preciso ser extraordinarios en lo ordinario por la pasión desinteresada con que hacemos las cosas más triviales de la vida. El caso es hacer *lo que Dios quiere, como Dios quiere y por lo que Dios quiere*. El caso es enterrarse como el grano de trigo (Jn 12,24), morir a sí mismo para que brote la espiga.

COMPAÑERA DE VIAJE

Como Jesús, también María nos dice: "Con vosotros me quedo hasta el fin del mundo" (Cf. Mt 28,20), hasta la consu-

mación de la historia. Ella nos acompaña con Jesús hacia la vida bienaventurada. No es la ilusión de una fantasía piadosa. Es el mismo Vaticano II quien afirma: "Con amor materno se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz" (LG 62). Y más adelante agrega: "En la tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al Pueblo peregrinante de Dios como signo de esperanza segura y de consuelo" (LG 68). La asunción, la glorificación de María, es *fiesta y compromiso*: la "fiesta" de la esperanza cristiana, segura e inconfundible; el "compromiso" de jugarse la vida como ella por el Reino.

María glorificada es la utopía realizada que anuncia y garantiza la vida futura que esperamos. Al verla desbordante de la vida de Dios, en una plenitud insospechada, hemos de estallar de gozo. Ella nos dice con toda claridad que los creyentes jugamos con ventaja. Las alegrías sanas de la vida son para nosotros simples aperitivos ya que, como dice el Concilio, las recuperaremos purificadas...

CRISTIANOS COMO DIOS MANDA

TODOS LOS SANTOS

Ap 7,2-4.9-14; 1Jn 3,1-3; Mt 5,1-12a

EL EVANGELIO DE CARNE Y HUESO

Uno de sus colaboradores invita a Gandhi a escuchar un “interesante programa de vida”. Se trata de las bienaventuranzas de Mateo. El gran maestro escucha con increíble atención y emoción. Cuando su amigo termina de leer el pasaje, pide una silla, porque, débil como se encontraba por la última huelga de hambre, se sentía desfallecer de emoción. “¡Esto, esto es lo que yo presentía hace tiempo, lo que siento desde hace tiempo, pero que no acertaba a formular!”.

El proyecto de Jesús, no cabe duda, es fascinante, sobre todo cuando se contempla encarnado en su propia vida. Pero se trata de un proyecto teórico. ¿Cómo se puede vivir en la realidad? ¿Es asequible? ¿No será una utopía reservada para los espíritus superdotados? ¿Qué ha pasado con los que lo han vivido en serio? A estas preguntas los santos responden no con afirmaciones teóricas, sino con la contundencia de su propia vida y personalidad.

Los santos, no sólo los que tienen estatua y hornacina y fiesta en el calendario, sino también los santos anónimos, lo dicen todo sobre la vida humana y sobre la vida cristiana. Ellos son la gran riqueza de la humanidad. Son el Evangelio hecho carne. Sus vidas y su experiencia de fe son *lugar teológico*, teofánico, en el que se nos revela Dios. Las biografías y autobiografías de los santos nos permiten ser, en cierta medida, sus contemporáneos, acompañarles en el itinerario de su vida, conocer sus proyectos, sus sentimientos, sus experiencias sublimes, la grandeza de su interior. Sus biografías son una gracia increíble. Con ellas nos convierten a los lectores en sus confidentes contándonos los secretos más íntimos de su vida, sus experiencias inenarrables. ¿Quién puede agradecer suficientemente a Pablo sus *cartas*, a Agustín sus *Confesiones*, a Teresa *El libro de la vida*, a Antonio M.^a Claret su *Autobiografía*,

en los que nos abren su corazón de par en par para que podamos ser testigos de los milagros del Espíritu?

Los santos nos gritan la increíble grandeza humana a la que se puede llegar viviendo con responsabilidad, aunque se parta de la degradación más profunda. Situarse ante los santos, estén o no reconocidos como tales por la Iglesia, resulta siempre incómodo, sobre todo cuando están vivos. Por eso titulaba muy acertadamente Benavente una de sus obras teatrales: *Los santos, para el cielo y los altares*. Allí no molestan, ni interpelan. En la tierra, sí. Por eso tenemos la hipocresía de honrar a los santos del pasado y de perseguir a los contemporáneos. Y esto aunque tengan la mansedumbre de un Francisco de Asís. Cuando uno se sitúa al lado de ellos, se siente avergonzado, como un enano que se pone al lado de un gigante. Alguien decía con expresión bronca: “Con su vida nos insultan”. Nos dejan en evidencia a los mediocres. Ponerse a su lado es una indefectible cura de humildad y una fuerte invitación a la contrición.

“SED PERFECTOS”

Esto nos lleva a recordar que la plenitud de la caridad (la plenitud de cada uno, claro está) no es una meta exclusiva para seres superdotados. Dios tiene, ciertamente, un proyecto para cada uno de sus hijos; como en el orden somático, cada uno tiene sus potencialidades y sus reservas de energía para contribuir al bien común. Para cada uno la plena realización consiste en alcanzar el propio nivel, la estatura que llevaba implícita en su ser, el despliegue de las energías dormidas. Lo mismo ocurre en el orden de la bondad, en el orden de la santidad. Es obvio que cada uno esté llamado a “ser” y “hacer” todo lo que puede ser y hacer. En el orden espiritual, esto es la santidad. Cada uno está llamado a alcanzar su “santidad”, como dirá el Concilio, *la perfección de la caridad* (LG 40,2). Esto es lo que quiere decir cuando nos invita a todos sus seguidores: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). Lo proclama como una exigencia para todos sus seguidores en el sermón de la montaña, en el que

señala las condiciones universales para la pertenencia al pueblo de la nueva Alianza. El Concilio, con diversas llamadas, trata de despertar la conciencia de los cristianos para que se sientan urgidos a la plenitud de la vida cristiana (la santidad). “*Los fieles todos, de cualquier condición y estado que sean... son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto*” (LG 11, 41).

Los santos se nos presentan como la definición exacta, una definición de carne y hueso, de lo que es un verdadero discípulo de Jesús. Son personas apasionadas por Jesucristo y su Causa, cuyas vidas, como diría Charles de Foucauld, “gritan el Evangelio”.

EL CAMINO: LAS BIENAVENTURANZAS

La Iglesia define a los santos como los hombres y mujeres de las bienaventuranzas, que las han llevado a su cumplimiento con fidelidad. Las bienaventuranzas, traducidas al lenguaje de hoy, no son otra cosa que variaciones sobre el amor. Gustavo Gutiérrez las denomina “actitudes fundamentales de los discípulos de Jesús”: “El discípulo debe confiar plenamente en Dios (*los pobres de espíritu*), debe compartir el sufrimiento de los otros (*los que lloran*), debe tener, como el Señor (Cf. Mt 11,30), un trato amable con los demás (*los mansos*), ha de querer ardientemente que reine la justicia en este mundo (*los hambrientos y sedientos de justicia*), debe tener el corazón en los pobres de la historia (*los misericordiosos*), debe ser coherente e íntegro en su vida (*los limpios de corazón*), debe procurar que se establezca la paz; todo esto le significará ser hostilizado por quienes se niegan a reconocer los derechos de los otros (*los perseguidos por la justicia*)”.

Los santos nos gritan: La cuestión es amar; y amar es servir. En este sentido, lo mismo da ser una aldeana, como santa María de Nazaret, que una reina, como santa Isabel de Hungría; lo mismo da ser portero de un convento, como san Martín de Porres, que Papa, como Juan XXIII; lo mismo da ser rey, como san Fernando, que labrador, como san Isidro. La

cuestión es amar y servir allí donde Dios nos quiere. Yo puedo ser, tú puedes ser, cualquiera puede ser, y debe ser, lo máximo que se puede ser: *una persona buena*. Yo puedo realizar, tú puedes realizar, cualquiera puede y debe realizar la tarea más sublime, lo que constituye el único quehacer de Dios: *amar*. No importa que se haga en tareas deslumbradoras o en tareas rutinarias como las de María de Nazaret. “También entre pucheros anda el Señor”, decía castizamente santa Teresa. Yo puedo vivir la vida de Dios y experimentarla en toda su hondura. Yo puedo saborear la dicha de amar.

La grandeza espiritual de los santos produce, al mismo tiempo, asombro y sobrecogimiento. Sentimos que nos sobrepasan, que son más para admirarlos que para seguirlos. Es una equivocación; el más santo de todos los santos, Jesús de Nazaret, nos invita a ser sus “seguidores” (Jn 12,26).

El heroísmo de los santos, en un primer momento, asusta. Hay algo importante de donde hemos de partir a la hora de tender a la “perfección de la caridad”, y es que la santidad no es cuestión de mero voluntarismo. No sueñes con ser santo. Piensa que serás santificado por el único Santo, el Espíritu Santificador. Lo decisivo no es pensar si seremos capaces de llegar a donde ellos llegaron; lo importante es caminar con ellos y como ellos, lleguemos a donde lleguemos. El pecado más grave, más mortal, es negarse a caminar. Los santos no fueron, no son, seres extraordinarios caídos del cielo. No nacieron santos. Conocemos a muchos que ascendieron a la cumbre de la perfección de la caridad desde el lodazal. ¿Quién se hubiera atrevido a pensar que dentro de aquel joven licencioso había dormido un “san” Agustín? ¿Quién iba a pensar que en aquel galán presumido y libertino había dormido un “san” Francisco de Asís? ¿Quién iba a pensar que en aquel joven pendenciero, jugador y bebedor había dormido un “san” Camilo de Lelis?

¿Cuál será el proyecto de Dios sobre mí? ¡Qué sensacional sería conocerlo! ¿Que no tenemos madera de santo? ¿Quién lo ha dicho? Tampoco los santos creían tenerla. Es increíble que lleguen a decir los psicólogos que las personas sólo desa-

rollamos un 10% de nuestras potencialidades dormidas. Con toda seguridad: Si supiéramos lo que podemos ser, quedaríamos deslumbrados. ¡Cómo vamos a desperdiciar tanta riqueza! Dentro de nosotros hay un santo dormido, como en el leño basto e informe estuvo dormido el bello san Francisco de Asís del escultor Mena.

“CORONAS TU PROPIA OBRA”

La Iglesia canta en el prefacio de los santos: “Al coronar su vida, coronas tu propia obra”. Los santos son un milagro de la acción del Espíritu. Un milagro que Dios está dispuesto a repetir en cada uno de nosotros.

San Agustín narra en sus confesiones que, cuando le venía el desánimo en su lucha por ser fiel en el seguimiento de Cristo y romper con las cadenas que le tenían esclavizado, sentía en su interior una voz, la voz del Espíritu, que le decía: “Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos éstos y éstas? ¿Por ventura lo que éstos y éstas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas o por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado?” (*Confesiones*, VIII, 11,27). Cuando Agustín escribe esto hace referencia a san Antonio y a sus monjes y monjas, contemporáneos suyos y cuya vida conoce y admira profundamente. Dios no pide milagros; los hace Él. Intentar ser santos, vivir con plena fidelidad el Evangelio a fuerza de puños como si se tratara de una aventura humana más, es una herejía descomunal. “Sin mí –afirma categóricamente el Señor– no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). En cambio, fiados y confiados en él, “todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 4,13).

Con frecuencia los cristianos tienen un gran interés en peregrinar a la tumba de los santos para orar ante sus restos “mortales”, pero lo más importante es entrar en contacto con sus restos “vitales”, que es su alma, su espíritu, que está en sus vidas, en sus biografías. Un santo –dice Laín Entralgo– es un hombre cuya vida debería quitarnos el sueño”. Esto es lo que ha pretendido el Señor hoy al recordarnos sus vidas interpelantes.

LIBERADOS PARA LIBERAR

INMACULADA CONCEPCIÓN DE SANTA MARÍA VIRGEN

Gn 3,9-15.20; Ef 1,3-6.11-12; Lc 1,26-38

MARÍA, FIGURA E IMAGEN

Para entender el misterio de la Iglesia y la misión del cristiano, hay que contemplarlo a la luz del misterio de María; y a la inversa también, porque se iluminan mutuamente. Desde esta perspectiva nos hablan los evangelios y los documentos conciliares. En la constitución *sobre la Iglesia* se designa a María *figura, imagen, tipo y prototipo* (LG 63, 68). En el prefacio, haciéndose eco de las palabras del Concilio, se la aclama como “comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”. Por eso, la fiesta de la Inmaculada Concepción no se ha de reducir a un homenaje a esta mujer sencillamente maravillosa y maravillosamente sencilla, como si se tratara de una belleza excepcional, un ser atípico, que nada tuviera que ver con nosotros. El misterio de María ilumina el misterio de la Iglesia, de cada una de sus comunidades, de la “Iglesia doméstica” y de cada cristiano.

Todos los comentaristas están de acuerdo en que el canto subversivo del Magnificat y otras referencias evangélicas que Lucas pone en labios de María son trasladables a la propia Iglesia que se ve prefigurada en ella y urgida a reproducir sus actitudes y a continuar su misión. De aquí hay que partir para que la espiritualidad mariana sea adulta y adultizadora. ¿De dónde han sacado muchos autores y devotos esa piedad mariana empalagosa y ñoña? María es mucho más que un sueño romántico de niños, la mamá del cielo, como el ángel de la guarda, válido sólo mientras se es niño. María es *vigor y ternura*. Y en estas dos dimensiones se nos presenta no sólo como modelo de la comunidad cristiana y del cristiano, sino como *profecía del hombre nuevo en Cristo*.

ELEGIDOS

Indiscutiblemente, hay un paralelismo entre la vocación y misión de María y la vocación y misión de la comunidad cris-

tiana y de cada cristiano. María fue predestinada, elegida, vocacionada para la misión concreta de ser la madre del Mesías, el Hijo de Dios, y colaboradora en la Causa de la liberación de los hijos de Dios. Y para realizar su misión, fue la “elegida”, la “liberada” del pecado, la “llena de gracia”. Su elección, su vocación y los abundantes dones del Espíritu que recibió tenían como finalidad su misión, su colaboración excepcional en la historia de la salvación. También cada uno de nosotros, la comunidad, la “Iglesia doméstica” hemos sido llamados y elegidos, como proclama la lectura de la carta a los efesios, para ser *sacerdotes, profetas y reyes* en orden a nuestra misión salvífica dentro de la sociedad. El canto de la carta a los efesios es solemne y denso: “Nos eligió con Cristo antes de crear el mundo, para que estuviésemos consagrados y sin defectos por el amor... Y para ello nos colmó de bendiciones. Por medio de Jesús hizo de nosotros su heredad (a esto habíamos sido destinados)” (Ef 1,3-6.11). En la carta a los romanos el apóstol canta: “Con los que él ha llamado siguiendo su propósito, coopera en todo para su bien. Porque Dios los eligió primero, destinándolos desde entonces a que reprodujeran los rasgos de su Hijo, de manera que éste fuera el mayor de una multitud de hermanos; y a esos que había destinado, los llamó; a esos que llamó, los rehabilitó, y a esos que rehabilitó les comunicó su gloria” (Rm 8,28-30).

Los escritos neotestamentarios designan a los miembros de la comunidad los “elegidos” (Rm 8,33; 1Co 1,1,27; Col 3,12). No somos el fruto de una casualidad genética, sino la realización de un sueño de Dios, que nos soñó antes de los siglos a su imagen y semejanza; todo lo demás han sido mediaciones que disfrazan la acción amorosa de Dios. Lo mismo hay que decir de la comunidad cristiana y de la “Iglesia doméstica”. Es significativo que Juan llame “elegida” a la comunidad a la que dirige su segunda carta (2Jn 1). Como María, hemos sido elegidos no sólo para gozar de la riqueza de la gracia, sino para ser mediadores de salvación en medio del mundo. Hemos sido elegidos “para los demás” en orden a una misión dentro de la historia de la salvación.

LIBERADOS

María fue, así mismo, la “liberada”, la concebida sin pecado, la que, gracias a la acción del Espíritu, no sufrió la esclavitud del egoísmo, ni vivió jamás dominada por las fuerzas del mal, del pecado, sino siempre a impulsos del Espíritu, que es Espíritu de amor. Fue liberada para ser liberadora. También cada cristiano es (ha de ser) un “redimido”, un liberado. Pablo hace referencia a la liberación que ha debido tener lugar en cada cristiano: “Liberados del pecado, sois ahora siervos del Señor”. Habla de la situación de muerte en que vivían los miembros de su comunidad antes de su conversión y cómo ésta ha supuesto una verdadera resurrección: “Muertos como estabais por vuestros delitos, Dios os dio vida con él” (Col 2,11). Los textos serían interminables. El cristiano y la comunidad cristiana están llamados a vivir en la libertad de los hijos de Dios, en la libertad del amor. El Señor nos proporciona los medios suficientes para ello. “Si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres” (Jn 8,36).

Liberados del pecado como María, estamos llamados a ser liberadores. Pero ello supone que realmente nos hemos dejado liberar del pecado, que hemos optado seria y radicalmente por el Evangelio y hemos renunciado al culto de los ídolos del mundo. En este sentido, lamentaba Pablo VI: “Muchos ‘cristianos’, en lugar de evangelizar a los paganos, se dejan pagar por ellos”.

Se celebraba en París un congreso de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica). Varios conferenciantes critican airadamente la corrupción de Francia. Después de una conferencia especialmente vehemente, se acerca un periodista al conferenciante para decirle con fina ironía: “Usted se ha despachado a su gusto contra la corrupción de Francia. Bien. Ustedes dicen: ¿No es así que son la sal de la tierra? Pues si Francia está como está, ya me dirá usted a quien tengo que echar la culpa”... “Si la sal pierde su vigor...” (Mt 5,13). Los cristianos que se dedicaban a la redención de cautivos (mercedarios y trinitarios) eran, naturalmente, personas libres. Sólo los libres pueden redimir a los cautivos.

María se asusta ante la misión que, en nombre de Dios, le confía el ángel (Lc 1,34); no sabe cómo conciliar su condición de virgen con la vocación de madre, no sabe cómo, en su pequeñez, va a cumplir una misión tan grandiosa. El ángel esclarece sus dudas: “Eres la llena de gracia, el Espíritu vendrá sobre ti”. María cree y accede con absoluta disponibilidad a la propuesta divina (Lc 1,38). María no se guarda para sí los dones de la gracia ni considera al Hijo como propiedad personal; todo lo pone al servicio de la causa de la liberación, de la historia de la salvación.

CRISTO, UN DERECHO DE TODO HOMBRE

María recibe la misión de engendrar, dar a luz a Jesús para darlo al mundo. Ésta es la misión de la Iglesia y de cada cristiano. La fe y los dones del Espíritu no son bienes privados, sino que tienen una dimensión social. La fe es, al mismo tiempo, un don y una responsabilidad. “Cristo es un derecho de todo hombre”, decía un eslogan misionero.

Ser cristiano es tener experiencia de liberación por parte de Jesús y ayudar a otros a liberarse. Quien no libera, no está liberado. En esta misión contamos, como María, con la luz y la fuerza del Espíritu. Es cuestión de recordar las numerosas veces que Jesús promete su presencia y su ayuda para que cada comunidad cristiana, cada familia, cada cristiano sea fiel para recibir la gracia y para comunicarla a través del testimonio.

María, como figura e imagen, es una clave para interpretar la vida y un desafío permanente.

ÍNDICE

Presentación 7

ADVIENTO

1.º Domingo de Adviento: *Aceptar las ofertas de Dios* 22
 2.º Domingo de Adviento: *Preparad el camino al Señor* 26
 3.º Domingo de Adviento: *Oyentes y practicantes* 30
 4.º Domingo de Adviento: *La fuerza de los débiles* 34

NAVIDAD

Natividad del Señor:
Dios humanado – hombre divinizado 38
 Domingo infraoctava de Navidad:
La familia, comunidad de amor y servicio 43
 Solemnidad de Santa María, Madre de Dios:
Año nuevo, ¿vida nueva? 48
 2.º Domingo después de Navidad:
“Dios ha hablado por su Hijo” 52
 Epifanía del Señor: *La fe, gracia y responsabilidad* 56
 Fiesta del Bautismo del Señor:
Ungidos y urgidos para la misión 61

CUARESMA

1.º Domingo de Cuaresma: *Tentados y tentadores* 65
 2.º Domingo de Cuaresma: *La fuerza de la esperanza* 70
 3.º Domingo de Cuaresma: *Cada uno con su misión* 74
 4.º Domingo de Cuaresma: *De criado a hijo* 78
 5.º Domingo de Cuaresma: *La verdadera liberación del pecado* .. 83
 Domingo de Ramos: *Morir para dar vida* 87

PASCUA

Domingo de Pascua de Resurrección:	
<i>Jesús resucitado, nuestra fiesta</i>	91
2.º Domingo de Pascua:	
<i>Jesús resucitado, centro de la comunidad</i>	96
3.º Domingo de Pascua:	
<i>Encuentro y misión</i>	100
4.º Domingo de Pascua: <i>El pastor y la comunidad</i>	104
5.º Domingo de Pascua: <i>Un mandamiento nuevo</i>	108
6.º Domingo de Pascua: <i>El Señor está con nosotros</i>	112
Ascensión del Señor: <i>Continuar la misión</i>	116
Domingo de Pentecostés: <i>Espíritu de valentía</i>	120

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR

Domingo de la Santísima Trinidad:	
<i>La Familia divina, nuestra familia</i>	124
Corpus Christi: <i>La Eucaristía, comida de familia</i>	128

TIEMPO ORDINARIO

2.º Domingo ordinario: <i>La boda y el vino del banquete</i>	133
3.º Domingo ordinario: <i>Liberados y liberadores</i>	137
4.º Domingo ordinario: <i>“La verdad os hará libres”</i>	141
5.º Domingo ordinario: <i>Del encuentro a la misión</i>	146
6.º Domingo ordinario: <i>Una felicidad como Dios manda</i>	151
7.º Domingo ordinario: <i>A fondo perdido</i>	155
8.º Domingo ordinario: <i>Amor con obras y obras con amor</i>	159
9.º Domingo ordinario: <i>La fe que hace milagros</i>	163
10.º Domingo ordinario: <i>“Para que tengan vida abundante”</i>	167
11.º Domingo ordinario: <i>Dejarse querer por Dios</i>	171
12.º Domingo ordinario: <i>“No conozco sino a Cristo crucificado”</i>	175
13.º Domingo ordinario: <i>Jugarse el todo por el todo</i>	179
14.º Domingo ordinario: <i>Todos enviados, todos misioneros</i>	183
15.º Domingo ordinario: <i>Un amor como Dios manda</i>	187
16.º Domingo ordinario: <i>Lucha y contemplación</i>	192
17.º Domingo ordinario: <i>“Pedid y se os dará”</i>	196
18.º Domingo ordinario: <i>Ricos ante Dios</i>	201
19.º Domingo ordinario: <i>La vida es una misión</i>	205
20.º Domingo ordinario:	
<i>No se puede seguir a Jesús impunemente</i>	210
21.º Domingo ordinario: <i>La puerta estrecha de la conversión</i>	215
22.º Domingo ordinario: <i>La mesa redonda de la fraternidad</i>	219
23.º Domingo ordinario: <i>Valor y precio del tesoro</i>	224

24.º Domingo ordinario: <i>Estar en casa y ser de casa</i>	228
25.º Domingo ordinario: <i>La mejor inversión</i>	233
26.º Domingo ordinario: <i>El rico pobre y el pobre rico</i>	237
27.º Domingo ordinario: <i>“¡Aumentanos la fe!”</i>	242
28.º Domingo ordinario: <i>¡Gracias! ¡Muchas gracias!</i>	247
29.º Domingo ordinario: <i>Orar siempre y sin desanimarse</i>	251
30.º Domingo ordinario: <i>Todo es gracia</i>	255
31.º Domingo ordinario: <i>Él nos amó primero</i>	260
32.º Domingo ordinario: <i>La vida del mundo futuro</i>	265
33.º Domingo ordinario: <i>Tiempo de construir el Reino</i>	270
34.º Jesucristo, Rey del universo: <i>Sólo Tú “Señor”</i>	275

OTRAS FIESTAS

Asunción de la Virgen María: <i>María, signo de esperanza</i>	279
Todos los Santos: <i>Cristianos como Dios manda</i>	284
Inmaculada Concepción de Santa María Virgen:	
<i>Liberados para liberar</i>	289